



LA SENDA DE LOS
HÉROES

El anillo
del hechicero

Morgan Rice



Annotation

La senda de los héroes, primera entrega de El anillo del hechicero, es la historia de Thorgrin, un joven de catorce años, el último de cuatro hermanos, despreciado por los suyos y acostumbrado a sentirse diferente. Su gran sueño es convertirse en un gran guerrero, unirse a los hombres del rey y proteger a su soberano de las hordas enemigas que se ciernen al otro lado del Cañón. A pesar de la oposición de su padre y de su temprana edad, Thorgrin hará todo lo que esté en su mano para lograr acercarse a la corte.

Sin embargo, la corte del rey está sumida en intrigas, traiciones y violencia, un lugar peligroso para un joven ingenuo quien, además, ha recibido la inesperada atención de la hija del monarca. Además, Thorgrin está dándose cuenta de que posee unos poderes insólitos que le confirman esa particular diferencia que siempre ha intuido, unos poderes que pueden ayudarlo a cumplir su sueño pero que, también, despiertan recelo. Puede que el destino tenga preparado para Thorgrin una senda completamente distinta a la que siempre había ansiado, una senda reservada para aquellos dispuestos a vencer las más terribles amenazas, las más difíciles contrariedades, una senda reservada para los héroes

Sinopsis

La senda de los héroes, primera entrega de El anillo del hechicero, es la historia de Thorgrin, un joven de catorce años, el último de cuatro hermanos, despreciado por los suyos y acostumbrado a sentirse diferente. Su gran sueño es convertirse en un gran guerrero, unirse a los hombres del rey y proteger a su soberano de las hordas enemigas que se ciernen al otro lado del Cañón. A pesar de la oposición de su padre y de su temprana edad, Thorgrin hará todo lo que esté en su mano para lograr acercarse a la corte.

Sin embargo, la corte del rey está sumida en intrigas, traiciones y violencia, un lugar peligroso para un joven ingenuo quien, además, ha recibido la inesperada atención de la hija del monarca. Además, Thorgrin está dándose cuenta de que posee unos poderes insólitos que le confirman esa particular diferencia que siempre ha intuido, unos poderes que pueden ayudarlo a cumplir su sueño pero que, también, despiertan recelo. Puede que el destino tenga preparado para Thorgrin una senda completamente distinta a la que siempre había ansiado, una senda reservada para aquellos dispuestos a vencer las más temibles amenazas, las más difíciles contrariedades, una senda reservada para los héroes

MORGAN RICE

La Senda de los héroes
El anillo del hechicero N°1

Esfera de los Libros

Título Original: *A Quest of Heroes*

©2012, Rice, Morgan

©2013, Esfera de los Libros

ISBN: 9788499708201

Generado con: QualityEbook v0.81

“Inquieta reposa la cabeza que usa una corona”.

—**William Shakespeare** *Enrique IV, Parte II*

CAPÍTULO UNO

EL muchacho estaba parado en la loma más alta de las tierras bajas del Reino Oeste del Anillo, mirando al norte, hacia donde estaba el primero de los soles nacientes. Hasta donde alcanzaba la vista, se extendían las verdes colinas, bajando y subiendo como jorobas de camellos, en una serie de valles y cimas. Los rayos de color naranja tostado del primer sol, permanecían en la niebla de la mañana, haciéndolos brillar, dando a la luz una magia que hacía juego con el estado de ánimo del muchacho. Rara vez se despertaba tan temprano o se aventuraba a ir tan lejos de casa—y nunca subía tan alto—sabiendo que provocaría la ira de su padre. Pero en este día, no le importaba. En este día, ignoraba el millón de reglas y tareas que le habían oprimido durante catorce años. Porque este día era distinto. Era el día en que había llegado su destino.

El muchacho, Thorgrin, del Reino Oeste de la Provincia del Sur, que era parte del clan McLeod—conocido por todos simplemente como Thor—era el menor de cuatro hijos, el menos favorito de su padre, se había quedado despierto toda la noche, esperando este día. Había dado vueltas en la cama, con cara de sueño, esperando, *deseando* que se elevara el primer sol. Ya que un día como el de hoy llegaba solamente una vez cada tantos años, y si se lo perdía, se quedaría en ese pueblo, condenado a cuidar el rebaño de su padre el resto de sus días. Era algo que no podía soportar.

Era el Día de la Leva. Era el día en que el ejército del rey recorría las provincias y elegía cuidadosamente a los voluntarios para la Legión. Desde que había nacido, Thor no había soñado con ninguna otra cosa. Para él, la vida significaba solamente una cosa: unirse a los Plateados, que era la crema y nata del ejército de los Caballeros del Rey, engalanados con las mejores armaduras y las armas más selectas que había en cualquier lugar de los dos reinos. Y uno no podía entrar a los Plateados sin unirse primero a la Legión, el grupo de escuderos de entre catorce y diecinueve años de edad. Y si uno no era hijo de un noble o de un guerrero famoso, no había otra manera de unirse a la Legión.

El Día de la Leva era la única excepción, un raro evento que ocurría cada pocos años, cuando a la Legión le faltaba gente y los hombres del Rey recorrían el lugar en busca de nuevos reclutas. Todo el mundo sabía que pocos plebeyos eran seleccionados - y eran menos los que realmente podían entrar en la Legión.

Thor examinaba con atención el horizonte, buscando alguna señal de movimiento. Él sabía que los Plateados tendrían que tomar este único camino hacia la villa, y quería ser el primero en verlos. Su rebaño de ovejas protestaba alrededor de él, con un coro de balidos molestos, instándolo a que los bajara de la montaña, donde el pastoreo era mejor. Trató de bloquear el ruido y el hedor. Tenía que concentrarse.

Lo que había hecho que todo esto fuera soportable, todos esos años de cuidar al rebaño, de ser el lacayo de su padre, el lacayo de sus hermanos mayores, quien menos atenciones recibía y al que más agobiaban, era la idea de que algún día dejaría este lugar. El día cuando llegaran los Plateados, sorprendería a todos los que lo habían subestimado y sería seleccionado. Con un movimiento rápido, subiría al carruaje y se despediría de todo esto.

Desde luego, el padre de Thor nunca lo había considerado seriamente como candidato para la Legión—de hecho, nunca lo había considerado para nada. En cambio, su padre dedicaba su amor y atención a los tres hermanos mayores de Thor. El mayor tenía diecinueve años y había un año de diferencia entre los siguientes, siendo Thor tres años menor que los demás. Tal vez porque tenían edades similares o porque se parecían entre ellos y no se parecían a Thor, los tres eran unidos y rara vez ponían atención a la existencia de Thor.

Lo peor de todo es que eran más altos y fornidos que él, y Thor, quien sabía que no era bajo de estatura, se sentía pequeño junto a ellos, sentía que sus piernas musculosas eran frágiles, comparadas con los troncos de roble que tenían sus hermanos. Su padre no hacía nada para mejorar eso; y de hecho, parecía disfrutarlo; dejando que Thor atendiera a las ovejas y afilara las armas mientras sus hermanos entrenaban. Aunque jamás se habló, siempre se sobreentendía que Thor viviría en la sombra, que sería obligado a ver cómo sus hermanos lograrían grandes hazañas. Su destino, si es que su padre y sus hermanos se salían con la suya, sería quedarse ahí, consumido por ese pueblo, dando a su familia el apoyo que exigían.

Lo peor de todo era que Thor sentía que sus hermanos, paradójicamente, se sentían amenazados por él, incluso que lo odiaban. Thor lo podía ver en su mirada, en cada uno de sus gestos. No entendía cómo, pero él despertaba algo parecido a la envidia. Tal vez porque era distinto, no se parecía a ellos ni hablaba con los gestos que hacían; ni siquiera se vestía como ellos; su padre reservaba (las mejores túnicas púrpura y escarlata, las armas doradas) para sus hermanos, mientras que Thor usaba los peores trapos.

Sin embargo, Thor aprovechaba lo que tenía, buscando una manera de hacer que su ropa le sentara bien, poniéndose un cinturón, y ahora que el verano había llegado, cortaba las mangas para permitir que sus torneados brazos recibieran las caricias de la brisa. Su camisa hacía juego con los pantalones ordinarios de lino—su único par—y las botas hechas del peor cuero, anudado hasta las espinillas. No eran como los zapatos de cuero de sus hermanos, pero los mantenía en buen estado. Su ropa era la típica de un pastor.

Pero no tenía el comportamiento típico. Thor era alto y delgado, con una mandíbula ancha, barbilla elevada, pómulos altos y ojos grises, con aspecto de guerrero fuera de lugar. Su cabello lacio, castaño, caía en ondas en la cabeza, un poco más allá de sus orejas, y detrás de los rizos, sus ojos brillaban como peces forrajeros en la luz.

A los hermanos de Thor se les permitiría dormir hasta tarde, después de un abundante desayuno, y serían enviados a la selección con sus mejores armas y la bendición de su padre—pero a él no le estaría permitido asistir. Había intentado tocar el tema con su padre una vez. No había resultado bien. Su padre había terminado la conversación de tajo, y él no había vuelto a intentarlo. No era justo.

Thor estaba decidido a rechazar el destino que su padre había planeado para él. En cuanto viera aparecer la caravana real, correría a casa, confrontaría a su padre, y, le gustara o no, se presentaría ante los hombres del rey. Asistiría a la selección con los demás. Su padre no podría detenerlo. Sentía un nudo en el estómago de solo pensarlo.

El primer sol ya había salido, y cuando el segundo sol, de color verde menta empezó a salir, añadiendo una capa de luz al cielo púrpura, Thor los avistó.

Se puso de pie, con los pelos de punta, electrizado. Ahí, en el horizonte, llegó el apenas visible contorno de un carruaje tirado por caballos; sus ruedas lanzaban polvo hacia el cielo.

Su corazón latía más rápido conforme iban apareciendo; después llegaba otro. Incluso desde ahí, los carruajes dorados brillaban en los soles, como peces plateados saltando del agua.

Cuando contó doce de ellos, no podía esperar más. Su corazón latía con fuerza en su pecho, olvidando a su rebaño por primera vez en su vida, Thor giró y bajó tropezando por la colina, decidido a no detenerse por nada, hasta darse a conocer.

*

Thor apenas hizo una pausa para recuperar el aliento, mientras bajaba corriendo las colinas, a través de los árboles, arañado por las ramas, sin darle importancia. Llegó a un claro y vio su aldea extendiéndose abajo: una ciudad rural dormida, con casas de un piso, de arcilla blanca, y techos de paja. Solamente había varias docenas de familias. El humo de las chimeneas se elevaba, ya que la mayoría estaba preparando el desayuno. Era un lugar idílico, no muy lejano—a un día de viaje de distancia—de la Corte del Rey, para disuadir a los transeúntes. Era solo otra aldea agrícola al borde del Anillo, otro eslabón en la cadena del Reino Oeste.

Thor llegó a la recta final, a la plaza del pueblo, levantando polvo a su paso. Los pollos y perros se alejaban de su camino, y una anciana, en cuclillas, afuera de su casa, ante un caldero de agua hirviendo, le siseó.

“¡Despacio, muchacho!”, ella se detuvo en seco, mientras él pasaba corriendo, lanzando polvo en su hoguera.

Pero Thor no reduciría la carrera—ni por ella ni por nadie. Se dio la vuelta por una calle lateral, después por otra, serpenteando por el camino que conocía de memoria, hasta que llegó a su casa.

Era una pequeña vivienda como las demás, con paredes de arcilla blanca y techo angular de paja. Como la mayoría, su habitación individual estaba dividida; su padre dormía en un lado y sus tres hermanos en el otro; a diferencia de la mayoría, tenía un pequeño gallinero en la parte posterior y era ahí donde Thor era enviado a dormir. Al principio, pasaba la noche con sus hermanos; pero con el tiempo habían crecido y eran más malos y más exclusivos, y no dejaban un espacio para él. Thor había sido herido, pero ahora disfrutaba de su propio espacio y prefería estar lejos de su presencia. Eso le confirmaba que era el exiliado de la familia y él ya lo sabía.

Thor corrió a la puerta principal y entró sin detenerse.

“¡Padre!”, gritó, respirando con dificultad. “¡Los Plateados! ¡Ya vienen!”.

Su padre y sus tres hermanos estaban sentados, encorvados, sobre la mesa del desayunador, vestidos con sus mejores galas. Al escuchar eso, se levantaron de un salto y corrieron a toda velocidad, chocando sus hombros mientras salían de la casa hacia el camino.

Thor los siguió hasta afuera, y todos se quedaron parados viendo el horizonte.

“No veo a nadie”, dijo Drake, el hermano mayor, con su voz grave. Con

sus hombros anchos, el cabello corto al igual que sus hermanos, ojos color marrón y labios delgados, en desaprobación, frunció el ceño hacia Thor, como de costumbre.

“Ni yo”, dijo Dross, un año menor que Drake, apoyándolo siempre.

“¡Ya vienen!”, repitió Thor. “¡Lo juro!”.

Su padre se volvió hacia él y lo sujetó de los hombros con severidad.

“¿Y cómo lo sabes?”, le reclamó.

“Los vi”.

“¿Cómo? ¿Desde dónde?”.

Thor vaciló; su padre lo pilló. Por supuesto que sabía que el único lugar desde donde Thor podría haberlos visto era de la cima de esa colina. Ahora Thor ya no estaba seguro de cómo responder.

“Yo...subí a la colina—”.

“¿Con el rebaño? Bien sabes que no deben ir tan lejos”.

“Pero hoy es diferente. Tenía que ver”.

Su padre frunció el ceño.

“Entra de inmediato y trae las espadas de tus hermanos y pule sus vainas, para que se vean lo mejor posible, antes de que lleguen los hombres del rey”.

Su padre, tras haber hablado con él, se volvió hacia sus hermanos, que estaban de pie en el camino, mirando.

“¿Crees que nos elijan?”, preguntó Durs, el más joven de los tres, y tres años mayor que Thor.

“Serían tontos si no lo hicieran”, dijo su padre. “Les faltan hombres este año. Ha habido una mala cosecha—o no se molestarían en venir. Párense derechos los tres, mantengan la barbilla elevada y el pecho hacia afuera. No los miren directamente a los ojos, pero tampoco desvíen la mirada. Sean fuertes y siéntanse seguros. No muestren debilidad. Si quieren estar en la Legión del Rey, deben actuar como si ya estuvieran en ella”.

“Sí, padre”, contestaron los tres muchachos a la vez, poniéndose en posición.

Se volvió y miró hacia atrás a Thor.

“¿Qué estás haciendo ahí todavía?”, preguntó. “¡Entra!”.

Thor se quedó ahí, indeciso. No quería desobedecer a su padre, pero tenía que hablar con él. Su corazón latía con fuerza, mientras debatía. Decidió que sería mejor obedecer, llevar las espadas y después confrontar a su padre. Desobedecer completamente, no ayudaría en nada.

Thor entró corriendo en la casa, por la parte posterior hacia el cobertizo

de las armas. Encontró las tres espadas de sus hermanos; todas ellas eran objetos de belleza, coronados con las mejores empuñaduras de plata, obsequios valiosos por los que su padre se había afanado durante años. Tomó las tres, sorprendido por su peso, como siempre, y corrió hacia la casa con ellas.

Corrió hacia sus hermanos, le entregó a cada uno una espada, después se volvió hacia su padre.

“¿Qué, sin pulir?”, preguntó Drake.

Su padre se volvió hacia él con desaprobación, pero antes de que pudiera decir algo, Thor tomó la palabra.

“Padre, por favor. ¡Necesito hablar contigo!”.

“Te dije que pulieras—”

“¡Por favor, padre!”.

Su padre le devolvió la mirada, debatiendo. Debe haber visto la seriedad en el rostro de Thor, porque finalmente dijo: “¿De qué se trata?”.

“Quiero ser considerado. Junto con los demás. Para la Legión”.

La risa de sus hermanos se oyó detrás de él, haciéndolo sonrojar.

Pero su padre no rió; al contrario, su ceño fue mayor.

“¿Eso quieres?”, preguntó.

Thor asintió con la cabeza vigorosamente.

“Tengo catorce años. Soy candidato elegible”.

“El límite es de catorce años”, dijo Drake desdeñoso, por encima de su hombro. “Si te eligieran, serías el más joven. ¿Crees que te elegirían por encima de alguien como yo, que tengo cinco años más que tú?”.

“Eres un insolente”, dijo Durs. “Siempre lo has sido”.

Thor se volvió hacia ellos. “No les pregunté a ustedes”, dijo él.

Se volvió hacia su padre, quien todavía fruncía el ceño.

“Padre, por favor”, dijo. “Dame una oportunidad. Es todo lo que pido. Sé que soy joven, pero con el tiempo me demostraré a mí mismo lo que valgo”.

Su padre negó con la cabeza.

“No eres soldado, muchacho. No eres como tus hermanos. Eres un pastor. Tu vida está aquí. Conmigo. Harás tus tareas y las harás bien. No hay que soñar tan alto. Acepta tu vida y aprende a amarla”.

Thor sintió que se le rompía el corazón al ver su vida derrumbarse ante sus ojos.

No, pensó él. *Esto no puede ser.*

“Pero, padre...”

“¡Silencio!”, gritó tan fuerte que atravesó el aire. “Ya basta. Aquí vienen. ¡Quítate del camino y cuida tus modales mientras ellos están aquí!”.

Su padre se acercó y con una mano empujó a Thor a un lado, como si fuera un objeto que no quisiera ver. Su mano carnosa resquemó el pecho de Thor.

Se oyó un gran estruendo y la gente del pueblo salió de sus casas, poniéndose en fila en las calles. Una nube de polvo cada vez mayor, anunciaba la caravana y momentos después llegó una docena de carruajes tirados por caballos, con un ruido como de un gran trueno.

Llegaron al pueblo como un ejército sorpresivo, deteniéndose cerca de la casa de Thor. Sus caballos hacían cabriolas en su lugar, resoplando. Le tomó mucho tiempo a la nube de polvo asentarse y Thor intentó ansiosamente echar una mirada a su armamento, a sus armas. Nunca había estado tan cerca de Los Plateados, y su corazón latía con rapidez.

El soldado del semental principal, desmontó. Aquí estaba él, un miembro verdadero de los Plateados, cubierto con una cota de malla brillante, una larga espada en su cinturón. Parecía tener unos treinta años, un hombre de verdad, con barba, cicatrices en la mejilla y una nariz torcida por la batalla. Con barba incipiente, él era el hombre más importante que Thor había visto en su vida, del doble de ancho que los demás, con un semblante que decía que estaba al mando.

El soldado bajó de un salto al camino de tierra, con sus espuelas tintineando mientras se acercaba a la formación de muchachos.

Por toda la aldea, docenas de muchachos se pusieron en posición de firmes, con esperanza. Unirse a los Plateados significaba tener una vida de honor, de combate, de fama, de gloria—junto con la tierra, el título y la riqueza. Significaba tener la mejor novia, la tierra más selecta, una vida de gloria. Significaba honra para la familia y entrar en la Legión era el primer paso.

Thor examinó los grandes carruajes dorados y sabía que sólo cabrían algunos reclutas. Era un gran reino, y tenían que visitar muchos pueblos. Tragó saliva al darse cuenta de que sus posibilidades eran más remotas de lo que pensaba. Tendría que vencer a todos esos otros muchachos—muchos de ellos combatientes importantes—además de sus tres hermanos. Tenía una sensación de desazón.

Thor respiraba con dificultad mientras el soldado caminaba de un lado a otro en silencio, examinando las filas de los aspirantes. Empezó en el lado

opuesto de la calle, y lentamente caminó en círculo. Thor conocía a todos los otros muchachos, desde luego. También sabía que algunos de ellos, secretamente, no querían ser elegidos, a pesar de que sus familias querían enviarlos. Tenían miedo; serían malos soldados.

Thor sentía una gran indignidad. Creía que merecía ser elegido, como cualquiera de ellos. El hecho de que sus hermanos fueran mayores, más grandes y fuertes, no significaba que no debería tener derecho a hacer la fila y ser elegido. Ardía de odio hacia su padre, y casi revienta fuera de su piel cuando el soldado se acercó.

El soldado se detuvo, por primera vez, ante sus hermanos. Los vio de arriba abajo, y parecía impresionado. Estiró la mano, tomó una de sus vainas y tiró de ella, para probar lo firme que era.

Él sonrió.

“Todavía no has usado tu espada en combate, ¿verdad?”, le preguntó a Drake.

Thor vio nervioso a Drake por primera vez en su vida. Drake tragó saliva.

“No, mi señor. Pero la he usado muchas veces para practicar, y espero...”

“¡Para *practicar!*”.

El soldado soltó una carcajada y se volvió hacia los otros soldados, que se unieron a él riendo en la cara de Drake.

Drake se sonrojó. Era la primera vez que Thor había visto a Drake avergonzado—generalmente, Drake avergonzaba a los demás.

“Pues, entonces, le diré a nuestros enemigos que te teman— ¡a ti, que empuñas una espada para *practicar!*”.

Los soldados volvieron a reír.

Entonces el soldado se volvió hacia los otros hermanos de Thor.

“Tres chicos del mismo origen”, dijo, frotando la incipiente barba en su mentón. “Puede ser útil. Tienen buen tamaño. Aunque son inexpertos. Necesitarán mucho entrenamiento, si quieren ser elegidos”.

Hizo una pausa.

“Supongo que podemos encontrar un espacio”.

Hizo una señal con la cabeza hacia el vagón trasero.

“Entren, y apresúrense. Antes de que cambie de opinión”.

Los tres hermanos de Thor corrieron hacia el carruaje, radiantes. Thor notó también la alegría en la cara de su padre.

Pero él estaba cabizbajo, mientras los veía marcharse.

El soldado se volvió y fue hacia la siguiente casa. Thor no podía soportarlo más.

“¡Señor!”, gritó Thor.

Su padre se volvió y lo miró, pero a Thor ya no le importaba.

El soldado se detuvo, de espaldas a él, y se volvió lentamente.

Thor avanzó dos pasos adelante, sintiendo que su corazón se aceleraba, sacó el pecho todo lo que pudo.

“No me ha tomado en cuenta, señor”, dijo él.

El soldado, sorprendido, miró a Thor de arriba a abajo, como si se tratara de una broma.

“¿No?”, preguntó él y se echó a reír.

Sus hombres también se echaron a reír. Pero a Thor no le importaba. Este era su momento. Era ahora o nunca.

“¡Quiero unirme a la Legión!”, dijo Thor.

El soldado se acercó a Thor.

“¿En serio?”.

Parecía divertido.

“¿Y has llegado a tu decimocuarto año?”.

“Sí, señor. Hace dos semanas”.

“*¡Hace dos semanas!*”.

El soldado gritó, riendo, al igual que los hombres que estaban detrás de ellos.

“En ese caso, nuestros enemigos temblarán al verte”.

Thor sintió que ardía de indignidad. Tenía que hacer algo. No podía dejar que todo terminara así. El soldado se dio la vuelta para alejarse—pero Thor no podía permitirlo.

Thor dio un paso adelante y gritó: “¡Señor! ¡Está cometiendo un error!”.

Se extendió un grito ahogado de horror entre la multitud, mientras el soldado se detenía y una vez más se volvió lentamente.

Ahora con el ceño fruncido.

“Muchacho tonto”, dijo su padre, sujetando a Thor por el hombro, “¡regresa adentro!”.

“¡No lo haré!”, gritó Thor, soltándose de la sujeción de su padre.

El soldado se acercó a Thor, y su padre se alejó.

“¿Sabes cuál es el castigo por insultar a Los Plateados?”, preguntó el soldado.

El corazón de Thor se aceleró, pero él sabía que no podía dar marcha

atrás.

“Por favor, perdónelo, señor”, dijo su padre. “Él es un niño y..”

“No estoy hablando contigo”, dijo el soldado. Con una mirada fulminante, obligando al padre de Thor a alejarse.

El soldado volvió hacia a Thor.

“¡Contéstame!”, dijo él.

Thor tragó saliva, incapaz de hablar. No era así como él lo imaginó.

“Insultar a los Plateados es como insultar al mismo Rey”, dijo Thor mansamente, recitando lo que había aprendido de memoria.

“Sí”, dijo el soldado. “Lo que significa que puedo darte cuarenta latigazos, si quiero”.

“No quise insultarlo, señor”, dijo Thor. “Solamente quiero ser elegido. Por favor. He soñado con esto toda mi vida. Por favor. Permítame unirme a ustedes”.

El soldado lo miró, y lentamente, su expresión se suavizó. Después de un largo rato, negó con la cabeza.

“Eres joven, muchacho. Eres orgulloso. Pero no estás listo. Regresa cuando madures”.

Con eso, se dio la vuelta y salió corriendo, casi sin mirar a los otros muchachos. Subió rápidamente a su caballo.

Thor, cabizbajo, observaba cómo empezaba a entrar en acción el carruaje, tan pronto como habían llegado, se marcharon.

Lo último que vio Thor fue a sus hermanos, sentados en la parte trasera del carruaje, mirándolo, desaprobando, burlándose. Se los estaban llevando delante de sus ojos, lejos de ahí, hacia una vida mejor.

Por dentro, Thor tenía ganas de morir.

A medida que el entusiasmo que había alrededor de él se desvaneció, los aldeanos volvieron a sus hogares.

“¿Te das cuenta de lo estúpido que fuiste, muchacho tonto?”, dijo el padre de Thor, sujetando sus hombros. “¿Te das cuenta de que pudiste haber arruinado las posibilidades de tus hermanos?”.

Thor apartó las manos de su padre bruscamente, y su padre dio la vuelta y le abofeteó la cara.

Thor sintió la punzada y miró a su padre. Una parte de él, por primera vez, quería regresar el golpe a su padre. Pero se contuvo.

“Ve por mis ovejas y tráelas de regreso. ¡Ahora! Y cuando regreses, no esperes que te dé de comer. No cenarás esta noche, y piensa en lo que hiciste”.

“¡Tal vez nunca regrese!”, gritó Thor, mientras se volvía y salía corriendo, lejos de su casa, hacia las colinas.

“¡Thor!”, gritó su padre. Algunos de los aldeanos que permanecían en el camino, se detuvieron y observaron.

Thor empezó a trotar, después a correr, queriendo alejarse lo más rápido posible de ese lugar. Casi no se dio cuenta de que estaba llorando, que las lágrimas inundaban su cara, como si todos los sueños que había tenido en su vida hubieran sido aplastados.

CAPÍTULO DOS

THOR vagó durante horas en las colinas, en plena ebullición (echando humo), hasta que finalmente eligió una colina y se sentó, con los brazos cruzados sobre sus piernas, y miró al horizonte. Observó cómo desaparecían los carruajes, vio la nube de polvo que permaneció durante horas después.

No habría más visitas. Ahora estaba destinado a permanecer ahí, en esa aldea durante años, esperando otra oportunidad—si es que alguna vez regresaban. Si su padre lo permitía alguna vez. Ahora solo quedaban él y su padre, solos en la casa, y su padre seguramente dejaría ir toda su ira sobre él. Seguiría siendo el lacayo de su padre, pasarían los años, y terminaría igual que él, arraigado ahí, viviendo una vida empequeñecida, doméstica—mientras que sus hermanos ganaban gloria y renombre. Sus venas ardían con la indignación de todo eso. Esta no era la vida que quería vivir. Él lo sabía.

Thor se quemó los sesos buscando algo que pudiera hacer, alguna manera de cambiar las cosas. Pero no había nada. Esas eran las cartas que la vida había barajado para él.

Después de haber estado sentado durante horas, se levantó desanimado y comenzó recorriendo su camino de regreso a las colinas conocidas, más y más alto. Inevitablemente, se desvió de nuevo hacia el rebaño, a la alta loma. Mientras subía, el primer sol cayó en el cielo y el segundo llegó a su apogeo, tomando un tinte verdoso. Thor tomó tiempo deambulando, quitó el cabestrillo de su cintura mecánicamente; su empuñadura de cuero muy gastada por los años de uso. Metió la mano en el saco atado a la cadera y acarició su colección de piedras, cada una más suave que la siguiente, seleccionadas de los arroyos más selectos. A veces le disparaba a las aves; otras veces a los roedores. Era una costumbre que había tenido durante años. Al principio, fallaba en todo; después, una vez, le pegó a un objetivo en movimiento. Desde entonces, su tino era acertado. Ahora, lanzar piedras se había convertido en parte de él —y le ayudaba a liberar parte de su rabia. Sus hermanos podrían ser capaces de blandir una espada en un leño—pero nunca podrían golpear a un ave volando, con una piedra.

Thor colocó sin pensar, una piedra en la honda, la echó hacia atrás y la lanzó con todas sus fuerzas, fingiendo que la aventaba hacia su padre. Golpeó una rama en un árbol lejano, tirándola. Una vez que había descubierto que en

realidad podía matar animales en movimiento, que había dejado de apuntarles por miedo hacia su propio poder y no queriendo hacer daño a nada; ahora su objetivo eran las ramas. A menos, por supuesto, que un zorro persiguiera a su rebaño. Con el tiempo, ellos habían aprendido a mantenerse alejados, y las ovejas de Thor, como resultado, fueron las que estuvieron más a salvo en el pueblo.

Thor pensó en sus hermanos, en qué lugar estarían en estos momentos, y se puso frenético. Después de un día de viaje, llegarían a la Corte del Rey. Podía imaginarlo. Podía verlos llegar con fanfarrias, la gente vestida con sus mejores galas, saludándolos. Los guerreros los saludarían. Los miembros de los Plateados. Serían recibidos y llevados a un lugar para vivir en las barracas de la Legión, un lugar dónde entrenarse en los campos del rey, usando las mejores armas. Cada uno sería nombrado escudero de un caballero famoso. Un día se convertirían en caballeros, tendrían su propio caballo, su propio escudo de armas y tendrían su propio escudero. Participarían en todos los festivales y cenarían en la mesa del rey. Era una vida de ensueño. Y se le había resbalado de las manos.

Thor se sentía físicamente enfermo, y trató de borrar todo de su mente. Pero no pudo. Había algo en él, en lo más profundo, que le gritaba. Le decía que no se rindiera, que tenía un mejor destino que éste. Ignoraba qué era, pero sabía que ese no era el lugar adecuado. Él se sentía diferente. Incluso especial. Que nadie lo entendía, y que todos lo subestimaban.

Thor llegó a la loma más alta y vio a su rebaño. Estaban bien entrenadas, y seguían reunidas, royendo con gusto toda la hierba que encontraban. Las contó, buscó las marcas rojas que les había puesto en la espalda. Se quedó inmóvil cuando terminó. Faltaba una oveja.

Contó de nuevo, y otra vez. No podía creerlo: faltaba una.

Thor nunca había perdido una oveja y su padre no se lo perdonaría. Peor aún, odiaba la idea de que una de sus ovejas se pudiera haber perdido, estar sola, vulnerable, en el páramo. Odiaba ver cómo cualquier inocente sufría.

Thor se apresuró hasta la cima de la loma y escudriñó el horizonte hasta que la vio, a lo lejos, a varios cerros de distancia: la oveja solitaria, con la marca roja en la parte posterior. Era la rebelde de la manada. Se sintió descorazonado al darse cuenta de que la oveja no solo había huido, sino que había elegido, de todos los lugares, ir hacia el oeste, a Darkwood.

Thor tragó saliva. Darkwood estaba prohibido—no solo para las ovejas, sino para todos los humanos. Estaba más allá del límite de la aldea, y desde

que empezó a caminar, Thor sabía que no debía aventurarse ahí. Nunca lo había hecho. Ir ahí, según la leyenda, era una muerte segura, sus bosques estaban sin marcar y llenos de animales feroces.

Thor levantó la vista al cielo oscuro, debatiendo. No podría dejar que su oveja se fuera. Pensó que si se daba prisa, podría recuperarla a tiempo.

Después de una última mirada, volteó y corrió velozmente, en dirección oeste, hacia Darkwood, juntándose gruesas nubes arriba. Tuvo una sensación de desazón, pero sus piernas parecían moverse por sí mismas. Sentía que no había vuelta atrás, aunque quisiera.

Era como correr hacia una pesadilla.

*

Thor bajó corriendo la serie de colinas, sin pausar, hacia el grueso follaje de Darkwood. Los senderos terminaban donde comenzaba el bosque, y él corrió hacia el territorio sin marcar, y las hojas del verano crujían bajo sus pies.

Desde el instante en que entró al bosque, se vio envuelto en la oscuridad, la luz estaba bloqueada por los enormes pinos. También hacía más frío aquí, y mientras cruzaba el umbral, sintió un escalofrío. No se trataba solo de la oscuridad o el frío — era otra cosa. Algo que no podía nombrar. Era una sensación de ser observado.

Thor miró hacia arriba, hacia las antiguas ramas, nudosas, más gruesas que él, balanceándose y crujiendo en la brisa. Apenas había dado cincuenta pasos en el bosque cuando empezó a escuchar ruidos de animales extraños. Se dio media vuelta y apenas podía ver la entrada de donde había llegado; ya se sentía como si no hubiera salida. Dudó.

Darkwood siempre había estado en la periferia de la ciudad y en la periferia de la mente de Thor, como algo profundo y misterioso. Cualquier pastor que hubiera perdido una oveja en el bosque nunca se habría atrevido a ir tras ella. Incluso su padre. Los cuentos acerca de este lugar eran demasiado oscuros, demasiado persistentes.

Pero había algo diferente ahora, que hacía que a Thor ya no le importara, que le hacía dejar a un lado la precaución. Una parte de él quería llegar al límite, para ir lo más lejos posible de su casa y para dejar que la vida lo llevara a donde fuera.

Se aventuró más lejos, después se detuvo, inseguro de qué camino seguir. Se dio cuenta de las marcas, de ramas dobladas por donde su oveja debió

haber pasado, y se dirigió hacia esa dirección. Después de algún tiempo, se volvió de nuevo.

Antes de que otra hora hubiera pasado, estaba perdido sin remedio. Estaba tratando de recordar la dirección por donde llegó—pero no siempre estaba seguro. Tuvo un sentimiento de inquietud en su estómago, pero pensó que la única salida era ir hacia adelante, y eso fue lo que hizo.

A lo lejos, Thor vio un rayo de sol y se dirigió hacia él. Al verse ante un pequeño claro, se detuvo en el borde, arraigado, no podía creer lo que veía ante él. A lo lejos, Thor vio un rayo de luz y fue hacia él. Se encontró frente a un pequeño claro, se detuvo en el borde—no podía creer lo que vio ante él.

Ahí, de pie, de espaldas a Thor, vestido con una larga túnica azul satinada, estaba un hombre. No, no era un hombre. Thor podía sentirlo desde ahí. Era algo más. Un Druida, tal vez. Estaba de pie, alto y erguido, la cabeza cubierta con una capucha, perfectamente inmóvil, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Thor no sabía qué hacer. Había oído hablar de los Druidas, pero nunca se había encontrado con uno. Por las marcas en su túnica y el elaborado ajuste del oro, éste no era un simple Druida: esas eran las marcas reales. De la Corte del Rey. Thor no podía entenderlo. ¿Qué estaba haciendo un Druida real ahí?

Después de lo que pareció una eternidad, el Druida se volvió lentamente y se encaró con él y mientras lo hacía, Thor reconoció el rostro. Se quedó sin respiración. Era uno de los rostros más famosos del reino: el druida personal del rey. Argon, consejero de los reyes del reino oeste, durante siglos. Lo que estaba haciendo aquí, lejos de la Corte Real, en el centro de Darkwood, era un misterio. Thor se preguntó si lo estaba imaginando.

“Tus ojos no te engañan”, dijo Argon, viendo directamente a Thor.

Su voz era grave, antigua, como si fueran dichas por los mismos árboles. Sus ojos grandes y translúcidos parecían perforar a Thor, resumiéndolo. Thor sintió una intensa energía que irradiaba del Druida, como si estuviera de pie frente al sol.

Thor inmediatamente se arrodilló e inclinó la cabeza.

“Mi señor”, dijo él. “Lamento haberlo molestado”.

La falta de respeto hacia el consejero del rey, daría lugar a ir a prisión o a morir. Ese hecho se había arraigado en Thor desde que nació.

“Levántate, hijo”, dijo Argon. “Si quisiera que te arrodillaras, te lo habría dicho”.

Lentamente, Thor se levantó y lo miró. Argon se acercó unos pasos. Se

detuvo y miró a Thor, hasta que lo hizo sentir incómodo.

“Tienes los ojos de tu madre”, dijo Argon.

Thor se sorprendió. Nunca había conocido a su madre y nunca había conocido a nadie, además de su padre, que la conociera. Le habían dicho que ella había muerto en el parto, algo de lo que Thor siempre se había sentido culpable. Siempre había sospechado que era por eso que su familia lo odiaba.

“Creo que me está confundiendo con otra persona”, dijo Thor. “Yo no tengo una madre”.

“¿No la tienes?”, Argon preguntó con una sonrisa. “¿Naciste de un hombre?”.

“Quiero decir que mi madre murió en el parto. Creo que me confunde”.

“Eres Thorgrin, del clan McLeod. El más joven de cuatro hermanos. El que no fue elegido”.

Thor abrió bien los ojos. No sabía que pensar de eso. Que alguien de la estatura de Argon supiera quién era él—era más de lo que podía entender. Ni siquiera pensaba que él fuera conocido por alguien fuera de la aldea.

“¿Cómo...sabe eso?”.

Argon le sonrío, pero no respondió.

Thor se llenó de curiosidad.

“¿Cómo...?” Thor añadió, buscando a tientas las palabras. “¿Cómo conoce a mi madre? ¿La ha conocido? ¿Quién era ella?”.

Argon se dio media vuelta y se alejó.

“Son preguntas para otro momento”, dijo él.

Thor lo vio alejarse, desconcertado. Fue un encuentro tan vertiginoso y misterioso, y todo estaba ocurriendo tan rápido. Decidió que no podía dejar que se fuera Argon, y corrió tras él.

“¿Qué está haciendo aquí?”, preguntó Thor, corriendo para alcanzarlo. Argon, usando su bastón, una cosa antigua de marfil, caminó engañosamente rápido. “No *me* esperabas, ¿verdad?”.

“¿Quién más?”, preguntó Argon.

Thor se apresuró a alcanzarlo, siguiéndolo en el bosque, quedando atrás el claro.

“¿Pero por qué yo? ¿Cómo supo que vendría? ¿Qué es lo que quiere?”.

“Son demasiadas preguntas”, dijo Argon. “Llenas el aire. Mejor deberías escuchar”.

Thor siguió mientras continuaban caminando por el espeso bosque, haciendo lo posible por permanecer callado.

“Viniste a buscar a tu oveja perdida”, dijo Argon. “Es un noble esfuerzo. Pero pierdes tu tiempo. Ella no sobrevivirá”.

Los ojos de Thor se abrieron asombrados.

“¿Cómo lo sabe?”.

“Conozco mundos que nunca verás, muchacho. O al menos, no todavía”.

Thor estaba asombrado, mientras caminaba para alcanzarlo.

“Pero no escucharás. Esa es tu naturaleza. Testarudo. Igual que tu madre. Continuarás buscando a tu oveja, decidido a rescatarla”.

Thor se sonrojó mientras Argon leía sus pensamientos.

“Eres un guerrero”, añadió. “Empecinado. Demasiado orgulloso. Son rasgos positivos. Pero un día puede ser tu perdición”.

Argon comenzó a caminar hacia una cresta cubierta de musgo y Thor lo siguió.

“Quieres unirse a la Legión del Rey”, dijo Argon.

“¡Sí!”, contestó Thor, emocionado. “¿Tengo alguna oportunidad para lograrlo? ¿Puede hacer que eso ocurra?”.

Argon rió, con un sonido grave, hueco, que hizo sentir escalofrío en la columna vertebral de Thor.

“Puedo hacer que todo y nada suceda. Tu destino ya estaba escrito. Pero depende de ti elegirlo”.

Thor no entendió.

Llegaron a la cima de la cresta de la montaña, donde Argon se detuvo y lo enfrentó. Thor se detuvo a unos centímetros de distancia y la energía de Argon ardía a través de él.

“Tu destino es importante”, dijo él. “No lo abandones”.

Los ojos de Thor se abrieron de par en par. ¿Su destino? ¿Importante? Se llenó de orgullo.

“No entiendo. Habla con acertijos. Por favor, dígame más”.

Argon desapareció.

La boca de Thor se abrió involuntariamente. Miró en todas direcciones, escuchando, preguntando. ¿Había imaginado todo eso? ¿Era algún engaño?

Thor se dio la media vuelta y examinó el bosque, desde ese mirador, en lo alto de la cresta, que podía ver más lejos que antes. Al mirar, notó movimiento a lo lejos. Oyó un ruido y estaba seguro de que era su oveja.

Tambaleó por la cordillera cubierta de musgo y se apresuró hacia donde venía el sonido, a través del bosque. Al ir, no podía olvidar su encuentro con Argon. No podía creer que había ocurrido. ¿Qué hacía ahí, de todos los

lugares, el Druida del Rey? Él lo había estado esperando. ¿Pero, por qué? ¿Y qué había querido decir de lo de su destino?

Cuanto más trataba Thor de descifrarlo, menos entendía. Argon le había advertido que no debía continuar mientras lo tentaba a hacerlo. Ahora, a medida que caminaba, Thor tuvo una creciente sensación de aprensión, como si algo importante estuviera a punto de suceder.

Dobló una curva y se detuvo en seco ante sus huellas, al verlo frente a él. Sus peores pesadillas se confirmaron en solo un momento. Se le pararon los cabellos de punta y se dio cuenta de que había cometido un grave error al ir a lo profundo de Darkwood.

Frente a él, apenas a treinta pasos, estaba un Sybold. Corpulento, musculoso, sobre las cuatro patas, casi del tamaño de un caballo, estaba el animal más temido de Darkwood, tal vez incluso del reino. Thor nunca había visto uno, pero había oído las leyendas. Parecía un león, pero era más grande, más fornido, su piel escarlata oscuro y sus ojos de color amarillo brillante. La leyenda dice que su color carmesí vino de la sangre de los niños inocentes.

Thor había oído hablar de unos avistamientos de esa bestia toda su vida, e incluso se creía que estaban en entredicho. Tal vez porque nadie había sobrevivido a un encuentro. Algunos consideraban que Sybold era el dios de los bosques y un presagio. ¿Cuál era ese presagio? Thor no tenía ni idea.

Con cuidado, dio un paso atrás.

Sybold, con sus enormes mandíbulas entreabiertas, sus colmillos goteando saliva, le devolvió la mirada, con sus ojos amarillos. En su hocico estaba la oveja perdida de Thor, balando, colgada de cabeza, con la mitad de su cuerpo atravesado por los colmillos. Casi estaba muerta. El Sybold parecía disfrutar de la matanza, tomando su tiempo, deleitándose en torturarla.

Thor no soportaba los balidos. La oveja se meneó, impotente y él se sentía responsable.

El primer impulso de Thor fue dar la vuelta y correr, pero era inútil. Esa bestia corría más rápido que nada. Correr solo lo envalentonaría. Y él no podía dejar morir así a su oveja.

Se quedó congelado de miedo, y sabía que tenía que tomar alguna medida al respecto.

Sus reflejos entraron en acción. Lentamente se agachó hacia su bolsa, sacó una piedra y la puso en su honda. Con la mano temblorosa, la tensó, dio un paso hacia adelante y la lanzó.

La piedra voló por los aires y dio en el blanco. Fue un tiro perfecto.

Golpeó a la oveja en su globo ocular, llevándola hacia su cerebro.

La oveja se quedó inerte. Muerta. Thor había evitado que el animal sufriera.

El Sybold lo miró, furioso de que Thor hubiera matado a su juguete. Lentamente abrió sus enormes mandíbulas y dejó caer a la oveja, aterrizando con un ruido sordo en el suelo del bosque. Después fijó su mirada en Thor.

Hizo un gruñido profundo, malvado, que surgió de su panza.

Al merodear hacia él, Thor, con el corazón acelerado, puso otra piedra en su honda, lanzándola hacia atrás y se preparó a disparar una vez más.

El Sybold corrió velozmente, moviéndose más rápido que nada de lo que Thor había visto en su vida. Thor dio un paso adelante y lanzó la piedra, rezando para que le pegara, sabiendo que no tendría tiempo de lanzar otra honda antes de que llegara.

La piedra golpeó a la bestia en su ojo derecho, derribándolo. Fue un tiro estupendo, que habría hecho caer de rodillas a un animal inferior.

Pero éste no era un animal inferior. La bestia era imparable. Gruñó por la herida, pero nunca redujo la velocidad. Incluso sin un ojo, con la piedra alojada en su cerebro, continuó yendo al ataque sin pensar, hacia Thor. No había nada que Thor pudiera hacer.

Un momento después, la bestia se abalanzó sobre él. Subió su enorme garra y golpeó con fuerza su hombro.

Thor gritó. Sentía como si tres cuchillos le cortaran la carne, y la sangre caliente salió a borbotones de inmediato.

La bestia lo inmovilizó en el suelo, sobre las cuatro patas. El peso era inmenso, como el de un elefante parado sobre su pecho. Thor sintió que aplastaba su caja torácica.

La bestia echó su cabeza hacia atrás, abrió bien sus fauces, revelando sus colmillos y empezó a bajarlos hacia la garganta de Thor.

Al hacerlo, Thor subió la mano y agarró su cuello; era como agarrar músculo sólido. Thor apenas podía aguantar. Sus brazos empezaron a temblar, mientras los colmillos bajaban cada vez más. Sintió su aliento caliente en su rostro, sintió que la saliva goteaba sobre su cuello. Un estruendo provenía de la profundidad del pecho del animal, sintiendo un escozor en los oídos de Thor. Sabía que iba a morir.

Thor cerró sus ojos.

Por favor, Dios. Dame la fuerza. Permíteme luchar contra esta criatura. Por favor. Te lo suplico. Haré lo que me pidas. Tendré contigo una

gran deuda.

Y entonces algo ocurrió. Thor sintió un tremendo calor en su cuerpo, recorriendo sus venas, como un campo de energía que corría a través de él. Abrió los ojos y cuando empujó de nuevo el cuello de la bestia, sorprendentemente, fue capaz de igualar su fuerza y mantenerlo a raya.

Thor continuó empujando hasta que hizo retroceder a la bestia. Su fuerza creció y sintió un cañón de energía—un instante después, la bestia salió volando hacia atrás. Thor lo aventó unos tres metros de distancia. Aterrizó sobre su espalda.

Thor se sentó, sin entender lo que había ocurrido.

La bestia volvió a levantarse. Después, lleno de rabia, volvió al ataque—pero esta vez Thor se sentía diferente. La energía fluía a través de él; se sentía más poderoso que nunca.

Mientras la bestia saltaba en el aire, Thor se agachó, lo sujetó de la panza, y lo lanzó, dejándolo llevar por su impulso.

La bestia voló a través del bosque, se estrelló contra un árbol y cayó al suelo.

Thor se quedó mirando, asombrado. ¿Acababa de lanzar a un Sybold?

La bestia parpadeó dos veces, después miró a Thor. Se puso de pie y volvió al ataque.

Esta vez, mientras la bestia se abalanzaba, Thor lo sujetó del cuello. Ambos cayeron al suelo, la bestia encima de Thor. Pero Thor se dio la vuelta y quedó encima de él. Thor se aferró a él, asfixiándolo con las dos manos, mientras la bestia seguía tratando de levantar la cabeza y colocar sus colmillos sobre él. No le atinó. Thor, sintiendo una nueva energía, le clavó las manos y no lo soltó. Dejó que la energía lo atravesara. Y pronto, sorprendentemente, se sintió más fuerte que la bestia.

Él estaba asfixiando al Sybold hasta morir. Finalmente, la bestia quedó inerte.

Thor no lo soltó durante otro minuto completo.

Se puso de pie, lentamente, sin aliento, mirando hacia abajo, con los ojos abiertos de par en par, mientras sostenía su brazo herido. ¿Qué acababa de suceder? ¿Acababa de matar Thor a un Sybold?

Sintió que era una señal, en este día en especial, de todos los días. Sentía que algo importante había ocurrido. Él había matado a la más temida y famosa bestia de su reino. Sin ayuda de nadie. Sin un arma. No parecía real. Nadie lo creería.

Sintió que el mundo giraba mientras se preguntaba qué poder lo había hecho ganar, cuál era el significado, quién era él realmente. Las únicas personas conocidas en tener un poder semejante eran los Druidas. Pero ni su padre ni su madre eran Druidas, así que él no podía serlo.

¿O sí?

Sintiendo a alguien detrás de él, Thor giró para ver a Argon ahí parado, mirando al animal.

“¿Cómo llegó hasta aquí?”, preguntó Thor, sorprendido.

Argon lo ignoró.

“¿Vio lo que ocurrió?”, preguntó Thor, todavía incrédulo. “No sé cómo lo hice”.

“Pero sí lo sabes”, contestó Argon”. En el fondo, lo sabes. Eres diferente a los demás”.

“Fue como...una oleada de poder”, dijo Thor. “Como una fuerza que no sabía que tenía”.

“El campo de energía”, dijo Argon. “Un día vas a conocerlo muy bien. Incluso aprenderás a controlarlo”.

Thor agarró su hombro; el dolor era insoportable. Miró hacia abajo y vio su mano llena de sangre. Se sentía mareado, preocupado de lo que pasaría si no conseguía ayuda.

Argon dio tres pasos hacia adelante, extendió la mano, sujetó la mano libre de Thor y la puso firmemente sobre la herida. La mantuvo ahí, se echó hacia atrás y cerró sus ojos.

Thor sintió una sensación de calor en su brazo. En segundos, la sangre pegajosa de su mano se secó, y sintió que el dolor empezaba a desaparecer.

Miró hacia abajo y no podía comprender: había sanado. Solamente quedaban tres cicatrices donde las garras lo habían cortado—pero estaban cerradas y parecía que era de hacía varios días. No había más sangre.

Thor miró a Argon asombrado.

“¿Cómo hizo eso?”, preguntó él.

Argon sonrió.

“No fui yo. Fuiste *tú*. Solo dirigí tu poder”.

“Pero yo no tengo poder para sanar”, respondió Thor, desconcertado.

“¿Qué no la tienes?”, contestó Argon.

“No entiendo. Nada de esto tiene sentido”, dijo Thor, cada vez más impaciente. “Por favor, dígame”.

Argon desvió la mirada.

“Algunas cosas deben aprenderse con el tiempo”.

Thor pensó en algo.

“¿Eso significa que puedo unirme a la Legión del Rey?”, preguntó él, emocionado. “Sin duda, si puedo matar a un Sybold, entonces puedo mantenerme a la par con otros chicos”.

“Por supuesto que puedes”, contestó él.

“Pero pudieron elegir a mis hermanos—no me seleccionaron a mí”.

“Tus hermanos no podrían haber matado a esa bestia”.

Thor le devolvió la mirada, pensando.

“Pero ya me habían rechazado. ¿Cómo puedo unirme a ellos?”.

“¿Desde cuándo necesita un guerrero una invitación?”, preguntó Argon.

Sus palabras se sumergieron en lo profundo. Thor sintió que su cuerpo se calentaba.

“¿Está diciendo que debo ir y presentarme? ¿Sin invitación?”.

Argon sonrió.

“*Tú* creas tu destino. No los demás”.

Thor parpadeó—y un momento después, Argon había desaparecido. Una vez más.

Thor se dio la vuelta, mirando en todas direcciones, pero no había rastro de él.

“¡Aquí!”, dijo una voz.

Thor se dio la vuelta y vio un enorme peñasco ante él. Sintió que la voz provenía de la cima y de inmediato la escaló.

Llegó a la cima, y quedó perplejo al no ver ninguna señal de Argon.

Sin embargo, desde ese mirador, él podía ver por encima de las copas de Darkwood. Vio dónde terminaba Darkwood, vio el segundo sol poniéndose en un verde oscuro y más allá, el camino que llevaba a la Corte del Rey.

“El camino es tuyo, si quieres tomarlo”, dijo la voz. “Si te atreves”.

Thor giró pero no vio nada. Solo una voz, haciendo eco. Pero él sabía que Argon estaba ahí, en algún lugar, incitándolo. Y sintió, en el fondo, que tenía razón.

Sin dudarle un momento, Thor bajó el peñasco, salió del bosque hacia el camino lejano.

Corriendo hacia su destino.

CAPÍTULO TRES

EL REY MacGil—corpulento, de pecho fuerte y grueso, con una barba tupida, canosa, y cabello largo, frente ancha con líneas de expresión de tantas batallas—estaba de pie en las murallas superiores de su castillo, su reina junto a él, y pasaban por alto las florecientes festividades del día. Sus terrenos reales se extendían debajo de él, en toda su gloria, hasta donde la vista alcanzaba, una próspera ciudad amurallada por antiguas fortificaciones de piedra. La Corte del Rey. Interconectada por un laberinto de calles serpenteantes tenía edificios de piedra de todos tipos y tamaños—para los guerreros, los guardias, los caballos, los Plateados, la Legión, las barracas, las armas, el depósito de armas—y entre ellos, cientos de viviendas para multitud de su gente que optó por vivir dentro de las murallas de la ciudad. Entre esas calles había hectáreas de césped, de jardines reales, de plazas de piedra, de fuentes desbordantes. La Corte del Rey había sido mejorada durante siglos, por su padre, y su abuelo—y ahora estaba en el apogeo de su gloria. Sin duda, ahora era la fortificación más segura dentro del Reino Oeste del Anillo.

MacGil fue bendecido con los guerreros más finos y más leales que cualquier rey hubiera conocido, y en el curso de su vida, nadie se había atrevido a atacar. El séptimo MacGil para mantener el trono, lo había mantenido bien durante sus treinta y dos años de gobierno, había sido un rey bueno y sabio. La tierra había prosperado mucho en su reinado. Él había duplicado el tamaño de su ejército, expandido sus ciudades, llevó abundancia a su gente y no había ni una sola queja en su pueblo. Era conocido como un rey generoso y nunca había habido un periodo de abundancia y paz semejante desde que asumió el trono.

Lo cual, paradójicamente, fue precisamente lo que mantuvo a MacGil despierto en la noche. MacGil sabía su historia: en todos los tiempos nunca había habido un largo tramo sin una guerra. Ya no se preguntaba *si* habría un ataque—sino cuándo. Y de quién.

La mayor amenaza, por supuesto, venía de más allá del Anillo, del imperio de Los Salvajes que gobernaban las tierras periféricas, que habían subyugado a todos los pueblos fuera del Anillo, más allá del Barranco. Para MacGil, y las siete generaciones que le precedieron, Los Salvajes nunca habían planteado una amenaza directa. Debido a la geografía única de su

reino, en forma de un círculo perfecto—un anillo—separado del resto del mundo por un Barranco profundo, de ochocientos metros de ancho, y protegido por un escudo de energía que había estado activo desde que gobernó un MacGil, tenían poco que temer a Los Salvajes. Los Salvajes habían intentado atacar muchas veces, para penetrar el blindaje, para cruzar el Barranco; ni una vez habían tenido éxito. Mientras él y su gente se quedaran en el Anillo, no habría ninguna amenaza exterior.

Sin embargo, eso no significaba que no había ninguna amenaza desde el interior. Y eso era lo que había mantenido a MacGil despierto toda la noche últimamente. Eso, de hecho, era el propósito de las festividades del día: el matrimonio de su hija mayor. Un matrimonio arreglado específicamente para apaciguar a sus enemigos, para mantener la frágil paz entre los Reinos del Este y del Oeste del Anillo.

Mientras que el Anillo se extendía unos ochocientos kilómetros en cada dirección, se dividió en dos mitades por una cadena montañosa. El altiplano. Por el otro lado del altiplano, estaba el Reino Oriental, descartando la otra mitad del Anillo. Y este reino, gobernado desde hacía siglos por sus rivales, los McCloud, siempre había tratado de destruir su frágil tregua con los MacGil. Los McCloud estaban descontentos, en desagrado con su suerte, convencidos de que su parte del reino estaba en tierras menos fértiles. Ellos también se disputaban el altiplano, insistiendo en que toda la cordillera era de ellos, cuando al menos la mitad de ella pertenecía a los MacGil. Había escaramuzas fronterizas perpetuas y constantes amenazas de invasión.

Como MacGil meditaba todo, estaba molesto. Los McCloud debían ser felices; estaban a salvo dentro del Anillo, protegidos por el Barranco, estaban en tierra selecta y no había nada que temer. ¿Por qué no podían estar contentos con su propia mitad del Anillo? Solamente porque MacGil había incrementado tanto su ejército, que por primera vez en la historia, los McCloud no habían osado atacar. Pero MacGil, como rey sabio que era, presintió algo en el horizonte: él sabía que esta paz no podía durar. Por lo tanto, había arreglado ese matrimonio de su hija mayor con el príncipe mayor de los McCloud. Y ahora, el día había llegado.

Al mirar hacia abajo, vio debajo de él a miles de subalternos vestidos con túnicas de colores brillantes, llegando de todos los rincones del reino, desde ambos lados del altiplano. De casi todo el Anillo, todos iban vertiendo en sus fortificaciones. Su pueblo lo había preparado desde hacía muchos meses, mandado a hacer para que todo pareciera próspero, fuerte. Este día no

era para un simple matrimonio, era un día para enviar un mensaje a los McCloud,

MacGil examinó a sus cientos de soldados alineados estratégicamente a lo largo de las murallas, en las calles, a lo largo de las paredes; había más soldados de los que podría necesitar—y se sentía satisfecho. Fue la demostración de fuerza que buscaba. Pero también se sentía en ascuas: el ambiente estaba cargado, listo para una escaramuza. Esperaba que no hubiera gente impulsiva, enconados con la bebida, levantándose de cada lado.

Echó un vistazo a los campos de justas, a los campos de juego y pensó en el futuro cercano; lleno de juegos y justas y todo tipo de fiestas. Serían intensos. Los McCloud seguramente aparecerían con su propio pequeño ejército y cada justa, cada lucha, cada competición, tendría un significado. Si algo saliera mal siquiera, podría convertirse en una batalla.

“¿Mi rey?”.

Sintió una mano suave en la suya y volteó a ver a su reina, Krea, quien seguía siendo la mujer más hermosa que había conocido en su vida. Felizmente casado con él todo su reinado, ella le había dado cinco hijos, tres de ellos hombres y no se había quejado ni una vez. Por otra parte, se había convertido en su consejera más confiable. Al pasar los años, ella había llegado a entender que era más sabia que todos sus hombres. Sin duda, era más sabia que él.

“Es un día de política”, dijo ella. “Pero también la boda de nuestra hija. Trata de disfrutar. No ocurrirá dos veces”.

“Me preocupaba menos cuando no tenía nada”, contestó él. “Ahora que lo tenemos todo, me preocupa. Estamos a salvo. Pero no me siento seguro”.

Ella le devolvió la mirada con ojos compasivos, grandes y color avellana; parecía como si tuvieran la sabiduría del mundo. Sus párpados se encorvaron, como siempre lo hacían, como si tuviera un poco de sueño y fueron enmarcados por su hermoso cabello castaño, liso, teñido de gris, que caía a ambos lados de su cara. Tenía unas cuantas arrugas más, pero ella no había cambiado nada.

“Eso es porque no estás seguro”, dijo ella. “Ningún rey está a salvo. Hay más espías en nuestra corte de lo que quisieras saber. Y así son las cosas”.

Ella se inclinó y lo besó y le sonrió.

“Trata de disfrutarlo”, dijo ella. “Es una boda, después de todo”.

Con eso, se dio la vuelta y se alejó de las murallas.

Él la vio alejarse, luego se volvió y miró por encima de su Corte. Ella estaba en lo cierto, ella siempre tenía razón. Él quería disfrutarlo. Amaba a su

hija mayor y después de todo era una boda. Fue el día más hermoso de la época más hermosa del año; la primavera estaba en su apogeo, con un amanecer de verano, los dos soles perfectos en el cielo y la menor de las brisas activa. Todo estaba en plena floración, todos los árboles abarrotaban una amplia paleta de rosas y púrpuras y naranjas y blancos. No había nada que le gustaría más que bajar y sentarse junto a sus hombres, ver a su hija casarse y beber pintas de cerveza hasta que no pudiera beber más.

Pero no podía. Tenía una larga lista de deberes antes de que pudiera salir de su castillo. Después de todo, el día de la boda de una hija significaba la obligación de un rey: él tenía que reunirse con su Consejo, con sus hijos, y con una larga lista de suplicantes que tenían derecho de ver al rey en este día. Tendría suerte si dejaba su castillo a tiempo para la ceremonia, en la puesta del sol.

*

MacGil, vestido con su mejor atuendo real, un pantalón negro de terciopelo, un cinturón dorado, un manto real blanco, hecho de la más fina seda púrpura y oro, botas de cuero brillantes hasta las pantorrillas, y su corona —una banda de oro adornada con un gran conjunto de rubíes en su centro— se pavoneaba por los pasillos del castillo, flanqueado por los asistentes. Fue de una habitación a otra, descendiendo los escalones desde el parapeto, cortando a través de sus cámaras reales, a través de la gran sala abovedada, con su techo alto y las filas de vitrales. Finalmente, llegó a una puerta de roble antiguo, gruesa como el tronco de un árbol, que sus ayudantes abrieron antes de hacerse a un lado. El Salón del Trono.

Sus asesores se pusieron en posición de firmes cuando entró MacGil; la puerta se cerró detrás de él.

“Siéntense”, dijo él, más abruptamente de lo habitual. Estaba cansado, especialmente en este día, de las interminables formalidades para gobernar el reino, y quería acabar con eso de una vez.

Cruzó el Salón del Trono, que nunca dejaba de impresionarlo. Sus techos se elevaban unos quince metros de altura, una pared entera con un vitral de color, los pisos y las paredes de piedra de treinta centímetros de espesor. La habitación podría sostener fácilmente un centenar de dignatarios. Pero en días como hoy, cuando convocó a su Consejo, era sólo él y su puñado de asesores en el entorno cavernoso. La habitación estaba dominada por una enorme mesa en forma de semicírculo, detrás de la cual estaban sus asesores.

Él se pavoneaba por la abertura, al centro, dirigiéndose a su trono. Subió los escalones de piedra, pasando por los leones dorados tallados y se hundió en el cojín de terciopelo rojo que recubre su trono, forjado completamente en oro. Su padre se había sentado en ese trono, al igual que el padre de éste, y todos los MacGil antes que él. Cuando se sentó, MacGil sintió el peso de sus ancestros—de todas las generaciones—sobre él.

Examinó a los Consejeros que estaban ahí presentes. Estaba Brom, su mejor general y su asesor en asuntos militares; Kolk, el general de la Legión de los muchachos; Aberthol, el mayor del grupo, un erudito e historiador, mentor de los reyes de tres generaciones; Firth, su asesor en asuntos internos de la Corte, un hombre delgado, con el pelo corto y canoso y los ojos ahuecados que nunca se quedaban quietos. Firth no era un hombre en quien MacGil confiaba, y nunca entendió su título. Pero su padre, y su abuelo, lo mantuvieron como asesor para asuntos judiciales, y lo mantuvo por respeto a ellos. Estaba Owen, su tesorero; Bradaigh, su asesor en asuntos externos; Earnan, su recaudador de impuestos; Duwayne, su asesor en asuntos de la plebe; y Kelvin, representante de los nobles.

Por supuesto, el rey tenía autoridad absoluta. Pero su reino era liberal, y sus padres, siempre se habían sentido orgullosos de permitir a los nobles tener voz en todos los asuntos, canalizada a través de su representante. Históricamente, era un equilibrio de poder incómodo entre la monarquía y la nobleza. Ahora había armonía, pero en otros momentos había habido revueltas y luchas de poder entre los nobles y la realeza. Era un buen equilibrio.

Cuando MacGil examinó la habitación, se dio cuenta de que faltaba una persona: el hombre con quien quería hablar más que nadie—Argon. Como de costumbre, cuándo y dónde aparecería, era impredecible. Eso enfurecía a MacGil infinitamente, pero no tenía más remedio que aceptarlo. El modo de ser de los Druidas era inescrutable para él. Sin él presente, MacGil se sentía todavía en más apuro. Quería salir de esto, y hacer las otras mil cosas que le esperaban antes de la boda.

El grupo de asesores se sentó frente a él en la mesa semicircular, extendidos cada tres metros, cada uno sentado en una silla de roble antiguo, con brazos de madera tallada.

“Mi señor, si me permite empezar”, dijo Owen.

“Sí puedes. Y sé breve. Tengo poco tiempo el día de hoy”.

“Su hija recibirá muchos regalos hoy, que todos esperamos llene sus arcas. Las miles de personas que pagan tributo, le darán los regalos

personalmente y llenarán nuestros burdeles y tabernas, también ayudará a que se llenen nuestras arcas. Sin embargo, la preparación para las festividades de hoy también agotará una buena parte del tesoro real. Recomiendo que aumente el impuesto a la gente y a los nobles. Un impuesto único para aliviar las presiones de este gran evento”.

MacGil vio la preocupación en la cara de su tesorero y sintió un desasosiego ante la idea de que se agotaran las reservas. Sin embargo, él no volvería a aumentar los impuestos.

“Es mejor tener pocas reservas y súbditos leales”, contestó MacGil. “Nuestra riqueza viene de la felicidad de nuestros súbditos. No vamos a imponer más”.

“Pero, mi señor, si no lo hacemos...”

“Ya lo he decidido. ¿Qué más?”.

Owen se arrellanó, cabizbajo.

“Mi rey”, dijo Brom con su voz grave”. Siguiendo sus órdenes, hemos destinado la mayor parte de nuestras fuerzas de la Corte al festejo del día de hoy. La demostración de poder será impresionante. Pero no será suficiente. Si hubiera un atentado en otro lugar del reino, vamos a ser vulnerables”.

MacGil asintió, pensando en ello.

“Nuestros enemigos no nos atacarán mientras los estemos alimentando”.

Los hombres rieron.

“¿Qué noticias hay del altiplano?”.

“No han reportado ninguna actividad desde hace varias semanas. Parece que sus tropas se han reducido, en preparación para la boda. Tal vez están dispuestos a hacer la paz”.

MacGil no estaba tan seguro.

“Eso significaba que la boda arreglada había funcionado o que esperaban atacarnos en otro momento. ¿Qué crees que hayan decidido, anciano?”, preguntó MacGil, volteando a ver a Aberthol.

Aberthol se aclaró la garganta, y con su voz rasposa dijo: “Mi señor, su padre y su abuelo nunca confiaron en los McCloud. El hecho de que se encuentren durmiendo, no significa que no vayan a despertar”.

MacGil asintió con la cabeza, apreciando su opinión.

“¿Y qué hay de la Legión?”, preguntó, volviéndose hacia Kolk.

“Hoy le dimos la bienvenida a los nuevos reclutas”, respondió Kolk, con un rápido movimiento de cabeza.

“¿Mi hijo está entre ellos?”, preguntó MacGil.

“Está orgullosamente entre ellos, y es un buen muchacho”.

MacGil asintió con la cabeza, después se volvió hacia Bradaigh.

“¿Y qué noticias hay de más allá del Barranco?”.

“Mi señor, nuestros guardias han visto más intentos para tender un puente sobre el Barranco en las últimas semanas. Puede haber signos de que los Salvajes se están movilizand para un ataque”.

Hubo un susurro entre los hombres. MacGil sintió desasosiego ante la idea. El escudo de energía era invencible; aun así, no era un buen presagio.

“¿Y si hay un ataque a gran escala?”, preguntó él.

“Siempre y cuando el escudo esté activo, no tenemos nada que temer. Los Salvajes no han tenido éxito para abrir una brecha en el Barranco desde hace siglos. No hay ninguna razón para pensar lo contrario”.

MacGil no estaba tan seguro. Hacía mucho tiempo que esperaba un ataque desde el exterior, y no podía dejar de pensar cuándo ocurriría.

“Mi señor”, dijo Firth, con su voz nasal, “Me siento obligado a añadir que hoy nuestra Corte está llena de muchos dignatarios del reino McCloud. Se consideraría un insulto si usted no los entretiene, sean rivales o no. Yo le aconsejaría que dedique la tarde a saludar a cada uno de ellos. Han traído un gran séquito, muchos regalos, y se rumora que muchos espías”.

“¿Quién puede decir que los espías no están ya aquí?”, dijo MacGil, mirando cuidadosamente a Firth al mencionarlo—y preguntándose, como siempre, si no sería él mismo un espía.

Firth abrió la boca para contestar, pero MacGil suspiró y levantó la palma de la mano, habiendo tenido suficiente. “Si eso es todo, me iré ahora, para estar en la boda de mi hija”.

“Mi señor”, dijo Kelvin, aclarándose la garganta, “desde luego que hay una cosa más. La tradición, el día de la boda de su hija mayor. Cada MacGil ha nombrado a un sucesor. La gente espera que usted haga lo mismo. Ellos han estado animados. No sería conveniente que los decepcionara. Sobre todo si la Espada Destino sigue inmóvil”.

“¿Les gustaría que nombre a un heredero mientras estoy en la flor de la vida?”, preguntó MacGil.

“Mi señor, no es mi intención ofenderlo”, tambaleó Kelvin, pareciendo preocupado.

MacGil levantó una mano. “Conozco la tradición. Y sin duda alguna, voy a nombrarlo hoy”.

“¿Podría decirnos quién será?”, preguntó Firth.

MacGil se le quedó mirando, molesto. Firth era un chismoso y no confiaba en ese hombre.

“Te enterarás cuando llegue el momento”.

MacGil se puso de pie, y los demás también se levantaron. Hicieron una reverencia, se volvieron y salieron apresuradamente de la habitación.

MacGil se quedó pensando sin saber cuánto tiempo. En días así, deseaba no ser el rey.

*

MacGil bajó de su trono, las botas resonaban en el silencio y cruzó la habitación. Abrió la antigua puerta de roble él mismo, tirando de la manija de hierro y entró en una cámara lateral.

Disfrutó de la paz y de la soledad de esa acogedora habitación, como siempre lo había hecho, con sus paredes apenas veinte pasos en cada dirección, pero con un elevado techo arqueado. La habitación estaba hecha totalmente de piedra, con un pequeño vitral redondo sobre una de las paredes. La luz entraba a raudales por sus amarillos y rojos, iluminando un solo objeto en lo que sería de otra manera, una habitación vacía.

La Espada del Destino.

Ahí estaba, al centro de la cámara, de modo horizontal, entre las puntas de hierro, como una seductora. Como lo había hecho desde que era un niño, MacGil se acercó a ella, la rodeó, la examinó. La Espada del Destino. La espada de la leyenda, la fuente de la fuerza y el poder, de todo su reino, de una generación a otra. Quien tuviera la fuerza para levantarla, sería El Elegido, el destinado a gobernar el reino de por vida, para liberarlo de todas las amenazas, dentro y fuera del Anillo. Había sido una hermosa leyenda con la cual crecer, y en cuanto fue ungido como rey, MacGil había intentado izarla él mismo, ya que solo los reyes MacGil podían intentarlo. Los reyes que le precedieron, habían fracasado. Él estaba seguro de que sería diferente. Él estaba seguro de que sería El Elegido.

Pero estaba equivocado. Como todos los otros reyes MacGil antes que él. Y desde entonces su fracaso había mancillado su reinado desde entonces.

Mientras la observaba, examinó su larga hoja, hecha de un metal misterioso que nadie había descifrado. El origen de la espada era aún más sombrío, se rumoraba que había surgido de la tierra en medio de un terremoto.

Al examinarla, sintió nuevamente el aguijón del fracaso. Él podría ser un

buen rey, pero no era El Elegido. Su pueblo lo sabía. Sus enemigos lo sabían. Él podría ser un buen rey, pero sin importar lo que hiciera, él nunca sería El Elegido.

Si lo hubiera sido, sospechaba que habría menos malestar entre su Corte, menos maquinaciones. Su propia gente confiaría más en él y sus enemigos ni siquiera considerarían un ataque. Una parte de él deseaba que la espada desapareciera, así como su leyenda. Pero sabía que no sucedería. Esa era la maldición—y el poder—de una leyenda. Aún más fuerte que un ejército.

Al mirarla por milésima vez, MacGil no podía evitar preguntarse una vez más, quién lo sería. ¿Quién de su linaje estaba destinado a empuñarla? Al pensar en lo que tenía que hacer, su labor de nombrar un heredero, se preguntaba quién, si había alguien, estaría destinado a izarla.

“El peso de la navaja es pesado”, dijo una voz.

MacGil dio media vuelta, sorprendido de tener compañía en la pequeña habitación.

Ahí, parado en la puerta, estaba Argon. MacGil reconoció la voz antes de verlo y estaba molesto con él por no haberse presentado antes y complacido de tenerlo ahí ahora.

“Llegas tarde”, dijo MacGil.

“Su sentido del tiempo no va conmigo”, respondió Argon.

MacGil se volvió hacia la espada.

“¿Alguna vez pensaste en que podría izarla?”, preguntó él reflexivamente. ¿El día en que me convertí en rey?”.

“No”, contestó Argon inexpresivamente.

MacGil volteó y lo miró.

“Sabías que no podría hacerlo. Lo viste, ¿verdad?”.

“Sí”.

MacGil ponderó eso.

“Me asusta cuando me das una respuesta directa. No sueles hacerlo”.

Argon se quedó callado, y finalmente, MacGil se dio cuenta de que no diría nada más.

“Hoy nombraré a mi heredero”, dijo MacGil. “Siento que es inútil nombrar a un heredero en este día. Quita la alegría del rey de la boda de su hija”.

“Tal vez esa alegría está destinada a ser irascible”.

“Pero me quedan muchos años de reinado”, dijo MacGil.

“Tal vez no tantos como cree”, contestó Argon.

MacGil entrecerró los ojos, preguntándose. ¿Era un mensaje?

Pero Argon no añadió nada más.

“Seis hijos. ¿A quién elijo?”, preguntó MacGil.

“¿Por qué me lo pregunta a mí? Ya hizo su elección”.

MacGil lo miró. “Visualizas mucho. Sí, ya elegí. Pero sigo queriendo saber lo que piensas”.

“Creo que hizo una elección inteligente”, dijo Argon. “Pero recuerde, un rey no puede gobernar más allá de la tumba. Sin importar a quien piensa elegir, el destino tiene forma de seleccionar por él mismo”.

“¿Voy a vivir, Argon?”, preguntó MacGil ansiosamente, haciendo la pregunta que había querido saber desde que había despertado la noche anterior de una horrible pesadilla.

“Anoche soñé con un cuervo”, añadió. “Vino y me robó la corona. Después, otra me llevó. Al hacerlo, vi cómo se extendía mi reino por debajo de mí. Se volvió negro cuando pasé. Desértico. Un terreno baldío”.

Miró a Argon, con los ojos llorosos.

“¿Fue una pesadilla? ¿O fue algo más?”.

“Los sueños siempre son otra cosa, ¿no?”, preguntó Argón.

MacGil sintió desasosiego.

“¿En qué radica el peligro? Solamente dime eso”.

Argon se le acercó y lo miró a los ojos con tal intensidad que MacGil sintió como si estuviera mirando otro reino dentro de ellos.

Argon se inclinó hacia adelante y susurró:

“Siempre está más cerca de lo que crees”.

CAPÍTULO CUATRO

THOR se escondió entre la paja en la parte trasera de un carruaje, mientras lo empujaba a lo largo del camino. Él había tomado el camino la noche anterior y había esperado pacientemente hasta que pasara un carruaje lo suficientemente grande para abordarlo sin ser notado. Estaba oscuro en ese momento, y el carruaje iba al trote, lo suficientemente lento para que él pudiera obtener un buen ritmo corriendo y abordarlo desde atrás. Él había caído en el heno y se enterró en el interior. Por suerte, el conductor no lo había visto. Thor no estaba seguro si el carruaje iba a la Corte del Rey, pero iba hacia esa dirección y un carruaje de este tamaño, y con esas marcas, podría ir a muy pocos lugares distintos.

Thor viajó durante toda la noche, pero se quedó despierto durante horas, pensando en su encuentro con el Sybold. Con Argon. En su destino. En su antiguo hogar. En su madre. Sintió que el universo le había respondido, que le había dicho que tenía un destino distinto. Se quedó ahí acostado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y miró hacia el cielo nocturno, visible a través de la lona hecha jirones. Vio al universo, tan brillante, con sus estrellas rojas tan lejanas. Estaba eufórico. Por una vez en su vida, estaba de viaje. No sabía a dónde, pero estaba viajando. De una forma u otra, iba a llegar a la Corte del Rey.

Cuando Thor abrió los ojos, ya era de día, la luz inundaba el lugar y se dio cuenta de que se había quedado dormido. Se incorporó rápidamente, mirando alrededor, reprendiéndose a sí mismo por haberse dormido. Debió haber estado más alerta—tuvo suerte de no haber sido descubierto.

El carro todavía se movía, pero no se meneaba tanto. Eso solamente significaba una cosa: que había un mejor camino. Debían estar cerca de una ciudad. Thor miró hacia abajo y vio lo liso del camino, libre de rocas, de zanjas, lleno de conchas blancas, finas. Su corazón latía más rápido, se estaban acercando a la Corte del Rey.

Thor miró por la parte posterior del carruaje y se sintió abrumado. Las calles immaculadas estaban llenas de actividad. Docenas de carruajes, de todas formas y tamaños, que llevaban todo tipo de cosas, llenaban los caminos. Uno estaba cargado de pieles, otro con alfombras; otro más con pollos. Entre ellos caminaban cientos de comerciantes, algunos con ganado,

otros llevaban cestas de bienes en sus cabezas. Cuatro hombres llevaban un paquete de sedas, equilibradas en postes. Era un ejército de gente, todos iban en una misma dirección.

Thor se sentía vivo. Nunca había visto a tanta gente junta, tantos productos, que pasaran tantas cosas. Había vivido en una pequeña aldea toda su vida y ahora estaba en un eje de actividad, envuelto en una humanidad.

Oyó un ruido fuerte, el gemido de las cadenas, que cerraba una enorme pieza de madera, tanto, que sacudió muy fuerte el suelo. Momentos después llegó un sonido diferente, de los cascos de los caballos resonando en la madera. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaban cruzando un puente: debajo de ellos había un foso. Un puente levadizo.

Thor sacó la cabeza y vio enormes pilares de piedra, la puerta de hierro con clavos, arriba. Iban pasando por la puerta del rey.

Era la puerta más grande que había visto en la vida. Levantó la vista hacia las puntas, preguntándose que si se vinieran abajo, lo cortarían por la mitad. Vio a cuatro de los Plateados del rey custodiando la entrada y su corazón se aceleró.

Pasaron por un largo túnel de piedra, y momentos después, el cielo se abrió de nuevo. Estaban dentro de la Corte del Rey.

Thor apenas podía creerlo. Incluso había más actividad aquí, si era posible—lo que parecía que eran miles de personas deambulando en todas direcciones. Había grandes extensiones de césped, con un corte perfecto, y plantas floreciendo por todas partes. El camino se ensanchaba y junto a él había puestos, vendedores y edificios de piedra. Y en medio de todo eso, los hombres del rey. Soldados, ataviados con armaduras. Thor lo había logrado.

En su excitación, él, inconscientemente se paró; al hacerlo, el carruaje se detuvo en seco, haciendo que diera volteretas hacia atrás, cayendo de espaldas en la paja. Antes de que pudiera levantarse, se oyó el ruido de la madera bajando, y miró hacia arriba y vio a un anciano enojado, calvo, vestido con harapos y con el ceño fruncido. El conductor del carruaje metió la mano, sujetó a Thor de los tobillos con sus manos huesudas, y lo arrastró hacia afuera.

Thor salió volando, aterrizando con fuerza sobre su espalda en el camino de tierra, levantando una nube de polvo. Hubo risas a su alrededor.

“La próxima vez que viajes en mi carruaje, muchacho, ¡te encadenaré! ¡Tienes suerte de que no llame a los Plateados ahora!”.

El anciano se volvió y escupió, luego se apresuró a regresar a su carruaje

y dio latigazos a los caballos para avanzar.

Avergonzado, Thor lentamente recompuso su postura y se puso de pie. Miró alrededor. Uno o dos transeúntes rieron entre dientes, y Thor los miró con desagrado hasta que dirigieron la mirada hacia otro lado. Se sacudió el polvo y frotó sus brazos; su orgullo estaba lastimado, pero no su cuerpo.

Recuperó el ánimo al mirar alrededor, deslumbrado, y se dio cuenta de que debería estar feliz de que al menos había llegado hasta aquí. Ahora que había bajado de la carreta, podía mirar con libertad, y era un espectáculo extraordinario: la Corte se extendía hasta donde alcanzaba la vista. En su centro había un magnífico palacio de piedra, rodeado de altos muros de piedra fortificada, coronados por parapetos, en cuya cima, en todas partes, patrullaba el ejército del rey. A su alrededor estaban los campos verdes, perfectamente cuidados, plazas de piedra, fuentes arboledas. Era una ciudad. Y estaba llena de gente.

Por doquier había todo tipo de personas—comerciantes, soldados, dignatarios—todos con mucha prisa. Le tomó a Thor varios minutos comprender que algo especial estaba ocurriendo. Mientras deambulaba, vio que se hacían preparativos—ponían sillas, levantaban un altar. Parecía que se estaban preparando para una boda.

Su corazón dio un vuelco al ver, a lo lejos, un carril de justas, con un largo camino de tierra y una cuerda que lo dividía. En otro campo, vio cómo algunos soldados arrojaban arpones a objetivos lejanos; en otro, los arqueros apuntaban hacia la paja. Parecía que en todos lados había juegos y concursos. También había música: laúdes y flautas y címbalos, grupos de músicos dispersos; y vino, enormes barricas siendo rodadas; y comida, se preparaban las mesas, banquetes que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Era como si hubiera llegado en medio de una gran celebración.

Tan deslumbrante como era todo eso, Thor sintió la urgencia de encontrar la Legión. Ya era tarde y tenía que darse a conocer.

Se apresuró a la primera persona que vio, un hombre mayor que parecía ser, por su ropa manchada de sangre, un carnicero, corriendo por la carretera. Todos aquí tenían mucha prisa.

“Disculpe, señor”, dijo Thor, sujetándolo del brazo.

El hombre bajó la mirada hacia la mano de Thor, con desagrado.

“¿Qué pasa, muchacho?”.

“Estoy buscando La Legión del Rey. ¿Sabe dónde entrenan?”.

“¿Tengo cara de mapa?”, dijo el hombre entre dientes y se fue enfadado.

A Thor le sorprendió su mala educación.

Se apresuró a la siguiente persona que vio, una mujer amasando harina sobre una mesa larga. Había varias mujeres en esa mesa, todas trabajando con ganas y Thor pensó que alguna de ellas tendría que saber.

“Disculpen, señoritas”, dijo él. “¿Saben dónde entrena la Legión del Rey?”.

Se miraron unas a otras y rieron entre dientes, algunas de ellas eran un par de años mayor que él.

La mayor se volvió y lo miró.

“Usted está buscando en el lugar equivocado”, dijo ella. “Aquí nos estamos preparando para la fiesta”.

“Pero me dijeron que ellos entrenan en la Corte del Rey”, dijo Thor, confundido.

Las mujeres volvieron a reír ahogadamente. La mayor puso sus manos en sus caderas y sacudió su cabeza.

“Se comporta como si fuera la primera vez que viene a la Corte del Rey. ¿Acaso no sabe lo grande que es?”.

Thor se sonrojó mientras las otras mujeres reían, y finalmente se fue enojado. No le gustaba que se burlaran de él.

Vio ante él una docena de caminos, serpenteando, en todas direcciones hacia la Corte del Rey. Espaciadas en las paredes de piedra, había al menos una docena de entradas. El tamaño y alcance de este lugar era abrumador. Sentía desasosiego al pensar que podría buscar durante días y aun así, no lo encontraría.

Se le ocurrió una idea: seguramente algún soldado sabría dónde entrenaban los demás. Se sentía nervioso de acercarse a un soldado del rey, pero se dio cuenta de que tenía que hacerlo.

Se dio la vuelta y corrió hacia la pared, hacia el soldado que montaba guardia en la entrada más cercana, esperando que no lo echara. El soldado se mantuvo erguido, mirando al frente.

“Estoy buscando la Legión del Rey”, dijo Thor, con un tono de voz de valentía.

El soldado continuó mirando al frente, sin hacerle caso.

“¡Dije que estoy buscando la Legión del Rey!”, insistió Thor, en voz más alta, decidido a ser reconocido.

Después de varios segundos, el soldado lo miró, burlón.

“¿Me puede decir dónde está?”, dijo Thor presionando.

“¿Para qué quieres saberlo?”.

“Tengo un asunto muy importante que tratar”, instó Thor, con la esperanza de que el soldado no lo presionara.

El soldado volvió a mirar al frente, ignorándolo de nuevo. Thor se sintió descorazonado, temeroso de que nunca recibiría una respuesta.

Pero después de lo que le pareció una eternidad, el soldado respondió: “Ve a la puerta Este, después ve todo hacia el norte. Dirígete a la tercera puerta a la izquierda, y da vuelta a la derecha, y vuelves a dar vuelta a la derecha. Pasa por el segundo arco de piedra, y está más allá de la puerta. Pero déjame decirte que pierdes tu tiempo. No reciben visitas”.

Era todo lo que Thor necesitaba escuchar. Sin perder más tiempo, dio media vuelta y corrió por el campo, siguiendo las instrucciones, repitiéndolas mentalmente, tratando de memorizarlas. Se dio cuenta de que el sol estaba en lo alto del cielo y solo rezaba para que cuando llegara, no fuera demasiado tarde.

*

Thor bajó corriendo los senderos immaculados llenos de conchas, serpenteando hacia la Corte del Rey. Hizo todo lo posible para seguir las instrucciones, con la esperanza de no perderse. Al fondo del patio, vio todas las puertas y eligió la tercera a la izquierda. Corrió hacia ella y siguió la desviación, doblando de un camino a otro. Corrió en contraflujo, miles de personas aflúan en la ciudad, la multitud era mayor minuto a minuto. Se topó con los músicos del laúd, malabaristas, bufones y todo tipo de artistas, todos vestidos con sus mejores galas.

Thor no podía soportar la idea de que empezara la selección sin él, e hizo todo lo posible para concentrarse mientras doblaba camino tras camino, buscando alguna señal del campo de entrenamiento. Pasó por un arco, giró hacia otro camino y después, a lo lejos, vio lo que sólo podría ser su destino: un mini coliseo, construido en piedra, en un círculo perfecto. Los soldados vigilaban al centro la enorme puerta. Thor escuchó una ovación débil desde atrás de sus paredes y su corazón se aceleró. Ese era el lugar.

Él corrió, con los pulmones a reventar. Cuando llegó a la puerta, dos guardias se acercaron y bajaron sus lanzas, cerrando el paso. Un tercer guardia se adelantó y levantó una mano.

“Alto ahí”, le ordenó.

Thor paró en seco, sin aliento, apenas capaz de contener su emoción.

“Usted...no...entiende”, jadeó, hablando a borbotones, entre cada respiración. “Tengo que entrar. Ya voy retrasado”.

“¿Retrasado para qué?”.

“Para la selección”.

El guardia, un hombre de baja estatura, robusto, con la piel picada de viruela, se volvió y miró a los demás, que lo veían con cinismo. Se volvió y examinó a Thor con una mirada de menosprecio.

“Se eligieron los reclutas hace horas, en el transporte real. Si no tienes invitación, no puedes entrar”.

“Pero usted no entiende. Tengo que hacerlo”.

El guardia se acercó y sujetó a Thor de la camisa.

“*Tú* no entiendes, muchachito insolente. ¿Cómo te atreves a venir y tratar de entrar a la fuerza? Ahora vete—antes de que te encarcele”.

Empujó a Thor, quien tambaleó hacia atrás, varios centímetros.

Thor sintió una punzada en su pecho, donde la mano del guardia lo tocó—pero más que eso, sintió el dolor del rechazo. Se sintió indignado. No había venido hasta aquí para ser rechazado por un guardia sin siquiera ser visto. Estaba decidido a entrar.

El guardia se volvió hacia sus hombres y Thor se alejó lentamente, en sentido contrario, rodeando el edificio circular. Él tenía un plan. Caminó hasta que se perdió de vista, y luego echó a correr, a lo largo de las paredes. Se aseguró de que los guardias no estuvieran mirándolo, y después aceleró hasta correr. Cuando estaba a mitad del camino alrededor del edificio, vio otra entrada hacia la arena—en lo alto, había entradas arqueadas en la piedra, bloqueada por barras de hierro. Una de estas aberturas no tenía sus barras. Oyó otro rugido, subió a la cornisa y miró.

Su corazón se aceleró. En el interior del enorme campo de entrenamiento había docenas de reclutas—incluyendo a sus hermanos. Todos alineados, estaban frente a una docena de Los Plateados. Los hombres del rey caminaban entre ellos, examinándolos.

Otro grupo de reclutas estaban de pie a un costado, bajo la atenta mirada de un soldado, arrojando arpones a un objetivo distante. Uno de ellos falló.

Las venas de Thor ardían de indignación. Él pudo haber dado en las marcas; era tan bueno como cualquiera de ellos. Solamente porque era más joven y más pequeño, no justificaba que lo hicieran a un lado.

De repente, Thor sintió una mano en su espalda mientras lo jalaban hacia atrás y salió volando por los aires. Aterrizó con fuerza en el suelo, sin aliento.

Levantó la vista y vio al guardia de la entrada, con desprecio.

“¿Qué te dije, muchacho?”.

Antes de que pudiera reaccionar, el guardia se echó hacia atrás y pateó a Thor con fuerza. Thor sintió un fuerte golpe en las costillas, mientras el guardia intentaba patearlo de nuevo.

Esta vez, Thor atrapo el pie del guardia en el aire, tirando de él, haciéndole perder el equilibrio y que cayera.

Thor se levantó rápidamente. Al mismo tiempo, el guardia también se levantó. Thor se le quedó mirando, sorprendido por lo que acababa de hacer. Frente a él, el guardia echaba chispas por los ojos.

“No solo te voy a encadenar”, dijo el guardia entre dientes, “me la vas a pagar. ¡Nadie toca a un guardia del rey! Olvídate de unirse a la Legión — ¡ahora vas a revolcarte en el calabozo! ¿Tendrás suerte si alguna vez vuelven a verte!”.

El guardia sacó una cadena con un grillete en el extremo. Se acercó a Thor, con la venganza en su rostro.

Thor pensó rápidamente. No podía permitir ser encadenado—pero tampoco quería hacerle daño a un miembro de la Guardia Real. Tenía que pensar en algo—y rápido.

Se acordó de su honda. Sus reflejos entraron en acción cuando la agarró, colocó una piedra, apuntó, y la dejó volar.

La piedra se elevó por los aires y derribó las cadenas de las manos, dejó al guardia aturdido; también golpeó los dedos del guardia. Éste se echó hacia atrás y movió su mano, gritando de dolor, mientras las cadenas caían al suelo.

El guardia miró a Thor con odio, sacó su espada. Salió con el conocido sonido metálico.

“Ése fue tu último error”, le dijo de manera amenazante y yendo al ataque.

Thor no tenía otra opción: este hombre no iba a dejarlo en paz. Puso otra piedra en su honda y la lanzó. Apuntó deliberadamente—no quería matar al guardia, pero tenía que detenerlo. Así que en lugar de apuntar hacia su corazón, nariz, ojos o cabeza, Thor apuntó hacia el único lugar que lo detendría sin matarlo.

Entre las piernas del guardia.

Dejó volar la piedra—no a toda velocidad, sino que solamente lo suficiente para derribar al hombre.

Fue un tiro perfecto.

El guardia se desplomó, dejando caer su espada, agarrando su entrepierna mientras se desplomaba en el suelo y se acurrucaba en ovillo.

“¡Te ahorcaré por esto!”, gimió él entre gruñidos de dolor. “¡Guardias! ¡Guardias!”.

Thor miró hacia arriba y a lo lejos vio a varios guardias del rey corriendo hacia él.

Era ahora o nunca.

Sin perder un minuto más, corrió hacia el borde de la ventana. Tendría que pasar por la arena y darse a conocer. Y lucharía contra cualquiera que se interpusiera en su camino.

CAPÍTULO CINCO

MACGIL se sentó en la sala superior de su castillo, en su sala de reunión privada. La que usaba para sus asuntos personales. Se sentó en su trono privado, de madera tallada, y miró a sus cuatro hijos de pie delante de él. Ahí estaba su hijo mayor, Kendrick, de veinticinco años, buen guerrero y un verdadero caballero. Él, de todos sus hijos, era el que más se parecía a MacGil—lo cual era irónico, ya que era hijo bastardo de una mujer de MacGil, a la que ya había olvidado hacía mucho tiempo. MacGil había criado a Kendrick con sus verdaderos hijos, a pesar de las protestas iniciales de la reina, con la condición de que nunca ascendiera al trono. Eso le dolía a MacGil ahora, ya que Kendrick era el mejor hombre que había conocido, un hijo del que estaba orgulloso de ser su padre. No habría habido mejor heredero para el reino.

Junto a él, en marcado contraste, estaba su segundo hijo—sin embargo, era su primogénito legítimo—Gareth, de veintitrés años, delgado, de mejillas hundidas y grandes ojos marrones que nunca dejaban de ser esquivos. Su personaje no podría ser más diferente al de su hermano mayor. La naturaleza de Gareth era todo lo que Kendrick no era: mientras su hermano era sincero, Gareth escondía sus verdaderos pensamientos; mientras que su hermano era orgulloso y noble, Gareth era deshonesto y mentiroso. Le dolía a MacGil sentir desagrado por su propio hijo, y había intentado corregir su naturaleza muchas veces; pero en algún momento de la adolescencia del joven, notó que su naturaleza estaba predestinada: la intriga, el hambre de poder y la ambición en todos los sentidos equivocados de la palabra. MacGil sabía que Gareth no amaba a las mujeres, y que tenía muchos amantes masculinos. Otros reyes habrían de destituir a un hijo así, pero MacGil era de mente más abierta y para él, eso no era motivo para no amarlo. Él no lo juzgaba por eso. Lo que sí criticaba era su naturaleza malvada, intrigante, y no la podía pasar por alto.

En fila, junto a Gareth, estaba la segunda hija de MacGil, Gwendolyn. Acababa de cumplir su décimo sexto cumpleaños; era la niña más hermosa que había visto en su vida—y su naturaleza eclipsaba incluso su aspecto. Era amable, generosa, honesta—la mejor jovencita que había conocido. En ese sentido era muy parecida a Kendrick. Ella veía a MacGil con amor de una hija hacia su padre, y él siempre había sentido la lealtad de ella en cada mirada. Él

estaba más orgulloso de ella que de sus hijos.

A un lado de Gwendolyn estaba el hijo menor de MacGil, Reece, un joven orgulloso y enérgico quien, a los catorce años, se estaba convirtiendo en hombre. MacGil había visto con gran placer su iniciación en la Legión, y ya notaba el tipo de hombre que iba a ser. Algún día, MacGil no tenía ninguna duda, Reece sería su mejor hijo y un gran gobernante. Pero ese día no era ahora. Todavía era muy joven, y tenía mucho que aprender.

MacGil tenía sentimientos encontrados mientras inspeccionaba a los cuatro; sus tres hijos y su hija, de pie delante de él. Sintió orgullo mezclado con decepción. También sintió rabia y molestia, porque no estaban dos de sus hijos. La mayor, su hija Luanda, desde luego, se estaba preparando para la boda, y como ella se estaba casando con alguien de otro reino, no tenía por qué participar en esta discusión de los herederos. Pero su otro hijo, Godfrey, de dieciocho años, el de en medio, estaba ausente. MacGil enrojeció por el desaire.

Desde que era un niño, Godfrey había mostrado falta de respeto hacia la realeza; siempre estuvo claro que no le interesaba y que nunca gobernaría. Era la más grande decepción de MacGil. En vez de eso, Godfrey eligió pasar sus días en tabernas, con amigos malhechores, ocasionando cada vez más, vergüenza y deshonra a la familia real. Él era un haragán, durmiendo la mayor parte de sus días y llenando los demás, con la bebida. Por un lado, MacGil se sentía aliviado de que él no estuviese ahí; por otro lado, era un insulto que no podía soportar. De hecho, ya esperaba eso y había enviado antes a sus hombres para peinar las tabernas y llevarlo de vuelta. MacGil se sentó en silencio, esperando a que lo hicieran.

La pesada puerta de roble finalmente se abrió de golpe y entraron los guardias reales, arrastrando a Godfrey entre ellos. Le dieron un empujón y Godfrey tropezó en la habitación, mientras cerraban la puerta detrás de él.

Sus hermanos y hermana se dieron vuelta y lo miraron. Godfrey estaba desaliñado,apestaba a cerveza, no se había afeitado y estaba medio vestido. Él les sonrió. Insolente. Como siempre.

“Hola, padre”, dijo Godfrey. “¿Me perdí la diversión?”.

“Párate junto a tus hermanos y espera a que yo hable. Si no lo haces, que Dios me ayude, te voy a encadenar en el calabozo con el resto de los presos comunes, y no verás comida—mucho menos bebida—durante tres días completos”.

Desafiante, Godfrey miró a su padre. Con esa mirada, MacGil detectó en

su interior una profunda reserva de fuerza, algo de él mismo, una chispa de algo que algún día le podría servir a Godfrey. Eso, si es que algún día superaba su propia personalidad.

Rebelde hasta el final, Godfrey esperó diez segundos antes de que finalmente, obedeciera y caminara sin prisa hacia los demás.

MacGil examinó a esos cinco hijos de pie delante de él: el bastardo, el desviado, el borracho, su hija y su hijo menor. Era una mezcla extraña, y casi no podía creer que todos descendieran de él. Y ahora, en la boda de su hija mayor, era su labor elegir al heredero de ese grupo. ¿Cómo era posible?

Era algo inútil; después de todo, él estaba en su mejor momento y podría gobernar otros treinta años más. Sin importar a quién eligiera hoy, no podría ascender al trono durante décadas. Toda la tradición le molestaba. Quizá fue relevante en la época de sus padres, pero ya no tenía cabida ahora.

Aclaró su garganta.

“Nos hemos reunido aquí hoy, por el legado de la tradición. Como ustedes saben, en este día, el día de la boda de mi hija mayor, mi labor es nombrar a un sucesor. Un heredero para gobernar este reino. En caso de morir, no hay nadie mejor para hacerlo que su madre. Pero las leyes de nuestro reino dictan que solo la promulgación de un rey puede tener éxito. Por lo tanto, tengo que elegir”.

MacGil recobró el aliento, pensando. Un pesado silencio flotaba en el aire y podía sentir el peso de la expectación. Los miró a los ojos y vio diferentes expresiones en cada uno. El hijo bastardo se veía resignado, sabiendo que no iba a ser elegido. Los ojos del desviado se encendieron de ambición, como si esperara que el elegido fuera él. El borracho miró por la ventana; no le importaba. Su hija lo miró con amor, sabiendo que ella no era parte de esa discusión, pero pese a eso, amaba a su padre. Lo mismo pasaba con su hijo menor.

“Kendrick, siempre te he considerado un hijo verdadero. Pero las leyes de nuestro reino me impiden pasar la monarquía a alguien que no sea legítimo”.

Kendrick hizo una reverencia. “Padre, yo no esperaba que lo hicieras. Estoy contento con mi suerte. No dejes que esto te confunda”.

A MacGil le incomodó su respuesta, ya que sabía lo genuino que era él, y quería con más ganas nombrarlo heredero.

“Quedan ustedes cuatro. Reece, eres un buen joven, el mejor que he visto en mi vida. Pero eres demasiado joven para ser parte de esta discusión”.

“Lo esperaba, padre”, Reece respondió con una ligera reverencia.

“Godfrey, tú eres uno de mis tres hijos legítimos—pero has elegido desperdiciar tus días en la taberna, con la basura. Se te concedieron todos los privilegios en la vida, y has rechazado cada uno de ellos. Si tengo alguna gran decepción en esta vida, eres tú”.

Godfrey hizo una mueca, moviéndose incómodo.

“Bueno, entonces supongo que esto se acabó para mí y voy a volver a la taberna, ¿no es así, padre?”

Con una rápida reverencia burlona, Godfrey se volvió y se fue pavoneando por la habitación.

“¡Regresa aquí!”, dijo MacGil. “¡AHORA!”.

Godfrey continuó pavoneándose, ignorándolo. Cruzó la habitación y abrió la puerta. Dos guardias estaban ahí parados.

MacGil hervía de rabia, mientras los guardias lo miraban interrogantes.

Pero Godfrey no esperó; se abrió paso a empujones hacia el vestíbulo.

“¡Deténganlo!”, gritó MacGil. “Y aléjenlo de la vista de la reina. No quiero que su madre se agobie al verlo en el día de la boda de su hija”.

“Sí, mi señor”, dijeron ellos, cerrando la puerta mientras corrían tras él.

MacGil se sentó ahí, respirando, con la cara roja, tratando de calmarse. Por milésima vez, se preguntaba qué había hecho para tener un hijo así.

Miró a sus hijos restantes. Los cuatro lo miraron, esperando en el sofocante silencio. MacGil respiró profundo, tratando de concentrarse.

“Solamente quedan dos de ustedes”, continuó diciendo. “Y entre esos dos, he elegido a un sucesor”.

MacGil miró a su hija.

“Gwendolyn, esa eres tú”.

Hubo un grito ahogado en la habitación; todos sus hijos parecían sorprendidos, sobre todo Gwendolyn.

“¿Has hablado con precisión, padre?”, preguntó Gareth. “¿Dijiste Gwendolyn?”.

“Padre, me siento honrada”, dijo Gwendolyn. “Pero no puedo aceptar. Soy mujer”.

“Es cierto, una mujer nunca se ha sentado en el trono de los MacGil. Pero he decidido que es tiempo de cambiar la tradición. Gwendolyn, eres la mujer joven con más inteligencia y espíritu que he conocido. Eres joven, pero si Dios quiere, no moriré pronto, y llegado el momento, tendrás la suficiente sabiduría para gobernar. El reino será tuyo”.

“¡Pero, padre...!”, gritó Gareth, con la cara lívida. “¡Soy el hijo legítimo mayor! ¡Siempre, en toda la historia de los MacGil, la monarquía ha pasado al hijo mayor!”.

“Yo soy el rey”, contestó MacGil de manera amenazante, “y yo dicto la tradición”.

“¡Pero no es *justo!*”, dijo Gareth, con voz quejumbrosa. “Se supone que yo voy a ser el rey. No mi hermana. ¡No una mujer!”.

“¡Cierra la boca, muchacho!”, gritó MacGil, temblando de rabia. “¿Te atreves a cuestionar mi juicio?”.

“¿Una mujer va a pasar por encima de mí? ¿Eso es lo que piensas de mí?”.

“He tomado mi decisión”, dijo MacGil. “Vas a respetarla y seguirla obedientemente, como todos los súbditos de mi reino. Ahora ya pueden irse todos”.

Sus hijos reverenciaron sus cabezas rápidamente y salieron de la habitación.

Pero Gareth se detuvo en la puerta, incapaz de salir.

Se dio la vuelta y solo, encaró a su padre.

MacGil podía ver la decepción en su rostro. Obviamente, él esperaba ser nombrado heredero el día de hoy. Aún más: él lo había deseado. Con desesperación. Lo cual no sorprendió a MacGil en absoluto—y fue el mismo motivo por lo que no se lo dio a él.

“¿Por qué me odias, padre?”, preguntó él.

“No te odio. Pero no creo que estés preparado para gobernar mi reino”.

“¿Por qué no?”, dijo Gareth presionando.

“Porque eso es precisamente lo que buscas”.

La cara de Gareth se volvió de un tono carmesí oscuro. MacGil le había dado una muestra de su verdadera naturaleza. MacGil miró sus ojos, los vio arder con un odio hacia él que nunca imaginó posible.

Sin otra palabra, Gareth salió furioso de la habitación y cerró la puerta de un portazo detrás de él.

Con el eco que reverberaba, MacGil se estremeció. Recordó la mirada de su hijo y percibió un odio profundo, más profundo que incluso el de sus enemigos. En ese momento, pensó en Argon, en su pronunciamiento, en el peligro tan cerca.

¿Podría estar así de cerca?

CAPÍTULO SEIS

THOR corrió por el vasto campo de arena, a toda velocidad. Detrás de él, podía escuchar los pasos de los guardias del rey, muy cerca. Lo persiguieron a través del paisaje caluroso y polvoriento, maldiciendo a su paso. Ante él estaban los miembros—y nuevos reclutas—de la Legión, docenas de muchachos, iguales que él, pero mayores y con más fuerza. Ellos estaban entrenando y poniéndose a prueba en varias formaciones, algunos lanzando arpones, otros lanzando jabalinas, algunos practicando sus agarres en las lanzas. Apuntaban a objetivos distantes y rara vez fallaban. Esa era su competencia, y parecían estupendos.

Entre ellos se encontraban docenas de caballeros reales, miembros de Los Plateados, de pie, en un amplio semicírculo, viendo la acción. Juzgando. Decidiendo quién se quedaría y quién sería enviado a casa.

Thor sabía que tenía que probarse a sí mismo, tenía que impresionar a esos hombres. En cuestión de minutos, los guardias estarían sobre él, y si tuviera alguna oportunidad de hacer una buena impresión, éste era el momento. ¿Pero cómo? Su mente se aceleró mientras corría por el patio, decidido a no ser rechazado.

Mientras Thor corría a través del campo, otros comenzaron a notarlo. Algunos de los reclutas dejaron lo que estaban haciendo y se volvieron, al igual que algunos de los caballeros. En cuestión de minutos, Thor sintió que toda la atención se centraba en él. Ellos parecían perplejos y se dio cuenta de que se estarían preguntando quién era él; corrió a través del campo, con tres de los guardias del rey persiguiéndolo. Esta no era la forma en que él había querido llamar la atención. Toda su vida, después de haber soñado con unirse a la Legión, esta no era la forma en que había imaginado que sucediera.

Cuando Thor corrió, debatiendo qué hacer, su curso de acción se hizo claro para él. Un muchacho grande, un recluta, decidió encargarse de impresionar a los demás deteniendo a Thor. Alto, musculoso y casi dos veces el tamaño de Thor, alzó su espada de madera para bloquear su camino. Thor podía ver que estaba decidido a derribarlo, de hacerlo quedar en ridículo delante de todos, y por lo tanto obtener para sí mismo una ventaja sobre los otros reclutas.

Esto hizo enfurecer a Thor. Él no tenía problemas con ese muchacho, y no

tenía que ver en el asunto. Pero lo estaba tomando como personal, solamente para ganar una ventaja sobre los otros.

Conforme se fue acercando, Thor apenas podía creer el tamaño del muchacho: era mucho más alto que él, fruncía el ceño, con mechones de cabello negro y grueso que cubría su frente y tenía la mandíbula más grande y cuadrada que Thor había visto en la vida. Él no vio cómo podía hacer mella en contra de ese chico.

El muchacho fue al ataque con su espada de madera, y Thor sabía que si no actuaba con rapidez, sería eliminado.

Entraron en acción los reflejos de Thor. Él instintivamente sacó su honda, estiró la mano hacia atrás y lanzó una piedra en la mano del chico. Encontró su objetivo y tiró la espada de su mano, al mismo tiempo que el muchacho la llevaba hacia abajo. Salió volando y el muchacho, gritando, agarró su mano.

Thor no perdió tiempo. Fue al ataque, aprovechando el momento, saltó en el aire y pateó al chico, plantando sus dos pies delanteros en el pecho del chico. Pero el chico era tan grueso, que era como patear un roble. El chico simplemente se tambaleó hacia atrás unos centímetros, mientras Thor se detuvo completamente en seco, y cayó a los pies del muchacho.

Esto no augura nada bueno, pensó Thor, mientras golpeaba el suelo con un ruido sordo, y le zumbaban los oídos.

Thor trató de levantarse, pero el muchacho iba un paso delante de él. Se agachó, agarró a Thor por la espalda y lo lanzó, mandándolo a volar, boca abajo, en el suelo.

Un grupo de muchachos se reunió rápidamente en un círculo alrededor de ellos y ovacionaron. Thor enrojeció, humillado.

Thor volteó para levantarse, pero el muchacho era muy rápido. Ya estaba sobre él, sujetándolo. Antes de que Thor se diera cuenta, se había convertido en una lucha y el peso del muchacho era inmenso.

Thor podía oír los gritos apagados de los otros reclutas, ya que formaban un círculo, gritando, ansiosos de ver sangre. El muchacho frunció el ceño; el muchacho estiró los pulgares y los bajó en los ojos de Thor. Thor no podía creerlo—parecía que el muchacho realmente quería lastimarlo. ¿Realmente quería tanto obtener la ventaja?

En el último segundo, Thor volvió la cabeza a un lado y las manos del muchacho salieron volando, hundiéndose en el suelo. Thor tuvo la oportunidad de rodar por debajo de él.

Thor se levantó y se encaró con el muchacho, quien también se levantó.

El chico fue al ataque y giró hacia la cara de Thor, y Thor se agachó en el último segundo; el aire se precipitó en su cara y se dio cuenta de que si el puño del chico le hubiera golpeado, le habría roto la mandíbula. Thor se acercó y golpeó al muchacho en el intestino, pero casi no le hizo nada; era como golpear un árbol.

Antes de que Thor pudiera reaccionar, el muchacho le dio un codazo en la cara.

Thor se tambaleó hacia atrás, aturdido por el golpe. Era como haber sido golpeado por un martillo y sus oídos zumbaron.

Mientras Thor tambaleaba, intentando recuperar el aliento, el muchacho fue al ataque y lo pateó con fuerza en el pecho. Thor salió volando hacia atrás y cayó al suelo, aterrizando sobre su espalda. Los otros chicos ovacionaron.

Thor, mareado, empezó a incorporarse, pero el muchacho fue al ataque una vez más, volvió y lo golpeó de nuevo con fuerza en la cara, derribándolo de espaldas nuevamente—y para siempre.

Thor se quedó ahí, escuchando los aplausos apagados de los demás, sintiendo el sabor salado de la sangre que corría por la nariz, y el verdugón de su rostro. Él gimió de dolor. Levantó la vista y pudo ver cómo se alejaba el muchacho grande y caminaba de regreso hacia sus amigos, que ya celebraban su victoria.

Thor quería darse por vencido. Ese muchacho era enorme, luchar contra él era inútil, y no podía aceptar más castigo. Pero algo dentro de él lo empujó. No podía perder. No delante de toda esa gente.

No te des por vencido. Levántate. ¡Levántate!

Thor de alguna manera convocó a la fuerza. Gimiendo, se dio la vuelta y se colocó sobre sus manos y rodillas, y luego, lentamente se levantó. Enfrentó al muchacho, sangrando, con los ojos hinchados, no podía ver, respiraba con dificultad y levantó los puños.

El muchacho enorme volvió y miró a Thor. Él sacudió la cabeza con incredulidad.

“Deberías haberte quedado acostado, muchacho”, dijo amenazante, mientras comenzaba a caminar hacia Thor.

“¡BASTA!”, gritó una voz. “Elden, ¡retírate!”.

De repente se acercó un caballero, colocándose entre ellos, extendiendo la palma de la mano y evitando que Elden se acercara a Thor. La multitud se calmó, y miraron al caballero; claramente, se trataba de un hombre que exigía respeto.

Thor levantó la vista, ante el temor de la presencia del caballero. Tenía veintitantos años, era alto, de hombros anchos, de mandíbula cuadrada y cabello marrón, bien cuidado. A Thor le agradó de inmediato. Su armadura de primer nivel, cota de malla de plata pulida, estaba cubierta con las marcas reales: el emblema halcón de la familia MacGil. A Thor se le secó la garganta; estaba de pie ante un miembro de la familia real. Casi no podía creerlo.

“Explicate, muchacho”, le dijo a Thor”. ¿Por qué has venido a atacar a nuestra arena, sin invitación?”.

Antes de que Thor pudiera responder, de repente, los tres miembros de la guardia del rey rompieron el círculo. El escolta líder se quedó ahí, respirando con dificultad, señalando con el dedo a Thor.

“¡Desafió nuestro orden!”, gritó el guardia”. ¡Voy a encadenarlo y llevarlo a la prisión del rey!”.

“¡Yo no hice nada malo!”, protestó Thor.

“¿En verdad?”, gritó el guardia”. ¿Y qué hay de introducirse en la propiedad del rey sin ser invitado?”.

“¡Todo lo que quería era una oportunidad!”, gritó Thor, volteando, suplicando al caballero ante él, al miembro de la familia real. “¡Todo lo que quería era una oportunidad de unirme a la Legión!”.

“Este campo de entrenamiento es solamente para los invitados, muchacho”, dijo una voz ronca.

Se acercó un guerrero al círculo, de cincuenta y tantos años, ancho y robusto, calvo, de barba corta y una cicatriz que atravesaba su nariz. Parecía que había sido soldado profesional toda su vida—y por las marcas en su armadura y el broche de oro en su pecho, parecía ser su comandante. El corazón de Thor se aceleró al verlo: un general.

“No fui invitado, señor”, dijo Thor. “Eso es verdad. Pero ha sido el sueño de mi vida estar aquí. Lo único que quiero es una oportunidad para mostrar lo que puedo hacer. Soy tan bueno como cualquiera de esos reclutas. Sólo deme una oportunidad de demostrarlo. Por favor. Unirme a la Legión es todo lo que siempre he soñado”.

“Este campo de batalla no es para soñadores, muchacho”, fue su respuesta áspera. “Es para los combatientes. No hay excepciones a nuestras reglas: los reclutas se seleccionan”.

El general asintió con la cabeza, y el guardia del rey se acercó a Thor, con los grilletes.

Pero de repente el caballero, miembro de la familia real, se adelantó y

extendió la palma de la mano, bloqueando al guardia.

“Tal vez, en ocasiones, se puede hacer una excepción”, dijo él.

El guardia lo miró consternado, con ganas de hablar, pero tuvo que morderse la lengua, en deferencia a un miembro de la familia real.

“Admiro tu espíritu, muchacho”, continuó diciendo el caballero. “Antes de que te echemos, me gustaría ver lo que puedes hacer”.

“Pero Kendrick, tenemos nuestras reglas...”, dijo el general, claramente disgustado.

“La familia real hace las reglas”, respondió Kendrick con severidad, “y la Legión responde a la familia real”.

“Respondemos a su padre, el rey—no a usted”, respondió el general, igualmente desafiante.

Hubo un enfrentamiento, el aire estaba lleno de tensión. Thor no podía creer lo que había ocasionado.

“Conozco a mi padre y sé lo que él querría. Querría dar una oportunidad a este muchacho. Y eso es lo que haremos”.

El general, tras varios minutos de tensión, finalmente se hizo a un lado.

Kendrick se volvió hacia Thor, y sus ojos miraron fijamente a sus ojos marrones e intensos, con la cara de príncipe, pero también de un guerrero.

“Te daré una oportunidad”, dijo él a Thor. “A ver si puedes atinar a esa marca”.

Hizo un gesto a una pila de heno al otro lado del campo, con una pequeña mancha roja en el centro. Varias lanzas fueron alojadas en el heno, pero ninguna dentro de la red.

“Si puedes hacer lo que ninguno de esos muchachos pudo hacer—si puedes atinar a esa marca desde aquí—entonces puedes unirte a nosotros”.

El caballero se hizo a un lado y Thor podía sentir los ojos fijos en él.

Vio un estante de arpones y los examinó con cuidado. Eran de la mejor calidad que jamás había visto, hechos de madera maciza de roble, envueltos en el más fino cuero. Su corazón latía con fuerza, mientras daba un paso hacia adelante, limpiándose la sangre de la nariz con el dorso de su mano, sintiéndose más nervioso que nunca en su vida. Claramente, le estaba dando una tarea casi imposible. Pero tenía que intentarlo.

Thor se acercó y tomó una lanza, ni muy larga ni muy corta. La sopesó en la mano—era pesada, valiosa. No como las que usaba en casa. Pero también se sentía bien. Él sintió que tal vez, solo tal vez, podría atinar a la marca. Después de todo, lanzar un arpón era la mejor habilidad que tenía, así como

lanzar piedras, y tras muchos días de recorrer el páramo, le había dado muchos objetivos. Él siempre había sido capaz de dar en el blanco, aunque sus hermanos no pudieran.

Thor cerró sus ojos y respiró profundamente. Si fallaba, los guardias se abalanzarían sobre él y lo arrastrarían a prisión—y su oportunidad de unirse a la Legión se arruinaría para siempre. Este momento era lo que él siempre había soñado.

Le pidió a Dios con todas sus fuerzas.

Sin dudarlo, Thor abrió sus ojos, dio dos pasos hacia adelante, estiró la mano hacia atrás y lanzó el arpón.

Contuvo el aliento mientras veía como navegaba.

Por favor, Dios. Por favor.

La lanza atravesó el espeso silencio y Thor pudo sentir cientos de miradas en él.

Luego, después de una eternidad, llegó el sonido, el sonido innegable de la punta de lanza perforando el heno. Thor no tenía que mirar. Sabía, simplemente sabía, que era un tiro perfecto. La forma en que el arpón se sintió cuando salió de su mano, el ángulo de la muñeca, le dijo que daría en el blanco.

Thor se atrevió a mirar—y vio, con gran alivio, que él tenía razón. El arpón había hallado su lugar en el centro de la marca roja—era el único arpón que había ahí. Él había hecho lo que los otros reclutas no habían podido hacer.

Un silencio asombroso lo envolvía, mientras sentía que los otros reclutas—y caballeros—quedaban boquiabiertos.

Finalmente, Kendrick avanzó y dio una fuerte palmada a Thor en la espalda, con el sonido de la satisfacción. Él sonrió ampliamente.

“Yo tenía razón”, dijo él. “¡Te quedarás!”.

“¿Qué dice, mi señor?”, gritó el guardia del rey”. “¡No es justo! ¡Este chico llegó sin invitación!”.

“Dio en el blanco. Esa es suficiente invitación para mí”.

“Es mucho más joven y pequeño que los otros. Este no es un escuadrón de niños”, dijo el general.

“Prefiero a un pequeño soldado que puede dar en el blanco, que un bobo que no pueda”, respondió el caballero.

“¡Fue un tiro de suerte!”, gritó el muchacho robusto con quien Thor acababa de luchar. Si tuviéramos más oportunidades, todos acertaríamos también”.

El caballero se volvió y miró al muchacho que había gritado.

“¿En serio?”, preguntó él. “¿Puedo ver que lo hagas ahora? ¿Apostamos tu estancia aquí?”.

El muchacho, nervioso, bajó la cabeza avergonzado, claramente no estaba dispuesto a aceptar la oferta.

“Pero este muchacho es un extraño”, protestó el general. “Ni siquiera sabemos de dónde es oriundo”.

“Viene de las tierras bajas”, dijo una voz.

Los demás voltearon a ver quién hablaba, pero Thor no necesitaba hacerlo—reconoció la voz. Era la voz que lo había perseguido toda su niñez. La voz de su hermano mayor: Drake.

Drake dio un paso adelante con sus otros dos hermanos y miró hacia abajo a Thor, con desaprobación.

“Su nombre es Thorgrin, del clan McCleod, de la Provincia del Sur del Reino del Este. Él es el más joven de cuatro hijos. Todos venimos del mismo hogar. ¡Él cuida las ovejas de nuestro padre!”.

Todo el grupo de muchachos y caballeros rompieron a reír en coro.

Thor sintió enrojecer su cara; quería morir en ese momento. Nunca había estado más avergonzado. Así era su hermano, le quitaba el momento de gloria, para hacerlo sentir mal.

“¿Cuida ovejas?”, repitieron todos.

“¡Entonces nuestros enemigos tendrán que cuidarse de él!”, gritó otro muchacho.

Hubo otro coro de risas y la humillación de Thor fue más profunda.

“¡Basta!”, gritó Kendrick, con severidad.

Gradualmente, la risa se apagó.

“Prefiero tener un pastor que puede atinar a un objetivo, que muchos de ustedes—que parecen buenos para reír, pero nada más”, añadió Kendrick.

Con eso, hubo silencio entre los muchachos, quienes ya no reían más.

Thor estaba sumamente agradecido con Kendrick. Se comprometió a pagarle de cualquier forma que pudiera. Pese a lo que había ocurrido con Thor, este hombre, por lo menos, había restaurado su honor.

“¿No sabes, muchacho, que un guerrero no denuncia a sus amigos—mucho menos a su propia familia, a su propia sangre?”, preguntó el caballero a Drake.

Drake miró hacia abajo, nervioso, una de las pocas veces en que Thor le había visto decaído.

Pero otro de sus hermanos, Dross, dio un paso al frente y protestó: “Pero a Thor ni siquiera lo eligieron. A *nosotros* sí. Él simplemente nos siguió hasta aquí”.

“Yo no los seguí”, insistió Thor, finalmente. “Estoy aquí por la Legión. No por ustedes”.

“No importa por qué esté aquí”, dijo el general, molesto, dando un paso adelante. “Nos está haciendo perder el tiempo. Sí, el tiro de la lanza fue acertado, pero él todavía no puede unirse a nosotros. Él no tiene un caballero que lo patrocine, ni escudero alguno dispuesto a asociarse con él”.

“Me asociaré con él”, gritó una voz.

Thor dio media vuelta, junto con los demás. Se sorprendió al ver, parado a unos metros de distancia, a un muchacho de su edad, que se parecía a él, excepto por el cabello rubio y los ojos verde claro, usando la más bella armadura real: cota de malla cubierta con marcas escarlata y negra—otro miembro de la familia del rey.

“Imposible”, dijo el general. “La familia real no se asocia con los plebeyos”.

“Yo puedo hacer lo que quiera”, dijo el muchacho”. Y yo digo que Thorgrin será mi pareja”.

“Aunque lo aprobemos”, dijo el general, “no importa. No tiene un caballero que lo patrocine”.

“Yo lo patrocinaré”, dijo una voz.

Todos voltearon a ver en la dirección contraria y hubo un grito ahogado entre los demás.

Thor dio media vuelta y vio a un caballero montado en un caballo, adornado con una hermosa y brillante armadura y llevando todo tipo de armamento en el cinturón. Destacaba—era como mirar al sol. Thor podía decir, por su comportamiento, sus modales, y por las marcas en su casco, que era diferente a los demás. Él era un campeón.

Thor reconoció a ese caballero. Había visto cuadros de él y había oído hablar de su leyenda. Erec. No podía creerlo. Era el mejor caballero en la Arena.

“Pero, mi señor, usted ya tiene un escudero”, protestó el general.

“Entonces voy a tener dos”, contestó Erec con una voz grave, y con seguridad.

Un silencio de asombro invadió al grupo.

“Entonces no hay nada más qué decir”, dijo Kendrick. “Thorgrin tiene un

patrocinador y un compañero. El asunto está resuelto. Ahora es miembro de la Legión”.

“¡Pero se ha olvidado de mí!”, gritó el guardia del rey, dando un paso al frente. “Nada de esto justifica el hecho de que el muchacho haya golpeado a un miembro de la guardia del rey y debe ser castigado. ¡Se debe hacer justicia!”.

“Se hará justicia”. La voz de Kendrick podría haber cortado el acero. “Pero será a mi criterio. No según el tuyo”.

“Pero, mi señor, ¡debe ser llevado al calabozo! ¡Debe servir de ejemplo!”.

“Si sigues hablando, entonces *tú* irás al calabozo”, Kendrick le dijo al guardia, mirándolo hacia abajo.

Finalmente, el guardia se echó hacia atrás, a regañadientes, dio media vuelta y se fue, con la cara roja, mirando a Thor.

“Entonces es oficial”, Kendrick dijo en voz alta. “¡Bienvenido, Thorgrin, a la Legión del Rey!”.

La multitud de caballeros y muchachos dejaron escapar un grito de júbilo y después se dieron media vuelta, regresando a su formación.

Thor se sentía entumecido por la sorpresa. Casi no podía creerlo. Ahora era miembro de la Legión del Rey. Era como un sueño.

Thor se volvió hacia Kendrick, más agradecido con él de lo que pudiera expresar. Nunca había tenido a nadie en su vida que se preocupara por él, que dejara todo a un lado para protegerlo. Era una sensación extraña. Ya se sentía más cerca de este hombre, que de su propio padre.

“No sé cómo agradecerle”, dijo Thor. “Estoy en deuda con usted”.

Kendrick sonrió. “Me llamo Kendrick. Debes aprendértelo bien. Soy el hijo mayor del rey. Admiro tu valentía. Serás un buen elemento para este grupo”.

Kendrick se dio la vuelta y salió corriendo, y mientras, Elden, el muchacho robusto con el que había peleado Thor, se marchaba, arrastrando los pies.

“Cuídate”, dijo el muchacho. “Dormimos en el mismo cuartel. Y no pienses ni por un momento que estás a salvo”.

El muchacho se dio media vuelta y salió corriendo antes de que Thor pudiera responder; ya había conseguido un enemigo.

Empezaba a preguntarse qué era lo que le esperaba aquí, cuando el hijo menor del rey se acercó corriendo hacia él.

“No le hagas caso”, le dijo a Thor. “Siempre anda buscando pelea. Soy

Reece”.

“Gracias”, dijo Thor, extendiendo su mano, “por elegirme como patrocinador. No sé qué habría hecho sin eso”.

“Me da gusto seleccionar a cualquier persona que se enfrente ante esa bestia”, dijo Reece felizmente. “Fue una buena pelea”.

“¿Bromea?”, preguntó Thor, limpiándose la sangre seca de su cara y sintiendo que su verdugón se hinchaba”. Me mató”.

“Pero no te rendiste”, dijo Reece. “Fue impresionante. Cualquiera de nosotros nos habríamos quedado tirados. Y la manera en que lanzaste el arpón fue increíble. ¿Dónde aprendiste a lanzar así? ¡Seremos socios de por vida!”. Miró a Thor de manera significativa, mientras estrechaba su mano. “Y amigos, también. Puedo sentirlo”.

Mientras Thor le daba la mano, no podía evitar sentir que estaba haciendo un amigo para toda la vida.

De pronto, le dieron un golpecito en un costado.

Se dio la vuelta y vio a un muchacho mayor ahí parado, con cicatrices de viruela en la piel y una cara larga y estrecha.

“Soy Feithgold. El escudero de Erec. Ahora tú eres su *segundo* escudero. Lo que significa que me responderás a mí. Y tenemos un torneo en unos minutos. ¿Te vas a quedar ahí parado cuando te han nombrado escudero del caballero más famoso del reino? ¡Sígueme! ¡Rápido!”.

Reece ya se había alejado. Thor se dio la vuelta y trató de alcanzar al escudero, mientras corría por el campo. No tenía idea de dónde iban—pero no le importaba. Estaba cantando por dentro.

Lo había logrado.

CAPÍTULO SIETE

GARETH se apresuró por la Corte del Rey, vestido con sus galas reales, abriéndose paso entre las masas que llegaban de todas direcciones para la boda de su hermana, y se enfureció. Todavía estaba conmocionado por el encuentro con su padre. ¿Cómo era posible que lo hubiera saltado, que su padre no lo hubiera elegido para ser el rey? No tenía sentido. Era el primogénito legítimo. Esa era la forma en que siempre se hacían las cosas. Él siempre, desde que nació, supuso que gobernaría—no había motivo para pensar otra cosa.

Era inconcebible. Pasar por encima de un hermano menor—y una chica, no menos. Cuando se corriera la voz, sería el hazmerreír del reino. Mientras caminaba, sentía como si el viento lo derribara y no supiera cómo recuperar el aliento.

Tropezó en el camino con las masas, hacia la ceremonia de la boda de su hermana mayor. Miró a su alrededor, vio a la multitud con sus ropas de colores, los interminables ríos de gente, todos los tipos de personas de diferentes provincias. Odiaba estar tan cerca de los plebeyos. Ese era el momento cuando los pobres podían mezclarse con los ricos. Ese era el momento en que a esos salvajes del Reino del Este, del otro lado del altiplano, se les había permitido entrar, también. Gareth apenas podía concebir que su hermana fuera a casarse con uno de ellos. No era sino una maniobra política de su padre; un patético intento de hacer la paz entre los reinos.

Era aún más extraño, que de alguna manera, a su hermana parecía gustarle esa criatura. Gareth no podía entender por qué. Conociéndola, no era el *hombre* lo que le gustaba, sino el título, la oportunidad de ser la reina de su propia provincia. Ella recibiría lo que merecía; todos eran salvajes, los del otro lado del Altiplano. Para Gareth, carecían de civismo, de refinamiento, de sofisticación. Ese no era problema suyo. Si su hermana era feliz, pues que se casara. Era una hermana menos que tener cerca, que podría interponerse en su camino hacia el trono. De hecho, mientras más lejos estuviera, mejor.

No es que eso le preocupara. Después de hoy, nunca sería rey. Ahora sería relegado a ser solo otro príncipe anónimo en el reino de su padre. Ahora, no tenía un camino hacia el poder; ahora estaba destinado a una vida de mediocridad.

Su padre lo había subestimado—siempre lo había hecho. Su padre se consideraba políticamente astuto—pero Gareth era mucho más listo y siempre lo había sido. Por ejemplo: por casar a Luanda con un McCloud, su padre se consideraba un maestro de la política. Pero Gareth fue más previsor que su padre, pudo examinar más de las ramificaciones y ya iba un paso adelante. Él sabía hacia dónde iría esto. En última instancia, este matrimonio no apaciguaría a los McCloud sino que los envalentonaría. Eran bestias, así que iban a ver este ofrecimiento de paz, no como señal de fortaleza, sino de debilidad. No les importaba tener un enlace entre las familias, y en cuanto se llevaran a su hermana, Gareth estaba seguro de que planearían un ataque. Todo era un ardid. Había tratado de decírselo a su padre, pero no le quiso escuchar.

No es que le importara nada de esto. Después de todo, ahora él era solamente otro príncipe, otro subalterno en el reino. Gareth ardía de coraje al pensar en ello, y odiaba a su padre en ese momento, como nunca pensó que sería posible. Al caminar hombro con hombro entre las masas, imaginaba las formas en que podía cobrar venganza, en que podría obtener el reino, después de todo. No podía quedarse cruzado de brazos, eso era seguro. No podía permitir que la realeza fuera a caer en manos de su hermana menor.

“Ahí estás”, dijo una voz.

Era Firth, caminando a su lado, con una sonrisa alegre y revelando sus dientes perfectos. Dieciocho años, alto, delgado, con una gran voz y la piel suave y las mejillas rubicundas. Firth era su amante del momento. Gareth, generalmente, se sentía feliz de verlo, pero no estaba de humor para él ahora.

“Creo que me has estado evitando todo el día”, añadió Firth, poniendo un brazo a su alrededor mientras caminaban.

Gareth de inmediato se sacudió el brazo, comprobando que nadie lo hubiera visto.

“¿Eres tonto?”, le reprendió Gareth. “Nunca vuelvas a abrazarme en público. *Jamás*”.

Firth miró hacia abajo, con la cara enrojecida. “Discúlpame”, dijo él. “No lo pensé”.

“Así es, no lo pensaste. Si vuelves a hacerlo, jamás volveré a verte”, le regañó Gareth.

Firth enrojeció más y parecía lamentarlo realmente. “Lo lamento”, repitió.

Gareth volvió a revisar, sintiéndose seguro de que nadie lo hubiera visto, y se sintió un poco mejor.

“¿Qué chisme hay de las masas?”, preguntó Gareth, queriendo cambiar de tema, para olvidarse de sus oscuros pensamientos.

Firth se animó de inmediato y recuperó su sonrisa.

“Todo el mundo está a la expectativa. Todos esperan el anuncio de que serás nombrado sucesor”.

Gareth se sintió alicaído. Firth se cuestionó.

“¿No has sido nombrado?”, preguntó Firth, escéptico.

Gareth se sonrojó mientras caminaba, sin encontrar su mirada con la de Firth.

“No”.

Firth se quedó sin aliento.

“Pasó por encima de mí. ¿Te imaginas? A mi hermana. Mi hermana menor”.

La cara de Firth se ensombreció. Se veía asombrado.

“Eso es imposible”, dijo él. “Eres el primogénito. Ella es mujer. No es posible”, repitió.

Gareth lo miró fríamente. “No estoy mintiendo”.

Los dos caminaron por algún tiempo en silencio, y mientras más se llenaba de gente, Gareth miró a su alrededor, empezando a darse cuenta de dónde se encontraba y realmente intentaba asimilarlo. La Corte del Rey estaba totalmente atascada—debe haber habido miles de personas pululando desde todas las entradas posibles. Todos ellos iban hacia el elaborado escenario de la boda, alrededor del cual había al menos un millar de las mejores sillas, con gruesos cojines cubiertos de terciopelo rojo, y marcos de oro. Un ejército de siervos subía y bajaba por los pasillos, sentando a la gente, llevando bebidas.

A ambos lados del pasillo interminable de la boda, sembrado de flores, estaban sentadas las dos familias—los MacGil y los McCloud—la línea bien delimitada. Había cientos de personas de cada lado, todos vestidos con sus mejores galas, los MacGil de color morado oscuro y los McCloud de color naranja oscuro. Para Gareth, los dos clanes no podían verse más diferentes: aunque cada uno estaba muy adornado, parecía como si los McCloud se hubieran vestido para fingir. Eran bestias debajo de su ropas—él podía notarlos en sus expresiones faciales, en la manera en que se movían, en que se empujaban unos a otros, en sus risotadas. Había algo debajo de la superficie que la ropa real no podía ocultar. Le molestaba tenerlos dentro de sus puertas. Le molestaba toda la boda. Fue otra decisión tonta de su padre.

Si Gareth fuera rey, habría ejecutado un plan diferente. También habría

hecho esta boda. Pero habría esperado hasta la última hora de la noche, cuando los McCloud estuvieran ebrios, cerraría las puertas del salón y los quemaría en un gran incendio, matando a todos de golpe.

“Bestias”, dijo Firth, mientras examinaba el otro lado del pasillo de la boda. “No puedo imaginar por qué tu padre los dejó entrar”.

“Debe haber juegos interesantes después”, dijo Gareth. “Él invita a nuestro enemigo a nuestras puertas, después, organiza las competiciones de la boda. ¿No es una receta para la escaramuza?”.

“¿Eso crees?”, preguntó Firth. “¿Una batalla? ¿Aquí? ¿Con todos esos soldados? ¿El día de la boda?”.

Gareth se encogió de hombros. Los McCloud serían capaces de eso.

“El honor de una boda no significa nada para ellos”.

“Pero tenemos miles de soldados aquí”.

“Igual que ellos”.

Gareth dio media vuelta y vio una larga fila de soldados—de los MacGil y de los McCloud—alineados a ambos lados de las almenas. Ellos no habrían llevado tantos soldados, lo sabía, a menos que estuvieran esperando una escaramuza. A pesar de la ocasión, pese a la ropa fina, pese a la suntuosidad del arreglo, los interminables banquetes de comida, el solsticio de verano en pleno florecimiento, las flores—pese a todo, todavía había una pesada tensión en el aire. Todos estaban con los nervios a flor de piel—Gareth se daba cuenta por la manera en que colocaban sus hombros, extendían sus codos. Ellos no confiaban unos en los otros.

Tal vez él tendría suerte, pensó Gareth, y uno de ellos apuñalaría a su padre en el corazón. Entonces tal vez podría ser rey, después de todo.

“Supongo que no podemos sentarnos juntos”, dijo Firth, con voz de decepción, cuando se acercaban a la zona de estar.

Gareth le dio una mirada de desprecio. “¿Eres tonto?”, dijo él, con veneno en su voz.

Estaba empezando a preguntarse seriamente si había sido una buena idea elegir a este mozo de cuadra como amante. Si no le quitaba lo sensiblero rápidamente, podría confrontarlos a los dos.

Firth bajó la mirada, avergonzado.

“Te veré después, en los establos. Ahora, lárgate”, dijo él, y le dio un pequeño empujón. Firth desapareció entre la multitud.

De repente, Gareth sintió que alguien le agarraba el brazo. Por un momento, su corazón se detuvo, mientras se preguntaba si lo habían

descubierto; pero luego sintió unas uñas largas, los dedos delgados, sumergirse en su piel, y él supo de inmediato que era su esposa. Helena.

“No me avergüences en este día”, susurró ella, con odio en su voz.

Él volteó y la observó. Se veía hermosa, toda arreglada, vestida con un traje largo de satén, con el cabello recogido a lo alto, con pasadores para el cabello, portando su mejor collar de diamantes, y su cara suavizada con el maquillaje. Gareth podía ver objetivamente que ella era hermosa, tan bella, como el día en que se casaron. Pero aun así, no sentía ninguna atracción hacia ella. Había sido otra idea de su padre—tratar de casarlo fuera de su naturaleza. Pero todo lo que había hecho era darle una compañera amargada—y despertar aún más la especulación de la corte acerca de sus verdaderas inclinaciones.

“Es el día de la boda de tu hermana”, dijo ella. “Puedes comportarte como si fuéramos una pareja—por una vez”.

Ella puso un brazo en el de él y se acercaron a un área reservada, acordonada con terciopelo. Dos guardias reales los dejaron pasar y se unieron al resto de la familia real en la base del altar.

Sonó una trompeta y poco a poco, la multitud guardó silencio. Se oyó la suave música de un clavicordio, había más flores esparcidas a lo largo del pasillo y la procesión real comenzó a caminar, las parejas iban tomadas del brazo. Gareth fue jalado por Helena, y empezó a marchar por el pasillo con ella.

Gareth se sentía más conspicuo, más torpe que nunca, sin saber cómo hacer para que su amor pareciera genuino. Sintió cientos de ojos en él y no podía dejar de sentir como si todos lo estuvieran evaluando, aunque sabía que no era así. El pasillo no podía ser lo suficientemente corto, no podía esperar a llegar al final, estar cerca de su hermana en el altar y terminar con esto. Tampoco podía dejar de pensar acerca del encuentro con su padre, y se preguntaba si todos esos espectadores ya sabían la noticia.

“Hoy recibí malas noticias”, le susurró a Helena, cuando por fin llegaron al final del pasillo y ya tenía las miradas sobre él.

“¿Crees que no lo sé?”, dijo ella.

Él volteó y la miró, sorprendido.

Ella volvió a mirarlo, con desdén. “Tengo mis espías”, dijo ella.

Él entrecerró los ojos, queriendo dañarla. ¿Cómo podía ser tan indiferente?

“Si no soy rey, tú tampoco serás reina”, dijo él.

“Nunca esperé ser la reina”, contestó ella.

Eso lo sorprendió aún más.

“Nunca esperé que te nombraran rey”, añadió ella. “¿Por qué habría de hacerlo? Tú no eres un líder. Eres un amante. Pero no *mi* amante”.

Gareth sintió que enrojecía.

“Ni tú eres mi amante”, le dijo él a ella.

Ahora le tocó a ella sonrojarse. Ella no era la única que tenía un amante secreto. Gareth tenía sus propios espías que le contaban las hazañas de ella. Él había dejado que ella se saliera con la suya hasta ahora—siempre y cuando lo mantuviera en secreto y lo dejara en paz.

“No es que me estés dando una opción”, contestó ella. “¿Esperas que me mantenga célibe el resto de mi vida?”.

“Tú sabías quién era yo”, contestó él. “Aun así decidiste casarte conmigo. Elegiste el poder, no el amor. No finjas estar sorprendida”.

“Nuestro matrimonio fue arreglado”, dijo ella. “Yo no elegí nada”.

“Pero tampoco protestaste”, contestó él.

Gareth carecía de energía para discutir con ella hoy. Era un apoyo útil, una esposa títere. Él podía tolerarla, y ella podía ser útil en ocasiones—siempre y cuando no lo molestara demasiado.

Gareth observó con cinismo supremo cuando todos voltearon a ver a su hermana mayor, caminando por el pasillo con su padre, esa criatura. La cara dura de él—incluso tuvo la desfachatez de fingir tristeza, secándose una lágrima mientras su padre la acompañaba. Un actor completo. Pero ante los ojos de Gareth, no era sino un tonto incompetente. No podía imaginar que su padre no sintiera una tristeza genuina al casar a su hija, a quien, después de todo, estaba lanzando a los lobos del reino de los McCloud. Gareth sentía el mismo desprecio por Luanda, quien parecía disfrutar de todo el asunto. Parecía casi no importarle que se estuviera casando con gente inferior. Ella también iba tras el poder. Era despiadada. Calculadora. De esta forma, ella, de todos los hermanos, era más parecida a él. En ciertas cosas, él se identificaba con ella, aunque nunca sintieron mucho amor uno por el otro.

Gareth levantó su pie, impaciente, esperando que todo terminara.

Aguantó la ceremonia. Argon presidía las bendiciones, declamando los hechizos, llevando a cabo la ceremonia. Todo era una farsa, y sentía náuseas por ello. Solo era la unión de dos familias por motivos políticos. ¿Por qué no lo llamaban por su nombre?

Pronto, gracias a Dios, todo terminó. La multitud hizo una gran ovación

cuando los dos se besaron. Sonó un gran cuerno, y el orden perfecto de la boda fue disuelto en un caos controlado. La familia real regresó al pasillo y a la zona de recepción.

Incluso Gareth, con lo cínico que era, quedó impresionado por lo que vio; su padre no había escatimado en gastos en esta ocasión. Ante ellos se extendía todo tipo de mesas, banquetes, contenedores de vino, un sinfín de cerdos asados y ovejas y corderos.

Atrás de ellos, se estaban preparando para el evento principal: los juegos. Se preparaban los objetivos para el lanzamiento de piedras, de arpones, el tiro con arco—y al centro de todo, el carril de justas. Ya las masas se agolpaban a su alrededor.

La multitud ya se estaba dividiendo para los caballeros de ambos lados. Por los MacGil, el primero en entrar, por supuesto, fue Kendrick, montado en su caballo y ataviado con armaduras, seguido por docenas de Los Plateados. Pero no fue hasta que llegó Erec, apartado de los demás, en su caballo blanco, que la multitud guardó silencio asombrado. Era una especie de imán para llamar la atención, incluso Helena se inclinó hacia adelante y Gareth notó su lujuria por él, al igual que las otras mujeres.

“Casi estaba en edad de selección, pero no estaba casado. Cualquiera mujer del reino se casaría con él. ¿Por qué no nos eligió a nosotros?”

“¿Y qué te importa?”, dijo Gareth, sintiéndose celoso, muy a su pesar. Él también quería estar ahí arriba con su armadura, en un caballo, luchando entre ellos por el nombre de su padre. Pero él no era un guerrero. Y todo el mundo lo sabía.

Helena lo ignoró, con un gesto desdeñoso de la mano. “Tú no eres hombre”, dijo ella, burlescamente. “Tú no entiendes de esas cosas”.

Gareth se sonrojó. Quería golpearla, pero éste no era el momento. En cambio, él la acompañó mientras se sentaba en las gradas, con los demás, para ver las festividades del día. Este día iba de mal en peor y Gareth ya sentía un agujero en el estómago. Sería un día muy largo, un día de caballería sin fin, de pompa, de pretensión. De hombres lastimándose o matándose mutuamente. Un día del cual él estaba excluido por completo. Un día que representaba todo lo que odiaba.

Mientras estaba ahí sentado, caviló. Deseaba en silencio que las festividades estallaran en una batalla a todo lo que daba, que hubiera derramamiento de sangre a gran escala, que todo lo bueno del lugar fuera hecho pedazos.

Algún día se saldría con la suya. Algún día sería el rey.
Algún día.

CAPÍTULO OCHO

THOR hizo todo lo posible para estar a la altura del escudero de Erec, apresurándose para actualizarse mientras se abría paso entre las masas. Había sido un torbellino desde lo de la arena, y apenas podía procesar lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Todavía estaba temblando por dentro, apenas podía creer que había sido aceptado en la Legión, y que había sido nombrado segundo escudero de Erec.

“Te lo dije, muchacho— ¡sigue el rito!”, espetó Feithgold.

A Thor le molestaba que lo llamaran “muchacho”, especialmente porque el escudero era apenas unos años mayor. Feithgold iba y venía a toda velocidad de entre la multitud, casi como si estuviera tratando de deshacerse de Thor.

“¿Siempre hay tanta gente aquí?”, preguntó Thor, tratando de alcanzarlo.

“¡Por supuesto que no!”, gritó Feithgold. “Hoy no solamente es el solsticio de verano, el día más largo del año, sino que también es el día que el rey eligió para la boda de su hija—y el único día de la historia en que hemos abierto nuestras puertas a los McCloud. Nunca había habido una multitud como la que hay ahora. No tiene precedente. ¡No esperaba esto! ¡Temo que llegaremos tarde!”, dijo él, apresurado, mientras corría a través de la multitud.

“¿Adónde vamos?”, preguntó Thor.

“Vamos a hacer lo que todo buen escudero hace: ¡ayudar a nuestro caballero a prepararse!”.

“¿A prepararse para qué?”, dijo Thor presionando, casi sin aliento. Estaba haciendo cada vez más calor, y se secó el sudor de la frente.

“¡Para la justa real!”.

Finalmente llegaron a la orilla de la multitud y se detuvieron ante la guardia del rey, quien reconoció a Feithgold e hizo un gesto a los demás para dejarlos pasar.

Pasaron por debajo de una cuerda y entraron en un claro, alejado de la multitud. Thor casi no podía creerlo; ahí, de cerca, estaban los carriles de las justas. Detrás de las cuerdas estaba una multitud de espectadores, y arriba y debajo de los carriles de tierra, había enormes caballos de guerra—los más grandes que Thor había visto—montados por caballeros con todo tipo de armaduras. Mezclado entre Los Plateados, estaban los caballeros de todos los

lugares: de los dos reinos, de cada provincia, algunos con armadura negra, otros, blanca, usando cascos y con armas de todo tipo y tamaño. Parecía como si el mundo entero hubiera descendido sobre estos carriles de justas.

Ya había algunas competencias en progreso, caballeros de lugares que Thor no reconocía, atacándose unos a otros, haciendo sonar las lanzas y los escudos, seguidos siempre por una breve aclamación de la multitud. De cerca, Thor no podía creer la fuerza y la velocidad de los caballos, el sonido que las armas hacían. Era un arte mortal.

“¡Ni parece un deporte!”, dijo Thor a Feithgold mientras lo seguía en el perímetro de los carriles.

“Porque no lo es”, gritó Feithgold, por encima del ruido de un sonido metálico. “Es un negocio serio, enmascarado como un juego. La gente muere aquí, todos los días. Es una batalla. Tienen suerte los que salen caminando ilesos. Son realmente muy pocos”.

Thor levantó la vista cuando dos caballeros se atacaban entre sí y chocaron a toda velocidad. Hubo un horrible choque de metal contra metal, después uno de ellos voló de su caballo y cayó de espaldas, a solamente unos metros de distancia de Thor.

La multitud se quedó sin aliento. El caballero no se movió y Thor vio un pedazo de un eje de madera clavado en sus costillas, perforando su armadura. Gritó de dolor y la sangre brotaba de su boca. Varios escuderos corrieron a atenderlo, sacándolo a rastras del campo. El caballero ganador desfiló lentamente, levantando su lanza ante la ovación de la multitud.

Thor estaba sorprendido. No creía que el deporte fuera así de mortal.

“Lo que hicieron esos muchachos—es ahora tu trabajo”, dijo Feithgold. “Ahora eres un escudero. Mejor dicho, el segundo escudero”.

Se detuvo y se acercó más—tanto, que Thor podía oler su mal aliento.

“Y no lo olvides. Yo le respondo a Erec. Y tú me respondes a mí. Tu trabajo es asistirme. ¿Entendiste?”.

Thor asintió con la cabeza, tratando de digerir todo. Él había imaginado que todo era muy distinto, y aún no sabía exactamente lo que le esperaba. Él podía sentir cuán amenazado por su presencia se sentía Feithgold y sentía que había hecho un enemigo.

“No tengo intenciones de interferir con tu puesto de escudero de Erec”, dijo Thor.

Feithgold soltó una breve carcajada burlona.

“No podrías interferir conmigo, muchacho, aunque lo intentaras.”

Simplemente mantente fuera de mi camino y haz lo que te ordeno”.

Con eso, Feithgold volteó y se apresuró por una serie de caminos sinuosos, detrás de las cuerdas. Thor le siguió lo mejor que pudo y pronto se encontró en un laberinto de establos. Caminó por un pasillo estrecho; a su alrededor había caballos de guerra pavoneándose, escuderos nerviosos cuidándolos. Feithgold dio varios giros y finalmente se detuvo ante un caballo gigante y magnífico. Thor tenía que recuperar el aliento. Apenas podía creer que algo tan grande y hermoso fuera real, mucho menos que estuviera detrás de una valla. Parecía listo para la guerra.

“Él es Warkfin”, dijo Feithgold. “Es el caballo de Erec. O uno de ellos— es el que él prefiere para las justas. No es una bestia fácil de domar. Pero Erec lo ha logrado. Abre la puerta”, ordenó Feithgold.

Thor lo miró, desconcertado, y después miró hacia la puerta, tratando de averiguarlo. Dio un paso adelante, jaló una clavija entre los listones, y no pasó nada. Tiró con más fuerza hasta que se movió, y abrió suavemente la puerta de madera.

En el momento en que lo hizo, Warkfin relinchó, se echó hacia atrás y pateó la madera, rozando la punta del dedo de Thor. Thor jaló hacia atrás su mano, llena de dolor.

Feithgold rió.

“Por esto te pedí abrirla. Hazlo más rápido la próxima vez, muchacho. Warkfin no espera a nadie. Sobre todo a ti”.

Thor estaba furioso; Feithgold ya lo estaba sacando de quicio, y no sabía cómo iba a soportarlo.

Rápidamente abrió las puertas de madera; esta vez quitándose del camino de las patas del agitado caballo.

“¿Debo llevarlo afuera?”, preguntó Thor con inquietud, no queriendo agarrar las riendas mientras Warkfin pateaba y se dejaba guiar.

“Por supuesto que no”, dijo Feithgold. “Ese es mi trabajo. El tuyo es alimentarlo—cuando yo te lo ordene. Y recoger sus excrementos”.

Feithgold agarró las riendas de Warkfin y empezó a guiarlo por los establos. Thor tragó saliva, observando. Este no era el inicio que tenía en mente. Sabía que tenía que empezar en alguna parte, pero esto era denigrante. Él se había imaginado la guerra y la gloria y el combate, entrenar y competir entre los muchachos de su misma edad. Nunca se imaginó como un sirviente de honor. Empezaba a preguntarse si había tomado la decisión correcta.

Finalmente salieron de los establos oscuros hacia la luz brillante del día,

de regreso a los carriles de justas. Thor entrecerró los ojos por el cambio, y momentáneamente agobiado por las miles de personas que ovacionaban a los caballeros de oposición cuando se estrellaban unos contra otros. Nunca había escuchado un ruido de metal así, y la tierra temblaba ante la marcha masiva de los caballos.

A su alrededor había docenas de caballeros y escuderos, preparándose. Los escuderos pulían las armaduras de sus caballeros, engrasaban las armas, revisaban las monturas y las correas y volvían a comprobar las armas cuando los caballeros montaban sus caballos y esperaban a que su nombre fuera llamado.

“¡Elmalkin!”, llamó el presentador.

Era un caballero de una provincia que Thor no reconocía; un tipo robusto, con armadura roja, salió galopando de la puerta. Thor volteó y se quitó del camino justo a tiempo. El caballero entró por la calle estrecha, y su lanza sacudió el escudo de su rival. Se oyó un sonido metálico, la lanza del otro caballero le golpeó y Elmalkin salió volando hacia atrás, cayendo de espaldas. La multitud ovacionó.

Pero Elmalkin inmediatamente cobró fuerza, se puso de pie, dando vueltas y extendiendo una mano hacia su escudero, quien estaba junto a Thor.

“¡Mi maza!”, gritó el caballero.

El escudero que estaba junto a Thor entró en acción, agarrando una maza del estante de armas y corrió hacia el centro del carril. Corrió hacia Elmalkin, pero el otro caballero había dado la vuelta en círculo y estaba atacando de nuevo. Justo antes de que el escudero pusiera la maza en la mano de su maestro, el otro caballero se acercó a ellos. El escudero no alcanzó a Elmalkin a tiempo. El otro caballero bajó su lanza—y al hacerlo, ésta golpeó con fuerza la cabeza del escudero. El escudero, aturdido por el golpe, se dio la vuelta rápidamente y cayó en el suelo, de bruces.

No se movió. Thor podía ver sangre manando de su cabeza, incluso desde ahí, manchando el suelo.

Thor tragó saliva.

“No es un espectáculo agradable, ¿verdad?”.

Thor volteó a ver a Feithgold que estaba parado junto a él, mirándolo.

“Prepárate, muchacho. Esta es una batalla. Y estamos justo en medio de ella”.

La multitud de repente se quedó en silencio cuando se abrió la vía principal de justas. Thor podía sentir la expectativa en el aire, cuando las

demás justas se detuvieron en espera de ésta. Por un lado, salió Kendrick, cabalgando en su caballo, con la lanza en la mano.

En el otro extremo, frente a él, caminaba un caballero con la armadura distintiva de los McCloud.

“Los MacGil contra los McCloud”, susurró Feithgold a Thor. “Hemos estado en guerra desde hace mil años. Y dudo mucho que este partido lo resuelva”.

Cada uno de los caballeros bajó su visera, sonó un cuerno, y con un grito, los dos empezaron el ataque mutuo.

Thor estaba sorprendido por la velocidad que habían alcanzado antes de que, instantes después, chocaran con un gran ruido metálico. Thor casi se lleva las manos a las orejas. La multitud se quedó sin aliento cuando ambos combatientes cayeron de sus caballos.

Cada uno se puso de pie y tiraron sus cascos, mientras sus escuderos corrieron hacia ellos, entregándoles espadas cortas. Los dos caballeros se enfrentaron con todo lo que tenían. Observar a Kendrick moverse y dar espadazos hipnotizó a Thor: era algo muy bello. Pero McCloud era un buen guerrero también. Iban adelante y atrás, agotándose mutuamente, sin ceder terreno.

Finalmente sus espadas chocaron en un momento y cada uno derribó la espada del otro de las manos. Sus escuderos corrieron, con las mazas en la mano, pero cuando Kendrick estiró la mano para tomar su maza, el escudero de McCloud corrió detrás de él y lo golpeó por la espalda con su propia arma; el golpe lo envió al suelo, con el grito de asombro horrorizado de la multitud.

El caballero McCloud sacó su espada, dio un paso adelante y apuntó a la garganta de Kendrick, aplastándolo contra el suelo. A Kendrick no le quedó otra opción.

“¡Admito la derrota!”, gritó él.

Hubo un grito de victoria entre los McCloud—y uno de ira de los MacGil.

“¡Hizo trampa!”, gritaron los MacGil.

“¡Hizo trampa! ¡Hizo trampa!”, se oyeron en coro los gritos de enojo.

La multitud se estaba poniendo cada vez más furiosa y pronto hubo un coro de protestas tal, que la multitud empezó a dispersarse, y ambas partes—los MacGil y los McCloud—comenzaron a acercarse unos a otros, a pie.

“Esto no es bueno”, dijo Feithgold a Thor, mientras estaban en un costado, observando.

Momentos después, la multitud estalló; hubo golpes, y se convirtió en una pelea sin cuartel. Fue un caos. Los hombres se movían salvajemente, entrelazados, tirándose mutuamente al suelo. La multitud se incrementó y la pelea amenazó con terminar en una guerra sin cuartel.

Sonó un cuerno y los guardias de ambos lados entraron, logrando separar a la multitud. Sonó otro cuerno más fuerte, y se hizo el silencio cuando el Rey MacGil se levantó de su trono.

“¡Hoy no habrá escaramuzas!”, dijo con su voz de rey. “No en este día de celebración. ¡Y no en mi Corte!”.

Poco a poco, la multitud se calmó.

“Si este es un concurso que deseaban entre nuestros dos grandes clanes, será decidido por un combatiente, un campeón de cada lado”.

MacGil miró al Rey McCloud, quien estaba sentado en el otro extremo, con su séquito.

“¿De acuerdo?”, gritó MacGil.

McCloud se puso de pie solemnemente.

“¡De acuerdo!”, repitió.

La multitud aplaudió en ambos lados.

“¡Elijan a su mejor hombre!”, gritó MacGil.

“Ya lo tengo”, dijo McCloud.

Del lado de McCloud surgió un caballero formidable, el hombre más grande que Thor había visto en su vida, montado en su caballo. Parecía una roca, corpulento, con una barba larga y un ceño fruncido que parecía ser permanente.

Thor detectó movimiento junto a él, y a un lado. Erec se acercó, montando a Warkfin, y avanzó hacia adelante. Thor tragó saliva. Apenas podía creer lo que estaba sucediendo a su alrededor. Se hinchó de orgullo por Erec.

Después, se llenó de ansiedad, al darse cuenta de que él estaba en servicio. Después de todo, era un escudero y su caballero estaba a punto de pelear.

“¿Qué hacemos?”, preguntó Thor a Feithgold, de manera apresurada.

“Quédate atrás y haz lo que te diga”, contestó él.

Erec avanzó al carril de justas y los dos caballeros se quedaron ahí, uno frente al otro, con sus caballos pateando, en una tensa espera. El corazón de Thor latía en su pecho aceleradamente, mientras esperaba y observaba.

Sonó un cuerno, y ambos fueron al ataque mutuo.

Thor no podía creer la belleza y gracia de Warkfin—era como mirar un

pez saltar del mar. El otro caballero era enorme, pero Erec era un grácil y elegante combatiente. Se abrió paso, con la cabeza baja, con su armadura de plata ondulada, más pulida que cualquier armadura que hubiera visto en su vida.

Cuando ambos hombres se enfrentaron, Erec sostenía su lanza con perfecta puntería e inclinada a un costado. Logró golpear al caballero en el centro de su escudo, mientras que a la vez, esquivaba su golpe.

La enorme montaña de hombre cayó al suelo, hacia atrás. Era como si cayera una roca.

La multitud de los MacGil ovacionó a Erec cuando pasó por delante, se volvió y dio la vuelta en círculo. Se levantó la visera de la cara y puso la punta de su lanza en la garganta del hombre.

“¡Ríndete!”, gritó Erec.

El caballero escupió.

“¡Nunca!”.

Después, el caballero metió la mano en una bolsa oculta en su cintura, sacó un puñado de tierra y antes de que Erec pudiera reaccionar, la arrojó en su cara.

Erec, aturdido, puso la mano en sus ojos, tirando su lanza y cayó de su caballo.

La multitud de MacGil abucheó y silbó y gritó de indignación, cuando Erec cayó, agarrando sus ojos. El caballero, sin perder el tiempo, se apresuró y le dio un rodillazo en las costillas.

Erec se dio la vuelta y el caballero agarró una gran piedra, la levantó a lo alto, y se preparó para arrojarla en el cráneo de Erec.

“¡NO!”, gritó Thor, avanzando, incapaz de controlarse a sí mismo.

Thor vio con horror cómo el caballero bajaba la piedra. En el último segundo, Erec pudo rodar y alejarse del camino de alguna manera. La piedra se alojó en lo más profundo del suelo, justo donde había estado su cráneo.

Thor estaba sorprendido por la destreza de Erec. Ya estaba otra vez de pie, frente a ese luchador sucio.

“¡Espadas cortas!”, gritaron los reyes.

Feithgold de repente giró y miró a Thor, con los ojos abiertos de par en par.

“¡Dámela!”, gritó.

El corazón de Thor latió lleno de pánico. Se dio la vuelta, buscando en el estante de las armas de Erec, buscando desesperadamente la espada. Había

una increíble variedad de armas delante de él. Extendió la mano, la agarró y la puso en la mano de Feithgold.

“¡Muchacho estúpido! ¡Esa es una espada mediana!”, gritó Feithgold.

La garganta de Thor se secó; sintió que todo el reino lo miraba. Tenía la visión borrosa con la ansiedad, cuando entró en pánico, sin saber qué espada elegir. Apenas podía concentrarse.

Feithgold dio un paso adelante, quitó a Thor del camino y agarró la espada corta él mismo. Después, corrió hacia el carril de las justas.

Thor lo vio irse, sintiéndose inútil, horrible. También trató de imaginarse si era él mismo quien salía corriendo de ahí frente a toda esa gente y sus rodillas se debilitaron.

El escudero del otro caballero lo alcanzó primero y Erec tuvo que quitarse del camino cuando el caballero se volvió hacia él, fallando por escasos milímetros. Finalmente, Feithgold alcanzó a Erec y le puso la espada corta en la mano. Al hacerlo, el caballero fue a atacar a Erec. Pero Erec era demasiado listo. Él esperó hasta el último momento, después se quitó del camino.

Sin embargo, el caballero siguió yendo al ataque, y corrió justo hacia Feithgold, que estaba ahí parado, para su mala suerte, en el lugar donde Erec acababa de estar. El caballero, lleno de ira al fallar el ataque a Erec, siguió insistiendo y agarró a Feithgold con ambas manos por el cabello, y le propinó un cabezazo con fuerza en la cara.

Hubo un crujido de hueso, y la sangre brotó a chorros de la nariz de Feithgold y cayó al suelo, inerte.

Thor se quedó ahí, con la boca abierta, escandalizado. No podía creerlo. Tampoco la multitud, que abucheaba y silbaba.

Erec se dio la vuelta con su espada, fallando el tiro al caballero, y los dos se enfrentaron de nuevo.

Thor se dio cuenta de repente: él era el único escudero de Erec ahora. Tragó saliva. ¿Qué se suponía que debía hacer? No estaba preparado para esto. Y todo el reino estaba mirando.

Los dos caballeros se atacaron mutuamente con saña, golpe por golpe. Evidentemente, el caballero de McCloud era más fuerte que Erec—pero Erec era mejor combatiente, más rápido y más ágil. Ellos se balancearon y dieron espadazos, y fallaron, y ninguno fue capaz de obtener una ventaja.

Finalmente, el rey MacGil se levantó.

“¡Arpones largos!”, gritó.

El corazón de Thor latió con fuerza. Sabía que se estaba dirigiendo a él: estaba de servicio.

Se dio la vuelta y miró al estante, tomando el arma que parecía más adecuada. En cuanto agarró su eje de cuerda, rezó para no haberse equivocado.

Irrumpió en el carril y podía sentir miles de ojos sobre él. Corrió y corrió todo lo que pudo, queriendo alcanzar a Erec lo más pronto posible, y finalmente, puso el arpón en su mano. Estaba orgulloso al ver que él llegó primero.

Erec tomó el arpón y se volvió, dispuesto a enfrentar al otro caballero. Siendo el honorable guerrero que era, Erec esperó hasta que el otro caballero estuviera armado antes de atacar. Thor corrió a un lado, fuera del camino de los hombres, no queriendo repetir el error de Feithgold. Al hacerlo, arrastró el cuerpo inerte de Feithgold fuera del camino.

Mientras Thor observaba, sintió que algo andaba mal. El adversario de Erec tomó su lanza, la levantó hacia arriba y empezó a bajarla con un movimiento extraño. Al hacerlo, de repente, Thor sintió que su mundo se centraba de una manera, como nunca había pasado. Él intuyó que algo andaba mal. Sus ojos se clavaron en la punta de la lanza del caballero de McCloud, y al mirar de cerca, se dio cuenta que estaba floja. El caballero estaba a punto de usar la punta de su lanza como cuchillo de lanzar.

Cuando el caballero bajó la lanza, la punta se separó y voló por el aire, de punta a punta, en dirección al corazón de Erec. En segundos, Erec estaría muerto—no había manera de reaccionar a tiempo. Por como se veía la navaja dentada, parecía ser perforante.

En ese momento, Thor sintió que todo su cuerpo se calentaba. Tuvo una sensación de hormigueo—que fue la misma que experimentó en Darkwood, cuando luchó contra el Sybold. Todo su mundo se desaceleró. Fue capaz de ver la punta girando en cámara lenta, fue capaz de sentir una energía, un calor, que crecía en su interior—que él ignoraba que tenía.

Dio un paso adelante y se sintió más grande que la punta de lanza. En su mente, él quería que se detuviera. Exigió que se detuviera. No quería ver a Erec lastimado. Sobre todo, no de esta manera.

“¡NO!”, gritó Thor.

Dio otro paso y extendió la palma de su mano, dirigida hacia la punta de lanza.

Se detuvo y se quedó ahí, en medio del aire, justo antes de alcanzar el

corazón de Erec.

Después, cayó sin dañar a nadie, en el suelo.

Los dos caballeros voltearon a ver a Thor—igual que los dos reyes, así como los miles de espectadores. Sintió que todo el mundo lo observaba fijamente, y se dio cuenta de que todos presenciaron lo que hizo. Todos sabían que no era normal, que tenía algún tipo de poder, que había influido en los juegos, que había salvado a Erec—y cambió el destino del reino.

Thor se quedó parado en el mismo lugar, preguntándose qué había sucedido.

Ahora estaba seguro de que no era igual a toda esa gente. Que era diferente.

¿Pero quién era él?

CAPÍTULO NUEVE

THOR se encontró dejándose llevar por Reece, a través de la multitud, el hijo menor del rey, y su nuevo compañero de entrenamiento recién descubierto. Desde el combate de la justa, todo había sido borroso. Sea lo que fuera que había hecho allá, sin importar el poder que había usado para detener esa punta de lanza y que no matara a Erec, atrapó la atención de todo el reino. El combate se detuvo después de eso, fue cancelado por los dos reyes, y hubo una tregua. Cada caballero se retiró a su lugar, las masas se separaron en un revuelo agitado y Thor había sido tomado del brazo y llevado por Reece.

Él había sido llevado por un séquito real, cortando camino a través de las masas. Reece tiraba de su brazo todo el camino. Thor seguía temblando por los acontecimientos del día. Apenas entendía lo que acababa de hacer allá, cómo había influido en las cosas. Él quería ser anónimo, uno más de la Legión del Rey. Él no había querido ser el centro de atención.

Peor aún, no sabía dónde estaba siendo llevado, si iba a ser castigado de alguna manera por haber interferido. Desde luego, había salvado la vida de Erec—pero también había interferido en la batalla de un caballero, lo cual estaba prohibido para un escudero. No sabía si iba a ser recompensado o reprendido.

“¿Cómo hiciste eso?”, preguntó Reece, mientras lo jalaba. Thor siguió a ciegas, tratando de procesar todo él mismo. A su paso, las masas miraban boquiabiertos, como si fuera una especie de monstruo.

“No lo sé”, contestó Thor con sinceridad. “Solo quise ayudarlo y...ocurrió”.

Reece negó con la cabeza.

“Salvaste la vida de Erec. ¿Te das cuenta de eso? Es nuestro caballero más famoso. Y tú lo salvaste”.

Thor se sintió bien cuando pensó en las palabras de Reece, sintió una oleada de alivio. A él le había agradado Reece desde el momento en que lo conoció; tenía un efecto tranquilizador, siempre sabía qué decir. Al meditarlo, se dio cuenta de que tal vez no sería castigado, después de todo. Tal vez, de alguna manera, lo verían como una especie de héroe.

“No traté de hacer nada”, dijo Thor. “Solo quería que viviera. Fue algo...natural. No fue la gran cosa”.

“¿Qué no fue la gran cosa?”, repitió Reece. “Yo no podría haberlo hecho. Ninguno de nosotros lo habría hecho”.

Doblaron la esquina y Thor vio ante ellos, el castillo del rey, en toda su extensión, elevado hacia el cielo. Se veía monumental. El ejército del rey se puso de pie, en posición de firmes, alineados en el camino empedrado sobre el puente levadizo en la cresta de la montaña, manteniendo a las masas a raya. Se hicieron a un lado para permitir que Reece y Thor pasaran.

Los dos siguieron el camino, había soldados en ambos lados, hasta las enormes puertas de arco, cubiertas de pernos de hierro. Cuatro soldados la abrieron y se hicieron a un lado, en posición de firmes. Thor no podía creer el tratamiento que estaba recibiendo: se sintió como si fuera un miembro de la familia real.

Al entrar al castillo, las puertas se cerraron detrás de ellos. Thor estaba sorprendido al ver lo que tenía enfrente: el interior era inmenso, con muros de piedra enormes, paredes de treinta centímetros de espesor y habitaciones grandes y abiertas. Ante él había cientos de miembros de la Corte Real, paseando en un revuelo de emoción. Podía sentir el bullicio y la emoción en el aire, y todos los ojos se volvieron a mirarlo cuando entró. Estaba abrumado por la atención.

Todos se apiñaban cerca, parecían mirar boquiabiertos cómo Thor iba con Reece por los pasillos del castillo. Nunca había visto tanta gente vestida con tales galas. Vio docenas de chicas de todas las edades, vestidas con trajes muy elaborados, tomadas de los brazos, y susurrándose a los oídos, con una risita de nervios mientras él pasaba. Se sentía cohibido. No sabía si les agradaba o si se estaban burlando de él. No estaba acostumbrado a ser el centro de atención—mucho menos en una Corte Real—y no sabía cómo comportarse.

“¿Por qué se ríen de mí?”, le preguntó a Reece.

Reece dio media vuelta y rió. “No se están riendo de ti”, dijo él. “Le agradas. Eres famoso”.

“¿Famoso?”, preguntó él, estupefacto. “¿Qué quieres decir? Acabo de llegar”.

Reece se rió y puso una mano en su hombro. Obviamente, le divertía Thor.

“Los chismes corren más rápido en la Corte Real de lo que imaginas. Y un recién llegado como tú—bueno, es algo que no ocurre todos los días”.

“¿Adónde vamos?”, preguntó él, dándose cuenta de que quería llegar a

algún lado.

“Mi padre quiere conocerte”, dijo él, mientras doblaban hacia un nuevo pasillo.

Thor tragó saliva.

“¿Tu padre? ¿Te refieres...al rey?”. De pronto, se sintió nervioso. “¿Por qué querría conocerme? ¿Estás seguro?”.

Reece se rió.

“Estoy completamente seguro. Deja de estar tan nervioso. Es simplemente mi papá”.

“¿Simplemente tu papá?”, dijo Thor, incrédulo. “¡Él es el rey!”.

“No es tan malo. Presiento que será un buen encuentro. Le salvaste la vida a Erec, después de todo”.

Thor tragó saliva, tenía las palmas de las manos sudorosas, mientras se abría otra gran puerta y entraron en una gran sala. Miró con asombro el techo arqueado, cubierto de diseño elaborado y de altos vuelos. Las paredes estaban cubiertas con vitrales en forma de arco, y si era posible, había todavía más personas hacinadas en esa habitación. Debe haber habido mil personas ahí, pululando en la habitación, era una muchedumbre, eso era seguro. Había mesas de los banquetes hasta donde alcanzaba la vista; la gente estaba sentada en bancas larguísimas, cenando. Entre ellos había un pasillo estrecho, con una alfombra clara y roja, que iba hacia una plataforma en la que estaba el trono real. La multitud se separó cuando Reece y Thor caminaron por la alfombra hacia el rey.

“¿Adónde crees que lo llevas?”, dijo una voz hostil, como hablando por la nariz.

Thor levantó la vista para ver a un hombre de pie, junto a él, no mucho mayor, vestido con un atuendo real, quien obviamente era un príncipe, bloqueando su camino y con el ceño fruncido.

“Son órdenes de papá”, espetó Reece. “Mejor quítate de nuestro camino, a menos que quieras desafiarlas”.

El príncipe se mantuvo firme, con el ceño fruncido, mirando como si hubiera mordido algo podrido, mientras examinaba a Thor. A Thor no le simpatizó en absoluto. Había algo que hacía que desconfiara de él, con sus rasgos magros y desagradables y con su mirada penetrante.

“Esta no es una sala para plebeyos”, respondió el príncipe. “Debes dejar afuera a la chusma, de donde vino”.

Thor sintió un nudo en el pecho. Era evidente que este hombre le odiaba y

no tenía ni idea de por qué.

“¿Le digo a papá que dijiste eso?”. Reece lo defendió, manteniendo su posición.

A regañadientes, el príncipe se volvió y se alejó.

“¿Quién era ése?”, preguntó Thor a Reece, mientras seguían caminando.

“No le hagas caso”, respondió Reece. “Es mi hermano mayor—o uno de ellos. Gareth. El mayor. Bueno, no es realmente el mayor—es el hijo legítimo mayor. Kendrick, al que conociste en el campo de batalla—él es realmente el mayor”.

“¿Por qué me odia Gareth? Ni siquiera lo conozco”.

“Descuida—no solo siente odio hacia ti. Él odia a todo el mundo. Y quien se acerque a la familia, lo ve como una amenaza. No le hagas caso. Es uno de tantos”.

Mientras continuaban caminando, Thor se sentía más agradecido con Reece, pues se daba cuenta de que se estaba convirtiendo en un verdadero amigo.

“¿Por qué me defendió?”, preguntó Thor, curioso.

Reece se encogió de hombros.

“Me ordenaron llevarte con mi padre. Además, tú eres mi compañero de entrenamiento. Y hace mucho tiempo que no venía alguien de mi edad, así que pensé que podría valer la pena”.

“¿Qué es lo que me hace digno?”, preguntó Thor.

“Es el espíritu de combatiente. No se puede fingir”.

Mientras continuaban caminando por el pasillo hacia el Rey, Thor sintió como si ya lo hubiera conocido—era extraño, pero en cierta forma sentía como si Reece fuese su verdadero hermano. Él nunca había tenido un hermano—no un hermano de verdad—y se sentía bien.

“Mis otros hermanos no son como él, no te preocupes”, dijo Reece, mientras la gente se acercaba a ellos, tratando de echar un vistazo a Thor. “Mi hermano Kendrick, el que ya conociste—es el mejor de todos. Es mi medio hermano, pero lo considero como verdadero hermano—incluso más que Gareth. Kendrick es como un segundo padre para mí. También lo será para ti, estoy seguro de eso. No hay nada que no haría por mí—o por alguien. Es el más querido de nuestra familia real entre la gente. Es una gran pérdida que no se le permita llegar a ser rey”.

“Dijiste: ‘hermanos.’ ¿Tienes otro hermano también?”, preguntó Thor.

Reece respiró profundamente.

“Sí, tengo otro más. No somos muy unidos. Godfrey. Desafortunadamente, desperdicia sus días en la taberna, con los plebeyos. Él no es un luchador, como nosotros. Él no está interesado en eso—no está interesado en nada, en realidad. Excepto en beber—y en las mujeres”.

De repente, se detuvo en seco cuando una chica les cerró el paso. Thor se detuvo ahí, paralizado. Era tal vez un par de años mayor que él, ella le devolvió la mirada con sus ojos azules, almendrados, piel perfecta y el cabello largo, rojizo. Llevaba puesto un vestido de satén blanco, bordado de encaje y sus ojos brillaban, bailando con alegría y picardía. Fijó sus ojos en él y lo cautivó completamente. Él no podía moverse aunque quisiera. Ella era la persona más hermosa que había visto en su vida.

Ella sonrió, mostrando sus dientes perfectos—como si no estuvieran paralizados ya, su sonrisa lo mantuvo ahí, con su corazón encendido en un solo gesto. Nunca se sintió más vivo.

Thor se quedó ahí parado ante ella, incapaz de hablar. Incapaz de respirar. Fue la primera vez en su vida que había sentido algo así.

“¿No vas a presentarme?”, le preguntó la chica a Reece. La voz de ella fue directamente hacia Thor—era aún más dulce que su apariencia.

Reece suspiró.

“Y ella es mi hermana”, dijo él con una sonrisa. “Gwen, éste es Thor. Thor, te presento a Gwen”.

Gwen hizo una reverencia.

“¿Cómo está usted?”, dijo él, con una sonrisa.

Thor se quedó ahí, paralizado. Finalmente, Gwen soltó una risita.

“No digas tantas cosas a la vez, por favor”, dijo ella riendo.

Thor sintió que enrojecía; se aclaró la garganta.

“Yo...yo... lo...lamento”, dijo él. “Me llamo Thor”.

Gwen soltó una risita.

“Eso ya lo sé”, dijo ella. Se dirigió a su hermano. “Caramba, Reece, tu amigo tiene mucha facilidad de palabra”.

“Papá quiere conocerlo”, dijo él impaciente. “Vamos a llegar tarde”.

Thor quería hablar con ella, decirle lo hermosa que era, lo feliz que estaba de conocerla, lo agradecido que estaba con ella por haberlo detenido. Pero se le trabó la lengua por completo. Nunca había estado tan nervioso en toda su vida. Así que lo único que dijo fue:

“Gracias”.

Gwen soltó una risita, más fuerte.

“¿Gracias por qué?”, preguntó. Los ojos de ella se iluminaron. Estaba disfrutando esto.

Thor sintió que enrojecía nuevamente.

“Pues...no sé”, murmuró.

Gwen rió con más ganas, y Thor se sintió humillado. Reece le dio un codazo, empujándolo, y los dos siguieron caminando. Después de algunos pasos, Thor miró por atrás de su hombro. Gwen se quedó ahí parada, mirándolo.

Thor sintió que su corazón latía aceleradamente. Él quería hablar con ella, saber todo acerca de ella. Se sentía tan avergonzado por no haber podido hablar. Pero nunca había tratado con chicas, en realidad, en su pequeña aldea —y por supuesto que nunca con alguien tan hermosa. Nunca le habían enseñado qué decir, cómo actuar.

“Ella habla mucho”, dijo Reece, mientras seguían avanzando hacia el rey. “No le hagas caso”.

“¿Cómo se llama?”, preguntó Thor.

Reece lo miró de manera graciosa. “¡Ella te lo dijo!”, contestó él, riéndose.

“Lo siento...yo...lo olvidé”, dijo Thor, avergonzado.

“Gwendolyn. Pero todos la llaman Gwen”.

Gwendolyn. Thor repitió mentalmente su nombre, una y otra vez. Gwendolyn. *Gwen*. No quería olvidarlo. Quería que permaneciera en su mente. Se preguntaba si tendría la oportunidad de volver a verla. Pensó que posiblemente no, ya que era un plebeyo. Pensar en eso lo lastimaba.

La multitud guardó silencio cuando Thor miró hacia arriba y se dio cuenta de que estaban cerca del rey. El Rey MacGil estaba sentado en su trono, vestido con su manto real color púrpura, llevando su corona y pareciendo imponente.

Reece se arrodilló delante de él y la multitud se calmó. Thor siguió su ejemplo. El silencio cubrió la habitación.

El rey aclaró su garganta, con un gran ruido. Mientras hablaba, su voz resonó en toda la habitación.

“Thorgrin de las tierras bajas de la Provincia del Sur, del Reino Occidental”, empezó a decir él. “¿Te das cuenta de que hoy interferiste en la justa real del rey?”.

Thor sintió que se le secaba la garganta. No sabía cómo responder; no era una buena manera de comenzar. Se preguntaba si sería castigado.

“Lo lamento, mi señor”, dijo finalmente. “No fue mi intención”.

MacGil se inclinó hacia adelante y levantó una ceja.

“¿No fue tu intención? ¿Estás diciendo que no tenías la intención de salvar la vida de Erec?”.

Thor estaba nervioso. Se dio cuenta de que solamente estaba empeorando las cosas.

“No, mi señor. Sí quise—”

“¿Entonces reconoces que sí tuviste la intención de interferir?”.

Thor sintió latir su corazón aceleradamente. ¿Qué podía decir él?

“Lo siento, mi señor. Supongo que yo solamente...quería ayudar”.

“¿Querías *ayudar*?”. MacGil retumbó, se inclinó hacia atrás y soltó una carcajada.

“¿Querías ayudar! ¡A Erec! ¡A nuestro mejor caballero y al más afamado!”.

La sala estalló en carcajadas y Thor sintió su cara enrojecida, ya eran demasiadas veces en un día. ¿No podía hacer nada aquí?

“Levántate y acércate más, muchacho”, ordenó MacGil.

Thor miró hacia arriba sorprendido, al ver al rey sonriendo, estudiándolo, mientras se levantaba y se acercaba.

“Detecto nobleza en tu rostro. Tú no eres un muchacho común. No, nada común...”.

MacGil se aclaró la garganta.

“Erec es nuestro caballero más querido. Lo que hiciste hoy, es una gran cosa. Una gran cosa para todos nosotros. Como recompensa, desde hoy serás parte de mi familia, con los mismos respetos y honores debidos como cualquiera de mis hijos”.

El rey se reclinó y dijo: “¡Que todos lo sepan!”.

Hubo una enorme alegría y zapateado en todo el salón.

Thor miró alrededor, nervioso, incapaz de procesar todo lo que le estaba ocurriendo. Ser parte de la familia del rey. Iba más allá de sus sueños más salvajes. Todo lo que quería era ser aceptado, tener un lugar en la Legión. Ahora, esto. Estaba tan lleno de gratitud, de alegría, que no sabía qué hacer.

Antes de que pudiera responder, de repente, la habitación se llenó de cantos y bailes y fiesta, la gente celebraba alrededor de él. Era un caos. Levantó la vista hacia el Rey y vio el amor en sus ojos, la adoración y la aceptación. Nunca había sentido el amor de la figura paterna en su vida. Y ahora, estaba aquí, siendo amado no solo por un hombre, sino por el Rey, ni

más ni menos. En un día, su mundo había cambiado. Solo rezaba para que todo esto fuera real.

*

Gwendolyn se abrió paso a empujones entre la multitud, con ganas de ver al muchacho antes de que lo sacaran de la Corte Real. *Thor*. Su corazón latió más rápido al pensar en él, y no podía dejar de repetir su nombre en su mente. Ella no había podido dejar de pensar en él desde el momento en que lo había conocido. Era más joven que ella, pero no más allá de uno o dos años—y además, había algo en el que lo hacía parecer mayor, más maduro que los demás, más grande. Desde el momento en que lo había visto, ella sentía como que lo conocía. Sonrió cuando recordó cómo lo conoció, lo nervioso que estaba. Ella podía ver en los ojos de él que sentía lo mismo por ella.

Por supuesto que ella ni siquiera conocía al muchacho. Pero había sido testigo de lo que había hecho en el carril de justas, había visto el agrado de su hermano menor hacia él. Desde entonces lo había observado, sintiendo que había algo especial en él, algo diferente a los demás. Conocerlo solo lo había confirmado. Él era distinto a toda esa realeza, de toda la gente nacida y criado ahí. Había algo refrescante y auténtico en él. Él era un extraño, un plebeyo. Pero curiosamente, tenía un porte real. Era como si estuviese orgulloso de lo que era.

Gwen se dirigió a la orilla del balcón superior y miró hacia abajo. En la parte inferior estaba la Corte Real y dio un último vistazo a Thor, mientras era llevado hacia afuera. Reece iba a su lado. Seguramente se dirigían a las barracas, a entrenar con los otros muchachos. Sintió una punzada de pesar, y ya se preguntaba, maquinaba, cómo le haría para verlo de nuevo.

Gwen tenía que saber más de él. Ella tenía que averiguarlo. Para eso, tendría que hablar con la mujer que sabía todo acerca de todos y de lo que sucedía en el reino: su madre.

Gwen dio media vuelta y cortó el camino de regreso a través de la multitud, girando a través de los pasillos traseros del castillo que conocía de memoria. Su cabeza daba vueltas. Había sido un día vertiginoso. En primer lugar, la reunión de la mañana con su padre, su impactante noticia de que él quería que ella gobernara el reino. Le tomó con la guardia baja, ya que nunca lo habría esperado ni en un millón de años. Apenas podía procesarlo. ¿Cómo podría gobernar un reino? Alejó esa idea de su mente, esperando que ese día nunca llegara. Después de todo, su padre era saludable y fuerte, y más que

nada, ella quería que él viviera. Estar aquí, con ella. Ser feliz.

Pero ella no podía borrar la reunión de su mente. En algún lugar, al acecho, estaba plantada la semilla en que algún día, cuando ese día llegara, *ella* sería la siguiente. Ella le sucedería. No alguno de sus hermanos. Sino ella. Le aterrorizaba; también le daba un sentido de importancia, de confianza, a diferencia de cualquiera que ella hubiera tenido antes. La había encontrado apta para gobernar—*a ella*—ser la más sabia de todos ellos. Se preguntaba por qué.

También, en cierto modo, le preocupaba. Suponía que provocaría una gran cantidad de resentimiento y envidia—ella, siendo mujer, fue la elegida para gobernar. Ya sentía la envidia de Gareth. Y eso la asustaba. Ella sabía que su hermano mayor era terriblemente manipulador y totalmente implacable. Él no se detendría por nada para obtener lo que quería, y ella odiaba la idea de estar en su mira. Había intentado hablar con él después de la reunión, pero él ni siquiera la miraba.

Gwen bajó corriendo la escalera de caracol, sus zapatos resonaban en la piedra. Ella dio vuelta por otro corredor, pasó por la capilla trasera, a través de otra puerta, más allá de varios guardias y entró en los aposentos privados del castillo. Tenía que hablar con su madre, quien ella sabía que iba a estar descansando ahí. Su madre tenía poca tolerancia para los asuntos sociales largos—a ella le gustaba alejarse hacia sus aposentos privados y descansar ahí el mayor tiempo posible.

Gwen pasó otro guardia, se fue por otro pasillo, y finalmente se detuvo frente a la puerta del vestidor de su madre. Estaba a punto de abrirlo, pero se detuvo. Detrás de la puerta, oyó voces apagadas, su tono de voz era ascendente y parecía que algo andaba mal. Era su madre, discutiendo. Ella escuchó de cerca y era la voz de su padre. Estaban peleando. ¿Pero, por qué?

Gwen sabía que no debería estar escuchando—pero no pudo evitarlo. Estiró la mano y abrió suavemente la pesada puerta de roble, sujetándola de la aldaba de hierro. La abrió solo un poco y escuchó.

“Él no se quedará en mi casa”, espetó su madre.

“Tú adelantas conclusiones cuando no sabes toda la historia”.

“Conozco la historia”, espetó ella. “Lo suficiente”.

Gwen escuchó veneno en la voz de su madre y se sorprendió. Ella rara vez escuchaba pelear a sus padres—solo algunas veces en su vida—y nunca había oído a su madre tan enojada. No podía entender el motivo.

“Él se quedará en las barracas con los otros muchachos. No lo quiero en

mi casa. ¿Entiendes?”, dijo ella, presionando.

“Es un castillo muy grande”, espetó su padre. “No notarás su presencia”.

“No me importa si se nota o no. Yo no lo quiero aquí. Ese es tu problema. Fuiste tú quien eligió traerlo aquí”.

“Tú tampoco eres tan ingenua”, respondió su padre.

Ella escuchó pasos, vio a su padre alejarse de la habitación y salir por el otro lado, cerrándola tan fuerte de un portazo, que la habitación se estremeció. Su madre se quedó sola en el centro de la habitación y empezó a llorar.

Gwen se sintió muy mal. No sabía qué hacer. Por un lado, pensaba que era mejor retirarse, pero por otro lado, no soportaba ver llorando a su madre, no soportaba dejarla ahí, así. Tampoco, por su vida, podía entender por qué estaban discutiendo. Ella suponía que estaban discutiendo por Thor. ¿Pero por qué? ¿Por qué le importaba a su madre? Docenas de personas vivían en el castillo.

Gwen no podía irse simplemente, no estando su madre en ese estado. Ella tenía que consolarla. Levantó la mano y suavemente abrió la puerta.

Crujió y su madre se dio media vuelta, atrapándola desprevenida. Ella frunció el ceño a su hija.

“¿No sabes que debes tocar la puerta?”, espetó ella. Gwen vio lo molesta que estaba ella y se sintió terrible.

“¿Qué pasa, madre?”, preguntó Gwen, caminando con suavidad hacia ella. “No quiero entrometerme, pero te escuché discutiendo con papá”.

“Tienes razón, no debes entrometerte”, dijo su madre.

Gwen estaba sorprendida. Su madre siempre era problemática, pero rara vez estaba así. La fuerza de su ira hizo que Gwen se detuviera en seco a unos cuantos centímetros de distancia, insegura.

“¿Se trata del muchacho nuevo? ¿De Thor?”, preguntó él.

Su madre se volteó y miró hacia otro lado, secándose una lágrima.

“No entiendo”, dijo Gwen presionando. “¿Por qué te importa dónde se quede?”.

“Mis asuntos no son de tu incumbencia”, dijo ella fríamente, claramente queriendo terminar con el asunto. “¿Qué quieres? ¿A qué has venido?”.

Ahora Gwen estaba nerviosa. Ella quería que su madre le dijera todo acerca de Thor, pero no pudo haber elegido un peor momento. Se aclaró la garganta, vacilante.

“Yo...en realidad, quería preguntarte acerca de él. ¿Qué sabes de él?”.

Su madre volteó y entrecerró los ojos hacia ella, suspicaz.

“¿Por qué?”, preguntó ella, con gran seriedad. Gwen podía sentir que ella la estaba evaluando, mirando a través de ella, y viendo con su rara percepción, que a Gwen le gustaba él. Ella trató de ocultar sus sentimientos, pero sabía que era inútil.

“Solamente tengo curiosidad”, dijo ella, de manera poco convincente.

De repente, la reina dio tres pasos hacia ella, la tomó fuertemente de los brazos y se le quedó mirando a la cara.

“Escúchame”, dijo ella entre dientes. “Solo te voy a decir esto una vez. Mantente alejada de ese muchacho. ¿Me escuchas? No quiero que te acerques a él, bajo ninguna circunstancia”.

Gwen estaba aterrada.

“¿Pero por qué? Él es un héroe”.

“Él no es de los nuestros”, contestó su madre. “Pese a lo que tu padre piense. Quiero que te mantengas alejada de él. ¿Me escuchas? Prométemelo. Prométemelo ahora mismo”.

“No voy a prometerlo”, dijo Gwen, tirando de su brazo de la fuerte sujeción de su madre.

“Él es un plebeyo y tú eres una princesa”, gritó su madre. “Tú eres una *princesa*. ¿Entiendes? Si te acercas a él, lo exiliaré de aquí. ¿Entendido?”.

Gwen casi no sabía cómo responder. Ella nunca había visto así a su madre.

“No me digas lo que tengo que hacer, madre”, dijo ella, finalmente.

Gwen hizo todo lo posible por hablar con una voz valiente, pero por dentro estaba temblando. Ella había venido aquí para saber todo: ahora, se sentía aterrada. No entendía lo que estaba pasando.

“Haz lo que quieras”, le dijo su madre. “Pero el destino de él está en tus manos. No lo olvides”.

Tras decir eso, su madre dio media vuelta, salió pavoneándose de la habitación y cerró la puerta de un portazo, dejando a Gwen sola, en el silencio reverberante, con su buen humor hecho añicos. ¿Qué podría provocar una reacción tan fuerte de su madre y de su padre?

¿Quién era ese muchacho?

CAPÍTULO DIEZ

MACGIL se sentó en el salón de banquetes, observando a sus súbditos; él en un extremo de la mesa y el rey McCloud en el otro, con cientos de hombres de ambos clanes entre ellos. Las festividades de la boda habían estado ocurriendo durante horas hasta que, finalmente, la tensión entre los clanes se había estabilizado desde el día de las justas. Como sospechaba MacGil, todo lo que los nombres necesitaban era vino y carne—y mujeres—para hacerlos olvidar sus diferencias. Ahora todos se mezclaban en la misma mesa, como hermanos de armas. De hecho, al verlos, MacGil ya no sabía distinguir si eran de dos clanes distintos.

MacGil se sintió realizado; su plan maestro estaba funcionando, después de todo. Ya los dos clanes parecían convivir bien. Había logrado hacer lo que una larga lista de reyes MacGil antecesores, no habían podido hacer: unificar ambos lados del Anillo, hacerlos, si no amigos, al menos vecinos pacíficos. Su hija, Luanda, estaba del brazo con su nuevo marido, el príncipe McCloud, y ella parecía contenta. Su culpabilidad disminuía. Él podría haberla entregado—pero al menos, le estaba dando un reinado.

MacGil pensó en toda la planificación que precedió a este evento; recordó los largos días discutiendo con sus asesores. Había ido en contra de los consejos de sus asesores al arreglar esta unión. No era una paz fácil, y con el tiempo los McCloud se asentarían en su lado del altiplano; esta boda sería olvidada y algún día habría disturbios. No era ingenuo. Pero al menos ahora, había un lazo de sangre entre los clanes—y sobre todo, una vez que naciera el primer niño, no podría ser ignorado con tanta facilidad. Si ese niño creciera y gobernara un día, un niño nacido de los dos lados del Anillo, tal vez, un día todo el Anillo se unificaría. El altiplano ya no sería la frontera de la discordia y la tierra podría prosperar bajo un gobierno. Ese era su sueño. No por él, sino para sus descendientes. Después de todo, el Anillo tenía que mantenerse fuerte, necesitaba estar unificado con el fin de proteger el Barranco, para luchar contra las hordas del mundo. Mientras los dos clanes permanecieran divididos, presentaban un frente débil al resto del mundo.

“Un brindis”, gritó MacGil, y se puso de pie.

La mesa quedó en silencio, mientras cientos de hombres se pusieron también de pie, levantando sus copas.

“¡Por la boda de mi hija mayor! ¡Por la unión de los MacGil y los McCloud! ¡Por la paz en todo el Anillo!”.

“¡SALUD! ¡SALUD!”, se oyó un coro de gritos. Todos bebieron y la habitación se llenó una vez más con risas y festividades.

MacGil se sentó y examinó la habitación, en busca de sus otros hijos. Ahí estaba, por supuesto, Godfrey, bebiendo con los dos puños, una chica a cada lado, rodeado de sus amigos malhechores. Este era tal vez el evento real al que realmente había querido asistir. Estaba Gareth, sentado muy cerca de su amante, Firth, susurrando en su oído; MacGil podía ver con la mirada inquieta, que él estaba tramando algo. El pensar en ello hizo que su estómago se revolviere, y él desvió la mirada. Ahí, en el otro extremo de la habitación, estaba su hijo menor, Reece, festejando en la mesa con los escuderos y con el muchacho recién llegado, Thor. Thor ya lo sentía como hijo, y estaba contento de ver que su hijo menor y él eran buenos amigos.

Examinó la cara de su hija menor, Gwendolyn, y finalmente la encontró sentada a un lado, rodeada de sus siervas, riendo. Él siguió la mirada de ella y se dio cuenta de que estaba mirando a Thor. Él la observó durante mucho tiempo y se dio cuenta de que estaba embelesada. Él no había previsto eso y no estaba muy seguro de qué pensar. Presintió que habría problemas. Especialmente con su esposa.

“Las cosas no son como parecen”, dijo una voz.

MacGil volteó a ver a Argon, que estaba sentado a su lado, observando a los dos clanes, que cenaban juntos.

“¿Qué piensas de todo esto?”, preguntó MacGil. “¿Habrà paz en los reinos?”.

“La paz nunca es estática”, dijo Argon. “Va y viene, como la marea. Lo que ve ante usted es una paz aparente. Ve una parte de su cara. Está tratando de imponer la paz en una antigua rivalidad. Pero hay cientos de años de sangre derramada. Las almas claman venganza. Y eso no puede apaciguarlo un matrimonio”.

“¿Qué estás diciendo?”, preguntó MacGil, tomando otro sorbo de vino, sintiéndose nervioso, como solía hacerlo cuando estaba cerca de Argon.

Argon volteó y lo vio con una intensidad tan fuerte, que causó pánico en el corazón de MacGil.

“Habrà guerra. Los McCloud atacarán. Prepárese. Todos los invitados que ve frente a usted, pronto harán lo posible para matar a su familia”.

MacGil tragó saliva.

“¿Tomé una mala decisión al casarla con ellos?”.

Argon se quedó callado durante un rato, hasta que finalmente dijo: “No necesariamente”.

Argon miró hacia otro lado y MacGil pudo ver que había terminado de hablar del tema. Había millones de preguntas que quería que le contestara, pero sabía que su hechicero no las respondería hasta que estuviera listo. Así que mejor miró a Argon a los ojos y siguió su mirada hacia Gwendolyn, y después a Thor.

“¿Los ves como pareja?”, preguntó MacGil, sintiendo de repente la curiosidad de saber.

Tal vez”, contestó Argon. “Todavía hay muchas cosas que decidir”.

“Hablas con acertijos”.

Argon se encogió de hombros y miró hacia otro lado y MacGil se dio cuenta de que no iba a sacar nada más de él.

“¿Viste lo que sucedió hoy en el campo?”, dijo MacGil instando. “¿Con el muchacho?”.

“Lo vi antes de que sucediera”, contestó Argon.

“¿Y qué opinas de eso? ¿Cuál es la fuente de los poderes del muchacho? ¿Él es como tú?”.

Argon se volvió y miró a MacGil a los ojos, nuevamente con una intensidad que casi le hizo mirar hacia otro lado.

“Él es más poderoso que yo”.

MacGil lo miró, asombrado. Nunca había oído a Argon hablar así.

“¿Más poderoso? ¿Qué tú? ¿Cómo es posible? Eres el hechicero del rey —no hay nadie más poderoso que tú en la tierra”.

Argon se encogió de hombros.

“El poder no viene en una sola forma”, dijo él. “El muchacho tiene poderes más allá de lo que usted puede imaginar. Poderes más allá de lo que él sabe. Él no tiene idea de quién es. Ni sabe de dónde es oriundo”.

Argon se dio media vuelta y miró a MacGil.

“Pero usted sí”, añadió.

MacGil lo miró, con curiosidad.

“¿Lo sé?”, preguntó MacGil. “Dime. Necesito saberlo”.

Argon negó con la cabeza.

“Revise sus sentimientos. Son verdaderos”.

“¿Qué va a ser de él?”, preguntó MacGil.

“Será un gran líder. Y un buen guerrero. Gobernará reinos por su propio

derecho. Reinos mucho mejores que el de usted. Y será un rey mucho mejor que usted. Ése es su destino”.

Por un breve momento, MacGil ardió de envidia. Volteó y examinó al muchacho, quien reía inocentemente con Reece, en la mesa de los escuderos; el plebeyo, el forastero débil, el más joven del grupo. No imaginaba cómo era eso posible. Viéndolo ahora, casi no parecía elegible para unirse a la Legión. Se preguntó por un momento si Argon estaba equivocado.

Pero Argon nunca se había equivocado y nunca hacía declaraciones sin una razón.

“¿Por qué me dices esto?”, preguntó MacGil.

Argon volteó y lo miró.

“Porque es momento de que se prepare. El muchacho necesita ser entrenado. Necesita recibir lo mejor de todo. Es responsabilidad suya”.

“¿Mía? ¿Y qué hay de su padre?”.

“¿Qué pasa con él?”, preguntó Argon.

CAPÍTULO ONCE

THOR abrió los ojos, desorientado, preguntándose dónde estaba. Estaba acostado en el piso, en un montículo de paja, con la cara de costado, con los brazos colgando sobre su cabeza. Levantó su cabeza, limpiando la baba de la boca, e inmediatamente sintió una punzada de dolor en la cabeza, detrás de sus ojos. Era el peor dolor de cabeza de su vida. Se acordó de la noche anterior, la fiesta del rey, la bebida, su primer contacto con la cerveza. La habitación daba vueltas. Tenía la garganta seca y en ese momento prometió que jamás volvería a beber.

Thor miró alrededor, tratando de orientarse en las barracas cavernosas. Por todos lados había cuerpos, acostados en montones de paja; la habitación estaba llena de ronquidos; volteó al otro lado y vio a Reece, a pocos metros de distancia, dormido también. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba en las barracas. Las barracas de la Legión. Alrededor había muchachos de su edad, como unos cincuenta de ellos.

Thor recordaba vagamente a Reece mostrándole el camino, en las últimas horas de la mañana, y estrellándose en el montículo de paja. La luz de la mañana entró por las ventanas abiertas y Thor pronto se dio cuenta de que era el único que estaba despierto. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que había dormido con la ropa puesta, y extendió la mano y la pasó por el cabello grasiento. Daría lo que fuera por tener la oportunidad de bañarse—aunque no tenía idea de dónde hacerlo. Y haría lo que fuera por un cuarto de litro de agua. Su estómago rugió—también quería comer.

Todo era tan nuevo para él. Apenas sabía dónde estaba, adónde lo llevaría la vida después, cuáles eran las rutinas de la Legión del Rey. Pero estaba contento. Había sido una noche deslumbrante, una de las mejores de su vida. Había encontrado a un amigo en Reece, y había visto a Gwendolyn mirándolo una o dos veces. Había intentado hablar con ella, pero cada vez que se acercaba, le faltaba valor. Sintió una punzada de remordimiento al pensar en ello. Había habido demasiada gente alrededor. Si solamente hubieran estado los dos, habría tenido el valor de hacerlo. ¿Habría una próxima vez?

Antes de que Thor pudiera terminar la idea, hubo un estruendo repentino en las puertas de madera de las barracas, y un instante después, se abrieron de golpe, inundándola de luz.

“¡Levántense, escuderos!”, se escuchó un grito.

Entraron docenas de miembros de los Plateados del Rey, con el traqueteo de la cota de malla, golpeando las paredes con varas de metal. El ruido era ensordecedor, y alrededor de Thor, los otros muchachos se pusieron de pie.

Liderando al grupo estaba un soldado con un aspecto particularmente feroz. Thor reconoció, de la arena del día anterior, al fornido, calvo, con la cicatriz en la nariz, quien Reece le había dicho que se llamaba Kolk.

Parecía estar frunciendo el ceño hacia Thor, cuando levantó un dedo y lo señaló.

“¡Tú, muchacho!”, gritó. “¡Dije que se levantarán!”.

Thor estaba confundido. Él ya estaba de pie.

“Pero ya estoy levantado, señor”, contestó Thor.

Kolk dio un paso adelante y abofeteó a Thor. Thor se llenó de indignación, ya que todas las miradas estaban puestas en él.

“¡Nunca vueltas a contestarle a tu superior!”, reprendió Kolk.

Antes de que Thor pudiera responder, los hombres caminaron por la habitación, jalando de los pies a un muchacho tras otro, pateando las costillas de los que se estaban tardando en levantarse.

“No te preocupes”, dijo una voz tranquilizadora.

Voltéó y vio a Reece ahí parado.

“No es personal. Es su manera de ser. Su manera de levantarnos”.

“Pero eso no se lo hicieron a usted”, dijo Thor.

“Por supuesto, no me tocarían, debido a mi padre. Pero tampoco son amables. Nos quieren en forma, eso es todo. Creen que eso nos endurecerá. No les hagas mucho caso”.

Sacaron a los muchachos de sus barracas y Thor y Reece tras ellos. Al salir, la luz del sol golpeó a Thor y entrecerró los ojos y levantó las manos. De repente, se sintió abrumado por una oleada de náuseas y se inclinó y vomitó.

Podía escuchar las risitas de los muchachos a su alrededor. Un guardia lo empujó y Thor tambaleó hacia adelante, para formarse con los demás, limpiándose la boca. Thor nunca se había sentido tan mal.

Junto a él, Reece sonrió.

“Fue una noche dura, ¿verdad?, le preguntó a Thor, sonriendo ampliamente, dándole un codazo en las costillas. “Te dije que pararas después de la segunda copa”.

Thor se sentía mareado mientras la luz atravesaba sus ojos; nunca se había sentido tan fuerte como hoy. Era un día caluroso, y sentía las gotas de

sudor formándose debajo de su armadura.

Thor trató de recordar la advertencia de Reece de la noche anterior—pero por su vida que no lo recordaba.

“No recuerdo tal consejo”, replicó Thor.

Reece sonrió con más ganas. “Precisamente. Porque no escuchaste”. Reece se rió entre dientes. “Y esos intentos torpes por hablar con mi hermana”, añadió él. “Fue patético. No creo haber visto a un muchacho tan temeroso de una chica en mi vida”.

Thor enrojeció, tratando de recordar. Pero no pudo. Todo era confuso para él.

“No quiero ofenderte”, dijo Thor. “Con tu hermana”.

“No puedes ofenderme. Si ella te eligiera, yo estaría encantado”.

Los dos se marcharon rápidamente, mientras el grupo subía una colina. Parecía que el sol estaba más fuerte a cada paso.

“Pero debo advertirte: todos los chicos del reino andan tras ella. Las posibilidades de que ella te elija... Bueno, digamos que son remotas”.

Mientras marchaban más rápido por las verdes colinas de la Corte del Rey, Thor se sintió tranquilizado. Se sentía aceptado por Reece. Fue increíble, pero él seguía sintiendo que Reece era más hermano para él, que ningún otro. Al caminar, Thor se dio cuenta de que sus tres verdaderos hermanos caminaban cerca. Uno de ellos volteó y frunció el ceño hacia él, después le dio un codazo a su otro hermano, quien lo miró con una sonrisa burlona. Negaron con la cabeza y se alejaron. No tenían ni una palabra amable para Thor. Pero él no esperaba menos.

“¡Hagan una fila, Legión! ¡Ahora!”.

Thor miró hacia arriba y vio más Plateados alrededor de ellos, empujando a unos cincuenta de ellos en una fila doble, apretada. Un hombre se acercó por detrás y golpeó al chico frente a Thor con una caña grade de bambú, con fuerza, en la espalda; el muchacho gritó y cayó con más fuerza en la fila. Pronto estaban en dos hileras, marchando de manera constante en el terreno del rey.

“¡Al marchar hacia una batalla, marchen como si fueran uno solo!”, gritó Kolk, caminando arriba y debajo de los costados. “Este no es el patio de su madre. ¡Están yendo a la guerra!”.

Thor marchó y marchó a un lado de Reece, sudando en el sol, preguntándose hacia dónde se dirigían. Su estómago seguía mal por la cerveza y se preguntó cuándo iba a tomar el desayuno, cuándo iba a buscar algo para

beber. Una vez más, se maldijo a sí mismo por haber bebido la noche anterior.

Mientras subían y bajaban por las colinas, a través de una puerta de piedra en arco, finalmente llegaron a los campos circundantes. Pasaron otro arco de piedra y entraron en un coliseo. El campo de entrenamiento de la Legión.

Ante ellos había todo tipo de objetivos para arrojar lanzas, disparando flechas y lanzando piedras, así como montones de paja para cortar con las espadas. El corazón de Thor se aceleró al verlo. Él quería entrar ahí, usar las armas, entrenar.

Pero cuando Thor se dirigió a la zona de entrenamiento, de repente recibió un codazo en las costillas por detrás, y un grupo de seis muchachos, la mayoría más jóvenes que Thor, fueron sacados del carril principal. Se encontró separado de Reece, siendo llevado al otro lado del campo.

“¿Crees que vas a entrenar?”, preguntó Kolk burlonamente, mientras se desviaba de los demás, lejos de los objetivos. Hoy te dedicarás a los caballos”.

Thor levantó la vista y vio a dónde se dirigían: al otro lado del campo, varios caballos hacían cabriolas alrededor. Kolk lo miró con una sonrisa malévola.

“Mientras los demás lanzan arpones y empuñan espadas, hoy cuidarás a los caballos y limpiarás su excremento. Todos tenemos que empezar por alguna parte. Bienvenido a la Legión”.

Thor se descorazonó. Esta no era la forma en que lo había imaginado.

“¿Te crees especial, muchacho?”, preguntó Kolk, caminando junto a él, acercándose a su cara. Thor sintió que estaba tratando de hacerlo explotar. “El hecho de que el rey y su hijo te encuentren simpático, no significa ni una mierda para mí. Ahora estás bajo *mi* mando. ¿Me entiendes? No me importan los trucos de los que te valiste en el campo de justas. Para mí eres simplemente un muchacho más. ¿Me entiendes?”.

Thor tragó saliva. Iba a tener un largo y difícil entrenamiento.

Para empeorar las cosas, mientras Kolk se alejaba para torturar a otra persona, el muchacho frente a Thor, un muchacho bajito, fornido, con la nariz chata, dio media vuelta y lo miró con desagrado.

“Tú no perteneces aquí”, dijo él. “Hiciste trampa para entrar. No fuiste elegido. No eres uno de nosotros. En realidad no lo eres. A ninguno de nosotros nos agradas”.

El muchacho que estaba junto a él también volteó y miró con desagrado a

Thor.

“Vamos a hacer todo lo posible para asegurarnos de que te des de baja”, dijo él. “Entrar es fácil, pero no lo es *permanecer* adentro”.

Thor retrocedió ante su odio. No podía creer que ya tenía enemigos y no entendía lo que había hecho para merecerlo. Lo único que siempre había querido era unirse a la Legión.

“Tengan cuidado”, dijo una voz.

Thor miró y vio a un chico alto, delgado, pelirrojo, con pecas en la cara, y con pequeños ojos verdes, dando la cara por él. “Ustedes dos están aquí atrapados, usando la pala, como el resto de nosotros”, añadió. “Tampoco son tan especiales. Vayan a molestar a otra persona”.

“No te metas donde no te llaman, lacayo”, contestó uno de los muchachos, “o también iremos tras de ti”.

“Inténtelo”, espetó el pelirrojo.

“Hablarás cuando yo lo diga”, gritó Kolk a uno de los muchachos, pegándole duro en la cabeza. Los dos chicos delante de Thor, afortunadamente, se dieron la vuelta.

Thor no sabía qué decir; se paró junto al pelirrojo, agradecido con él.

“Gracias”, dijo Thor.

El pelirrojo volteó y le sonrió.

“Me llamo O’Connor. Te daría la mano, pero me golpearían si lo hiciera. Así que haz de cuenta que nos damos la mano de manera invisible”.

Esbozó una amplia sonrisa, y a Thor le simpatizó de inmediato.

“No les hagas caso”, añadió. “Solamente tienen miedo. Como el resto de nosotros. Ninguno de nosotros sabía a lo que venía”.

Pronto, su grupo llegó al final del campo y Thor contó seis caballos, haciendo cabriolas alrededor.

“¡Toma las riendas!”, ordenó Kolk. “Manténlas firmes y hazlos caminar en la arena hasta que exploten. ¡Hazlo ahora!”.

Thor avanzó para tomar las riendas de uno de los caballos y mientras lo hacía, el caballo retrocedió e hizo cabriolas, estuvo a punto de patearlo. Thor, aturdido, se tambaleó hacia atrás, y los otros del grupo se rieron de él. Kolk lo golpeó con fuerza en la parte posterior de la cabeza y él sintió ganas de devolverle el golpe.

“Ahora eres miembro de la Legión. Nunca retrocedas. De nadie. De ningún nombre, de ninguna bestia. ¡Ahora, toma esas riendas!”.

Thor se armó de valor, dio un paso adelante y sujetó las riendas del

caballo encabritado. Él se las arregló para aferrarse, mientras el caballo jalaba y tiraba y comenzó a llevarlo por el amplio campo de tierra, poniéndose en fila con los demás. Su caballo tiró de él, resistiéndose, pero Thor volvió a jalarlo, sin darse por vencido tan fácilmente.

“Dicen que se pone mejor”.

Thor volteó a ver a O’Connor, que se acercaba a su lado, sonriendo. “Quieren hacernos explotar, ¿sabes?”.

De pronto, el caballo de Thor se detuvo. Sin importar cuánto jalara las riendas, no se movía. Entonces Thor olió algo horrible; había más excremento procedente del caballo, de lo que nunca imaginó posible. No parecía tener fin.

Thor sintió que le ponían una pala en la palma de su mano, y vio a Kolk, a un lado de él, sonriendo.

“¡Límpialo!”, espetó.

CAPÍTULO DOCE

GARETH estaba en el mercado lleno de gente, usando una capa, a pesar del sol del mediodía, sudando debajo de ella y tratando de permanecer en el anonimato. Él siempre trató de evitar esta parte de la Corte del Rey, esos callejones llenos de gente, que apestaban a humanidad y a hombre común. Alrededor había gente regateando, comerciando, tratando de obtener uno del otro. Gareth se detuvo en el puesto de la esquina, fingiendo interés en la fruta de un vendedor, con la cabeza baja. A unos centímetros de distancia estaba Firth, al final del callejón oscuro, haciendo lo que habían venido a hacer aquí.

Gareth estaba escuchando la conversación, dando la espalda para no ser visto. Firth le había hablado de un hombre, un mercenario, que le vendería un frasco de veneno. Gareth quería algo fuerte, algo que lograra su objetivo con seguridad. No podía arriesgarse. Después de todo, su propia vida estaba en peligro.

No era el tipo de cosa que podría pedir al boticario local. Había asignado la tarea a Firth, quien se había reportado con él, después de haberlo intentado en el mercado negro. Después de tanto buscar la manera, Firth los había llevado con un personaje desaliñado, con quien ahora hablaba furtivamente al final del callejón. Gareth había insistido en acudir a la transacción final, para asegurarse de que todo saldría a la perfección, para ver que no fuera estafado con una falsa poción. Además, todavía no estaba seguro de la capacidad de Firth. Algunos asuntos tenía que tratarlos personalmente.

Habían esperado a ese hombre durante media hora. A Gareth lo habían empujado en el concurrido mercado, rezando para no ser reconocido. Y aunque así fuera, pensaba que mientras se mantuviera de espaldas en el callejón, si alguien sabía quién era, simplemente se iría, y nadie lo relacionaría.

“¿Dónde está el frasco?”, preguntó Firth al cretino, a unos centímetros de distancia de él.

Gareth giró un poco, cuidándose de mantener la cara oculta, y se asomó por la esquina de su capa. Del otro lado de Firth, estaba un hombre con un aspecto maligno, desaliñado, demasiado delgado, con las mejillas hundidas y enormes ojos negros. Parecía algo así como una rata. Se quedó mirando a Firth, sin pestañear.

“¿Dónde está el dinero?”, respondió él.

Gareth esperaba que Firth manejara esto bien; generalmente se las arreglaba para enredar las cosas de alguna manera.

“Te daré el dinero cuando me des el frasco”. Firth se mantuvo firme.

Bien hecho, pensó Gareth, impresionado.

Entonces hubo un momento tenso de silencio:

“Dame la mitad del dinero ahora y te diré dónde está el frasco”.

“¿Dónde está?”, repitió Firth, alzando la voz, sorprendido. “Me dijiste que yo lo tendría”.

“Dije que lo tendrías, sí, No dije que lo traería. ¿Crees que soy tonto? Hay espías por todos lados. No sé qué intenciones tengas—pero supongo que no es algo trivial. Después de todo, ¿para qué habrías de comprar un frasco de veneno?”.

Firth hizo una pausa y Gareth sabía que lo habían atrapado con la guardia baja.

Finalmente, Gareth escuchó el ruido de monedas chasqueando y se asomó y vio el oro real que salía de la bolsa de Firth hacia la palma de la mano del hombre.

Gareth esperó, los segundos se hicieron eternos, y cada vez se preocupaba más de haber sido timados.

“Irás por el Blackwood”, finalmente respondió el hombre. “En el kilómetro 4.8 hay una desviación en el camino que lleva a la colina. En la cima, hay otra desviación, esta vez hacia la izquierda. Irás por el bosque más oscuro que hayas visto, y llegarás a un pequeño claro. Es la casa de la bruja. Ella te estará esperando—con el frasco que quieres”.

Gareth se asomó por la capucha y vio que Firth se preparaba para irse. Al hacerlo, el hombre extendió la mano y lo agarró, repentinamente, con fuerza de la camisa.

“El dinero”, gruñó el hombre. “No es suficiente”.

Gareth podía ver el miedo en la cara de Firth, y lamentó haberlo enviado para esta tarea. Ese personaje desaliñado debe haber detectado su miedo—y ahora se estaba aprovechando. Firth no estaba hecho para esta clase de cosas.

“Pero yo te di exactamente lo que me pediste”, protestó Firth, alzando demasiado la voz. Sonaba afeminado. Esto parecía envalentonar al hombre.

El hombre sonrió, con maldad.

“Pero ahora quiero más”.

Firth abrió bien los ojos por el miedo y la incertidumbre. Entonces, de

repente, Firth se volvió y lo miró directamente a los ojos.

Gareth se dio la vuelta, esperando que no fuera demasiado tarde, esperando no ser visto. ¿Cómo podría Firth ser tan estúpido? Rezó para que no lo hubiera delatado.

El corazón de Gareth se aceleró mientras esperaba. Ansiosamente tocó la fruta, fingiendo estar interesado. Hubo un silencio interminable detrás de él, mientras Gareth imaginaba todas las cosas que podrían salir mal.

Por favor, que no se acerque, rezó Gareth hacia sus adentros. *Por favor. Haré lo que sea, Abandonaré el plan.*

Sintió que alguien le daba una palmada en la espalda. Se dio la vuelta y miró.

Los ojos grandes, negros, despiadados del cretino se clavaron en los suyos.

“No me dijiste que tenías un socio”, gruñó el hombre. “¿O eres un espía?”.

El hombre estiró la mano antes de que Gareth pudiera reaccionar y tiró hacia abajo la capucha de Gareth. Miró bien la cara de Gareth, y sus ojos se abrieron de par en par, asombrados.

“El Príncipe Real”, dijo el hombre. “¿Qué está haciendo aquí?”.

Un segundo después, los ojos del hombre se estrecharon al identificarlo, y contestó él mismo, con una pequeña sonrisa de satisfacción, armando toda la trama al instante. Él era mucho más inteligente de lo que Gareth había esperado.

“Ya entiendo”, dijo el hombre. “Este frasco—era para usted, ¿verdad? Quiere envenenar a alguien, ¿no? ¿Pero, a quién? Sí, ésa es la pregunta...”

La cara de Gareth enrojeció de ansiedad. Este hombre—era demasiado rápido. Ya era demasiado tarde. Todo su mundo se estaba desmoronando a su alrededor. Firth había estropeado todo. Si este hombre delataba a Gareth, sería condenado a muerte.

“¿Su padre, tal vez?”, preguntó el hombre, sus ojos se iluminaron al comprender. “Sí, eso debe ser, ¿verdad? Lo saltó. Su padre. Usted quiere matar a su padre”.

Gareth ya había tenido suficiente. Sin dudar, dio un paso al frente, sacó una pequeña daga del interior de su manto y se lo clavó en el pecho al hombre. Éste se quedó sin aliento.

Gareth no quería que ningún transeúnte presenciara eso, así que tomó al hombre de la túnica y lo atrajo hacia él, cada vez más cerca, hasta que sus

caras casi se tocaban, hasta que pudo oler la fetidez de su aliento. Con su mano libre, extendió la mano y apretó la boca cerrada del hombre, antes de que pudiera gritar. Gareth sintió gotear la sangre caliente del hombre sobre la palma de su mano, corriendo a través de sus dedos.

Firth se acercó a él y dejó escapar un grito de horror.

Gareth sostuvo así al hombre durante sesenta segundos, hasta que finalmente sintió que caía en sus brazos. Lo dejó colapsarse, débil, cayendo redondo en el suelo.

Gareth volteó a todos lados, preguntándose si alguien lo había visto; por suerte, ninguna cabeza se volvió en ese concurrido mercado, en ese callejón oscuro. Se quitó la capa y la arrojó sobre el cuerpo sin vida.

“Lo siento mucho, lo siento, lo siento”, no dejaba de decir Firth, como niña, llorando histéricamente y temblando, mientras se acercaba a Gareth. “¿Estás bien? ¿Estás bien?”.

Gareth estiró la mano y le dio una bofetada.

“Cierra la boca y vete de aquí”, dijo entre dientes.

Firth dio la vuelta y salió corriendo.

Gareth se preparaba para salir, pero luego se detuvo y se volvió. Tenía una cosa por hacer: se agachó, agarró su saco de monedas de la mano del hombre muerto y lo metió de nuevo en la cintura de su pantalón.

El hombre ya no iba a necesitarlas.

CAPÍTULO TRECE

GARETH se acercó rápidamente por la pista forestal. Firth estaba junto a él, con la capucha sobre su cabeza, a pesar del calor. No podía concebir que él ahora se encontrara exactamente en la posición que había querido evitar. Ahora había un cadáver, un rastro. ¿Quién sabe con quién pudo ese hombre haber hablado? Firth debería haber sido más prudente en su trato con el hombre. Ahora, el camino podría terminar yendo de nuevo hacia Gareth.

“Lo siento”, dijo Firth, apresurándose para ponerse al lado de él.

Gareth no le hizo caso, duplicando su ritmo, echando humo.

“Lo que hiciste fue una tontería, y fuiste débil”, dijo Gareth. “Nunca deberías haberme mirado”.

“No fue mi intención. Yo no sabía qué hacer cuando me exigió más dinero”.

Firth estaba en lo cierto; era una situación difícil. El hombre era un cerdo egoísta, codicioso, que cambió las reglas del juego y merecía morir. Gareth no derramó ni una lágrima por él. Sólo rezaba para que nadie hubiera presenciado el asesinato. Lo último que necesitaba era dejar rastros. Habría un tremendo escrutinio a raíz del asesinato de su padre, y él no podía permitirse dejar ni el rastro más pequeño de pistas a seguir.

Al menos ya estaban ahora en Blackwood. A pesar del sol de verano, estaba casi oscuro aquí; los altísimos eucaliptos bloqueaban todo rayo de luz. Hacían juego con su estado de ánimo. Gareth odiaba este lugar. Continuó caminando por el sendero serpenteante, siguiendo las instrucciones del muerto. Él esperaba que el hombre le hubiera dicho la verdad y que no lo estuviera llevando por mal camino. Todo esto podría ser una mentira. O podría ser el camino hacia una trampa, hacia algún amigo suyo para robarles más dinero.

Gareth se reprendió a sí mismo. Había depositado demasiada confianza en Firth. Él mismo debió haberse encargado de esto. Como siempre lo había hecho.

“Más te vale que este camino nos lleve a la bruja”, Gareth bromeó, “y que ella tenga el veneno”.

Ellos continuaron bajando, sendero tras sendero, hasta llegar a una desviación, justo como el hombre dijo que harían. Era un buen presagio y Gareth se sintió un poco aliviado. Lo siguieron a la derecha, subieron una

colina, y pronto hubo otra desviación. Sus instrucciones eran ciertas, y ante ellos, sin duda, estaba el parche de bosque más oscuro que Gareth había visto en su vida. Los árboles eran tremendamente gruesos y deformes.

Gareth entró al bosque y sintió un escalofrío en su columna vertebral, podía sentir la maldad colgando en el aire. Apenas podía creer que todavía era de día.

Justo cuando se estaba asustando, pensando en regresar, ante él, el camino terminaba en un pequeño claro. Estaba iluminado por un solo rayo de sol a través de los árboles. En su centro había una pequeña cabaña de piedra. La casa de la bruja.

El corazón de Gareth se aceleró. Él entró en el claro, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie lo estaba viendo, para asegurarse de que no era una trampa.

“¿Lo ves? Él estaba diciendo la verdad”, dijo Firth, con emoción en su voz.

“Eso no significa nada”, reprendió Garrett. “Permanece fuera y monta guardia. Toca, si alguien se acerca. Y mantén la boca cerrada”.

Gareth no se molestó en llamar a la pequeña puerta arqueada de madera, ante él. En cambio, agarró el mango de hierro, abrió la puerta de cinco centímetros de ancho, y agachó la cabeza cuando entró, cerrándola detrás de él.

Adentro estaba oscuro, iluminado sólo por velas esparcidas en la habitación. Era una casa de un solo cuarto, sin ventanas, envuelto por una energía pesada. Se quedó ahí parado, en el sofocante silencio, preparándose para cualquier cosa. Podía sentir el mal. Estaba que reventaba.

Desde las sombras detectó movimiento, luego un ruido.

Cojeando hacia él apareció una anciana, encorvada, con una joroba. Ella levantó una vela, que iluminó un rostro cubierto de verrugas y arrugas. Se veía muy vieja, más que los árboles retorcidos que cubrían su cabaña.

“Usas una capucha, incluso en la oscuridad”, dijo ella, con una sonrisa siniestra, su voz parecía como el crepitar de la madera. “Tu misión no es inocente”.

“He venido por un frasco”, dijo Gareth con rapidez, tratando de parecer valiente y confiado, pero se escuchaba un temblor en su voz. “La planta Tadorna. Me dijeron que usted la tiene”.

Hubo un largo silencio, seguido de una carcajada espeluznante. Hizo eco en la pequeña habitación.

“Si la tengo o no, no es la cuestión. La pregunta es: ¿para qué la quieres?”.

El corazón de Gareth se aceleró mientras trataba de formular una respuesta.

“Eso no le importa”, contestó finalmente.

“Me divierte saber a quién vas a matar”, dijo ella.

“Eso no le incumbe. Le he traído dinero”.

Gareth metió la mano a la cintura, sacó una bolsa de oro, además de la bolsa de oro que le había dado al hombre que murió, y las azotó en su pequeña mesa de madera. El sonido de las monedas metálicas sonó en la habitación.

Rezó para que eso la apaciguara, y le diera lo que él quería, para poder salir de ese lugar.

La bruja acercó un solo dedo con una larga uña encorvada, recogiendo una de las bolsas e inspeccionándola. Gareth contuvo su aliento, esperando que no pidiera nada más.

“Esto podría ser suficiente para comprar mi silencio”, dijo ella.

Se dio la vuelta y se fue cojeando en la oscuridad. Hubo un chillido, y junto a una vela, Gareth podía verla mezclando un líquido en el pequeño frasco de vidrio. Burbujeó y le puso un corcho encima. El tiempo parecía detenerse mientras Gareth esperaba, cada vez más impaciente. Un millón de preocupaciones se agolpaban en su mente: ¿qué pasaría si lo descubrieran? Justo aquí, justo ahora. ¿Y si ella le diera el frasco equivocado? ¿Qué pasaría si ella le contara a alguien acerca de él? ¿Lo había reconocido? Él no podía saberlo.

Gareth tenía cada vez más reservas acerca de todo esto. Nunca supo lo difícil que podía ser matar a alguien.

Después de lo que parecía un interminable silencio, la bruja volvió. Ella le entregó el frasco, tan pequeño que casi desapareció en su palma, y se alejó de él.

"¿Un frasco tan pequeño?", preguntó. "¿Esto va a servir?"

Ella sonrió.

"Te sorprenderá lo poco que se necesita para matar a un hombre".

Gareth se volvió y se dirigió hacia la puerta, cuando de repente sintió un frío dedo en el hombro. No tenía la menor idea de cómo se las había arreglado para cruzar la habitación tan rápidamente, y eso lo aterraba. Se quedó ahí, congelado, con miedo de volverse y mirarla.

Ella le dio la vuelta, se acercó más—un terrible olor emanaba de ella—y

de repente subió las dos manos, agarró sus mejillas y le dio un beso, apretando fuerte sus labios arrugados contra los de él.

Gareth sintió asco. Era la cosa más repugnante que le había ocurrido. Sus labios eran como los de un lagarto; su lengua, que ella presionó contra la suya, era como la de un reptil. Él trató de alejarse, pero ella sujetó fuerte su cara, tirando de él con más fuerza.

Finalmente, logró alejarse de un tirón. Se limpió la boca con el dorso de su mano, mientras ella se inclinaba hacia atrás y reía entre dientes.

“La primera vez que matas a un hombre es la más difícil”, dijo ella. “Se te hará mucho más fácil la siguiente vez”.

*

Gareth salió de la cabaña, de vuelta al claro, para encontrar a Firth, ahí de pie, esperándolo.

“¿Qué ocurre? ¿Qué pasó?”, preguntó Firth preocupado. “Te ves como si te hubieran apuñalado. ¿Ella te hizo daño?”.

Gareth hizo una pausa, respirando con dificultad, limpiándose la boca una y otra vez. No sabía cómo responder.

“Vámonos de aquí”, dijo él. “¡Ahora mismo!”.

Cuando empezaron a salir del claro en el bosque negro, el sol repentinamente se oscureció, debido a las nubes que corrían por el cielo, haciendo que el bello día se pusiera frío y oscuro. Gareth nunca había visto esas gruesas nubes negras que aparecieron rápidamente. Sabía que lo que estaba sucediendo no era normal. Le preocupaba qué tan profundos eran los poderes de esa bruja, mientras había un viento frío en ese día de verano y penetró por la parte posterior de su cuello. No podía dejar de pensar que, de alguna manera, había sido poseído por ese beso, emitiendo algún tipo de maldición sobre él.

“¿Qué pasó ahí?”, presionó Firth.

“No quiero hablar de eso”, dijo Gareth. “No quiero pensar en el día de hoy—nunca más”.

Los dos se apresuraron a volver por el camino, bajando la colina, y pronto entraron en el bosque principal para regresar a la Corte del Rey. Cuando Gareth estaba empezando a sentirse más aliviado, preparándose a olvidar todo, de repente, oyó las pisadas de otras botas. Se volvió y vio a un grupo de hombres caminando hacia ellos. No podía creerlo.

Era su hermano. Godfrey. El borracho. Iba caminando hacia ellos,

riéndose, rodeado por el malvado Harry y otros dos de sus amigos alborotadores. De todos los tiempos y lugares posibles, aquí tenía que encontrarse con su hermano. En el bosque, en medio de la nada. Gareth sentía como si todo su complot tuviera una maldición.

Gareth se volvió, se puso la capucha sobre su rostro, y subió dos veces más rápido, orando para no haber sido descubierto.

"¿Gareth?", gritó la voz.

Gareth no tuvo opción. Se quedó paralizado en seco, se quitó la capucha y se volvió y miró a su hermano, quien venía bailando alegremente hacia él.

"¿Qué haces aquí?", preguntó Godfrey.

Gareth abrió la boca, pero volvió a cerrarla, tropezando, al no saber qué decir.

"Vinimos a caminar", dijo Firth, rescatándolo.

"¿A caminar?", dijo uno de los amigos de Godfrey a Firth, de manera burlona, en voz alta, como de mujer. Sus amigos también se rieron. Gareth sabía que su hermano y sus amigos lo juzgaban por su inclinación—pero apenas se preocupaba por eso ahora. Sólo necesitaba cambiar de tema. No quería que le preguntaran qué estaba haciendo ahí.

"¿Qué estás *tú* haciendo aquí?", preguntó Gareth, volteando los papeles.

"Abrieron una nueva taberna en Southwood", contestó Godfrey. "Acabamos de ir a visitarla. Tienen la mejor cerveza de todo el reino. ¿Quieres un poco?", preguntó él, ofreciéndole un tonel.

Gareth negó con la cabeza rápidamente. Él sabía que tenía que distraerlo y pensó que lo mejor era cambiar de tema, reprenderlo.

"Papá estaría furioso si te atrapa bebiendo durante el día", dijo Gareth. "Sugiero que dejes eso y regreses a la Corte".

Funcionó. Godfrey lo miró con ojos de pistola y claramente ya no estaba pensando en Gareth, sino en su padre y en él mismo.

"¿Y desde cuándo *te* preocupan las necesidades de papá?", replicó.

Gareth ya había tenido suficiente. No tenía tiempo que perder con un borracho. Logró lo que quería, distraerlo, y ahora, con suerte, ya no pensaría en el motivo por el que lo había encontrado aquí.

Gareth se dio media vuelta y se apresuró por el sendero, escuchando sus risas burlonas detrás de él, mientras se iba. Ya no le importaba. Pronto, sería él quien reiría al último.

CAPÍTULO CATORCE

THOR se sentó en la mesa de madera, trabajando en el arco y la flecha que estaban puestos en pedazos. A su lado estaba sentado Reece, junto con otros miembros de la Legión. Todos estaban inclinados sobre sus armas, trabajando duro en la talla de los arcos y tensando las cuerdas.

"Un guerrero sabe cómo encordar su propio arco", gritó Kolk, mientras caminaba arriba y abajo por las filas de muchachos, inclinado, examinando el trabajo de cada uno". La tensión debe ser adecuada. Si es muy poca, su flecha no llegará a su objetivo. Si es demasiada, su puntería no estará centrada. Las armas se rompen en la batalla. Las armas se rompen en los viajes. Ustedes deben saber repararlas sobre la marcha. El mejor guerrero es también un herrero, un carpintero, un zapatero, un reparador de todas las cosas rotas. Y no conocen a su propia arma hasta que la han reparado ustedes mismos".

Kolk se detuvo detrás de Thor y se inclinó sobre su hombro. Tiró el arco de madera de las manos de Thor, y la cuerda lastimó la palma de su mano.

"La cuerda no está lo suficientemente tensa", le reprendió. "Está torcida. Si utilizas un arma de este tipo en una batalla, ciertamente morirás. Y tu compañero morirá a tu lado".

Kolk golpeó el arco sobre la mesa y siguió adelante; varios muchachos se rieron. Thor enrojeció mientras agarraba la cuerda de nuevo, la tensó lo más que pudo, y la envolvió alrededor de la muesca del arco. Había estado trabajando en esto durante horas, era el colmo de un agotador día de trabajo y de tareas insignificantes.

La mayoría de los demás estaban entrenando, haciendo sparring, luchando con espadas. Miró alrededor y a lo lejos vio a sus hermanos, a tres de ellos, riendo mientras resonaban las espadas de madera; como de costumbre, Thor sentía que estaban ganando la delantera mientras a él lo dejaban atrás, a la sombra. No era justo. Se sentía cada vez menos deseado aquí, como si no fuera un verdadero miembro de la Legión.

"No te preocupes, conseguirás dominarlo", dijo O'Connor, quien estaba a su lado.

Las palmas de las manos de Thor se irritaron por estar intentándolo; él jaló la cuerda una vez más, esta vez con todas sus fuerzas, y finalmente, para su sorpresa, logró hacer clic. La cuerda encajaba perfectamente en la muesca,

Thor tiraba con todas sus fuerzas, sudaba. Sintió una gran satisfacción al tener ahora su arco tan fuerte como debía estar.

Las sombras crecían mientras Thor se secaba la frente con el dorso de la mano y se preguntaba cuánto tiempo más seguiría con esto. Se dio cuenta de lo que significaba ser un guerrero. En su mente, lo había imaginado de manera diferente. Sólo había imaginado entrenar, todo el tiempo. Pero se suponía que esto era también una forma de entrenamiento.

"Yo tampoco vine para esto", dijo O'Connor, como si le leyera el pensamiento.

Thor se volvió, y se tranquilizó al ver la sonrisa constante de su amigo.

"Vengo de la provincia del norte", continuó. "Yo también soñé con unirme a la Legión toda mi vida. Supongo que imaginé que estaría en un combate y batalla constantes. No todas estas tareas serviles. Pero mejorará. Es sólo porque somos nuevos. Es una forma de iniciación. Parece que hay una jerarquía aquí. También somos los más jóvenes. No veo los de diecinueve años de edad haciendo esto. Esto no puede durar para siempre. Además, es una habilidad útil que aprender".

Un cuerno sonó. Thor miró y vio al resto de la Legión reuniéndose al lado de un enorme muro de piedra en el centro del campo. Había cuerdas a través de él, espaciados cada tres metros. La pared debe haber medido unos diez metros de altura, y apilados en su base había montones de heno.

"¿Qué están esperando?", gritó Kolk. "¡MUÉVANSE!"

Los Plateados aparecieron alrededor de ellos, gritando, y antes de que Thor se diera cuenta, él y los demás saltaron de sus bancos y corrieron a través del campo hacia la pared.

Pronto estuvieron todos reunidos ahí, de pie frente a las cuerdas. Hubo un murmullo de emoción en el aire, mientras todos los miembros de la Legión estaban juntos. Thor estaba muy emocionado de ser incluido, finalmente, con los otros, y se encontró gravitando hacia Reece, que se encontraba con otro amigo suyo. O'Connor se unió a ellos.

"Van a encontrar durante la batalla, que la mayoría de los pueblos están fortificados", dijo Kolk, mirando a las caras de los chicos. "Traspasar fortificaciones es el trabajo de un soldado. En un cerco típico, se utilizan cuerdas y garfios, muy parecidos a los que hemos lanzado sobre este muro, y escalar una pared es una de las cosas más peligrosas con las que se encontrarán en la batalla. En algunos casos se verán expuestos, más vulnerables. El enemigo les va a verter plomo derretido encima. Ellos van a

disparar flechas. Les tirarán piedras. No subirán por una pared hasta que el momento sea perfecto. Y cuando lo hagan, tienen que subir por su vida—o arriesgarse a morir".

Kolk respiró hondo, entonces gritó: "¡EMPIECEN!".

A su alrededor los chicos entraron en acción, cada uno dirigiéndose a una cuerda. Thor corrió hacia una que estaba desocupada y estaba a punto de tomarla cuando un muchacho mayor la alcanzó primero, quitándolo del camino. Thor corrió y agarró la más cercana que pudo encontrar, una cuerda gruesa, anudada. El corazón de Thor se aceleró cuando comenzó a subir la pared.

El día se había vuelto brumoso, y los pies de Thor resbalaron en la piedra. Sin embargo, él hizo buen tiempo y no podía dejar de notar que era más rápido que muchos de los otros, casi iba a la cabeza mientras subía a toda velocidad. Él estaba, por primera vez en el día, empezando a sentirse bien, empezando a sentirse orgulloso.

De repente, algo duro se estrelló contra su hombro. Miró hacia arriba y vio a miembros de los Plateados en la parte superior de la pared, tirando pequeñas piedras, palos, todo tipo de residuos. El muchacho en la cuerda junto a Thor subió una mano para cubrirse la cara y perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, hacia el suelo. Cayó unos seis metros, en la pila de heno que estaba abajo.

Thor también estaba perdiendo su agarre, pero de alguna manera se las arregló para salir adelante. Un garrote golpeó a Thor con fuerza, en la espalda, pero él siguió subiendo. Él estaba haciendo un buen tiempo y estaba comenzando a pensar que incluso podría ser el primero en llegar a la cima, cuando de pronto, sintió una fuerte patada en las costillas. No podía entender de dónde venía, hasta que vio a uno de los muchachos a su lado, balanceándose de lado a lado. Antes que Thor pudiera reaccionar, el muchacho le dio otra patada.

Thor perdió su agarre esta vez y se encontró tirándose hacia atrás con fuerza, en el aire, agitándose. Aterrizó de espaldas en el heno, conmocionado, pero ileso.

Thor se puso de manos y rodillas, recuperando el aliento, y miró a su alrededor. Los muchachos estaban cayendo como moscas de las cuerdas, aterrizando en el heno, pateados o empujados entre ellos—o si no, pateados por los miembros de los Plateados que estaban arriba. A los que no, les cortaban las cuerdas, para que también cayeran. Ni un solo miembro llegó a la

cima.

"¡De pie!", gritó Kolk. Thor se levantó de un salto, igual que los demás.

"¡ESPADAS!"

Los chicos corrieron al unísono hacia un enorme estante de espadas de madera. Thor se unió a ellos y agarró una, sorprendido por lo pesada que era. Pesaba dos veces más que cualquier arma que había levantado. Apenas podía sostenerla.

"Espadas pesadas, ¡Comiencen!", se oyó un grito.

Thor levantó la vista y vio al gran patán, Elden, el que lo había atacado primero cuando conoció la Legión. Thor le recordaba demasiado bien, ya que su cara aún le dolía de las contusiones que Elden le había propinado. Él se dirigía hacia Thor, con la espada en alto, con una expresión de furia en su rostro.

Thor levantó su espada en el último momento y logró bloquear el golpe de Elden, pero la espada era tan pesada, que apenas era capaz de sostenerla. Elden, más grande y más fuerte, se dio vuelta y pateó a Thor en las costillas.

Thor cayó de rodillas, adolorido. Elden se dio la vuelta de nuevo y le pegó en la cara, pero Thor logró bloquear el golpe en un momento. Pero Elden era demasiado rápido y fuerte; él se dio la vuelta y cortó a Thor en la pierna, derribándolo hacia un costado.

Un pequeño grupo de muchachos se reunió a su alrededor, animando y gritando, ya que su pelea se convirtió en el centro de atención. Parecía que todos estaban alentando a Elden.

Elden bajó su espada nuevamente, blandiendo con fuerza y Thor rodó quitándose del camino; el golpe estuvo a punto de darle en su espalda. Thor tenía un momento de ventaja y lo aprovechó—se dio la vuelta y golpeó con fuerza al zoquete, detrás de la rodilla. Era un punto débil, suficiente para derribarlo, y luego hacia abajo, tropezando en su parte trasera.

Thor aprovechó la oportunidad para ponerse de pie de un salto. Elden se levantó, con la cara roja, más furioso que nunca, y ahora los dos se enfrentaron.

Thor sabía que no podía quedarse ahí parado; fue al ataque y se balanceó. Pero esa espada de práctica estaba hecha de una madera extraña y era demasiado pesada; su movimiento fue teleografiado. Elden lo bloqueó fácilmente, después pinchó a Thor en las costillas.

Golpeó su punto débil y Thor se desplomó y tiró su espada, dejándolo sin respiración.

Los otros muchachos gritaron de alegría. Thor se arrodilló ahí, desarmado, y sintió la punta de la espada de Elden, atascado en la base de su garganta.

“¡Ríndete!”, exigió Elden.

Thor lo fulminó con la mirada, con el sabor salado de la sangre en su labio.

“Nunca”, dijo él, desafiante.

Elden hizo una mueca, levantó su espada y se preparó a bajarla. No había nada que Thor pudiera hacer. Iba a recibir un poderoso golpe.

Cuando bajó la espada, Thor cerró los ojos y se concentró. Sintió que el mundo se desaceleraba, se sintió transportado a otro reino. De pronto, fue capaz de sentir el ritmo de la espada en el aire, su movimiento, y pidió al universo detenerla.

Sintió un calor corporal, un hormigueo, y mientras se concentraba, sintió que algo ocurría. Se sentía capaz de controlarla.

De pronto, la espada se detuvo en el aire. Thor había logrado detenerla utilizando su poder.

Mientras Elden sostenía la espada, confundido, Thor utilizó el poder de su mente para sujetar y apretar la muñeca de Elden. Apretó con más y más fuerza en su mente y en unos segundos, Elden gritó y dejó caer la espada.

Todos los muchachos guardaron silencio, tal como estaban, paralizados, mirando a Thor, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo.

“¡Es un demonio!”, gritó uno.

“¡Un hechicero!”, gritó otro.

Thor se sintió abrumado. No tenía idea de lo que acababa de hacer. Pero sabía que no era normal. Se sentía orgulloso y avergonzado, envalentonado y con miedo.

Kolk dio un paso al frente, hacia el círculo, parándose entre Thor y Elden.

“Este no es lugar para hechizos, muchacho, quienquiera que seas”, fustigó a Thor. “Es un lugar para el combate. Desafiaste nuestras reglas para pelear. Pensarás en lo que has hecho. Te enviaré a un lugar de verdadero peligro y vamos a ver qué tan bien te defienden tus hechizos ahí. Ve a reportarte con el guardia de patrulla del Barranco”.

Hubo un grito de asombro entre la Legión, y todos guardaron silencio. Thor no entendía exactamente lo que eso significaba, pero sabía que fuera lo que fuera, no podría ser bueno.

“¡No puede enviarlo a el Barranco!”, protestó Reece. “Él es demasiado nuevo. Podría resultar herido”.

“Haré lo que me dé la gana, muchacho”, gesticuló Kolk ante Reece. “Tu padre no está aquí para protegerte ahora. Ni a él. Y yo me encargo de esta Legión. Y ten cuidado con lo que dices—por el hecho de ser de la realeza, no creas que puedes ser impertinente”.

“De acuerdo”, respondió Reece. “¡Entonces yo iré con él!”.

“¡Yo también!”, intervino O’Connor, dando un paso adelante.

Kolk los miró y lentamente negó con la cabeza.

“Tontos. Esa es su decisión. Vayan con él, si así lo desean”.

Kolk dio media vuelta y miró a Elden. “No creas que te saldrás con la tuya tan fácilmente”, le dijo a él. “Tú empezaste esta pelea. Tú también debes pagar el precio. Te unirás a ellos en la ronda de esta noche”.

“¡Pero señor, no puede enviarme al Barranco!”, protestó Elden, con los ojos llenos de miedo. Fue la primera vez que Thor le veía con miedo a algo.

Kolk dio un paso adelante, cerca de Elden, y subió sus manos hacia sus caderas. “¿Qué no puedo?”, dijo él. “No solo puedo enviarte ahí—también puedo sacarte para siempre de esta Legión, y hasta los confines de nuestro reino, si continuas respondiéndome de nuevo”.

Elden desvió la mirada, estaba demasiado nervioso para responder.

“¿Alguien más quiere unirse a ellos?”, gritó Kolk.

Los otros muchachos, más grandes, de mayor edad y más fuertes, todos desviaron la mirada, miedosos. Thor tragó saliva mientras miraba alrededor de las caras nerviosas y se preguntó qué tan malo podría ser ir al Barranco.

CAPÍTULO QUINCE

THOR caminó a lo largo del camino bien trillado, flanqueado por Reece, O'Connor, y Elden. Los cuatro apenas se habían dicho una palabra el uno al otro desde que salieron, todavía escandalizados. Thor miró a Reece y a O'Connor con un sentimiento de gratitud que nunca antes había conocido. Apenas podía creer que se hubieran jugado el todo por el todo por él, de esa manera. Sintió que había encontrado a verdaderos amigos, casi como hermanos. Él no tenía idea de lo que les esperaba en el Barranco, pero sea lo que sea que fueran a enfrentar, estaba feliz de tenerlos a su lado.

Trató de no ver a Elden. Podía verlo pateando piedras, ardiendo de rabia, podía ver lo molesto y enojado que estaba de estar ahí, patrullando con ellos. Pero Thor no sentía lástima por él. Como Kolk había dicho, él había empezado todo. Le servía de lección.

Ellos cuatro, un grupo dispar, procedieron a bajar por el camino, siguiendo las instrucciones. Llevaban horas caminando, el sol estaba a punto de ponerse, y las piernas de Thor estaban cada vez más cansadas. También tenía hambre. Solo le habían dado un pequeño plato de guiso de cebada como almuerzo y esperaba recibir un poco de comida al lugar al que se dirigían.

Pero tenía otras preocupaciones mayores. Miró su nueva armadura y sabía que no se la habrían dado si no hubiera una razón importante. Antes de marcharse, a los cuatro se les había dado una armadura nueva de escudero: de cuero, con cota de malla. También les habían entregado espadas cortas de metal—que difícilmente era de acero fino, usado para forjar la espada de un caballero, pero sin duda era mejor que nada. Se sentía bien tener un arma importante en la cintura—además, por supuesto, de su honda, que todavía llevaba. Aunque él sabía que si fueran a encontrarse con verdaderos problemas esta noche, las armas y las armaduras que les entregaron, no podrían ser suficientes. Él anhelaba tener una mejor armadura y las armas de sus compañeros de la Legión: espadas medianas y largas del metal más fino, lanzas cortas, mazas, dagas, alabardas. Pero esas pertenecían a los muchachos que tenían fama y honor, de familias famosas, que podían pagar tales cosas. No para Thor, el hijo de un simple pastor.

Mientras marchaban por el interminable camino hacia la segunda puesta de sol, lejos de las puertas de bienvenida de la Corte del Rey, hacia la brecha

distante del Barranco, Thor no podía evitar sentir que todo esto era culpa suya. Por alguna razón, a algunos de los otros miembros de la Legión parecía que él no les agradaba, como si resintiera su presencia. No tenía sentido. Y lo hizo sentir descorazonado. Lo único que había querido toda su vida era unirse a ellos. Ahora, sentía que lo había logrado por medio del engaño; ¿realmente sería aceptado por sus compañeros?

Ahora, además de todo, había sido seleccionado para ir al Barranco. Era injusto. Él no había empezado la pelea, y cuando usó sus poderes, cualesquiera que fueran, no lo había hecho a propósito. Todavía no los entendía, no sabía de dónde provenían, cómo llamarlos o cómo apagarlos. Él no debía ser castigado por eso.

Thor no tenía idea de lo que significaba ir al Barranco, pero por las expresiones de los demás, obviamente, no era algo deseable. Se preguntaba si sería enviado a morir, si ésta era la forma de obligarlos a irse de la Legión. Estaba decidido a no darse por vencido.

“¿Qué tan lejos puede estar el Barranco?”, preguntó O’Connor, rompiendo el silencio.

“No lo suficiente”, contestó Elden. “No estaríamos en este lío, si no fuera por Thor”.

“Tú empezaste la pelea, ¿recuerdas?”, interrumpió Reece.

“Pero yo peleé limpiamente, y él no”, protestó Elden. “Además, se lo merecía”.

“¿Por qué?”, preguntó Thor, queriendo saber la respuesta que le había estado quemando por dentro desde hacía tiempo. “¿Por qué me lo merecía?”.

“Porque tú no deberías estar aquí, con nosotros. Robaste tu lugar en la Legión. A los demás nos eligieron. Tú peleaste para entrar”.

“¿Pero no es eso de lo que trata la Legión? ¿De luchar?”, contestó Reece. “Yo diría que Thor se merece el lugar más que cualquiera de nosotros. A nosotros simplemente nos eligieron. Él luchó y peleó para ganar lo que no le fue dado”.

Elden se encogió de hombros, sin impresionarse.

“Reglas son reglas. No fue elegido. No debería estar con nosotros. Por eso peleé con él”.

“Pues tú no vas a hacer que me vaya”, respondió Thor, con la voz temblorosa, decidido a ser aceptado.

“Ya lo veremos”, Elden murmuró de manera amenazante.

“¿Y qué quieres decir con eso?”, preguntó O’Connor.

Elden no dijo nada más, y siguió caminando en silencio. El estómago de Thor se tensó. No podía evitar sentir que había ganado demasiados enemigos, aunque no entendía por qué. No le gustaba esa sensación.

“No le hagas caso”, dijo Reece a Thor, lo suficientemente fuerte para que los demás lo escucharan. “No has hecho nada malo. Te enviaron al Barranco porque ven potencial en ti. Quieren endurecerte o de lo contrario, no se molestarían. También te tienen en la mira porque mi padre te hizo destacar. Eso es todo”.

“¿Pero cuál es la faena en el Barranco?”, preguntó él.

Reece aclaró su garganta, pareciendo ansioso.

“Yo nunca he estado ahí. Pero he oído historias. De algunos de los muchachos mayores, y de mis hermanos. Se trata de patrullar. Pero del otro lado del Barranco”.

“¿Del otro lado?”, preguntó O’Connor, con terror en su voz.

“¿Qué quieres decir con ‘el otro lado’?”, preguntó Thor, sin entender.

Reece lo examinó.

“¿Nunca has ido a el Barranco?”.

Thor podía sentir que los otros lo miraban, y negó con la cabeza, cohibido.

“Bromeas”, espetó Elden.

“¿En serio?”, presionó O’Connor. “¿Ni una vez en tu vida?”.

Thor negó con la cabeza, enrojeciendo. “Mi padre nunca nos llevó a ninguna parte. He oído hablar de él”.

“Probablemente nunca has salido de tu aldea, muchacho”, dijo Elden. “¿O sí?”.

Thor se encogió de hombros, en silencio. ¿Era tan obvio?

“No ha salido”, añadió Elden, incrédulo. “Es increíble”.

“Cállate”, dijo Reece. “Déjalo en paz. Eso no te hace mejor que él”.

Elden miró con desagrado a Reece y levantó brevemente su mano hacia su vaina, pero después la soltó. Al parecer, aunque él era mayor que Reece, no quería provocar al hijo del rey.

“El Barranco es la única cosa que mantiene a nuestro reino del Anillo a salvo”, explicó Reece. “Nada se interpone entre nosotros y las hordas del mundo. Si los salvajes de las tierras agrestes fueran a atacarla, estaríamos acabados. Todo el Anillo recurre a nosotros, a los hombres del rey, para protegerlos. Tenemos guardias patrullando todo el tiempo—sobre todo en este lado, y ocasionalmente, en el otro. Solamente hay una cresta de la montaña,

solo hay un modo de salir o entrar, y la mayoría de la élite de los Plateados montan guardia las veinticuatro horas”.

Thor había oído hablar del Barranco toda su vida, había oído historias horribles de los males que acechaban en el otro lado, el enorme imperio del mal que rodeaba el Anillo y lo cerca del terror en que todos vivían. Fue una de las razones por las que había querido unirse a la Legión del Rey: para ayudar a proteger a su familia y a su reino. Odiaba la idea de que otros hombres estuvieran ahí constantemente protegiéndole, mientras vivía cómodamente en los brazos del reino. Quería hacer su servicio y ayudar a combatir las hordas del mal. No podía imaginarse nada más valiente que los hombres que custodiaban el pasaje del Barranco.

“El Barranco tiene un kilómetro y medio de ancho, y rodea todo el Anillo”, explicó Reece. “No es fácil penetrarlo. Pero, por supuesto, nuestros hombres no son lo único que mantienen a las hordas a raya. Hay millones de esas criaturas por ahí, y si quisieran invadir el Barranco, por pura fuerza de voluntad, podrían hacerlo en cualquier momento. Nuestra gente sólo ayuda a complementar el escudo de energía del Barranco. El verdadero poder que los mantiene a raya es el poder de la Espada

Thor dio media vuelta. “¿La Espada?”.

Reece lo miró.

“La Espada del Destino. ¿Conoces la leyenda?”.

“Este rústico pueblo probablemente nunca ha oído hablar de ella”, intervino Elden.

“Por supuesto que la conozco”, espetó Thor, a la defensiva. No solamente lo sabía, también había pasado muchos días reflexionando sobre la leyenda a lo largo de su vida. Él siempre había querido verla. La legendaria Espada del Destino, la espada mágica cuya energía protegía el Anillo, llenaba el Barranco con una potente fuerza que protegía al Anillo de los invasores.

“¿La Espada vive en la Corte del Rey?”, preguntó Thor.

Reece asintió con la cabeza.

“Ha vivido entre la familia real durante varias generaciones. Sin ella, el reino no sería nada. El Anillo sería invadido”.

“Si estamos protegidos, ¿para qué molestarnos en patrullar el Barranco?”, preguntó Thor.

“La Espada solamente bloquea las amenazas más importantes”, explicó Reece. “Una pequeña y aislada criatura maligna puede meterse por aquí y por allá. Es por eso que se necesitan nuestros hombres. Un solo ser podría cruzar

el Barranco, o incluso un pequeño grupo de ellos—podrían ser tan audaces como para intentar cruzar la cresta de la montaña, o podrían actuar con sigilo y bajar por las paredes del Barranco en un extremo y en el otro. Es nuestro trabajo mantenerlos alejados. Incluso una criatura puede causar mucho daño. Hace años, uno se metió y asesinó a la mitad de los niños de la aldea antes de ser capturado. La Espada hace la mayor parte del trabajo, pero nosotros somos una parte indispensable”.

Thor asimiló todo, cuestionándose. El Barranco parecía tan grande, su deber tan importante, que apenas podía creer que iba a ser parte de este gran propósito.

“Pero incluso con todo eso, no lo he explicado muy bien”, dijo Reece. “Hay mucho más en el barranco que todo eso. Se quedó en silencio.

Thor lo miró y vio algo como miedo o curiosidad en sus ojos.

“¿Cómo puedo explicarlo?”, dijo Reece, luchando por buscar las palabras adecuadas. Se aclaró la garganta. “El Barranco es mucho más grande que todos nosotros. El Barranco es...”

“El Barranco es un lugar para hombres”, dijo una voz estridente.

Todos voltearon al oír esa voz, el piafar de un caballo.

Los ojos de Thor se agrandaron. Trotando junto a ellos, engalanado con una cota de malla, con armas largas brillantes colgando sobre el costado de su increíble caballo, estaba Erec. Les sonrió, manteniendo los ojos fijos en Thor.

Thor miró hacia arriba, asombrado.

“Es un lugar que te hará hombre”, añadió Erec, “si no es que ya lo eres”.

Thor no había visto a Erec desde las justas y se sintió tan aliviado ante su presencia, por tener a un verdadero caballero aquí con ellos, que iban hacia él—ni más ni menos, el propio Erec. Thor se sintió invencible teniéndolo a él y rezando para que fuera con ellos.

“¿Qué hace aquí?”, preguntó Thor. “¿Nos va a acompañar?”, preguntó él, esperando no parecer demasiado ansioso.

Erec se inclinó hacia atrás y rió.

“No te preocupes, joven”, dijo él. “Iré con ustedes”.

“¿En serio?”, preguntó Reece.

“Es una tradición para un miembro de los Plateados acompañar a los miembros de la Legión en su primer patrullaje. Yo me ofrecí a venir”.

Erec se dio media vuelta y miró a Thor.

“Después de todo, tú me ayudaste ayer”.

Thor sintió emoción en su corazón, animado por la presencia de Erec.

También se sintió animado ante los ojos de sus amigos. Aquí estaba él, siendo acompañado por el mejor caballero del reino, mientras se dirigían hacia el Barranco. Gran parte de su miedo se estaba alejando.

“Por supuesto, no voy a ir a patrullar con ustedes”, añadió Erec. “Pero los guiaré al otro lado de la cresta de la montaña, y a su campamento. Será su deber salir a patrullar solos, desde ahí”.

“Es un gran honor, señor”, dijo Reece.

“Gracias”, repitieron O’Connor y Elden.

Erec miró a Thor y sonrió.

“Después de todo, si vas a ser mi primer escudero, no puedo dejarte morir todavía”.

“¿Primer escudero?”, preguntó Thor, sintiendo que se le paraba el corazón.

“Feithgold se rompió la pierna en las justas. Él estará fuera al menos ocho semanas. Tú eres mi primer escudero ahora. Y nuestra formación bien podría comenzar, ¿no te parece?”.

“Por supuesto, señor”, respondió Thor.

La mente de Thor estaba flotando. Por primera vez en mucho tiempo, sintió como si la suerte finalmente estuviera de su parte. Ahora era primer escudero del mejor caballero de todos. Sentía que había saltado a todos sus amigos.

Los cinco continuaron avanzando, en dirección al oeste, hacia donde se pone el sol. Erec caminaba lentamente sobre su caballo, junto a ellos.

“Supongo que ha estado en el Barranco, señor”, preguntó Thor.

“Muchas veces”, respondió Erec. “Mi primer patrullaje fue cuando tenía tu edad”.

“¿Y cómo lo encontró?”, preguntó Reece.

Los cuatro muchachos voltearon a ver a Erec, embelesados por la atención. Erec cabalgó durante algún tiempo en silencio, mirando al frente, apretando la mandíbula.

“Su primera vez es una experiencia que nunca olvidarán. Es difícil de explicar. Es un lugar extraño, desconocido, místico y hermoso. Al otro lado se encuentran peligros inimaginables. La cresta de la montaña para cruzar es larga y empinada. Muchos de nosotros patrullamos—pero siempre te sientes solo. Es lo mejor de la naturaleza. Aplasta al hombre estar en su sombra. Nuestros hombres lo han patrullado desde hace cientos de años. Es un rito de iniciación. No puedes entender completamente el peligro sin él; no puedes

convertirte en caballero sin él”.

Volvió a quedarse en silencio. Los cuatro muchachos se miraron ente sí, indispuestos.

“¿Entonces debemos esperar una escaramuza en el otro lado?”, preguntó Thor.

Erec se encogió de hombros.

“Todo es posible, una vez que llegues a las tierras agrestes. Improbable. Pero es posible”.

Erec miró a Thor.

“¿Quieres ser un gran escudero, y algún día un gran caballero?”, preguntó él, mirando a Thor.

El corazón de Thor se aceleró.

“Sí, señor, más que nada”.

“Entonces hay cosas que debes aprender”, dijo Erec. “La fuerza no es suficiente, la agilidad no es suficiente; ser un gran luchador no es suficiente. Hay algo más, algo más importante que todo eso”.

Erec volvió a callar y Thor no podía esperar más.

“¿Qué?”, preguntó Thor”. ¿Qué es más importante?”.

“Debes tener una determinación sólida”, respondió Erec. “Nunca tener miedo. Debes entrar al bosque más oscuro, a la batalla más peligrosa, con total ecuanimidad. Debes llevar siempre esa ecuanimidad contigo, cuando sea y adonde sea que vayas. No temer nunca, siempre estar en guardia. Nunca relajado, siempre diligente. No tienes el lujo de esperar que otros te protejan. Ya no eres un ciudadano. Ahora eres uno de los hombres del rey. Las mejores cualidades de un guerrero son el valor y la ecuanimidad. No temas al peligro. Dalo por hecho. Pero no lo busques.

“Ese Anillo en que vivimos”, añadió Erec, “nuestro reino. Parece como si nosotros, con todos nuestros hombres, lo protegieramos contra las hordas del mundo. Pero no es así. Sólo estamos protegidos por el Barranco, y solo por la magia que hay en él. Vivimos en el Anillo del hechicero. No lo olvides. Aquí no hay seguridad, muchacho, en ninguno de los costados del Barranco. Sin la hechicería, sin la magia, no tenemos nada”.

Caminaron en silencio durante algún tiempo. Thor repitió las palabras de Erec en su mente, una y otra vez. Sentía como si Erec le estuviera dando un mensaje oculto, como si le estuviéramos diciendo que, sin importar qué poder tuviera, a qué magia llamaba, no tenía por qué sentirse avergonzado. De hecho, era algo de lo que tenía que estar orgulloso, y la fuente de toda energía en el

reino. Thor se sintió mejor. Había sentido que estaba siendo enviado al Barranco como castigo por usar su magia, y se había sentido culpable por ello; pero ahora sentía que sus poderes, cualesquiera que fueran, podrían convertirse en una fuente de orgullo.

Mientras, los otros muchachos iban adelante y Erec y Thor se replegaron, Erec lo miró.

“Ya te has ganado algunos enemigos poderosos en la Corte”, dijo él, con una sonrisa divertida en su cara. “Parece que tienes tantos enemigos como amigos”.

Thor se sonrojó, avergonzado.

“No sé cómo, señor. No fue mi intención”.

“Los enemigos no se ganan con intenciones. Se ganan por medio de la envidia, con frecuencia. Has logrado crear demasiada de ella. Eso no es necesariamente malo. Eres el centro de mucha especulación”.

Thor se rascó la cabeza, tratando de entender.

“Pero no sé por qué”.

Erec seguía pareciendo divertido.

“La Reina es una de tus rivales principales. De alguna manera lograste no simpatizarle”.

“¿Mi madre?”, preguntó Reece, volteando. “¿Por qué?”.

“Es lo mismo que me he estado preguntando”, dijo Erec.

Thor se sintió muy mal. ¿La reina? ¿Un enemigo? ¿Qué le había hecho a ella? No podía creerlo. ¿Cómo podía ser lo suficientemente importante para que ella lo tomara en cuenta? Él no sabía lo que estaba sucediendo a su alrededor.

De repente, cayó en la cuenta.

“¿Fue ella la que me envió aquí? ¿Al Barranco?”, preguntó él.

Erec dio media vuelta y miró hacia el frente, con la cara cada más más seria.

“Podría ser ella”, dijo él, contemplativo. “Podría ser ella”.

Thor se preguntó por el alcance y la profundidad de los enemigos que había hecho. Había tropezado en una Corte de la que no sabía nada. Sólo había querido ser parte de ella. Sólo había seguido su pasión y su sueño, y había hecho lo que podía para lograrlo. No sabía que al hacerlo, podría levantar envidias o celos. Lo repasó en su mente una y otra vez, como si fuera un acertijo, pero no pudo llegar al fondo de ello.

Mientras Thor meditaba en esos pensamientos, llegaron a la cima de una

loma y ante la vista que se extendía ante ellos, todos los pensamientos acerca de lo demás, se desvanecieron. Thor se quedó sin respiración—y no solamente por la fuerte ráfaga de viento.

Extendiéndose delante de ellos, hasta donde alcanzaba la vista, estaba el Barranco. Era la primera vez que Thor lo había visto y el panorama lo sorprendió tanto que se quedó parado en su lugar, sin poder moverse. Era la cosa más grandiosa y majestuosa que había visto. El enorme abismo en la tierra parecía extenderse toda una eternidad, atravesado por un único y estrecho puente lleno de soldados. El puente parecía extenderse hasta el final de la propia tierra.

El Barranco estaba iluminado con verdes y azules de la segunda puesta de sol y los rayos brillantes rebotaban de sus paredes. Cuando sintió sus piernas otra vez, Thor empezó a caminar con los demás, cada vez más cerca del puente, hasta que pudo mirar hacia abajo, hacia el fondo de los acantilados del Barranco; parecían caer en picada en las entrañas de la tierra. Thor ni siquiera podía ver el fondo, y no sabía si era porque no tenía fondo o porque estaba cubierto por la niebla. La roca que bordeaba los acantilados parecía tener un millón de años, formado por los patrones que dejaron las tormentas siglos atrás. Era el lugar más primitivo que había visto en su vida. No tenía idea de que su planeta fuera tan vasto, tan vibrante, tan vivo.

Era como si hubiera llegado al principio de la creación.

Thor oyó jadear a los demás a su alrededor, también.

Pensar en los cuatro patrullando este Barranco parecía risible. Ellos empequeñecían ante el paisaje.

Mientras caminaban hacia el puente, los soldados se pusieron rígidos a cada lado, en posición de firmes, dando paso a la nueva patrulla. Thor sintió que se le aceleraba el pulso.

“No veo cómo los cuatro podemos patrullar esto”, dijo O’Connor.

Elden rió. “Hay muchas patrullas además de nosotros. Somos simplemente un engranaje de la máquina”.

Mientras caminaban por el puente, el único sonido que se escuchaba era el viento azotando y sus botas y el caballo de Erec, caminando. Los cascos dejaban un sonido hueco y tranquilizador, lo único real. Thor podría aferrarse a este lugar surrealista.

Ninguno de los soldados que se pusieron en posición de firmes ante la presencia de Erec, dijo una palabra mientras estaban de guardia. Deben haber pasado cientos de ellos.

Thor no pudo evitar notar que a cada lado de ellos, ensartado en los picos cada ciertos centímetros a lo largo de la barandilla, estaban las cabezas de invasores bárbaros. Algunas estaban frescas todavía, aún chorreaban sangre.

Thor desvió la mirada. Hacía que todo pareciera muy real. Él no sabía si estaba listo para esto. Intentó no pensar en las muchas escaramuzas que pudieron haber producido esas cabezas, las vidas que se habían perdido, y lo que le esperaba en el otro lado. Se preguntaba si regresarían. ¿Cuál era el propósito de toda esa expedición? ¿Matarlo?

Miró por el borde, hacia los acantilados sin fin que desaparecían, y escuchó el chillido de un pájaro distante: era un sonido que nunca había escuchado antes. Se preguntaba qué clase de ave era, y qué otros animales exóticos acechaban del otro lado.

Pero en realidad no eran los animales los que lo molestaban, ni las cabezas sobre los picos. Más que nada, era la sensación de este lugar. No sabía si era la niebla o el aullido del viento, o la inmensidad del cielo abierto o la luz de la puesta del sol—pero tenía algo este lugar que era tan surrealista, que lo transportaba. Que lo envolvía. Sintió una energía mágica pesada sobre ellos. Se preguntó si era la protección de la Espada o alguna fuerza antigua. Sintió como si no estuviera simplemente cruzando una masa de tierra, sino que atravesaba en otro reino de existencia.

Hacía apenas unos días que había estado pastoreando ovejas en su pequeña aldea. Parecía increíble que ahora, por primera vez en su vida, iba a pasar la noche sin protección en el otro lado del Barranco.

CAPÍTULO DIECISÉIS

CUANDO el sol empezó a desaparecer del cielo—grana oscuro mezclado con azul, que parecía envolver el universo—Thor caminó con Reece, O'Connor, y Elden por el sendero que conducía al bosque de los Salvajes. Thor nunca había estado tan nervioso en su vida. Ahora eran solo ellos cuatro. Erec había permanecido detrás y a pesar de sus disputas, Thor sintió que ahora se necesitaban unos a otros más que nunca. Tuvieron que unirse por su cuenta, sin Erec. Antes de que se separaran, Erec les había dicho que no se preocuparan, que se mantendría en contacto y escucharía sus llamadas y estaría ahí si lo necesitaban.

Eso le daba a Thor poca seguridad ahora.

Mientras que los bosques se estrechaban sobre ellos, Thor miró este exótico lugar, la superficie del bosque llena de espinas y frutos extraños. Las ramas de muchos árboles estaban retorcidas y eran antiguas, casi tocándose entre sí, tan cerca que Thor se tenía que agachar constantemente. Tenían espinas en vez de hojas y sobresalían por todos lados. Las vides amarillas colgaban en lugares y Thor había cometido el error de levantar la mano para empujar una vid, solo para darse cuenta de que era una serpiente. Había gritado y se había quitado del camino de un salto, justo a tiempo.

Él había esperado que los demás se rieran de él, pero ellos también sentían miedo. A su alrededor había ruidos extraños de animales exóticos. Algunos eran en tono bajo y gutural, algunos en tono alto y gritos. Algunos hacían eco a lo lejos; otros parecían imposiblemente cerca. El crepúsculo llegó demasiado rápido mientras se dirigían a lo más profundo del bosque. Thor estaba seguro de que en cualquier momento podían ser emboscados. Conforme el cielo se oscureció, era más difícil ver incluso las caras de sus compatriotas. Él agarró la empuñadura de su espada con tanta fuerza, que sus nudillos se blanquearon, mientras que la otra mano agarró su honda. Los demás también agarraron sus armas.

Thor se obligó a ser fuerte, confiado y valeroso, como debe ser un buen caballero. Erec le había instruido. Era mejor que enfrentara la muerte ahora, que vivir siempre con miedo de ella. Trató de levantar la barbilla y caminar hacia adelante con valentía, incluso aumentando su paso e ir a unos pocos metros delante de los demás. Su corazón latía con fuerza, pero se sentía como

si estuviera enfrentando a sus miedos.

“¿Qué es lo que estamos patrullando exactamente?”, preguntó Thor.

Tan pronto como lo dijo, se dio cuenta de que podría ser una pregunta tonta, y que esperaba que Elden se burlara de él.

Pero para su sorpresa, solo hubo silencio. Thor miró y vio el blanco de los ojos de Elden, y se dio cuenta de que él tenía más miedo. Esto, al menos, le dio más confianza a Thor. Thor era más joven y más pequeño que él, y no se estaba rindiendo ante su miedo.

“El enemigo, supongo”, dijo finalmente Reece.

“¿Y quién es ese?”, preguntó Thor. “¿Qué apariencia tiene?”.

“Hay todo tipo de enemigos aquí”, dijo Reece. “Ahora estamos en las tierras agrestes. Hay naciones de salvajes y todo tipo de razas de criaturas malignas”.

“¿Pero de qué sirve patrullar?”, preguntó O’Connor. “¿Qué diferencia posible podemos hacer con esto? Incluso si matamos a uno o dos, ¿eso detendrá a los millones que vengan detrás?”.

“No estamos aquí para causar impacto”, contestó Reece. “Estamos aquí para que sepan de nuestra presencia, en nombre de nuestro rey. Para hacerles saber que no se acerquen demasiado al Barranco”.

“Creo que tendría más sentido esperar hasta que intenten cruzarlo y después lidiar con ellos”, dijo O’Connor.

“No”, dijo Reece. “Es mejor impedir que se acerquen. Ese es el motivo de estos patrullajes. Al menos, es lo que dice mi hermano mayor”.

El corazón de Thor se aceleró, mientras continuaban entrando en lo más profundo del bosque.

“¿Qué tan lejos debemos ir?”, preguntó Elden, hablando por primera vez, con voz temblorosa.

“¿No recuerdan lo que dijo Kolk? Tenemos que recuperar la bandera roja y llevarla de regreso”, dijo Reece. “Esa es nuestra prueba de que hemos ido lo suficientemente lejos en nuestro patrullaje”.

“No he visto ninguna bandera en ningún lado”, dijo O’Connor. “De hecho, apenas puedo ver. ¿Cómo se supone que vamos a regresar?”.

Nadie contestó. Thor estaba pensando lo mismo. ¿Cómo podrían encontrar una bandera en lo negro de la noche? Empezó a preguntarse si era un truco, un ejercicio, uno de los juegos psicológicos de la Legión que le estaban haciendo a los muchachos. Pensó de nuevo en las palabras de Erec, en sus muchos enemigos de la Corte. Sentía desasosiego sobre este patrullaje. ¿Les

estaban poniendo una trampa?

De repente, se escuchó un chirrido horrible, seguido por el movimiento de las ramas—y algo grande corrió por su camino. Thor sacó su espada, y los demás también. El sonido de las espadas saliendo de las vainas, del metal contra metal, llenaba el aire, mientras estaban de pie en su lugar, sosteniendo sus espadas frente a ellos, mirando nerviosamente en todas direcciones.

“¿Qué fue eso?”, gritó Elden, con la voz quebrada por el miedo.

El animal cruzó una vez más su camino, corriendo de un lado al otro del bosque, y esta vez pudieron verlo bien.

Los hombros de Thor se relajaron cuando lo reconoció.

“Es solamente un venado”, dijo él, muy aliviado. “Es el ciervo de aspecto más extraño que he visto—sin embargo, es un ciervo”.

Reece rió, era un sonido tranquilizador, una risa muy madura para su edad. Cuando Thor la escuchó, se dio cuenta de que era la risa de un futuro rey. Se sintió mejor al tener a su amigo de su lado. Y después se rió él, también. Tanto miedo para nada.

“No sabía que tu voz se quebraba cuando tenías miedo”, se burló Reece de Elden, volviendo a reír.

“Si pudiera verte, te golpearía”, dijo Elden.

“Yo puedo verte bien”, dijo Reece. “Ven a intentarlo”.

Elden le devolvió la mirada, pero no se atrevió a hacer un movimiento. En cambio, puso su espada en su vaina, igual que los demás. Thor admiraba a Reece por molestar a Elden; Elden se burlaba de todos—merecía una sopa de su propio chocolate. Él admiraba la valentía de Reece al hacerlo, porque después de todo, Elden tenía el doble de su tamaño.

Thor finalmente sintió que la tensión abandonaba su cuerpo. Habían tenido su primer encuentro, el hielo se había roto, y seguían vivos. Se inclinó hacia atrás y rió también, feliz de estar vivo.

“Sigue riendo, muchacho forastero, dijo Elden. “Ya veremos quién ríe al último”.

No me estoy riendo de ti, como Reece, pensó Thor. Solamente me siento aliviado de estar vivo.

Pero no se molestó en decirlo; sabía que nada de lo que dijera cambiaría el odio que Elden sentía por él.

“¡Miren!”, gritó O’Connor. “¡Ahí!”.

Thor entrecerró los ojos, pero apenas podía ver lo que estaba señalando en la oscuridad de la noche. Entonces la vio: la bandera de la Legión,

colgando de una de las ramas.

Todos empezaron a correr hacia ella.

Elden superó a los demás corriendo, haciéndolos a un lado de manera ruda.

“¡Esa bandera es mía!”, gritó.

“¡Yo la vi primero!”, gritó O’Connor.

“¡Pero yo la tomé primero, y será el que la lleve de regreso!”, gritó Elden.

Thor enfureció; no podía creer las acciones de Elden. Recordó lo que Kolk había dicho—que quien obtuviera la bandera, sería recompensado—y se dio cuenta de por qué Elden había corrido. Pero eso no lo justificaba. Se suponía que debían ser un equipo, un grupo—no cada uno por su lado. Elden estaba mostrando el cobre—ninguno de los otros corrió por ella, ni intentó superar a los otros. Eso hizo que Thor odiara todavía más a Elden.

Elden corrió después de darle un codazo a O’Connor, y antes de que los demás pudieran reaccionar, avanzó varios centímetros y arrebató la bandera.

Al hacerlo, una enorme red apareció de la nada, levantándose del suelo, levantándolo en el aire, atrapando a Elden e izándolo en lo alto. Él se balanceó hacia adelante y hacia atrás delante de ellos, a unos centímetros de distancia, como si fuera un animal atrapado en una trampa.

“¡Auxilio! ¡Auxilio!”, gritó aterrado.

Todos caminaron más despacio al acercarse a él; Reece empezó a reír.

“¿Quién es ahora el cobarde?”, gritó Reece, divertido.

“¡Ya verás, basura!”, gritó él. “¡Te mataré cuando baje de aquí!”.

“¿En serio?”, replicó Reece. “¿Y eso cuándo va a ser?”.

“¡Bájenme!”, gritó Elden, girando en la red. “¡Se los ordeno!”.

“Ah, ¿tú nos lo ordenas?”, dijo Reece, echándose a reír de nuevo.

Reece giró y miró a Thor.

“¿Qué opinas?”, preguntó Reece.

“Creo que nos debe ofrecer una disculpa”, dijo O’Connor.
“Especialmente a Thor”.

“Estoy de acuerdo”, dijo Reece. “Te diré una cosa”, dijo él a Elden.
“Discúlpate—y que sea sincera—y pensaré en bajarte”.

“¿Disculparme?”, repitió Elden, aterrado. “Ni en un millón de soles”.

Reece giró hacia Thor.

“Tal vez debemos dejar a este bulto aquí, a que pase la noche. Será una estupenda comida para los animales. ¿Qué opinas?”.

Thor sonrió ampliamente.

“Creo que es una buena idea”, dijo O’Connor.

“¡Esperen!”, gritó Elden.

O’Connor levantó la mano y arrebató la bandera del dedo colgante de Elden.

“Supongo que no nos ganaste la bandera, después de todo”, dijo O’Connor.

Los tres voltearon y empezaron a alejarse.

“¡No, esperen!”, gritó Elden. “¡No pueden dejarme aquí! ¡No se atreverían!”.

Los tres continuaron alejándose.

“¡Lo siento!”, empezó a sollozar Elden. “¡Por favor! ¡Discúlpeme!”.

Thor se detuvo, pero Reece y O’Connor continuaron caminando. Finalmente, Reece volteó.

“¿Qué estás haciendo?”, preguntó Reece a Thor.

“No podemos dejarlo aquí”, dijo Thor. Aunque a Thor le desagradaba mucho Elden, él no pensaba que era justo dejarlo ahí.

“¿Por qué no?”, preguntó Reece. “Él se lo buscó”.

“Si los papeles se voltearan”, dijo O’Connor, “sabes que él con gusto te dejaría aquí. ¿Por qué debes molestarte?”.

“Entiendo”, dijo Thor. “Pero eso no significa que debemos actuar como él”.

Reece puso sus manos en sus caderas y suspiró profundamente mientras se inclinaba y le susurraba algo a Thor.

“No iba a dejarlo ahí toda la noche. Tal vez solamente la mitad de la noche. Pero tienes razón. Él no está hecho para esto. Probablemente se orinaría y le daría un infarto. Eres muy bueno. Ése es un problema”, dijo Reece mientras ponía una mano en el hombro de Thor. “Pero por eso te elegí como mi amigo”.

“Y yo también”, dijo O’Connor, poniendo su mano en el otro hombro de Thor.

Thor dio media vuelta, caminó hacia la red, se acercó y la cortó.

Elden cayó con un ruido sordo. Se puso de pie, se quitó la red de encima y frenéticamente buscó en el suelo.

“¡Mi espada!”, gritó él. “¿Dónde está?”.

Thor miró al suelo, pero estaba muy oscuro para ver.

“Debe haber volado por los árboles cuando fuiste izado”, contestó Thor.

“Sea donde sea que esté, ya no la tienes”, dijo Reece. “La encontrarás”.

“Pero ustedes no entienden”, dijo Elden. “La Legión. Solamente hay una regla. Nunca abandonar el arma. No puedo regresar sin ella. ¡Me expulsarían!”.

Thor regresó y buscó nuevamente en el suelo, buscó en los árboles, en todos lados. Pero no veía ninguna señal de la espada de Elden. Reece y O’Connor se quedaron ahí, sin molestarse en mirar.

“Lo siento”, dijo Thor, “no la veo”.

Elden buscó en todos lados, finalmente se rindió.

“Es *tu* culpa”, dijo él, señalando a Thor. “¡Tú nos metiste en este lío!”.

“No fui yo”, contestó Thor. “¡Tú lo hiciste! Tú corriste por la bandera. Tú nos sacaste del camino. No tienes que culpar a nadie más que a ti”.

“¡Te odio!” , gritó Elden.

Atacó a Thor, sujetándolo de la camisa y derribándolo al suelo. Su peso tomó a Thor por sorpresa. Thor logró girar, pero Elden giró de nuevo y derribó a Thor. Elden era demasiado grande y fuerte, y era difícil detenerlo.

Pero de pronto, Elden lo soltó y giró. Thor escuchó el sonido de una espada que salía de la vaina y miró hacia arriba y vio a Reece parado sobre Elden, sosteniendo la punta de su espada en su garganta.

O’Connor se acercó y le dio una mano a Thor, y lo jaló para que se pusiera rápidamente de pie. Thor se quedó con sus dos amigos, mirando hacia abajo a Elden, quien seguía en el suelo, con la espada de Reece sobre su cuello.

“Si vuelves a tocar a mi amigo”, dijo seriamente Reece a Elden, lentamente, “te aseguro que te mataré”.

CAPÍTULO DIECISIETE

THOR, REECE, O'Connor, Elden, y Erec estaban todos sentados en el suelo, formando un círculo alrededor de una fogata llameante. Los cinco estaban sentados en la penumbra y en silencio. Thor estaba sorprendido de que pudiera hacer frío en una noche de verano. El Barranco tenía algo, los vientos fríos, místicos que se arremolinaban por su espalda, y se mezclaban con la neblina que parecía que nunca ser iría, lo que lo dejaba mojado hasta los huesos. Se inclinó hacia adelante y frotó sus manos contra el calor del fuego, sin poder calentarlas.

Thor masticaba el pedazo de carne seca que los demás estaban haciendo circular; estaba dura y salada, pero de alguna manera lo alimentaba. Erec se acercó y le dio algo a Thor y sintió una bota de vino suave sobre su mano; el líquido chapoteaba en él. Estaba sorprendentemente pesada cuando se la llevó a los labios y la roció en la parte posterior de la boca, por un tiempo demasiado largo. Él se sentía caliente por primera vez esa noche.

Todos estaban en silencio, mirando las llamas. Thor estaba inquieto todavía. Al estar en este lado del Barranco, en territorio enemigo, todavía sentía que debería estar en guardia en todo momento y se sorprendió de lo tranquilo que Erec parecía estar, como si estuviera sentado de manera informal en su propio patio trasero. Thor se sintió aliviado, al menos, de estar fuera de las tierras agrestes, se reunió con Erec y se sentó alrededor de la tranquilidad de la fogata. Erec observaba el límite del bosque, atento a cada pequeño ruido, pero confiado y relajado. Thor sabía que si hubiera algún peligro, Erec los protegería a todos.

Thor se sentía contento alrededor de la fogata; miró alrededor y vio que los otros también parecían contentos—excepto Elden, desde luego, abatido desde que regresó del bosque. Había perdido su aire arrogante que tenía en la mañana, y se sentó ahí, amargado y sin su espada. Los comandantes nunca le perdonarían ese error—Elden sería expulsado de la Legión cuando regresaran. Él se preguntó qué haría Elden. Tenía la sensación de que no lo aceptaría con facilidad, que tenía algo, un plan alternativo bajo la manga. Thor supuso que fuera lo que fuera, no sería bueno.

Thor se volvió y siguió la Mirada de Erec hacia el horizonte lejano, al sur. Un débil resplandor, una línea infinita hasta donde alcanzaba la vista,

iluminaba la noche. Thor tenía esa inquietud.

“¿Qué es eso?”, finalmente le preguntó a Erec. “Ese brillo al que no dejas de mirar”.

Erec se quedó callado durante largo tiempo, solamente se escuchaba el sonido del viento que azotaba. Finalmente, al voltear, dijo: “Son los Gorals”.

Thor intercambió miradas con los demás, quienes miraron atrás, temerosos. El estómago de Thor se hizo nudo al pensar en ello. Los Gorals. Tan cerca. No había nada entre ellos y él, excepto un simple bosque y una vasta llanura. Ya no estaba el gran Barranco separándolos, manteniéndolos a salvo. Toda su vida había escuchado cuentos de esa gente violenta de las tierras agrestes, que no tenían ambición, excepto atacar al Anillo. Y ahora no había nada entre ellos. No podía creer cuántos de ellos había. Era un ejército enorme, al acecho.

“¿No tienes miedo?”, preguntó Thor a Erec.

Erec negó con la cabeza.

“Los Gorals se mueven como si fueran uno solo. Su ejército acampa ahí cada noche. Lo han hecho durante años. Solamente atacarían el Barranco si movilizaran a todo el ejército y atacaran al unísono. Y no se atreverían a intentarlo. El poder de la Espada actúa como un escudo. Saben que no pueden traspasarlo”.

“¿Y para qué acampan ahí?”, preguntó Thor.

“Es su forma de intimidación. Y de prepararse. Ha habido muchas veces durante el curso de la historia, en la época de nuestros padres, que atacaron, trataron de traspasar el Barranco. Pero no ha pasado en mucho tiempo”.

Thor miró hacia el cielo negro, las estrellas de colores amarillo y azul y naranja, parpadeantes, a lo alto y se asombró. Este lado del Barranco era un lugar para pesadillas y lo había sido desde que aprendió a caminar. La idea lo hacía sentir temeroso, pero se obligó a alejarlo de su mente. Ya era miembro de la Legión, y tenía que comportarse como tal.

“No te preocupes”, dijo Erec, como leyendo sus pensamientos. “Ellos no atacarán mientras tengamos La Espada del Destino”.

“¿Alguna vez la has sujetado?”, preguntó Thor a Erec, sintiendo una repentina curiosidad. “¿La Espada?”.

“Por supuesto que no”, replicó bruscamente Erec. “Nadie tiene permiso de agarrarla, a excepción de los descendientes del rey”.

Thor lo miró, confundido.

“No lo entiendo. ¿Por qué?”.

Reece aclaró su garganta.

“¿Me permite?”, preguntó él.

Erec asintió con la cabeza.

“Hay una leyenda en torno a la Espada. En realidad, nunca ha sido levantada por nadie. Cuenta la leyenda que un hombre, El Elegido, podrá empuñarla. Sólo al Rey se le permite probar, o a uno de los descendientes del rey, si es nombrado rey. Así que ahí está, sin tocar”.

“¿Y qué hay de nuestro rey actual? De tu padre”, preguntó Thor. “¿Él no puede intentarlo?”.

Reece miró hacia abajo.

“Lo intentó una vez. Cuando fue coronado. O eso fue lo que nos dijo. No pudo levantarla. Y está ahí, como un objeto de reproche para él. Él la odia. Le pesa como un ser viviente”.

“Cuando El Elegido llegue”, añadió Reece, “liberará al Anillo de los enemigos que tiene alrededor y nos llevará a un mejor destino de lo que hemos conocido. Todas las guerras terminarán”.

“Cuentos de hadas y sin sentido”, medió Elden. “Esa Espada no será levantada por nadie. Es demasiado pesada. No es posible. Y no hay un ‘Elegido’. Todo es una tontería. Esa leyenda fue inventada para mantener reprimidos a los plebeyos, para mantenernos esperando a todos al ‘Elegido’. Para envalentonar a los MacGil. Es una leyenda muy conveniente para ellos”.

“Cierra la boca, muchacho”, espetó Erec. “Siempre hablarás con respeto de tu rey”.

Elden miró hacia abajo, humillado.

Thor pensó en todo, tratando de asimilarlo. Había mucho que digerir a la vez. Toda su vida había soñado con ver la Espada del Destino. Había escuchado historias de su forma perfecta. Se rumoraba que estaba elaborada con un material que nadie conocía, que supuestamente era un arma mágica. Hizo que Thor se preguntara que pasaría si no tuvieran la Espada para protegerlos. ¿El ejército del Rey sería vencido por el imperio? Thor miró los fuegos brillantes en el horizonte. Parecía que se extendían hacia el infinito.

“¿Has estado alguna vez ahí?”, preguntó Thor a Erec. “¿Allá afuera? ¿Más allá del bosque? ¿En las tierras agrestes?”.

Los demás voltearon y miraron a Erec, mientras Thor esperaba ansiosamente su respuesta. En ese espeso silencio, Erec se quedó mirando las llamas por mucho tiempo—tanto, que Thor empezó a dudar si contestaría. Thor esperaba no haber sido muy entrometido; se sintió muy agradecido y en

deuda con Erec, y ciertamente no quería desagradarlo. Thor tampoco estaba seguro si quería saber la respuesta.

Justamente cuando Thor estaba pensando en retractarse de su pregunta, Erec respondió:

“Sí”, dijo él, solemne.

Esa única palabra flotaba en el aire por mucho tiempo, y por ello, Thor escuchó la gravedad que le dijo todo lo que necesitaba saber.

“¿Cómo es ese lugar?”, preguntó O’Connor.

Thor se sentía aliviado de no ser el único que hacía las preguntas.

“Es controlado por un imperio despiadado”, dijo Erec. “Pero la tierra es amplia y variada. No es la tierra de los salvajes. La tierra de los esclavos. Y la tierra de los monstruos. Monstruos diferentes a lo que imaginas. Y hay desiertos y montañas y colinas, hasta donde llega la mirada. Están las ciénagas y los pantanos y el gran océano. Está la tierra de los Druidas. Y la tierra de los dragones”.

Los ojos de Thor se abrieron de par en par.

“¿Dragones?”, preguntó él, asombrado. “Pensé que no existían”.

Erec lo miró, muy serio.

“Te aseguro que existen. Y es un lugar al que nunca querrás ir. Es un lugar que incluso los Gorals temen”.

Thor tragó saliva ante la idea. No podía imaginar aventurarse tan profundamente en el mundo. Se preguntaba cómo es que Erec había logrado regresar vivo. Se hizo una nota mental para preguntarle en otra ocasión.

Había tantas preguntas. Thor quería preguntarle—sobre la naturaleza del mal y quién lo gobernaba; por qué querían atacar; cuándo se había aventurado Erec; cuándo había regresado. Pero a medida que Thor miraba crecer las llamas, hacía más frío y oscurecía más, y mientras todas sus preguntas se arremolinaban en su cabeza, él sentía que sus ojos se hacían más pesados. Este no era el momento adecuado para preguntar.

En lugar de eso, dejó que el sueño lo arrastrara. Puso su cabeza en el suelo. Antes de cerrar sus ojos para siempre, miró al suelo extranjero, y se preguntó cuándo—o si es que—alguna vez regresaría a casa.

*

Thor abrió sus ojos, confundido, preguntándose dónde estaba y cómo había llegado hasta ahí. Él miró hacia abajo y vio una espesa niebla hasta la cintura, tan espesa que no podía ver sus pies. Se volvió y vio el amanecer

sobre el Barranco ante él. A lo lejos, en el otro lado, estaba su casa. Él seguía en este lado, el lado equivocado, el dividido. Su corazón se aceleró.

Thor miró al puente, pero extrañamente, ahora estaba vacía de soldados. De hecho, todo el lugar parecía desolado. No podía entender lo que estaba sucediendo. Mientras observaba el puente, sus tablones de madera cayeron uno tras otro, como fichas de dominó. En unos momentos el puente se derrumbó, cayó al precipicio. El fondo estaba tan abajo, que ni siquiera oyó caer los tablones.

Thor tragó saliva y se volvió, mirando a los demás—pero no se veían por ningún lado. No tenía idea de qué hacer. Ahora estaba atrapado. Aquí, solo, al otro lado del Barranco, sin manera de regresar. No entendía a dónde habían ido todos.

Al oír algo, se volvió y miró hacia el bosque. Detectó movimiento. Él se puso de pie y caminó hacia el sonido, con los pies hundiéndose en la tierra a su paso. Al acercarse, vio una red colgando de una rama baja. Por dentro estaba Elden, dando vueltas y vueltas en círculos; las ramas crujían mientras se movía.

Un halcón se posó en su cabeza, una criatura de apariencia distinta, con un cuerpo de plata brillante y una sola raya negra corriendo por su frente, entre sus ojos. Se agachó, arrancó el ojo de Elden, y lo mantuvo ahí. Se volvió hacia Thor, manteniendo el ojo en el pico.

Thor gritó, quería apartar la mirada, pero no pudo. Justo cuando se estaba dando cuenta de que Elden estaba muerto, de repente, todo el bosque volvió a la vida. Atacando desde todas direcciones, estaba un ejército de Gorals. Enorme, vestido sólo con taparrabos, con inmensos pechos musculosos, tres narices colocadas en triángulo en la cara, y dos largos colmillos afilados, curvados, que silbaban y gruñían, corrió directo hacia él. Era un sonido espeluznante, y no había ningún sitio adonde Thor podía ir. Se agachó y cogió su espada, pero bajó la mirada para descubrir que había desaparecido.

Thor gritó.

Despertó incorporándose, respirando con dificultad, buscando frenéticamente en todas direcciones. Había silencio alrededor—un silencio real, vivo, no el silencio de su sueño.

Junto a él, en la primera luz del alba, Reece, O'Connor, y Erec dormían tendidos en el suelo, los rescoldos de la fogata cerca de ellos. En el suelo, saltando, había un halcón. Se volvió y ladeó la cabeza en Thor. Era grande, plateado y orgulloso, con una sola raya negra corriendo por su frente, y lo

miró fijamente a los ojos e hizo un chillido. El sonido le hizo estremecer: era el mismo halcón del sueño.

Fue entonces que se dio cuenta de que el pájaro era un mensaje—que su sueño había sido más que eso. Que algo andaba mal. Podía sentirlo, una ligera vibración en su espalda, corriendo hacia sus brazos.

Rápidamente se puso de pie y miró alrededor, preguntándose qué podría ser. No escuchó nada malo, y nada parecía fuera de lugar; el puente seguía ahí, los soldados estaban en él.

¿Lo era? se preguntó él.

Y después se dio cuenta de lo que era. Alguien había desaparecido. Elden.

Al principio, Thor se preguntó si tal vez los había dejado, se había dirigido de Nuevo al otro lado del puente a la otra orilla del Barranco. Tal vez estaba avergonzado por haber perdido su espada y había dejado la Legión.

Pero entonces Thor miró al bosque y vio sangrado fresco en el musgo, huellas en dirección a la senda, en el rocío de la mañana. No había duda de que se trataba de Elden. Elden no se había ido; había regresado al bosque. Solo. Tal vez a orinar. O tal vez, se dio cuenta Thor, a tratar de recuperar su espada.

Fue un movimiento estúpido, ir solo así, y demostraba lo desesperado que estaba Elden. Thor sintió de inmediato, que había un gran peligro. La vida de Elden estaba en peligro.

El halcón chilló en ese momento, como para confirmar los pensamientos de Thor. Entonces se levantó y voló, hacia la cara de Thor. Thor agachó su cabeza—sus garras fallaron y se elevó en el aire, volándose.

Thor saltó en acción. Sin pensarlo, sin siquiera ver lo que estaba haciendo, corrió hacia el bosque, siguiendo sus huellas.

Thor no se detuvo para sentir el miedo, mientras corría solo, en lo más profundo de las tierras agrestes. Si se hubiera detenido a pensar en lo loco que era hacerlo, probablemente se habría congelado, se habría sentido lleno de pánico. Pero en cambio, apenas reaccionó, sintiendo una necesidad apremiante de ayudar a Elden. Él corrió y corrió—solo—en lo más profundo del bosque, en la temprana luz del alba.

“¡Elden!”, gritó.

No podía explicarlo, pero de alguna manera intuía que Elden estaba a punto de morir. Tal vez no debería preocuparse, por la forma que Elden lo había tratado, pero no podía evitarlo: lo hizo. Si estuviera en esta situación

Elden ciertamente no iba a rescatarlo. Era una locura poner su vida en peligro por alguien que no se preocupaba por nada—y de hecho, con mucho gusto lo vería morir. Pero no podía evitarlo. Nunca había sentido una sensación así antes—especialmente por algo que él no pudo haber conocido. Él estaba cambiando de alguna manera, y no sabía por qué. Él sentía como si su cuerpo estuviera siendo controlado por un poder nuevo y misterioso, y le hacía sentir incómodo, fuera de control. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Estaba exagerando? ¿Fue todo producto de su sueño? Tal vez debería regresar.

Pero no lo hizo. Dejó que sus pies lo guiaran y no se rindió ante el miedo o dudas. Él corrió y corrió hasta quedarse sin aire.

Thor dio vuelta en una curva y lo que vio lo hizo detenerse en seco. Se quedó ahí parado, tratando de recuperar el aliento, tratando de conciliar la imagen que estaba delante de él, que no tenía ningún sentido. Eso fue suficiente para infundir terror en cualquier guerrero endurecido.

Ahí estaba Elden, sosteniendo la corta espada y viendo hacia una criatura diferente a cualquiera que Thor hubiera conocido. Fue horrible. Era mucho más alto que los dos, por lo menos veintisiete metros de alto y tan ancho como cuatro hombres. Elevó sus musculosos brazos rojos, con tres dedos largos, como clavos, al final de cada mano, y una cabeza como la de un demonio, con cuatro cuernos, una larga mandíbula y una frente ancha. Tenía dos grandes ojos amarillos y dientes curvos como colmillos. Se inclinó hacia atrás y chilló.

Junto a él, un árbol grande, de cientos de años de antigüedad, partido en dos, con el sonido.

Elden se quedó congelado de miedo. Dejó caer su espada y el suelo debajo de él quedó mojado.

La criatura babeaba y gruñía y dio un paso hacia Elden.

Thor, también, estaba lleno de miedo, pero a diferencia de Elden, no lo inmovilizó. Por alguna razón, el miedo agudizó sus sentidos, le hizo sentir más vivo. Le dio una visión tubular, le permitió centrarse totalmente en la criatura que estaba ante él, en la posición de Elden, en su ancho y amplitud y fuerza y velocidad. En cada uno de sus movimientos. También le permitió centrarse en la posición de su propio cuerpo, en sus propias armas.

Thor entró en acción. Fue al ataque entre Elden y la bestia. La bestia rugió, su respiración era tan caliente, que Thor podía sentirlo, incluso desde lejos. El sonido elevó cada vello de la nuca de Thor y le dieron ganas de regresar. Pero escuchó la voz de Erec en su cabeza, diciéndole que fuera fuerte. Que no tuviera miedo. Que conservara la ecuanimidad. Y lo obligó a

mantenerse firme.

Thor levantó su espada a lo alto y fue al ataque, hundiéndolo en las costillas de la bestia, apuntando a su corazón.

La criatura lloró de agonía, corría sangre por la mano de Thor mientras éste hundía la espada hasta el fondo, hasta la empuñadura.

Pero para sorpresa de Thor, no murió. La bestia parecía invencible.

Sin perder el ritmo, la bestia se dio vuelta y golpeó con fuerza a Thor tan fuerte que sintió que sus costillas se rompían. Thor salió volando a través del claro, estrellándose contra un árbol antes de caer al suelo. Sintió un fuerte dolor de cabeza mientras yacía ahí.

Thor miró hacia arriba, aturdido y confuso, el mundo daba vueltas. La bestia se agachó y extrajo la espada del estómago de Thor. La espada parecía pequeña en sus manos, como un palillo de dientes y la bestia tratando de alcanzarla y lanzarla; salió volando por los árboles, tirando ramas, y desapareciendo en el bosque.

Puso toda su atención en Thor y comenzó a aplastarla sobre él.

Elden se quedó en donde estaba, todavía congelado de miedo. Pero a medida que la bestia atacaba a Thor, de repente, Elden entró en acción. Fue a atacar a la bestia por la espalda y saltó sobre su lomo. Ralentizó a la bestia lo suficiente para que Thor se incorporara; la bestia, furiosa, se lanzó a sus brazos y aventó a Elden. Salió volando a través del claro, se estrelló contra un árbol y cayó en el suelo.

La bestia, aun sangrando, jadeando pesadamente, puso su atención nuevamente en Thor. Gruñó y abrió sus colmillos al acercarse a él.

Thor no tenía opciones. Ya no tenía su espada, y no había nada entre él y el monstruo. El monstruo se lanzó hacia abajo donde él estaba, y en el último segundo, Thor rodó fuera del camino. El monstruo golpeó el árbol donde Thor había estado, con tal fuerza, que lo arrancó de raíz.

La bestia subió su pata y la dejó caer en la cabeza de Thor. Thor una vez más, giró alejándose del camino; la criatura dejó una huella donde la cabeza de Thor había estado.

Thor se puso en pie, puso una piedra en su honda y la lanzó.

Golpeó al monstruo entre los ojos, con más fiereza de la que había tenido y la criatura se tambaleó hacia atrás. Thor estaba seguro de que lo había

matado.

Pero para su sorpresa, la bestia no se detuvo.

Thor hizo todo lo posible para convocar su poder, sea cual fuera que tuviera. Fue a atacar a la bestia, saltando hacia adelante, chocando contra él, con la intención de derribarlo y tirarlo al suelo, con un poder sobrehumano.

Pero para sorpresa de Thor, esta vez su poder no apareció. Era simplemente otro muchacho. Un muchacho frágil, comparado con esa enorme bestia.

La bestia simplemente se agachó, sujetó a Thor de la cintura, y lo alzó por encima de su cabeza. Thor, indefenso, colgaba en el aire—y después fue arrojado. Salió volando como un misil, a través del claro, y se estrelló de Nuevo contra un árbol.

Thor estaba ahí, aturdido, con la cabeza partida, las costillas rotas en dos partes. La bestia corrió hacia él, y sabía que esta vez estaba terminado. Elevó su pata roja, poderosa, preparándose para bajarla sobre la cabeza de Thor. Éste se preparó para morir.

Entonces, por alguna razón, la bestia se congeló en el aire. Thor parpadeó, tratando de entender el motivo.

La bestia se acercó y apretó su garganta y Thor se dio cuenta de que en su cabeza había una flecha clavada en ella. Un momento después, la bestia se desplomó, muerta.

Erec llegó corriendo, seguido por Reece y O'Connor. Thor vio a Erec mirándolo hacia abajo, preguntándole si estaba bien, y quería responder, por sobre todas las cosas. Pero no salían las palabras. Un momento después, cerró los ojos y el mundo se volvió negro.

CAPÍTULO DIECIOCHO

THOR abrió lentamente sus ojos, mareado al principio, tratando de saber dónde estaba. Estaba tendido en la paja, y por un momento se preguntó si estaba de regreso en las barracas. Se apoyó en un codo, en estado de alerta, buscando a los demás.

Estaba en otro lugar. Por su aspecto, estaba en una sala de piedra muy elaborada. Parecía como si fuera un castillo. Un castillo real.

Antes de que pudiera entender todo esto, una gran puerta de roble se abrió y entró Reece, pavoneándose. A lo lejos, Thor podía oír el ruido sordo de una multitud.

“Finalmente, está vivo”, anunció Reece con una sonrisa, mientras se apresuraba hacia adelante, tomó la mano de Thor y le ayudó a levantarse.

Thor subió una mano a la cabeza y trató de detener el terrible dolor de cabeza que sintió al levantarse tan rápidamente.

“Vamos, vamos, todos te están esperando”, instó, tirando de Thor.

“Espera un momento, por favor”, dijo Thor, tratando de recomponerse. “¿Dónde estoy? ¿Qué ocurrió?”.

“Estamos de vuelta en la Corte del Rey— ¡y estás a punto de que te celebren como el héroe del día!”, dijo Reece alegremente, mientras se dirigían a la puerta.

“¿Héroe? ¿Qué quieres decir? Y... ¿cómo llegué aquí?”, preguntó él, tratando de recordar.

“Esa bestia te derribó. Has estado dormido durante mucho tiempo. Tuvimos que cargarte por el puente del Barranco. Fue muy dramático. ¡No era exactamente como esperaba volver al otro lado!”, dijo él riendo.

Salieron al pasillo del castillo, y al ir caminando Thor podía ver todo tipo de personas—mujeres, hombres, escuderos, guardias, caballeros—mirándolo fijamente, como si hubieran estado esperando a que despertara. También vio algo nuevo en sus ojos, una especie de respeto. Era la primera vez que él lo notaba. Hasta ahora, casi todos lo habían visto con desdén—ahora lo miraban como si fuera uno de ellos.

“¿Qué fue exactamente lo que ocurrió?”. Thor se devanaba los sesos, tratando de recordar.

“¿No recuerdas nada?”, preguntó Reece.

Thor trató de pensar.

“Recuerdo que corrí en el bosque. Haber peleado con esta bestia. Y después...” Se quedó en blanco.

“Salvaste la vida de Elden”, dijo Reece”. Corriste sin miedo por el bosque, tú solo. No sé por qué gastaste energía para salvar la vida de ese pedante. Pero lo hiciste. El Rey está muy, pero muy contento contigo. No es que le importe Elden. Pero le importa mucho el valor. Le encanta celebrar. Es importante para él, celebrar historias como ésta, para inspirar a los demás. Y hace quedar bien al rey y a la Legión. Él quiere celebrar. Estás aquí porque quiere recompensarte”.

“¿Recompensarme?”, preguntó Thor, estupefacto. “¡Pero yo no hice nada!”.

“Salvaste la vida de Elden”.

“Solamente reaccioné. Me nació hacerlo”.

“Y es precisamente por ello, que el rey quiere recompensarte”.

Thor se sintió avergonzado. No creía que sus acciones merecieran recompensa. Después de todo, si no hubiera sido por Erec, Thor estaría muerto ahora. Thor pensó en ello y su corazón se llenó de gratitud hacia Erec, una vez más. Él esperaba que algún día, pudiera corresponderle.

“¿Y nuestra labor de patrullaje?”, preguntó Thor, “No la terminamos”.

Reece le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

“Amigo, salvaste la vida de un muchacho. De un miembro de la Legión. Eso es más importante que nuestro patrullaje”. Reece rió. “Tanto para un primer patrullaje sin incidentes”, añadió.

Al final de otro pasillo, dos guardias abrieron una puerta para ellos, y Thor parpadeó y se encontró ante la cámara real. Debe haber habido un centenar de caballeros, de pie en la habitación, con sus techos de catedral elevados, vitrales y armas y armaduras colgando por todas las paredes, como trofeos. El Salón de las Armas. Era el lugar de reunión de los mejores guerreros, todos los hombres de los Plateados. El corazón de Thor se aceleró mientras examinaba las paredes, todas las armas famosas, las armaduras de los legendarios caballeros heroicos. Thor había escuchado rumores de este lugar, toda su vida. Su sueño había sido verlo personalmente algún día. Normalmente, no entraban escuderos aquí— solamente los Plateados.

Aún más sorprendente, al entrar, los caballeros reales voltearon para mirarlo—*a él*—de todos lados. Y hubo miradas de admiración. Thor nunca había visto a tantos caballeros en una habitación, y nunca se había sentido tan

aceptado. Era como estar en un sueño. Especialmente porque unos minutos antes, él había estado dormido.

Reece debe haber notado la cara atónita de Thor.

“Lo mejor de los Plateados se ha reunido aquí para condecorarte”.

Thor se sintió orgulloso e incrédulo. “¿Condecorarme? Pero no hice nada”.

“Te equivocas”, dijo una voz.

Thor dio media vuelta y sintió una mano pesada en su hombro. Era Erec, sonriéndole.

“Has mostrado valentía y honor y coraje, más allá de lo que se esperaba de ti. Casi diste tu vida por salvar a uno de tus hermanos. Eso es lo que buscamos en la Legión, y eso es lo que buscamos en los Plateados”.

“Usted me salvo la vida”, dijo Thor a Erec. “Si no fuera por usted, esa bestia me habría matado. No sé cómo agradecerle”.

Erec sonrió.

“Ya lo hiciste”, contestó él. “¿No recuerdas la justa? Creo que estamos a mano”.

Thor se dirigió al pasillo, hacia el trono del Rey MacGil, al otro extremo de la sala. Reece por un lado y Erec por el otro. Sintió cientos de ojos sobre él, y todo fue como un sueño.

Parados alrededor del rey, estaban sus docenas de consejeros, junto con su hijo mayor, Kendrick. Al acercarse Thor, su corazón se llenó de orgullo. No podía creer que el rey le estuviese concediendo una audiencia nuevamente—y que tantos hombres importantes estuvieran ahí para presenciarlo.

Llegaron al trono del Rey. MacGil se puso de pie, y un susurro mudo salió de la habitación. La expresión pesada de MacGil se convirtió en una amplia sonrisa, mientras daba tres pasos hacia adelante, y para la sorpresa de Thor, le dio un abrazo.

Hubo una gran ovación en la habitación.

Se inclinó hacia atrás, agarró a Thor firmemente de los hombros y le sonrió.

“Has servido bien a la Legión”, dijo él.

Un criado le entregó una copa al Rey, que éste levantó. En voz alta, dijo:

“¡POR LA GALLARDÍA!”.

“¡POR LA GALLARDÍA!”., gritaron los cientos de hombres en la habitación. Un murmullo de emoción le siguió, y nuevamente la habitación quedó en silencio.

“En reconocimiento a tus hazañas de hoy”, dijo el rey, “te concedo un gran regalo”.

El rey hizo un ademán, y un asistente se acercó, llevando un guante largo y negro en el que estaba un magnífico halcón. Se dio la vuelta y miró directamente a Thor—como si lo conociera.

Dejó a Thor sin aliento. Era exactamente el halcón de su pesadilla, con el cuerpo plateado y la única raya negra corriendo por su frente.

“El halcón es el símbolo de nuestro reino y de nuestra familia real”, dijo MacGil. “Es un ave de presa, de orgullo y de honor. Pero también es un ave de habilidad, de astucia. Es leal y feroz, se eleva por encima de todos los animales. También es una criatura sagrada. Se dice que quien posee un halcón también es propiedad de éste. Te guiará en todos tus caminos. Te dejará, pero siempre regresará. Y ahora es tuyo”.

El halconero avanzó, puso un guante de cota de malla pesado en la mano y en la muñeca de Thor; luego colocó al ave sobre él. Thor se sintió electrizado, teniéndolo en su brazo. Apenas podía moverse. Estaba asombrado por su peso; era una lucha hacer que permaneciera inmóvil, ya que el ave no dejaba de moverse en su muñeca. Sintió sus garras excavando, aunque por suerte, solamente sintió la presión, ya que estaba protegido por el guante. El ave giró, lo miró a los ojos, y chilló. Thor sintió que lo veía a los ojos y sintió una conexión mística con el animal. Solamente sabía que lo acompañaría toda su vida.

“¿Y cómo debo llamarlo?”, preguntó el rey, en el grueso silencio de la habitación.

Thor se devanó los sesos, que estaban demasiado congelados para trabajar.

Trató de pensar con rapidez. Pensó en su mente todos los nombres de los guerreros más famosos del reino. Se dio la vuelta y examinó las paredes, vio una serie de placas con todos los nombres de las batallas, de todos los lugares de reino. Sus ojos se posaron sobre un lugar en particular. Era un lugar en el Anillo donde él nunca había estado, pero del que siempre había oído hablar como un lugar místico y poderoso. Le pareció adecuado.

Lo llamaré Estopheles”, dijo Thor.

“¡Estopheles!”, repitió la multitud, pareciendo complacida.

El halcón chilló, en respuesta.

De pronto, Estopheles batió sus alas y voló a lo alto, hasta la cúspide del techo tipo catedral y salió por una ventana abierta. Thor la vio marcharse.

“No te preocupes”, dijo el cetrero, “siempre volverá a tu lado”.

Thor giró y vio al rey. Nunca había recibido un regalo en su vida, mucho menos uno de esa talla. No sabía qué decir, cómo agradecerle. Se sentía abrumado.

“Mi señor”, dijo él, bajando la cabeza. “No sé cómo darle las gracias”.

“Ya lo hiciste”, dijo MacGil.

La multitud ovacionó, y se rompió la tensión de la habitación. Estalló una animada conversación entre los hombres, y muchos caballeros se acercaron a Thor, él no sabía qué camino seguir.

“Ese es Algod, de la Provincia Oriental”, dijo Reece, presentándole a uno.

“Y ese es Kamera, de las Ciénegas Bajas... Y este es, Basikold, de los Fuertes del Norte...”.

Pronto, los hombres se borrarón. Thor se sintió abrumado. Apenas podía creer que todos esos caballeros querían conocerlo. Nunca se había sentido tan aceptado u honrado en su vida y él presentía que jamás se repetiría un día así. Era la primera vez en su vida que había sentido que tenía valía.

Y no podía dejar de pensar en Estopheles.

Mientras Thor volteaba a todos lados, saludando a la gente cuyos nombres fluían, nombres que casi no podía recordar, un mensajero se apresuró, deslizándose entre los caballeros. Llevaba un pequeño pergamino, que presionó en la mano de Thor.

Thor lo abrió y leyó la fina y delicada caligrafía:

Nos vemos en el patio trasero. Detrás de la puerta.

Thor podía oler una fragancia delicada que emanaba del pergamino rosa, y se sintió desconcertado tratando de averiguar de quién era. No llevaba firma.

Reece se inclinó, lo leyó por encima de su hombro y se rió.

“Parece que mi hermana se ha encaprichado contigo”, dijo él, sonriendo. “Yo que tú, iría a verla. Odia que la hagan esperar”.

Thor sintió que se sonrojaba.

“El patio trasero está pasando esas puertas. Date prisa. Suele cambiar de opinión rápidamente”. Reece sonrió al verlo. “Y me encantaría tenerte en mi familia”.

CAPÍTULO DIECINUEVE

THOR trató de seguir las instrucciones de Reece al caminar por el castillo atestado de gente, pero no fue fácil. El castillo tenía muchos giros y vueltas, demasiadas puertas ocultas y demasiados pasillos largos que parecían conducir a más pasillos.

Repasó mentalmente las instrucciones de Reece al bajar por otro pequeño grupo de escalones, dobló otro pasillo, y finalmente se detuvo ante una pequeña puerta arqueada con un mango rojo—el cual Reece le había mencionado—y lo abrió.

Thor corrió hacia afuera y recibió la fuerte luz del día de verano; se sentía bien estar afuera, salir del congestionado castillo, respirando aire fresco, con el sol en la cara. Entrecerró sus ojos, ajustándolos en la luz brillante, y miró alrededor. Ante él se extendían los jardines reales, hasta donde alcanzaba la vista, setos perfectamente podados en formas diferentes, en cuidadosas hileras, con senderos sinuosos entre ellos. Había fuentes, árboles poco comunes, huertos con frutas maduras del comienzo del verano y campos de flores de todos tamaños, formas y colores. El panorama le quitó el aliento. Era como entrar en una pintura.

Thor miró por todas partes buscando alguna señal de Gwendolyn, con el corazón acelerado. Ese patio estaba vacío y Thor supuso que probablemente estaba reservado para la familia real, alejado de la gente, con sus muros altos de piedra. Y sin embargo, buscó por todas partes y no pudo encontrarla.

Se preguntó si su nota era un engaño. Tal vez eso era todo. Tal vez solamente estaba burlándose de él, el chico pueblerino, divirtiéndose a su costa. Después de todo, ¿cómo es posible que alguien de su rango realmente tuviera interés en él?

Thor bajó la mirada, y leyó su nota de nuevo, luego la volvió a guardar, avergonzado. Había sido burlado. Qué tonto fue en ilusionarse así. Le dolía profundamente.

Thor se volvió y se preparó para regresar al castillo, con la cabeza baja. Justo al llegar a una puerta, se escuchó una voz.

“¿Y adónde vas *tú*?”, dijo la voz alegre. Parecía el canto de un pájaro.

Thor se preguntó si lo estaba imaginando. Se dio vuelta, buscando, y ahí estaba ella, sentada a la sombra, bajo el muro del castillo. Ella le devolvió la

sonrisa, vestida con su ropa real, un vestido de satén blanco, con el borde rosado. Se veía aún más hermosa de lo que él recordaba.

Era ella. Gwendolyn. La chica con la que Thor había estado soñando desde que la conoció, con sus ojos almendrados azules, y su cabello largo, rojizo, con su sonrisa que iluminaba su corazón. Llevaba un gran sombrero de color rosa y blanco, para protegerla del sol, debajo del cual sus ojos brillaban. Por un momento sintió ganas de dar vuelta para asegurarse de que no había nadie parado detrás de él.

“Este...” Thor empezó a decir”, yo...este...no sé. Yo...este...iba a entrar”.

Una vez más, se sentía nervioso estando cerca de ella, dificultando que ordenara sus ideas y pudiera expresarlas.

Ella rió, y fue el sonido más hermoso que él había escuchado.

“¿Y por qué harías eso?”, preguntó ella, juguetona. “Acabas de llegar”.

Thor estaba nervioso. Se le trabó la lengua.

“Yo...este...no podía encontrarte”, dijo él, avergonzado.

Ella volvió a reír.

“Pues, aquí estoy. ¿No vas a venir por mí?”.

Ella tendió una sola mano; Thor corrió hacia ella, se agachó y tomó su mano. Se sintió electrizado al tocar su piel, tan lisa y suave, su frágil mano encajaba perfectamente en la suya. Él la miró y dejó su mano ahí un momento, antes de levantarse poco a poco. Le encantaba la sensación de sus dedos en la mano, y esperaba que nunca los quitara.

Ella retiró la mano, después colocó su brazo en el suyo, entrelazándolos. Ella empezó a caminar, guiándolo por los diversos senderos serpenteantes. Caminaron por un sendero de piedra y pronto entraron a un laberinto de setos, protegidos de la vista exterior.

Thor estaba nervioso. Tal vez él, un plebeyo, se metería en problemas caminando así con la hija del Rey. Sintió un ligero sudor en su frente, y no sabía si era por el calor o por el contacto con ella.

Él no estaba seguro de qué decir.

“Has causado mucha agitación aquí, ¿verdad?”, dijo ella con una sonrisa. Él estaba agradecido de que ella hubiera roto el incómodo silencio.

Thor se encogió de hombros. “Lo siento. No fue mi intención”.

Ella rió. “¿Y por qué no fue tu intención? ¿No es bueno causar un revuelo?”.

Thor se sintió obstaculizado. No sabía qué responder. Parecía que siempre decía las cosas mal.

“Este lugar está tan atiborrado y aburrido, de todos modos”, dijo ella. “Es bueno tener a un recién llegado. Parece que a mi padre le has simpatizado. También a mi hermano”.

“Pues...gracias”, contestó Thor.

Se pateaba a sí mismo, muriendo por dentro. Sabía que tenía que decir algo más, y quería hacerlo. Pero no sabía qué decir.

“¿Te...?”, empezó a decir, devanándose los sesos buscando algo adecuado que decir, “¿Te gusta este lugar?”.

Ella se rió hacia atrás y se rió.

“¿Que si me gusta este lugar?”, preguntó ella. “Pues eso espero. ¡Yo vivo aquí!”.

Ella volvió a reír y Thor sintió que se sonrojó. Sintió que estaba estropeando las cosas. Pero él no había sido criado entre mujeres, nunca había tenido una novia en la aldea y no sabía qué decirle. ¿Qué podría preguntarle a ella? ¿De dónde eres? Ya sabía de dónde era ella. Él empezó a preguntarse por qué se fijaba en él; ¿era solo para su diversión?

“¿Por qué te simpatizo?”, preguntó él.

Ella lo miró e hizo un sonido raro.

“Eres un muchacho presuntuoso”, rió ella. “¿Quién dice que me agradas?”, preguntó ella con una gran sonrisa. Claramente, todo lo que decía él, le divertía.

Thor sintió como si se hubiera metido en un problema peor.

“Lo siento. No quise decir eso. Solamente tenía curiosidad. Quiero decir...este...sé que no te agrado”.

Ella rió con más fuerza.

“Eres divertido. Tengo que reconocerlo. Supongo que nunca has tenido novia, ¿verdad?”.

Thor miró hacia abajo y negó con su cabeza, humillado.

“Supongo que tampoco tienes hermanas”, presionó ella.

Thor negó con la cabeza.

“Tengo tres hermanos”, dijo sin pensar. Finalmente, había logrado decir algo normal.

“¿En serio?”, preguntó él. “¿Y dónde están? ¿En tu aldea?”.

Thor negó con la cabeza. “No, ellos están aquí, en la Legión, conmigo”.

“Bueno, eso debe ser reconfortante”.

Thor negó con la cabeza.

“No. No les agrado. Ellos quisieran que yo no estuviera aquí”.

Fue la primera vez que no sonrió.

“¿Y por qué no habrías de agradecerles?”, preguntó ella, horrorizada. “¿A tus propios hermanos?”.

Thor se encogió de hombros, “Quisiera saberlo”.

Caminaron un rato más en silencio. De pronto sintió miedo de estropear el buen humor.

“Pero no te preocupes, no me molesta. Siempre ha sido así. En realidad, he hecho buenos amigos aquí. Los mejores amigos que he tenido”.

“¿Mi hermano? ¿Reece?”, preguntó ella.

Thor asintió con la cabeza.

“Reece es bueno”, dijo ella. “Es mi favorito por varios motivos. Tengo cuatro hermanos. Tres son auténticos, y uno no lo es. El mayor es hijo de mi papá con otra mujer. Mi medio hermano. Ya lo conoces, es Kendrick”.

Thor asintió con la cabeza. “Tengo una gran deuda con él. Es gracias a él que tengo un lugar en la Legión. Él es un buen hombre”.

“Es verdad. Es uno de los mejores del reino. Lo quiero mucho, como si fuera mi verdadero hermano. Y está Reece, a quien amo mucho. Los otros dos...bueno... Ya sabes cómo son las familias. No todos se llevan bien. A veces me pregunto cómo es que todos vinimos de la misma gente”.

Ahora Thor tenía curiosidad. Quería saber más acerca de quiénes eran, la relación que tenía ella con ellos, por qué no eran unidos. Quería preguntarle, pero no quería entrometerse. Y ella no parecía querer pensar en ello tampoco. Ella parecía ser una persona feliz, a la que solo le gustaba centrarse en cosas alegres.

Cuando salieron del laberinto, en el patio se abrió un nuevo jardín, donde el césped estaba perfectamente bien cortado y diseñado en varias formas. Era un enorme juego de tablero de algún tipo, expandido en al menos quince metros en cada dirección, con enormes piezas de madera, más altas que Thor, colocados a lo largo.

Gwen lanzó un grito de alegría.

“¿Jugamos?”, preguntó ella.

“¿Qué es?”, preguntó él.

Ella se dio media vuelta, con los ojos abiertos de par en par, divertida.

“¿Nunca has jugado Racks?”, preguntó ella.

Thor negó con la cabeza, avergonzado, sintiéndose más pueblerino que nunca.

“¡Es el mejor juego!”, exclamó ella.

Tomó la mano de él con sus dos manos, arrastrándolo hacia el campo. Ella saltó de alegría; él no podía evitar sonreír. Más que nada, más que el campo, más que el hermoso lugar, era el sentir las manos de ella lo que lo electrificaba. El sentimiento de ser querido. Ella *quería* que él la acompañara. ¿Por qué alguien habría de preocuparse por él? Especialmente alguien como ella. Él todavía sentía que todo era un sueño.

“Párate ahí”, dijo ella. “Detrás de esa pieza. Tienes que moverla y hacerlo en menos de diez segundos”.

“¿Cómo que moverla?”, preguntó Thor.

“¡Elige una dirección, rápido!”, gritó ella.

Thor levantó un enorme bloque de madera, sorprendido por su peso. Lo llevó algunos pasos adelante y lo puso en otro cuadrado.

Sin vacilar, Gwen empujó su propia pieza. Aterrizó en la pieza de Thor, y cayó al suelo.

Ella gritó de alegría.

“¡Esa fue una mala jugada!”, dijo ella. “La pusiste en mi camino. ¡Perdiste!”.

Thor miró las dos piezas en el suelo, desconcertado. No entendía este juego para nada.

Ella se rió, tomando el brazo de él mientras continuaba guiándolo por los senderos.

“Descuida. Te enseñaré”, dijo ella.

Se emocionó con sus palabras. *Ella quería enseñarle*. Ella quería verlo otra vez. Pasar tiempo con él. ¿Estaría imaginando todo esto?

“Así que dime, ¿qué te parece este lugar?”, preguntó ella, mientras lo llevaba por otra serie de laberintos. Éste estaba decorado con flores de dos metros de altura, lleno de color, había insectos extraños flotando en las puntas.

“Es el lugar más hermoso que he visto en mi vida”, contestó Thor con sinceridad.

“¿Y por qué quieres ser miembro de la Legión?”.

“Es todo lo que siempre soñé”, respondió él.

“¿Pero por qué?”, preguntó ella. “¿Por qué quieres servir a mi padre?”.

Thor pensó en eso. Realmente nunca se había preguntado por qué—pero siempre estuvo ahí.

“Sí”, respondió. “Eso quiero. Y al Anillo”.

“¿Y la vida?”, preguntó ella. “¿No quieres tener familia? ¿Un terreno? ¿Una esposa?”.

Ella se detuvo y lo miró; eso lo desconcertó. Se sentía hecho polvo. Nunca antes había pensado en esas cosas, y no sabía cómo responder. Se le iluminaron los ojos cuando lo miró.

“Pues...no lo sé. Nunca había pensado en ello”.

“¿Qué opinaría tu madre al respecto?”, preguntó ella, juguetonamente.

Thor dejó de sonreír.

“No tengo mamá”, dijo él.

Ella dejó de sonreír nuevamente.

“¿Qué le pasó?”, preguntó ella.

Thor iba a contestarle, a decirle todo. Sería la primera vez en su vida que él habría hablado acerca de su mamá a alguien. Y lo más loco es que quería hacerlo. Él quería, desesperadamente contarle todo a ella, esa desconocida, y decirle sus sentimientos más profundos.

Pero cuando abrió la boca para hablar, de repente una voz ronca apareció de la nada.

“¡Gwendolyn!”, gritó la voz.

Los dos voltearon para ver a la madre de ella, la reina, vestida con sus mejores galas, acompañada de sus siervas, caminando hacia su hija. Su rostro estaba lívido.

La reina se acercó a Gwen, la sujetó bruscamente del brazo y la jaló.

“Regresa allá adentro inmediatamente. ¿Qué te dije? No quiero que vuelvas a hablar con él nunca más. ¿Entendiste?”.

La cara de Gwen enrojeció, después se llenó de ira y orgullo.

“¡Suéltame!”, le gritó ella a su madre. Pero no sirvió de nada; su madre siguió llevándosela, y sus sirvientas la rodearon también.

“¡Dije que me sueltes!”, gritó Gwen. Miró a Thor, con desesperación y tristeza, como suplicando.

Thor entendió el sentimiento. Era lo que él sentía también. Quería llamarla, y sintió que se le rompía el corazón al verla siendo arrastrada. Era como ver una vida futura siendo arrancada de él, ante sus ojos.

Se quedó ahí mucho tiempo después de que ella desapareciera de su vista, mirando, arraigado en el lugar, sin aliento. Él no quería irse, no quería olvidar todo esto.

Sobre todo, él no quería imaginar que no la volvería a ver.

*

Cuando Thor se encaminó de vuelta al castillo, todavía aturdido por su

encuentro con Gwen, apenas estaba consciente de su entorno. Su mente estaba consumida, pensando en ella; él no podía evitar ver su cara. Ella era magnífica. La persona más hermosa y amable y dulce y gentil y cariñosa y divertida que había conocido. Él necesitaba volver a verla. Realmente se sentía dolido por su ausencia. No entendía lo que sentía por ella, y eso le asustaba. Apenas la conocía, pero sabía que no podía estar sin ella.

Pero al mismo tiempo, pensó en cómo la reina tiraba de ella, y sintió un desasosiego al pensar en las poderosas fuerzas que se interponían entre ellos. Fuerzas que no querían que ellos estuvieran juntos, por alguna razón.

Mientras trataba de llegar al fondo de ello, de pronto sintió una mano dura en su pecho, deteniéndolo en seco, con fuerza.

Miró hacia arriba y había un muchacho, un par de años mayor que él, alto y delgado, usando la ropa más cara que había visto—en seda púrpura y verde y escarlata, con un elaborado sombrero—sonriendo. El muchacho parecía delicado, mimado, como si hubiera sido criado entre el lujo, con las manos suaves y altas cejas arqueadas que miraban hacia abajo, con desdén.

“Me llamo Alton”, empezó a decir el muchacho. “Soy hijo de Lord Alton, primo primero del rey. Hemos sido lores del reino durante siete siglos. Lo cual me da derecho a ser un duque. Tú, por el contrario, eres un *plebeyo*”, dijo él, casi escupiendo la palabra. “La Corte Real es para la realeza. Y para los hombres de rango. No para los de tu clase”.

Thor se quedó ahí, sin tener idea de quién era ese muchacho o qué había hecho para molestarlo.

“¿Qué quieres de mí?”, preguntó Thor.

Alton rió.

“Por supuesto que no vas a saber. Es probable que no sepas nada, ¿verdad? ¿Cómo te atreves a entrar aquí y pretendes ser uno de nosotros?”, espetó él.

“No pretendo nada”, dijo Thor.

“Pues, no me importa cómo hayas llegado aquí. Solamente quiero advertirte, antes de que te inventes más fantasías en tu cabeza, que Gwendolyn es mía”.

Thor lo miró, sorprendido. *¿De él?* No sabía qué decir.

“Nuestra boda ha sido arreglada desde nuestro nacimiento”, continuó Alton. “Somos de la misma edad y de la misma clase. Los planes ya están avanzando. No te atrevas a pensar, ni por un instante, que las cosas cambiarán”.

Thor sintió como si el viento lo hubiera derribado; ni siquiera tenía la fuerza para responder.

Alton dio un paso adelante y se le quedó mirando.

“¿Sabes?”, dijo él con voz suave, “le permito a Gwen sus coqueteos. Tiene muchos. De vez en cuando siente lástima por un plebeyo o por un sirviente. Ella les permite ser su entretenimiento, su diversión. Habrás sacado la conclusión de que es algo más. Pero eso es todo lo que eres para Gwen. Eres otro conocido, otra diversión. Ella los colecciona, como muñecos. No significan nada para ella. Está emocionada por el nuevo plebeyo, y después de un día o dos se aburre. Se deshará de ti rápidamente. No eres nada para ella, en serio. Y para fin de año ella y yo estaremos casados. Para siempre”.

Los ojos de Alton se abrieron de par en par, mostrando su férrea determinación.

Thor se sintió descorazonado ante esas palabras. ¿Eran ciertas? ¿Realmente él no significaba nada para Gwen? Ahora, él estaba confundido; casi no sabía qué creer. Ella había parecido tan genuina. Pero, ¿tal vez Thor había llegado a una conclusión errónea?

“Estás mintiendo”, contestó Thor finalmente.

Alton lo miró con desagrado, y después levantó un solo dedo, y lo presionó con fuerza en el pecho de Thor.

“Si vuelto a verte cerca de ella otra vez, usaré mi autoridad, para llamar a la guardia real. ¡Ellos te encarcelarán!”.

“¿Bajo qué cargos?!”, preguntó Thor.

“No hacen falta. Tengo rango. Inventaré uno y es a mí a quien van a creer. Para cuando haya terminado de calumniarte, la mitad del reino creerá que eres un criminal”.

Alton sonrió, satisfecho de sí mismo. Thor sintió náuseas.

“Te falta honor”, dijo Thor, sin comprender que alguien pudiera actuar con tanta indecencia.

Alton rió, con un sonido agudo.

“Nunca lo tuve, para empezar”, dijo él. “El honor es para los tontos. Yo tengo lo que quiero. Pueden quedarse con su honor. Y yo tendré a Gwendolyn”.

CAPÍTULO VEINTE

THOR salió con Reece por la reja curvada de la Corte del Rey hacia el camino rural que conducía al cuartel de la Legión. Los guardias adoptaron la postura de firmes conforme pasaban, y Thor tuvo un gran sentido de pertenencia, como si no fuera un extraño. Recordó como unos días antes un guardia lo había echado de ahí. Qué rápido había cambiado todo.

Thor escuchó un chirrido y levantó la vista y vio por encima de su cabeza a Estopheles dando vueltas, mirando hacia abajo. Él bajó en picada y Thor, emocionado, extendió su muñeca, sin quitarse el guantelete, pero nuevamente se elevó y voló cada vez más alto, sin quedar completamente fuera de la vista. Thor se asombró. Era un animal místico y él se sintió tan intensamente conectado, que le era difícil explicarlo.

Thor y Reece continuaron en silencio hacia el cuartel, manteniendo un paso rápido. Thor sabía que sus correligionarios lo estarían esperando y se preguntó qué tipo de recibimiento le aguardaba. ¿Sería de envidia, de celos? ¿Estarían enojados por toda la atención que había recibido? ¿Se burlarían de él por haber sido cargado en el Barranco? ¿O finalmente lo aceptarían?

Thor deseó que fuera esto último. Estaba cansado de luchar contra el resto de la Legión y solo quería, más que nada, ser aceptado como uno de ellos.

El cuartel apareció a distancia y Thor comenzó a preocuparse por otra cosa.

Gwendolyn.

Thor no sabía si podía hablar con Reece sobre el tema, puesto que era su hermana. Él no podía alejarla de su mente. No podía dejar de pensar en el reencuentro con esa amenaza real, Alton, y se preguntó cuánto de lo que le dijo era verdad. Una parte de él temía discutirlo con Reece, para no molestarlo de alguna forma y arriesgarse a perder a su reciente amigo, por causa de su hermana, pero otro lado, él debía saber lo que pensaba.

¿“Quién es Alton”? Thor finalmente preguntó vacilante.

¿“Alton”? Contestó Reece. “¿Para qué quieres saberlo?”.

Thor se encogió de hombros sin saber qué decir.

Por suerte, Reece continuó.

“Él sólo es una amenaza real inferior. Es primo en tercer grado del rey.

¿Por qué?

¿Te ha estado molestando?”. Entonces Reece entrecerró los ojos. “¿Por Gwen? ¿Es eso? Debí habértelo advertido”.

Thor se volteó y miró a Reece, deseando saber más.

“¿Qué quiere decir?”.

“Él es un patán y ha estado detrás de mi hermana desde que nació. Está seguro de que se casarán. Mi madre parece pensar lo mismo”.

“¿Y lo harán?”, preguntó Thor, sorprendido por su propia voz.

Reece lo miró y sonrió.

“Vaya, vaya, ¿te has enamorado de ella, verdad?”, bromeó. “Eso fue rápido”.

Thor se sonrojó, deseando no ser tan obvio.

“Si lo hacen o no, depende de lo que mi hermana sienta por él”, contestó Reece. “A menos que la obliguen a casarse, pero dudo que mi padre haría semejante cosa”.

“¿Y ella está enamorada?”, Thor presionó temiendo ser insistente, pero queriendo averiguarlo.

Reece hizo un gesto de desdén. “Creo que tú deberías preguntárselo. Nunca hablo con ella sobre eso”.

“¿Pero tu padre la obligaría a casarse?”. Thor presionó. “¿Podría realmente hacerlo?”.

“Mi padre puede hacer lo que quiera, pero eso es entre él y Gwen”.

Reece volteó a ver a Thor.

“¿Por qué haces tantas preguntas? ¿De qué estuvieron hablando?”.

Thor se sonrojó, sin saber qué decir.

“De nada”, dijo finalmente.

“¿De nada!”. Reece se echó a reír. “¡A mí me parece que de mucho!”.

Reece se rió más fuerte y Thor estaba avergonzado preguntándose si sólo se había imaginado que él le había gustado a Gwen. Reece se le acercó y colocó la mano sobre su hombro.

“Escucha, viejo amigo”, dijo Reece, “de lo único que puedes tener certeza acerca de Gwen, es que ella sabe lo que quiere. Y que ella consigue lo que quiere. Ese siempre ha sido el caso. Ella es tan tenaz como mi padre. Nadie puede obligarla a hacer algo, o gustarle alguien, que ella no quiera. Así que no te preocupes. Créeme que si ella te elige, te lo hará saber. ¿De acuerdo?”.

Thor asintió, sintiéndose mejor, como siempre, después de haber hablado

con Reece.

Miró hacia arriba a las enormes puertas del cuartel de la Legión que estaban frente a él. Se sorprendió al ver a varios muchachos parados esperándolos a la entrada, y aún más cuando vio cómo les sonreían y cuando dejaban escapar un grito de júbilo. Corrieron hacia ellos, tomaron a Thor por los hombros, abrazándolo y lo llevaron al interior. Thor se asombró cuando fue arrastrado hacia adentro por todos, envuelto en un abrazo de buena voluntad.

“Cuéntanos acerca del Barranco. ¿Cómo es al otro lado?”, alguien preguntó.

“¿Cómo era la criatura? La que tú mataste”, dijo otro.

“Yo no lo maté”, Thor protestó. “Erec lo hizo”.

“Supe que salvaste la vida de Elden”, dijo uno más.

“Supe que atacaste a la criatura de frente, sin ninguna arma de verdad”.

“¡Ahora ya eres uno de los nuestros!”, otro más gritó y los demás muchachos lo vitorearon, escoltándolo como si fuera el hermano extraviado.

Thor apenas podía creerlo. Cuánto más escuchaba sus palabras, más se daba cuenta de que quizá ellos tenían razón. Tal vez él había sido valiente, después de todo. Realmente nunca había pensado en eso. Por primera vez en mucho tiempo, había empezado a sentirse bien consigo mismo. Mucho más, porque finalmente sabía que ahora era parte de estos muchachos. Sintió cómo se quitó un peso de encima.

Thor fue escoltado al campo de entrenamiento principal y ante él se encontraban docenas más miembros de la Legión, junto con los Plateados. Cuando lo vieron, también lo vitorearon. Todos se acercaron y le dieron palmadas en la espalda.

Kolk dio un paso adelante y los demás se callaron. Thor se mentalizó, ya que Kolk nunca tuvo nada más que desprecio hacia él. Pero ahora, para su sorpresa, él lo miró con una expresión diferente. Aunque no se atrevía a sonreírle, tampoco tenía el ceño fruncido. Y Thor podía haber jurado que detectó un poco de admiración en sus ojos.

Kolk dio un paso al frente, tomó un pequeño broche con un halcón negro y lo colocó en el pecho de Thor.

El broche de la Legión. Thor había sido aceptado. Finalmente era uno de ellos.

“Thorgrin de la Provincia Sur del Reino Oeste”, dijo Kolk con seriedad. “Te damos la bienvenida a la Legión”.

Los muchachos dejaron escapar un grito y se precipitaron hacia Thor, cubriéndolo con sus brazos y balanceándolo de un lado al otro.

Thor no podía asimilarlo. Intentó no hacerlo. Solamente quería disfrutar el momento. Ahora, finalmente, pertenecía a un lugar.

Kolk se dirigió hacia los otros muchachos.

“Bueno chicos, tranquilos”, les ordenó. “Hoy es un día especial. No más levantar paja con las horquetas, ni pulir ni recoger excremento de caballo. Ya es hora del verdadero entrenamiento. Hoy es el día de las armas”.

Los muchachos gritaron de emoción y siguieron a Kolk, quien iba del campo de entrenamiento hacia un enorme edificio circular de madera de roble, con puertas de bronce brillantes. Thor caminó con el grupo que se acercaba, con gran alboroto. Reece iba a su lado y O’Connor se unió a ellos.

“Nunca pensé volver a verte con vida”, dijo O’Connor, sonriendo y dando una palmada en su hombro. “La próxima vez, primero déjame despertar, ¿sí?”.

Thor le sonrió.

“¿Qué es ese edificio?”, le preguntó Thor a Reece, a medida que se acercaban. Había enormes remaches de hierro en la puerta y el lugar tenía una presencia imponente.

“La casa de las armas”, contestó Reece. “Es donde se almacenan todas nuestras armas. De vez en cuando nos dejan echar un vistazo e incluso entrenar con algunas de ellas, dependiendo de la lección que quieran impartir”.

Thor sintió un nudo en el estómago cuando notó que Elden se acercaba a ellos. Thor se preparó, esperando una amenaza, pero esta vez, para su asombro, Elden tenía la mirada de reconocimiento.

“Tengo que agradecerte”, dijo él, bajando la vista con humildad, “por salvarme la vida”.

Thor estaba perplejo; nunca había esperado esto de él.

“Me equivoqué contigo”, agregó Elden. “¿Amigos?”, le preguntó.

Le tendió su mano.

Thor, sin ningún resentimiento, se acercó gustosamente y apretó su mano.

“Amigos”, dijo Thor.

“Yo no tomo esa palabra a la ligera”, dijo Elden. “Siempre te apoyaré y te debo una”.

Con eso, se dio la vuelta y salió corriendo entre la multitud.

Thor no sabía qué pensar. Él estaba sorprendido de lo rápido que las cosas habían cambiado.

“Supongo que no es un total canalla”, dijo O’Connor. “Quizá es bueno, después de todo”.

Llegaron a la casa de las armas. Las inmensas puertas se abrieron y Thor entró intimidado. Caminó lentamente, estirando el cuello, sondeando el lugar en amplios círculos, asimilando todo. Había cientos de armas, que ni siquiera él podía reconocer, colgadas en las paredes. Los otros chicos se apresuraron emocionados hacia las armas, tomándolas, manejándolas y examinándolas. Thor siguió su ejemplo sintiéndose como un niño en una dulcería.

Él se apresuró hacia una gran alabarda, tomando el eje de madera con ambas manos, sintiendo su peso. Era enorme y estaba bien engrasada. La hoja estaba gastada y con muescas; se preguntó si habría matado a algunos hombres en el campo de batalla.

La dejó y tomó un látigo con púas, una bola de metal pegada a una vara corta por medio de una cadena larga. Sostuvo el eje de madera y sintió la punta de metal colgada al extremo de la cadena. Junto a él, Reece manejaba un hacha de batalla y O’Connor probaba el peso de una larga pica, enterrándola en el aire a un enemigo imaginario.

“¡Escuchen!”, gritó Kolk; y todos se volvieron.

“Hoy vamos a aprender a luchar contra el enemigo a lo lejos. ¿Alguien puede decirme qué armas se pueden utilizar? ¿Qué puede matar a un hombre a un distancia de 30 pasos?”.

“El arco y la flecha”, alguien gritó.

“Sí”, respondió Kolk. “¿Qué más?”.

“¡Una lanza!”, dijo otro.

“¿Qué más? Hay otras cosas además de esas. Respondan”.

“Una honda”, agregó Thor.

“¿Qué más?”.

Thor se devanaba los sesos, pero se le acababan las opciones.

“Lanzar cuchillos”, gritó Reece.

“¿Qué más?”.

Los otros chicos vacilaron. Nadie tenía más ideas.

“Lanzar martillos”, dijo Kolk, “y lanzar hachas”. Existe la ballesta. Pueden lanzar picas. Y las espadas”.

Kolk caminó de un lado al otro, mirando los rostros de los muchachos, que estaban muy atentos.

“Eso no es todo. Una simple roca en el suelo puede ser su mejor amiga. He visto a un hombre, grande como un toro, un héroe de guerra, caer muerto

por una piedra lanzada por un soldado hábil. Con frecuencia, los soldados no se dan cuenta de que la armadura también puede usarse como arma. El guantelete se puede sacar y lanzarlo a la cara del enemigo. Esto lo puede aturdir a varios centímetros de distancia. En ese momento, pueden matarlo. También pueden lanzar su escudo”.

Kolk respiró.

“Es fundamental que cuando aprendan a pelear, no sólo lo hagan en la distancia que hay entre ustedes y su oponente. Deben expandir su lucha a una distancia mayor. La mayoría de la gente lucha con tres pasos. Un buen guerrero lo hace con treinta. ¿Entendido?”.

“¡Sí señor!”, gritaron en coro.

“Bien. Hoy afinaremos sus habilidades de lanzamiento. Sondeen la sala y tomen los dispositivos de lanzamiento que encuentren. Cada quien agarre uno y salgan en treinta segundos. ¡Muévanse!”.

Hubo un tumulto y Thor corrió hacia la pared buscando algo que agarrar. Fue golpeado y empujado en todas direcciones por los otros chicos emocionados, hasta que finalmente vio lo que quería y lo tomó. Era una pequeña hacha. O’Connor agarró una daga, Reece una espada, y los tres salieron corriendo al campo junto con los otros muchachos.

Siguieron a Kolk hasta un extremo del campo, donde había una docena de escudos en los postes.

Todos los muchachos con sus armas se reunieron alrededor de Kolk con gran expectación.

“Ustedes permanecerán aquí”, retumbó su voz, señalando una línea en la tierra, “y apunten hacia esos escudos cuando lancen sus armas. Después correrán hacia los escudos, tomarán un arma diferente y practicarán lanzar esa otra arma. Nunca escojan la misma arma. Apunten siempre hacia el escudo. Los que fallen un escudo, deberán dar una vuelta alrededor del campo. ¡Empiecen!”.

Los muchachos se formaron, hombro con hombro, detrás de la línea en la tierra y empezaron a lanzar sus armas hacia los escudos que se encontraban a unos veintiocho metros de distancia. Thor se alineó con ellos. El chico que estaba junto a él, estiró la mano hacia atrás y arrojó su lanza, fallando por un pelo.

El muchacho se dio la vuelta y empezó a correr alrededor de la arena. Mientras lo hacía, un miembro de los hombres del rey corrió junto a él y colocó sobre sus hombros un pesado manto de cota de malla que disminuyó su

fuerza.

“¡Corre con eso muchacho!”, le ordenó.

El chico, agobiado y sudoroso, continuó corriendo bajo el calor.

Thor no quería fallar su objetivo. Se reclinó, se concentró, sacó su hacha y la lanzó. Cerró sus ojos y esperó que diera en el blanco y se sintió aliviado al escuchar el sonido de la misma al clavarse en el escudo de piel. Apenas lo logró, golpeando una esquina inferior, pero al menos lo hizo. A su alrededor varios muchachos fallaron y se pusieron a dar vueltas. Los pocos que acertaron, corrieron hacia los escudos para agarrar una nueva arma.

Thor corrió a los escudos y encontró una daga larga y delgada, la extrajo y regresó a la línea de lanzamiento.

Continuaron lanzando varias horas, hasta que el brazo de Thor le estaba matando y también había tenido que dar varias vueltas. Estaba chorreando en sudor, como los demás. Era un ejercicio interesante, arrojar toda clase de armas, acostumbrarse a la sensación y al peso de los diferentes ejes y navajas. Thor sintió que mejoraba con cada lanzamiento. Sin embargo, el calor era opresivo y se estaba cansando. Había solamente una docena de chicos en pie delante de los escudos y la mayoría estaban extenuados por las vueltas. Era demasiado complicado dar en el blanco tantas veces con armas distintas y además las vueltas y el calor dificultaban tener exactitud. Thor estaba jadeando y no sabía cuánto tiempo más podría continuar. Justo cuando sentía que estaba a punto de derrumbarse, de repente, Kolk dio un paso al frente.

“¡Ya es suficiente!”, gritó.

Los chicos regresaron de sus vueltas y se derrumbaron en la hierba. Permanecieron ahí jadeando, respirando con dificultad, quitándose las pesadas cotas de malla que les habían colocado. Thor también se sentó en la hierba, con el brazo cansado, empapado en sudor. Algunos de los hombres del rey llegaron con cubos de agua y los dejaron sobre la hierba. Reece extendió su brazo y tomó uno, bebió y se lo pasó a O'Connor, lo bebió y se lo dio a Thor. Thor bebió y bebió dejando correr el agua por su barbilla y su pecho. El agua se sentía estupendamente bien. Respiró profundamente y se la devolvió a Reece.

“¿Cuánto tiempo durará esto?”, preguntó él.

Reece movió su cabeza, jadeando. “No lo sé”.

“Les juro que están intentando matarnos”, dijo una voz. Thor volteó y vio a Elden, quien se había acercado y sentado junto a él. Thor se sorprendió de verlo ahí y entendió que Elden realmente quería que fueran amigos. Era

extraño ver tal cambio en su comportamiento.

“¡Muchachos!”, gritó Kolk, caminando lentamente entre ellos. “Muchos de ustedes no están atinando, al final del día. Como pueden ver, es más difícil ser precisos cuando están cansados. De eso se trata. Durante la batalla, no estarán frescos. Estarán exhaustos. Algunas batallas pueden durar varios días. Especialmente cuando atacan un castillo. Y precisamente cuando están más cansados es cuando deben realizar un tiro más preciso. A menudo se verán forzados a utilizar cualquier arma a su disposición. Deben ser expertos en todas las armas y en cualquier estado de agotamiento. ¿Entendido?”.

“¡SÍ, SEÑOR!”, todos replicaron.

“Algunos de ustedes pueden lanzar un cuchillo o un arpón. Pero esa misma persona puede fallar al usar un martillo o un hacha. ¿Creen que podrán sobrevivir lanzando una sola arma?”

“¡NO, SEÑOR!”.

“¿Piensan que es sólo un juego?”.

“¡NO, SEÑOR!”.

Kolk gesticulaba mientras caminaba de un lado a otro, pateando la espalda de los muchachos que veía que no estaban sentados con la espalda recta.

“Ya han descansado lo suficiente”, dijo él. “¡Levántense!”

Thor se puso de pie rápidamente con los otros, con las piernas cansadas, sin saber cuánto más podría soportar.

“Hay dos formas para luchar a distancia”, continuó diciendo Kolk. “Pueden realizar el lanzamiento, pero también lo hará su enemigo. Él podría no estar a salvo a una distancia de treinta pasos, pero tampoco lo estarían ustedes. Deben aprender a defenderse a una distancia de treinta pasos. ¿Está claro?”.

“¡SÍ, SEÑOR!”.

“Para defenderse cuando les lancen un objeto, necesitarán no sólo estar alertas y ser rápidos, agacharse, rodar, o eludir el golpe; también deberán ser expertos en protegerse con un escudo grande”.

A una indicación de Kolk, un soldado sacó un enorme y pesado escudo. Thor estaba sorprendido, ya que tenía casi el doble de su estatura.

“¿Hay algún voluntario?”, preguntó Kolk.

El grupo de chicos estaba callado, vacilante; y sin pensarlo, Thor se dejó llevar por el momento y, levantó la mano.

Kolk asintió con la cabeza, y Thor se apresuró a ir al frente.

“Bien”, dijo Kolk. “Por lo menos uno de ustedes es tonto como para ser voluntario. Me agrada tu ánimo. Es una decisión estúpida, pero buena”.

Thor comenzó a preguntarse si había tomado una decisión estúpida, mientras Kolk le entregaba el enorme escudo de metal. Él lo sujetó con un brazo y no podía creer lo pesado que era. Apenas podía levantarlo.

“Thor, tu misión es correr desde este extremo del campo hasta el otro. Ileso. ¿Ves esos cincuenta muchachos frente a ti?”, le dijo Kolk a Thor. “Todos te lanzarán armas. Armas reales. ¿Comprendes? Si no usas tu escudo para protegerte, podrías morir antes de llegar al otro extremo”.

Thor lo miró con incredulidad. Todos los muchachos permanecieron callados.

“Esto no es un juego”, continuó diciendo Kolk. “Esto es muy serio. Combatir es algo serio. Es de vida o muerte. ¿Estás seguro que aún quieres ser voluntario?”.

Thor asintió con la cabeza, pues estaba paralizado por el terror, como para decir otra cosa. Difícilmente podría cambiar de opinión en este momento y mucho menos enfrente de todos.

“Muy bien”.

Kolk hizo un ademán al asistente que se acercó y tocó la trompeta.

“¡Corre!”, gritó Kolk.

Thor subió el pesado escudo con las dos manos sujetándolo con todas sus fuerzas. Mientras lo hacía, sintió un estridente golpe seco, tan fuerte que le sacudió el cráneo. Debe haber sido un martillo de metal. No perforó el escudo, pero causó una terrible conmoción en todo su cuerpo. Estuvo a punto de soltar el escudo, pero hizo un esfuerzo para sujetarlo y continuar.

Thor comenzó a correr, cojeando, tan rápido como pudo, con el escudo. Mientras las armas y los misiles volaban junto a él, se obligó a acurrucarse en el escudo lo mejor que pudo. El escudo era su salvación y mientras corría aprendió cómo mantenerse dentro del mismo.

Una flecha salió volando y pasó a unos centímetros de él, por lo que sujetó más fuerte su barbilla. Otro objeto pesado golpeó el escudo con tal fuerza que le pegó tan fuerte que lo hizo tambalearse varios centímetros y se desplomó en el piso. Pero Thor se levantó y siguió corriendo. En un esfuerzo supremo y respirando con dificultad, finalmente atravesó el campo.

“¡Ríndete!”, le gritó Kolk.

Thor soltó el escudo, bañado en sudor. Estaba más que agradecido por haber llegado al otro lado; no sabía si hubiera podido sostener el escudo por

más tiempo.

Thor se apresuró a regresar con los demás, muchos de los cuales lo miraron con admiración. Se preguntó cómo había sobrevivido.

“Buen trabajo”, Reece le susurró.

“¿Algún otro voluntario?”, preguntó Kolk.

Se hizo un silencio sepulcral entre los muchachos. Después de observar a Thor, nadie quería intentarlo.

Thor se sintió orgulloso de sí mismo. No estaba seguro de haberse ofrecido como voluntario si hubiera sabido lo que eso implicaba, pero ahora que todo había terminado se alegraba de haberlo hecho.

“Está bien. Entonces yo escogeré al voluntario”, dijo Kolk. “¡Tú! ¡Saden!”, vociferó, señalando a alguien.

Un delgado chico ya mayor se adelantó luciendo aterrorizado.

“¿Yo?”, preguntó Saden, con voz entrecortada.

Los demás muchachos se burlaron de él.

“Claro que tú, ¿quién más?”, Kolk le contestó.

“Lo lamento, señor, pero preferiría no hacerlo”.

Un terrible grito ahogado se escuchó entre la Legión.

Kolk se le acercó, haciendo una mueca.

“Tú no haces lo que quieres”, gruñó Kolk. “Haces lo que yo te diga”.

Saden se quedó helado y muerto de miedo.

“Él no debería estar aquí”, Reece le susurró a Thor.

Thor se volvió y lo miró. “¿Qué quieres decir?”.

“Viene de una familia de nobles que lo trajo aquí, pero él no quiere quedarse. No es un luchador. Kolk lo sabe. Creo que están tratando de quebrantarlo y quieren que se vaya”.

“Lo lamento, señor, pero no puedo”, dijo Saden aterrorizado.

“¡Tú puedes!”, le gritó Kolk, “¡y lo harás!”.

Hubo un tenso retraimiento.

Saden bajó la vista al suelo, colgando la barbilla de vergüenza.

“Lo siento, señor. Deme alguna otra tarea y con gusto la haré”.

Kolk enrojeció y se le acercó hecho una furia, hasta que estuvo a pocos centímetros de su cara.

“Te *daré* otra tarea, muchacho. No me importa quién es tu familia. A partir de ahora, vas a correr. Alrededor de este campo, hasta que te desplomes. Y no regresarás hasta que te ofrezcas como voluntario y tomes este escudo. ¿Me has entendido?”.

Saden parecía que iba a romper a llorar mientras asentía con la cabeza.

Un soldado se acercó, colocó una cota de malla sobre Saden y después otro soldado le puso una segunda cota de malla. Thor no podía comprender cómo podría soportar ese peso, si apenas podía correr con una de ellas.

Kolk se echó hacia atrás y pateó a Saden en el trasero quien tambaleándose empezó su largo y lento trotar alrededor del campo. Thor sintió lástima por él. Mientras lo veía cojear, no pudo evitar preguntarse si el muchacho sobreviviría a la Legión.

De repente se escuchó el sonido de un cuerno y Thor volteó a ver que uno de los hombres de la compañía del rey cabalgaba en compañía de una docena de los lateados, quienes llevaban lanzas y usaban yelmos emplumados, deteniéndose ante la Legión”.

“En honor a la boda de la hija del Rey y del solsticio de verano, el rey ha declarado el resto de la jornada como el día de la cacería”.

Todos los chicos alrededor de Thor estallaron en una gran ovación. Al unísono, se dispersaron corriendo tras los caballos mientras corrían por el campo.

“¿Qué está sucediendo?”, le preguntó Thor a Reece, quien comenzaba a correr con los demás.

Reece mostraba una enorme sonrisa.

“¡Es un regalo del cielo!”, contestó. “¡Ya nos vamos! ¡Iremos a cazar!”.

CAPÍTULO VEINTIUNO

THOR fue corriendo por el sendero del bosque con los otros, sosteniendo el arpón que le habían entregado para ir de cacería. A su lado estaban Reece, O'Connor y Elden, junto con al menos cincuenta miembros de la Legión. Frente a ellos había un centenar de los Plateados, a caballo y con armadura ligera, algunos portando arpones cortos, pero la mayoría con arcos y flechas colgados en la espalda. Corriendo a pie, entre ellos, había docenas de escuderos y sirvientes.

Montando en la parte delantera estaba el rey MacGil, tan grande y orgulloso como siempre, con una sonrisa de emoción en su rostro. Estaba flanqueado por sus hijos, Kendrick y Gareth, y Thor se sorprendió al ver incluso a Godfrey. Decenas de pajes corrían entre ellos, algunos se inclinaban hacia atrás y soplaban cuernos hechos de colmillos de marfil largo; otros jalaban a los perros que aullaban, quienes ansiosamente corrían para ir al parejo de los caballos. Era el caos total. A medida que el enorme grupo iba al bosque, empezaron a dividirse en varias direcciones, y Thor no sabía a dónde iban o qué grupo a seguir.

Erec cabalgaba cerca, y Thor y los demás decidieron seguirlo. Thor corrió al lado de Reece.

"¿A dónde vamos?", le pregunto a Reece, sin aliento, mientras corrían.

"A lo más profundo del bosque", contestó Reece. "Los hombres del Rey tienen como objetivo llevar la caza de un día".

"¿Por qué algunos de los Plateados van a caballo y otros a pie?", preguntó O'Connor a Reece.

"Los que van a caballo están a la caza de la presa más fácil, como los ciervos y aves de corral", respondió Reece. "Ellos usan sus arcos. Los de a pie tienen como objetivo a los animales más peligrosos. Como el jabalí cola amarilla".

Thor estaba emocionado y nervioso ante la mención de un animal. Él había visto crecer a uno; era una criatura desagradable y peligrosa, conocido por partir a un hombre en dos, a la menor provocación.

"Los guerreros más antiguos tienden a permanecer en los caballos e ir tras los ciervos y las aves", añadió Erec, mirando hacia abajo. "Los más jóvenes tienden a ir a pie, y van tras la caza más grande. Tienes que estar en

mejor forma para ello, por supuesto".

"Es por eso que permitimos que vengan de cacería, muchachos"; Kolk, corriendo con los otros, no muy lejos, gritó: "es entrenamiento para ustedes, también. Tienen que estar de pie durante toda la caza, e ir al parejo que los caballos. A medida que avancemos, se formarán en grupos más pequeños, y cada uno tomará su propio camino, y cada uno cazará sus propios animales. Van a encontrar al animal más malo que puedan, y pelearán hasta morir. Estas son las mismas cualidades que hacen que un soldado tenga: resistencia, valentía, y no dar marcha atrás ante su adversario, sin importar cuán grande o malo sea. ¡Andando!", gritó.

Thor corrió muy rápido, al igual que todos sus hermanos, para alcanzar a los caballos, que atravesaban el bosque. Él no sabía qué camino tomar, pero pensó que si se quedaba cerca de Reece y O'Connor, estaría bien.

"¡Una flecha, rápido!", gritó Erec.

Thor entró en acción, corriendo al lado del caballo de Erec, agarrando una flecha del carcaj sobre la silla de montar, y se la entregó. Erec la colocó en su arco mientras cabalgaba, bajó la velocidad y apuntó a algo en el bosque.

"¡Los perros!", gritó Erec.

Uno de los asistentes del rey soltó un perro que ladraba, que se sumergió entre los arbustos. Para sorpresa de Thor, una gran ave voló, y al hacerlo, Erec soltó la flecha.

Fue un tiro perfecto, al cuello, y el ave cayó al suelo, muerto. A Thor le sorprendió que Erec lo hubiera detectado.

"¡El ave!", gritó Erec.

Thor corrió, agarró el pájaro muerto, caliente, la sangre manando de su cuello, y corrió hacia Erec. Lo colgó en la silla de Erec y lo dejó ahí mientras cabalgaba.

Alrededor de Thor, muchos caballeros a caballo estaban haciendo lo mismo, buscando aves y disparándoles para que sus escuderos fueran por ellas. La mayoría eran flechas usadas; algunos arpones usados. Kendrick hizo hacia atrás su arpón, apuntó, y lo lanzó a un ciervo. Fue un tiro perfecto, justo en su garganta, y cayó, también.

Thor estaba sorprendido por la abundancia de caza en estos bosques, la cantidad de recompensa que estarían llevando a casa. Sería suficiente para alimentar a la Corte del Rey durante varios días.

"¿Habías ido de cacería antes?", le preguntó Thor a Reece, evitando por poco ser pisoteado por uno de los hombres del rey mientras corrían. Tenía

dificultad para escuchar, con los ladridos de los perros, los cuernos que sonaban y los gritos de los hombres, las risas, victoriosas, mientras mataban un animal tras otro.

Reece tenía una gran sonrisa en su rostro mientras saltaba por encima de un tronco y seguía corriendo.

"¡Muchas veces! Pero sólo por mi padre. No nos dejan ir de cacería hasta que tengamos una cierta edad. Es algo emocionante, aunque nadie tiende a salir de ella indemne. Más de un hombre ha salido herido o muerto, persiguiendo a un jabalí".

Reece se quedó sin aliento mientras corría. "Pero yo siempre he montado a caballo", agregó. "Nunca se me había permitido ir a pie antes, con la Legión, nunca se me permitió cazar jabalíes. ¡Es la primera vez para mí!".

El bosque de repente cambió, con decenas de senderos que se extendían ante ellos; cada uno se dividía en una docena de caminos. Sonó otro cuerno, y el enorme grupo comenzó a dividirse en grupos más pequeños.

Thor se quedó cerca de Erec, y Reece y O'Connor se unieron a ellos; todos fueron hacia un camino estrecho que se curvaba bruscamente hacia abajo. Corrieron y corrieron, Thor agarrando su arpón con fuerza, mientras saltaba un pequeño arroyo. Su pequeño grupo se componía de Erec y Kendrick a caballo, Thor, Reece, O'Connor y Elden a pie, siendo seis en total; y cuando Thor giró, vio a dos miembros más de la Legión que corrían detrás de ellos, uniéndose. Eran grandes y robustos, con el cabello rubio, ondulado que caía más allá de sus ojos, y grandes sonrisas. Parecían ser un par de años mayor que Thor; y eran gemelos idénticos.

"Soy Conval", dijo uno de ellos a Thor.

"Y yo, Conven".

"Somos hermanos", dijo Conval.

"Gemelos", añadió Conven.

"Espero que no les importe si nos unimos a ustedes", dijo Conval a Thor.

Thor les había visto en la Legión, pero nunca los había conocido. Él estaba feliz de conocer a nuevos miembros, especialmente a los miembros que eran amables con él.

"Será un placer", dijo Thor.

"Mientras más manos haya, será mejor", repitió Reece.

"He sabido que los jabalíes de este bosque son enormes", comentó Conval.

"Y mortales", añadió Conven.

Thor miró los largos arpones que los gemelos llevaban, tres veces más largos que el suyo, y se preguntó para qué. Se dio cuenta de que ellos miraban a su corto arpón.

"Eso arpón no será lo suficientemente largo", dijo Conval

"Esos jabalíes tienen grandes colmillos. Necesitas algo más largo", dijo Conval.

"Toma el mío", dijo Elden, corriendo hacia Thor y ofreciéndole su arpón.

"No puedo tomar el tuyo", dijo Thor. "¿Cuál usarías tú?"

Elden se encogió de hombros. "Me las arreglaré".

Thor se sintió agradecido por su generosidad, y se maravilló de lo diferente que su amistad era ahora.

"Toma uno de los míos", ordenó una voz.

Thor levantó la vista y vio a Erec cabalgando a su lado, señalando hacia la silla de montar, donde había dos arpones largos.

Thor extendió la mano y agarró un largo arpón de la silla, agradecido de tenerlo. Era más pesado y más difícil de manejar, pero se sentía más protegido, y parecía que iba a necesitarlo.

Corrieron y corrieron, hasta que el pecho de Thor ardió por la falta de aire y no sabía si podía ir más lejos. Estaba alerta, mirando a su alrededor para detectar cualquier signo de un animal. Se sentía protegido con esos otros hombres a su alrededor, e invencible, con un largo arpón. Pero todavía estaba muy nervioso. Nunca había cazado un jabalí antes, y no sabía qué esperar.

A medida que su pecho ardía por la falta de aire, el bosque se abrió en un claro y, por suerte, Erec y Kendrick detuvieron sus caballos. Thor supuso que les estaban concediendo permiso a todos para detenerse, también. Todos se quedaron ahí, los ocho, en el claro del bosque; los muchachos a pie jadeando en busca de aire, y Erec y Kendrick apeándose de sus caballos. Los caballos jadeaban, pero por lo demás, era muy tranquilo, solo se escuchaba el sonido del viento en los árboles. El ruido de los otros cientos de hombres que corrían por el bosque ya no estaba, y Thor se dio cuenta de que seguramente estaban muy lejos de los demás.

Él miró alrededor del claro, jadeando.

"No he visto ninguna marca de animales", dijo Thor a Reece. "¿Y tú?"

Reece negó con la cabeza.

"El jabalí es un animal astuto", dijo Erec, dando un paso adelante. "Él no siempre se muestra. A veces él será quien te esté vigilando. Él podría esperar hasta que te pillen con la guardia baja, y entonces atacará. Siempre mantén la

guardia alta”.

"¡Cuidado!", gritó O'Connor.

Thor giró y de repente un gran animal irrumpió en el claro con una gran conmoción; Thor se estremeció, pensando que estaban siendo atacados por un jabalí. O'Connor gritó, y Reece volvió y le lanzó un arpón. Falló, y el animal voló por los aires. Fue entonces cuando se dio cuenta Thor de que era sólo un pavo, desapareciendo en el bosque.

Todos rieron, se rompió la tensión. O'Connor enrojeció, y Reece le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

"No te preocupes, amigo", dijo él.

O'Connor apartó la mirada, avergonzado.

"Aquí no hay jabalíes", dijo Elden". Elegimos un mal camino. Lo único que hay por este camino son aves. Vamos a volver con las manos vacías".

"Tal vez eso no sea malo", dijo Conval. "Dicen que luchar con un jabalí puede ser de vida o muerte".

Kendrick inspeccionó con calma el bosque; Erec hizo lo mismo. Thor podía ver en los rostros de los dos hombres que algo andaba por ahí. Podía decir por su experiencia y sabiduría, que estaban en guardia.

"Bueno, el camino parece terminar aquí", dijo Reece. "Así que si continuamos, el bosque no tendrá señalamientos. No vamos a encontrar nuestro camino de regreso".

"Pero si regresamos, nuestra búsqueda habrá terminado", dijo O'Connor.

"¿Qué pasaría si volvemos con las manos vacías?", pregunto Thor. "¿Sin un jabalí?".

"Seríamos el hazmerreír de los demás", dijo Elden.

"No, no lo harían", dijo Reece. "No todo el mundo encuentra un jabalí. De hecho, es más raro encontrar uno que no hacerlo".

Mientras que el grupo se quedó en silencio, respirando con dificultad, observando el bosque, Thor se dio cuenta de que había bebido demasiada agua. Él se había estado aguantando durante toda la caza y ahora tenía un dolor en la vejiga, que apenas podía contener.

"Disculpen", dijo él, y comenzó a ir hacia el bosque.

"¿Adónde vas?", preguntó Erec, cauteloso.

"Sólo tengo que hacer mis necesidades. Ya vuelvo".

"No vayas muy lejos", Erec le advirtió.

Thor, consciente de sí mismo, corrió hacia el bosque y se fue unos veinte pasos adelante de los demás, hasta que encontró un punto donde no sería visto.

Justo cuando terminó de orinar, de repente, oyó el chasquido de una ramita. Era fuerte y claro, y él sabía, él simplemente sabía, que no era de ningún ser humano.

Se volvió lentamente, se le erizó el cabello en la parte posterior de su cuello, y miró. Más adelante, tal vez a otros diez pasos, había otro pequeño claro, un canto rodado en el centro. Y ahí, en la base de la roca, había movimiento. Un animal pequeño, no podía decir qué era.

Thor estaba indeciso entre regresar con su gente o ver lo que era. Sin pensarlo, se arrastró hacia adelante. Cualquiera que fuera el animal, no quería perderlo, y si regresaba, podría haber desaparecido al volver.

Thor se acercó más, con los pelos de punta, conforme el bosque se hacía más espeso y había menos espacio para maniobrar. No podía ver nada más que el bosque denso, el sol en ángulos agudos. Finalmente, llegó al claro. Mientras se acercaba, aflojó el agarre de su arpón, y lo bajó hasta la cadera. Se quedó sorprendido por lo que vio ante él, en el claro, en un parche de luz solar.

Allí, retorciéndose en el césped al lado de la roca, había un pequeño cachorro de leopardo. Estaba ahí sentado, retorciéndose y gimiendo, entrecerrando los ojos por el sol. Parecía ser un recién nacido, apenas de treinta centímetros de largo, lo suficientemente pequeño como para caber dentro de la camisa de Thor.

Thor se quedó ahí, asombrado. El cachorro era todo blanco, y él sabía que debía ser el cachorro del leopardo blanco, el más raro de todos los animales.

Al oír un ruido repentino de hojas detrás de él, se volvió para ver a todo el grupo corriendo hacia él, Reece al frente, con cara de preocupación. En momentos, estaban sobre él.

"¿A dónde fuiste?", preguntó. "Pensamos que habías muerto".

Todos se acercaron junto a él y vieron al cachorro, y escuchó el jadeo de asombro.

"Es un presagio trascendental", le dijo Erec a Thor. "Has encontrado el descubrimiento de toda una vida. El más raro de todos los animales. Lo han dejado solo. No tiene a nadie que lo cuide. Eso significa que es tuyo. Es tu obligación criarlo".

"¿Mío?", pregunto Thor, perplejo.

"Es tu obligación", añadió Kendrick. "Lo encontraste. O, mejor dicho, te encontró".

Thor estaba desconcertado. Había cuidado ovejas, pero nunca había

criado un animal en su vida, y no tenía ni idea de qué hacer.

Pero al mismo tiempo, ya sentía un fuerte parentesco con el animal. Sus pequeños ojos azul claro se abrieron y parecían mirarlo sólo a él.

Se acercó, se agachó y lo tomó en sus brazos. El animal se acercó y le lamió la mejilla.

"¿Cómo se cuida a un cachorro de leopardo?", pregunto Thor, abrumado.

"Supongo que de la misma forma en que uno se preocupa por lo demás", dijo Erec". Lo alimentan cuando tenga hambre".

"Debes ponerle un nombre", dijo Kendrick.

Thor ponderó, sorprendido de que esta era su segunda oportunidad para ponerle nombre a un animal en dos días. Recordó una historia de su infancia, sobre un león que aterrorizó a un pueblo.

"Krohn", dijo Thor.

Los otros asintieron con la cabeza en señal de aprobación.

"Al igual que la leyenda", dijo Reece.

"Me gusta", dijo O'Connor.

"Krohn se llamará", dijo Erec.

Krohn bajó su cabeza hacia el pecho de Thor, y sintió una conexión más fuerte con él, que cualquier otra cosa que hubiera tenido en su vida. No podía dejar de sentir como si ya hubiera conocido a Krohn durante muchas vidas, mientras el animal se retorció y chillaba.

De repente se oyó un sonido claro, que levantó el pelo de la nuca de Thor, y lo hizo girar rápidamente y mirar hacia el cielo.

En lo alto, estaba Estopheles. De repente se lanzó en picada, a la cabeza de Thor, chillando, antes de levantarse en el último segundo.

Al principio Thor se preguntó si estaba celoso de Krohn. Pero entonces, en una fracción de segundo, Thor se dio cuenta: su halcón le estaba advirtiendo.

Un momento después, se oyó un ruido del otro lado del bosque. Fue un crujido, seguido de un ataque y todo pasó muy rápido.

Debido a la advertencia, Thor tenía una ventaja; lo vio venir y saltó fuera del camino con un segundo de distancia, cuando un enorme jabalí se dirigió a atacarlo. Falló por un pelo.

El claro se volvió un caos. El jabalí atacó a los otros, feroz, moviendo sus colmillos en todas direcciones. De un solo golpe, se las arregló para cortar el brazo de O'Connor, y la sangre brotó, mientras lo agarraba, gritando.

Era como tratar de luchar contra un toro, pero sin las armas adecuadas.

Elden trató de pincharlo con su largo arpón, pero el jabalí simplemente giró la cabeza, lo agarró con su enorme hocico, y con un solo movimiento lo partió en dos. A continuación, el jabalí volvió y atacó a Elden, golpeándolo en las costillas; por suerte para Elden, escapó de ser destrozado por los colmillos.

Este jabalí era imparable. Tenía sed de sangre, y es evidente que no los dejaría en paz hasta matarlos.

Los demás se reunieron y entraron en acción. Erec y Kendrick sacaron sus espadas, al igual que Thor, Reece, y los demás.

Todos ellos rodearon a la bestia, pero era difícil de alcanzar, sobre todo con sus colmillos de noventa centímetros de largo, que les impedía acercarse a él. Corrió en círculos, persiguiéndolos alrededor del claro. A medida que cada uno se turnaba para atacarlo, Erec anotó un golpe directo, hiriéndolo en un costado; pero este jabalí debe haber sido hecho de acero, pues siguió atacando.

Fue entonces cuando todo cambió. Por un breve momento, algo llamó la atención de Thor, y él se volvió y miró hacia el bosque. A lo lejos, escondido detrás de los árboles, podía haber jurado que vio a un hombre con una capa negra con capucha; notó que levantaba un arco y una flecha y apuntó hacia el claro. No parecía que apuntaba al jabalí, sino a los hombres.

Thor se preguntó si estaba imaginando cosas. ¿Podrían estarlos atacando? ¿Aquí? ¿En medio de la nada? ¿Quién lo hacía?

Thor dejó que sus instintos se encargaran. Sintió que los demás estaban en peligro, y corrió hacia ellos. Vio al hombre que apuntaba su arco hacia Kendrick.

Thor se acercó a Kendrick. Lo derribó con fuerza al suelo, y al hacerlo, un momento después, la flecha pasó volando, sin caerle a él.

Thor de inmediato miró hacia el bosque, buscando señales del atacante. Pero había desaparecido.

Pero no tenía tiempo para pensar, el jabalí todavía estaba corriendo a toda velocidad, como loco, en el claro, a unos centímetros de ellos. Ahora giró en dirección a él y Thor no tenía tiempo para reaccionar. Se preparó para el impacto, mientras los largos y afilados colmillos del jabalí iban directamente hacia él.

Un momento después, se oyó un chillido agudo; Thor volteó a ver a Erec saltando sobre el lomo de la bestia, a lo alto, con ambas manos y asestando en la parte trasera de su cuello. La bestia rugió, salió sangre de su hocico, cayó de rodillas al suelo; Erec encima de él. Se detuvo a unos centímetros de Thor.

Todos quedaron paralizados en un lugar, mirándose mutuamente, y preguntándose qué rayos había ocurrido.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

THOR, llevando a Krohn dentro de la camisa, se sintió abrumado por el ruido, mientras Reece abría la puerta de la taberna. Un numeroso grupo de miembros de la Legión en espera y soldados, hacinados en el interior, los recibió con un grito. Estaba atiborrado y caliente en el interior, y Thor se intercaló inmediatamente en medio de sus hermanos, hombro con hombro. Había sido un largo día de caza, y todos ellos se habían reunido aquí, en esta taberna en medio del bosque, para celebrar. Los Plateados habían liderado el camino, y Thor, Reece y los demás le siguieron.

Detrás de Thor, los gemelos, Conval y Conven, llevaron su posesión más preciada, el jabalí, más grande que el de cualquier otra persona, en un largo palo sobre sus hombros. Tuvieron que ponerlo afuera de las puertas de la taberna antes de entrar. Thor dio una última mirada; parecía tan feroz, era difícil concebir que lo habían matado.

Thor sintió algo retorcerse dentro de su chaqueta y miró a su nuevo compañero, Krohn. Apenas podía creer que en realidad estaba llevando a un cachorro de leopardo blanco. Éste lo miró con sus ojos azules cristalinos y chilló. Thor sintió que tenía hambre.

Thor fue empujado dentro de la taberna; otras docenas más de hombres entraban detrás de él, y procedió a ir más adentro del pequeño lugar lleno de gente, que debe haber estado veinte grados más caliente, y ni qué decir más húmedo. Siguió a Erec y a Kendrick, y a su vez fue seguido hasta aquí por Reece, Elden, los gemelos, y O'Connor, cuyo brazo fue vendado por la mordida del jabalí, pero que por fin había dejado de sangrar. O'Connor parecía más aturdido que herido. Su buen ánimo había regresado, y todo su grupo estaba en la habitación.

Estaba lleno, hombro con hombro, tan atiborrado que apenas había espacio para girar. Había largos bancos, y algunos hombres estaban de pie, mientras que otros estaban sentados, cantando canciones de taberna y chocando sus jarras con las de sus amigos ", o golpeándolas sobre la mesa. Era un ambiente bullicioso, festivo, y Thor nunca había visto algo igual.

"¿Es tu primera vez en una taberna?", preguntó Elden, prácticamente gritando para hacerse oír.

Thor negó con la cabeza, sintiéndose pueblerino, una vez más.

"Apuesto a que nunca habías tenido una jarra de cerveza, ¿verdad?", preguntó Conven, dándole una palmada en el hombro, con una sonrisa.

"Por supuesto que sí", contestó Thor, a la defensiva.

Sin embargo, él estaba ruborizado, y esperaba que nadie pudiera darse cuenta, porque, de hecho, realmente nunca había probado la cerveza, excepto por el pequeño sorbo en la boda. Su padre nunca había permitido la cerveza en la casa. Y aunque lo hiciera, estaba seguro de que no podría pagarla.

"¡Muy bien!", dijo Conval. "Camarero, sírvanos una ronda de su cerveza más fuerte. Aquí, mi amigo Thor es un viejo profesional".

Uno de los gemelos pagó con una moneda de oro. Thor estaba sorprendido por el dinero que esos muchachos llevaban; se preguntó de qué familia procedían. Esa moneda podría haberle durado a su familia un mes, en su aldea.

Un momento después, una docena de jarras de espumosa cerveza se deslizó por la barra, y los muchachos se abrieron paso y las agarraron; pusieron una jarra en la mano de Thor. La espuma chorreaba por el borde de la mano, y su estómago se retorció de emoción. Estaba nervioso.

"¡Por nuestra cacería!", gritó Reece.

"¡POR NUESTRA CACERÍA!", repitieron los demás.

Thor siguió a los demás, tratando de actuar con naturalidad, mientras acercaba el líquido con espuma a los labios. Tomó un sorbo, y odió el sabor, pero vio a los otros bebiendo de un trago, sin separar los labios hasta que se la terminaron. Thor se sintió obligado a hacer lo mismo, o de lo contrario se vería como un cobarde. Se obligó a beberla, lo más rápido que pudo, hasta que finalmente, a medio camino, él bajó la jarra, tosiendo.

Los otros lo miraron y rieron a carcajadas. Elden le dio una palmada en la espalda.

"Es la primera vez, ¿verdad?", preguntó él.

Thor enrojeció mientras se limpiaba la espuma de los labios. Por suerte, antes de que él pudiera responder, se oyó un grito en la sala, y todos se volvieron para ver a varios músicos abriéndose paso para entrar. Ellos empezaron a tocar laúdes y flautas, hicieron sonar los platillos y el ambiente ruidoso aumentó.

"¡Mi hermano!", dijo una voz.

Thor se volvió para ver a un muchacho unos años mayor que él, con una pequeña barriga, pero con hombros anchos, sin afeitar, un poco desaliñado, dando un paso adelante y abrazando a Reece de manera torpe. Iba acompañado

de tres compañeros, que parecían igualmente descuidados.

"¡Nunca pensé que te encontraría aquí!", añadió él.

"Bueno, de vez en cuando tengo que seguir los pasos de mi hermano, ¿no?", gritó Reece con una sonrisa. "Thor, ¿conoces a mi hermano, Godfrey?".

Godfrey se volvió y estrechó la mano de Thor, y Thor no podía dejar de notar lo suave y regordeta que era. No era la mano de un guerrero.

"Por supuesto que conozco al recién llegado", dijo Godfrey, inclinándose demasiado cerca y arrastrando las palabras. "El reino entero está hablando de él. Dicen que eres un buen guerrero", le dijo a Thor. "Lástima. ¡Qué desperdicio de talento para la taberna!".

Godfrey se echó hacia atrás y soltó una carcajada, y sus tres compañeros se unieron a él. Uno de ellos, una cabeza más alto que los demás, con un vientre enorme, las mejillas de color rojo brillante, y sonrojado con la bebida, se inclinó hacia adelante y puso una mano sobre el hombro de Thor.

"La valentía es una buena característica. Pero te envía al campo de batalla, y te mantiene frío. Ser un borracho es una característica mejor: te mantiene a salvo y caliente; y te asegura tener a una señora cálida a tu lado".

Él soltó una carcajada, al igual que los otros, y el camarero dejó jarras de cerveza fresca para todos ellos. Thor esperaba que no le pidieran beber; ya podía sentir la cerveza subiéndose a la cabeza.

"¡Hoy fue su primera cacería!", le gritó Reece a su hermano.

"¿En serio?", respondió Godfrey. "Bueno, entonces eso merece un trago, ¿no es así?".

"¡O dos!", dijo su amigo el alto.

Thor vio cómo le ponían otra copa en la palma de su mano.

"¡Por la primera cacería!", dijo Godfrey.

"¡POR LA PRIMERA!", repitieron los demás.

"Que tu vida esté llena de primicias", dijo el hombre alto, "a excepción de estar sobrio la primera vez".

Todos se echaron a reír mientras bebían.

Thor tomó un sorbo, luego trató de bajar el tarro, pero Godfrey lo atrapó.

"¡Esa no es la forma en que se bebe, muchacho!", gritó Godfrey. Dio un paso adelante, agarró la jarra, la puso en los labios de Thor, y todos los hombres rieron, mientras Thor bebía de un trago. La dejó vacía, y aplaudieron.

Thor se sintió mareado. Estaba empezando a sentirse fuera de control, y era más difícil centrarse. No le gustaba la sensación.

Thor sintió que se retorcían en su camisa, mientras Krohn volteaba la

cabeza.

"Vaya, ¿qué tenemos aquí?", gritó Godfrey de alegría.

"Es un cachorro de leopardo", dijo Thor.

"Lo encontramos estando de cacería", agregó Reece.

"Tiene hambre", dijo Thor. "No estoy seguro de qué darle de comer".

"¿Qué? Por supuesto, cerveza", dijo el hombre alto.

"¿En serio?", pregunto Thor. "¿Eso es sano para él?".

"¡Por supuesto!", gritó Godfrey. "¡Es sólo lúpulo, muchacho!".

Godfrey se acercó, mojó su dedo en la espuma, y se la ofreció; Krohn se inclinó hacia adelante y la lamió. La lamió una y otra vez.

"¡Miren, a él le gusta!".

Godfrey de repente retiró su dedo con un grito. Lo levantó y mostró la sangre.

"¡Ese tiene los dientes afilados!", gritó, y los demás se echaron a reír.

Thor se agachó, le acarició la cabeza a Krohn, e inclinó el remanente de su bebida en el hocico del leopardo. Krohn la lamió, y Thor decidió buscarle comida de verdad. Esperaba que Kolk le permitiera quedarse en las barracas y que ninguno de la Legión se opusiera.

Los músicos cambiaron su canción, y varios amigos más de Godfrey aparecieron. Vinieron, se unieron a ellos en una nueva ronda de bebidas, y se llevaron a Godfrey con la multitud.

"Te veré más tarde, jovencito", Godfrey le dijo Reece, antes de salir. Luego se volvió hacia Thor: "Esperemos que pases más tiempo en la taberna".

"Esperemos que pases más tiempo en el campo de batalla", gritó Kendrick.

"¡Lo dudo mucho!", dijo Godfrey y rió a carcajadas con el resto de sus compatriotas, mientras desaparecía entre la multitud.

"¿Es que siempre celebran de esta manera?", pregunto Thor a Reece.

"¿Te refieres a Godfrey? Él ha estado en la taberna desde que empezó a caminar. Es una decepción para mi padre. Pero él es feliz consigo mismo".

"No, me refiero a los hombres del rey. La Legión. ¿Siempre visitan la taberna?".

Reece negó con la cabeza.

"Hoy es un día especial. La primera cacería, y el solsticio de verano. Esto no sucede a menudo. Disfrútalo mientras puedas".

Thor se sentía cada vez más desorientado, mientras miraba alrededor de la habitación. Este no era el lugar donde quería estar. Quería estar de regreso

en las barracas, entrenando. Y sus pensamientos fueron una vez más, para Gwendolyn.

"¿Lo viste bien?", preguntó Kendrick, al acercarse a Thor.

Thor le miró, desconcertado.

"¿El hombre en el bosque, el que disparó la flecha?", añadió Kendrick.

Los otros se agolparon alrededor, tratando de escuchar, mientras el estado de ánimo se ponía serio.

Thor intentó recordar de nuevo, pero no pudo. Todo estaba borroso.

"Me gustaría recordarlo", dijo él. "Todo sucedió tan rápido".

"Tal vez fue sólo uno de los otros hombres del Rey, disparando en nuestra dirección, por accidente", dijo O'Connor.

Thor negó con la cabeza.

"No estaba vestido como los demás. Vestía de negro, traía una capa con capucha. Y él sólo disparó una flecha, dirigida a Kendrick; luego desapareció. Lo siento. Quisiera haber visto más".

Kendrick sacudió la cabeza, tratando de pensar.

"¿Quién te querría muerto?", preguntó Reece a Kendrick.

"¿Era un asesino?", preguntó O'Connor.

Kendrick se encogió de hombros. "No tengo enemigos, que yo sepa".

"Pero papá tiene muchos", dijo Reece. "Tal vez alguien te quiere matar para llegar a él".

"O tal vez alguien te quiere fuera del camino hacia el trono", propuso Elden.

"¡Pero eso es absurdo! ¡Soy hijo ilegítimo! ¡No puedo heredar el trono!".

Mientras todos ellos negaban con la cabeza, bebiendo su cerveza y tratando de averiguarlo, se oyó otro grito en la habitación, y toda la atención de los hombres se volvió hacia la escalera que conduce arriba. Thor levantó la vista y vio una fila de mujeres salir del pasillo superior, de pie, en una barandilla y mirando hacia la habitación. Todas vestían con poca ropa y llevaban demasiado maquillaje.

Thor se sonrojó.

"¡Vaya, hola, señores!", dijo la señora que estaba al frente, con pechos grandes y llevaba un traje de encaje rojo.

Los hombres vitorearon.

"¿Quién tiene dinero para gastar esta noche?", pregunté ella.

Los hombres aplaudieron de nuevo.

Los ojos de Thor se abrieron de par en par, por la sorpresa.

"¿Esto es también un burdel?", preguntó él.

Los demás se volvieron y lo miraron en silencio, después rompieron a reír.

"Caramba, eres ingenuo, ¿verdad?", dijo Conval.

"Dime, ¿nunca has estado en un burdel?", dijo Conven.

"¡Apuesto a que nunca ha estado con una mujer!", dijo Elden.

Thor sentía que todos lo miraban, y que su rostro se ponía rojo como un tomate. Quería desaparecer. Tenían razón: nunca había estado con una mujer. Pero nunca les diría eso. Se preguntó si era obvio, por su rostro.

Antes de que pudiera responder, uno de los gemelos puso su mano firme en su espalda, y arrojó una moneda de oro a la mujer en las escaleras.

"Creo que tienes a tu primer cliente", gritó él.

La habitación empezó a aplaudir, y Thor, a pesar de que lo empujaban y jalaban y se resistía, se sintió empujado hacia adelante por docenas de hombres, a través de la multitud y hacia la escalera. A su paso, su mente pensaba en Gwen. En lo mucho que la amaba. De cómo él no quería estar con nadie más.

Quería dar media vuelta y correr. Pero literalmente no había escape. Docenas de los hombres más grandes que había visto en su vida, lo empujaron hacia adelante, y no permitieron que se retirara. Antes de que se diera cuenta, ya estaba en las escaleras, en el rellano, mirando a una mujer más alta que él, que llevaba demasiado perfume y le sonrió. Para empeorar las cosas, Thor estaba borracho. La habitación daba vueltas fuera de control, y le parecía que en cualquier momento se vendría abajo.

La mujer se agachó, sacó la camisa de Thor, lo condujo con firmeza a un cuarto, y cerró la puerta detrás de ellos. Thor estaba decidido a *no* estar con ella. Tenía en su mente a Gwen, forzando su paso hacia el frente. Esta no era la forma en que él quería tener su primera experiencia.

Pero su mente no escuchaba. Estaba tan ebrio, que apenas podía ver. Y lo último que él recordaba, antes de desmayarse, era que estaba siendo llevado a la cama de una señora, y esperaba lograrlo, antes de caer al suelo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

MACGIL abrió bien los ojos, despertado por el golpeteo incesante a su puerta, e inmediatamente deseó no haberlo hecho. Su cabeza se estaba partiendo. La luz del sol brillaba a través de la ventana abierta del castillo, y se dio cuenta de que su rostro estaba pegado en su manta de piel de oveja. Desorientado, trató de recordar. Estaba en casa, en su castillo. Trató de recordar la noche anterior. Se acordó de la cacería. Después, de la taberna en el bosque. De haber bebido demasiado. De alguna manera, él regresó aquí.

Miró alrededor y vio a su esposa, la reina, durmiendo junto a él, bajo las sábanas y despertando lentamente.

El golpeteo se repitió, el ruido horrible de una aldaba de hierro.

"¿Quién podrá ser?", preguntó él, molesto.

MacGil se preguntaba lo mismo. Recordó específicamente haber dejado instrucciones a sus siervos de no despertarlo, especialmente después de la cacería. Habría mucho que pagar por esto.

Probablemente fue su mayordomo, con otro asunto financiero mezquino.

"¡Dejen de estar tocando!", gritó MacGil finalmente, saltando de la cama, sentándose con sus codos en las rodillas y la mano en la cabeza. Se pasó las manos por el pelo sin lavar y la barba, y luego por la cara, tratando de despertarse. La caza y la cerveza, habían pedido mucho de él. Él ya no era tan ágil como solía ser. Los años habían pasado factura; estaba exhausto. En ese momento, sintió ganas de nunca beber de nuevo.

Con un esfuerzo supremo se levantó, apoyándose en sus rodillas y sus pies. Vestido sólo con su bata, cruzó rápidamente la habitación y, finalmente, llegó a la puerta, de treinta centímetros de espesor, agarrando el mango de hierro y tirando de él.

Estaba ahí parado su mejor general, Brom, flanqueado por dos tenientes. Los tenientes bajaron la cabeza en deferencia, pero su general los miró directamente, con una expresión sombría en su rostro. MacGil odiaba que pusiera esa mirada. Siempre significaba que había alguna mala noticia. Era en momentos como estos que él odiaba ser rey. El día anterior había sido un buen día, había habido una gran cacería, y le había recordado cuando él era joven y no tenía preocupaciones. Especialmente pasar toda la noche en la taberna. Ahora, ser despertado con tal rudeza, le quitó toda ilusión a la paz que había

tenido.

"Mi señor, lamento despertarlo", dijo Brom.

"Debes lamentarlo", gruñó MacGil. "Más vale que sea importante".

"Lo es", dijo él.

El Rey MacGil vio la seriedad de su rostro, y se volvió y miró por encima del hombro de su reina. Ella había vuelto a dormir.

MacGil hizo un gesto para que entraran, y luego los condujo a través de su amplia habitación y por otra puerta en arco, a una cámara lateral, cerrando la puerta detrás de ellos, para no molestarla. A veces utilizaba esa habitación más pequeña, no mayor de veinte pasos en cada dirección, con algunas sillas cómodas y una gran vidriera, cuando él no tenía ganas de bajar a la gran sala.

"Mi señor, nuestros espías nos han hablado de un contingente McCloud de hombres que viajan al Este, por el Mar de Fabián. Y nuestros exploradores en el sur, informan de una caravana de naves del imperio hacia el norte. Seguramente deben viajar ahí para reunirse con los McCloud".

MacGil trataba de procesar esta información, su cerebro se movía demasiado lentamente en su estado de embriaguez.

"¿Y?", preguntó, impaciente, cansado. Estaba tan agotado por las maquinaciones y especulaciones interminables y subterfugios de la Corte.

"Si los McCloud se van a reunir realmente con el imperio, sólo puede haber un propósito", Brom continuó. "Conspirar para traspasar el Barranco y derrocar al Anillo".

MacGil miró a su viejo comandante, un hombre que había luchado durante treinta años, y pudo ver la seriedad mortal en sus ojos. También podía ver el miedo. Eso le molestó; este no era un hombre al que nunca había visto temer a nada.

MacGil se levantó lentamente en toda su estatura, que todavía era considerable, y dio media vuelta y cruzó la habitación hasta que llegó a la ventana. Miró hacia afuera, examinando su Corte, vacía en la madrugada, y reflexionó. Sabía, desde el principio, que llegaría un día como éste. Sólo que no esperaba que llegara tan pronto.

"Eso fue rápido", dijo él. "Ya han pasado varios días desde que casé a mi hija con su príncipe. ¿Y ahora crees que ya conspiran para derrocarlos?".

"Así es, mi señor", respondió Brom sinceramente. "No veo ninguna otra razón. Todo apunta a que es una reunión pacífica. No militar".

MacGil meneó lentamente la cabeza.

"Pero eso no tiene sentido. No pueden dejar que el imperio entre. ¿Por

qué lo harían? Incluso si por alguna razón se las arreglaron para ayudar a bajar el escudo de nuestro lado y abrieran una brecha, entonces, ¿qué pasaría? El imperio los abrumaría también. Tampoco estarían a salvo. Seguramente que ellos lo saben".

"Tal vez ellos van a llegar a un acuerdo", respondió Brom. "Tal vez dejen entrar al imperio, a cambio de que únicamente nos ataquen a nosotros, para que los McCloud puedan controlar el Anillo".

MacGil negó con la cabeza.

"Los McCloud son demasiado inteligentes para eso. Son astutos. Ellos saben que no se puede confiar en el imperio".

Su general se encogió de hombros.

"Tal vez quieran controlar el Anillo con tantas ganas, que están dispuestos a correr ese riesgo. Sobre todo ahora que tienen a su hija como su reina".

MacGil pensó en eso. Su cabeza le palpitaba. Él no quería lidiar con eso ahora. No tan temprano en la mañana.

"Así que, ¿qué propones?", preguntó él, cortándolo, cansado de tanta especulación.

"Podríamos anticiparnos a esto, señor, y atacar a los McCloud. El momento es ahora".

MacGil lo miró boquiabierto.

"¿Justo después de que les di a mi hija en casamiento? Yo no lo creo".

"Si no lo hacemos", respondió Brom, "les permitiremos cavar nuestra tumba. Seguramente ellos nos atacarán. Si no es ahora, será más adelante. Y si se unen con el imperio, estaríamos acabados".

"Ellos no pueden cruzar el altiplano tan fácilmente. Tenemos el control de todos los puntos de estrangulamiento. Sería una masacre. Incluso con el Imperio a cuestas".

"El Imperio tiene millones de hombres de sobra", respondió Brom. "Pueden darse el lujo de ser sacrificados".

"Incluso sin el Escudo", dijo MacGil, "no sería tan fácil simplemente enviar a millones de soldados en todo el Barranco, o al otro lado del altiplano, o acercarse en barco. Detectaríamos dicha movilización con mucha antelación. Habría una advertencia".

MacGil pensó.

"No, no vamos a atacar. Pero por ahora, podemos dar un paso prudente: duplicar nuestras patrullas en el altiplano. Fortalecer nuestras fortificaciones.

Y redoblar nuestros espías. Eso es todo".

"Sí, mi señor", dijo Brom, girando y corriendo de la sala con sus lugartenientes.

MacGil se volvió hacia la ventana, con la cabeza palpitante. Presintió la guerra en el horizonte, viniendo contra él, con la inevitabilidad de una tormenta de invierno. Además, presentía, que no había nada que pudiera hacer al respecto. Miró a su alrededor, a su castillo, a la piedra, a la prístina Corte Real extenderse por debajo de él, y no podía dejar de preguntarse cuánto tiempo duraría todo esto.

Lo que daría por otra copa.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

THOR sintió un pie golpeándolo en las costillas y abrió lentamente los ojos. Estaba boca abajo sobre un montículo de paja, y por un momento no tenía idea de dónde estaba. Sentía que su cabeza pesaba un millón de libras, tenía la garganta más seca de lo que había estado nunca, y sus ojos y la cabeza le estaban matando. Sentía como si se hubiera caído de un caballo.

Lo empujaron de nuevo, y mientras se sentaba, la habitación giraba violentamente. Se inclinó y vomitó, con arcadas, una y otra vez.

Un coro de risas estallaron a su alrededor, y él levantó la mirada para ver a Reece, O'Connor, Elden, y los gemelos cerca, mirando hacia abajo.

"¡Finalmente, despertó la bella durmiente!", gritó Reece, sonriendo.

"No pensamos que te levantarías", dijo O'Connor.

"¿Estás bien?", preguntó Elden.

Thor se incorporó, limpiándose la boca con el dorso de la mano, tratando de procesar todo. Mientras lo hacía, Krohn, que estaba a unos pocos centímetros de distancia, gimió y echó a correr hacia él, saltando a sus brazos y hundiendo la cabeza en su camisa. Thor se sintió aliviado al verle, y feliz de tenerlo a su lado. Trató de recordar.

"¿Dónde estoy?", preguntó Thor. "¿Qué pasó anoche?".

Los tres se rieron.

"Me temo que bebiste de más, mi amigo. Alguien no pudo sostener su cerveza. ¿No te acuerdas? ¿La taberna?".

Thor cerró los ojos, se frotó las sienes, y trató de recordarlo todo. Llegaba en partes. Se acordó de la cacería... de entrar en la taberna...de las bebidas. Recordó que se lo llevaron arriba,...el burdel. Después de eso, todo era negro.

Su corazón se aceleró al pensar en Gwendolyn. ¿Había hecho algo estúpido con esa chica? ¿Había arruinado sus posibilidades con Gwen?

"¿Qué pasó?", presionó a Reece, serio, mientras agarraba su muñeca. "Por favor, dime. Dime que no hice nada con esa mujer".

Los demás se rieron, pero Reece miró a su amigo con seriedad, dándose cuenta de lo mal que estaba.

"No te preocupes, amigo", contestó él. "No hiciste nada en absoluto. ¡Excepto vomitar y caer en su piso!".

Los otros se rieron de nuevo.

"Tanto para tu primera vez", dijo Elden.

Pero Thor se sintió profundamente aliviado. No había alienado a Gwen.

"¡Es la última vez que te compro a una mujer!", dijo Conval.

"Es una perfecta pérdida de dinero", dijo Conven. "¡Ella ni siquiera lo devolvió!".

Los muchachos se echaron a reír de nuevo. Thor fue humillado, pero se sentía aliviado de no haber arruinado algo.

Tomó a Reece del brazo y se lo llevó aparte.

"Tu hermana", susurró ansiosamente. "Ella no sabe nada de esto, ¿verdad?".

Reece dibujó una leve sonrisa mientras ponía un brazo alrededor del hombro de Thor.

"Tu secreto está a salvo conmigo, a pesar de que no hiciste nada. Ella no lo sabe. Y puedo ver lo mucho que te preocupas por ella, y te lo agradezco", dijo él, con la cara transformándose en una expresión seria. "Ahora me doy cuenta de que realmente te preocupas por ella. Si te hubieras acostado con prostitutas, no serías el tipo de cuñado que me gustaría. De hecho, me ha pedido darte este mensaje".

Reece empujó un pequeño pergamino en la palma de Thor, y Thor lo miró, confundido. Vio el sello real estampado en él, el papel de color rosa, y él lo sabía. Su corazón se aceleró.

"Te lo da mi hermana ", agregó Reece.

"¡Oh!", se oyó un coro de voces.

"¡Alguien recibió una carta de amor!", dijo O'Connor.

"¡Léela en voz alta!", gritó Elden.

Los otros intervinieron riendo a carcajadas.

Pero Thor, que deseaba privacidad, corrió a un lado de las barracas, lejos de los demás. Sentía que su cabeza se partía en dos, y la habitación aún giraba, pero a él no le importaba. Desenrolló el delicado pergamino y leyó la nota con manos temblorosas.

"Nos vemos en el Bosque Cresta de la Montaña al mediodía. No llegues tarde. Y no llames la atención".

Thor metió la nota en el bolsillo.

"¿Qué dice, galán?", dijo Conven.

Thor se apresuró hacia Reece, sabiendo que podía confiar en él.

"La Legión no tiene ejercicios para hoy, ¿cierto?", pregunto Thor.

Reece negó con la cabeza. "Por supuesto que no. Es un día de fiesta".

"¿Dónde está el Bosque Cresta de la Montaña?", preguntó Thor.

Reece sonrió. "Ah, es el lugar favorito de Gwen", dijo él. "Toma el camino del Este fuera de la Corte, y mantente a la derecha. Sube la colina, y comienza después de la segunda loma".

Thor miró a Reece.

"Por favor, no quiero que nadie lo sepa".

Reece sonrió.

"Estoy seguro de que ella tampoco. Si mi madre se entera, los mataría a los dos. Encerraría a mi hermana en su habitación, y te mandaría al exilio hasta el extremo sur del reino".

Thor tragó saliva al pensar en ello.

"¿En serio?", preguntó él

Reece asintió con la cabeza.

"No le agradas. No sé por qué, pero ya lo decidí. Ve rápidamente, y no se lo digas a nadie. Y no te preocupes", dijo él, juntando su mano. "Yo tampoco lo haré".

*

Thor caminó rápidamente en la temprana mañana, Krohn correteando a su lado, haciendo todo lo posible para no ser visto. Él siguió las instrucciones de Reece lo mejor que pudo, repitiéndolas en su cabeza, mientras corría más allá de las afueras de la Corte Real, hacia una pequeña colina, y a lo largo del borde de un bosque espeso. A su izquierda, se acababa el suelo debajo de él, dejándolo caminar por un sendero estrecho en el borde de una empinada cresta de la montaña, con un acantilado a su izquierda, y el bosque a su derecha. El Bosque Cresta de la Montaña. Ella le había dicho que la buscara ahí. ¿Hablaban en serio? ¿O estaba simplemente jugando con él?

¿Tenía razón ese remilgado real llamado Alton? ¿Era Thor sólo un entretenimiento para ella? ¿Se cansaría de él pronto? Esperaba, más que nada, que ese no sería el caso. Quería creer que los sentimientos hacia él, eran auténticos; sin embargo, le costaba trabajo entender cómo podría ser ese el caso. Apenas lo conocía. Y ella era de la realeza. ¿Qué interés podría tener ella en él? Además de que ella era un año o dos más grande, y que ninguna chica mayor se había interesado en él; de hecho, nunca se había interesado *ninguna* chica en él. Tampoco había muchas chicas para elegir en su pequeño pueblo.

Thor nunca había pensado mucho en las chicas. Él no había crecido con

alguna hermana, y había pocas chicas de su edad en su pueblo. A su edad, ninguno de los otros muchachos parecía preocupado por eso. La mayoría de los muchachos parecían casarse a los dieciocho años, en matrimonios arreglados; en realidad, eran acuerdos comerciales. Los hombres de alto rango que no estaban casados en su vigésimo quinto año, llegaban a su Día de Selección: eran obligados a elegir una novia o salir y encontrar una. Pero eso no aplicaba para Thor. Él era pobre y las personas de su rango, por lo general, se casaban de manera que beneficiaran a las familias. Era como el comercio de ganado.

Pero cuando Thor había visto a Gwendolyn, todo eso había cambiado. Por primera vez, había sido golpeado por algo, un sentimiento tan profundo y fuerte y urgente que no le permitía pensar en nada más. Cada vez que la había visto, ese sentimiento se acentuaba. Casi no lo entendía, pero le dolía estar lejos de ella.

Thor duplicó su ritmo a lo largo de la cresta de la montaña, buscándola por todas partes, preguntándose exactamente donde se reuniría con él, o si ella se encontraría con él. El primer sol subió más alto y la primera gota de sudor se formó en su frente. Todavía se sentía enfermo y mareado por los efectos de la noche anterior. A medida que el sol subía aún más, y su búsqueda de ella estaba siendo inútil, comenzó a preguntarse si realmente iba a reunirse con él. También comenzó a preguntarse en cuánto peligro se estaban metiendo. Si su madre, la reina, de verdad estaba tan en contra de esto, ¿realmente lo expulsaría del reino? ¿De la Legión? ¿De todo lo que había llegado a conocer y amar? Entonces, ¿qué haría?

Mientras pensaba en ello, decidió que aún valía la pena, por la oportunidad de estar con ella. Él estaba dispuesto a arriesgarlo todo por esa oportunidad. Sólo esperaba no estar haciendo el ridículo, o sacando conclusiones prematuras acerca de la fuerza de los sentimientos de ella hacia él.

"¿Ibas a pasar por delante de mí?", dijo una voz, seguido de una risita.

Thor saltó, pues lo tomó por sorpresa, luego se detuvo y regresó. De pie, a la sombra de un pino enorme, devolviéndole la sonrisa, estaba Gwendolyn. Su corazón se animó con esa sonrisa. Podía ver el amor en sus ojos, y todas sus preocupaciones y temores se desvanecieron al instante. Se reprendió a sí mismo por haber sido tan tonto y dudar de sus intenciones.

Krohn chilló al verla.

"¿Y qué tenemos aquí?", gritó ella de alegría.

Ella se arrodilló y Krohn fue corriendo hacia ella, saltando a sus brazos con un gemido; ella lo levantó y lo cargo, acariciándolo.

"¡Qué lindo!", dijo ella, abrazándolo con fuerza. Él le lamió la cara. Ella soltó una risita y lo besó.

"¿Y cómo te llamas, pequeñito?", preguntó ella.

"Krohn", dijo Thor. Finalmente, en esta ocasión, no estaba tan trabado para hablar, como antes.

"Krohn", repitió ella, mirando a los ojos del cachorro". ¿Y viajas todos los días con un amigo leopardo?", le preguntó a Thor, riéndose.

"Lo encontré", dijo Thor, sintiéndose cohibido a su lado, como siempre lo hacía. "En el bosque, cuando fuimos de cacería. Tu hermano me dijo que debía conservarlo, porque lo encontré. Que era el destino".

Ella lo miró, y su expresión se volvió seria.

"Bueno, él tiene razón. Los animales son cosas muy sagradas. Tú no los encuentras. Ellos te encuentran a ti".

"Espero que no te moleste si viene con nosotros", dijo Thor.

Ella soltó una risita.

"Me sentiría triste, si no lo hiciera", contestó ella.

Ella miró a ambos lados, como para asegurarse de que nadie estaba mirando, luego tomó la mano de Thor, y tiró de él hacia el bosque.

"Vamos", le susurró. "Antes de que alguien nos vea".

Thor se llenó de emoción al sentir su contacto, mientras ella lo guiaba hacia el sendero del bosque. Se dirigieron rápidamente hacia el bosque, el camino serpenteaba entre los enormes pinos. Soltó su mano, pero no olvidó la sensación.

Él estaba empezando a sentirse más seguro de que realmente le gustaba a ella, y era obvio que tampoco quería ser descubierta, posiblemente por su madre. Es evidente que ella tomó esto en serio, porque ella también se arriesgaba al verlo.

Por otra parte, Thor pensó que tal vez no quería ser descubierto por Alton ni por cualquier otro muchacho con quien ella pudiera estar. Tal vez Alton había tenido razón. Tal vez a ella le avergonzaba ser vista con Thor.

Thor sintió que todas esas emociones encontradas, se arremolinaban en su interior.

"¿Te comió la lengua el gato?", preguntó ella, rompiendo finalmente el silencio.

Thor se sentía desgarrado; no quería correr el riesgo de estropear las

cosas diciéndole lo que pensaba, pero al mismo tiempo sentía que necesitaba olvidar todas sus preocupaciones. Necesitaba saber cuál era la posición de ella. No podía contenerlo más.

"Cuando te dejé la última vez, me encontré con Alton. Él me enfrentó".

La expresión de Gwendolyn se tornó sombría, su buen humor repentinamente se arruinó y Thor se sintió culpable inmediatamente de haber sacado el tema. Le gustaba su buen carácter, su alegría, y deseaba poder retractarse. Él quería detenerlo, pero ya era demasiado tarde. No había vuelta atrás.

"¿Y qué te dijo?", preguntó ella, bajando la voz.

"Me dijo que me alejara de ti. Me dijo que yo no te importaba en realidad. Él me dijo que yo era sólo una diversión para ti. Que te cansarías de mí en uno o dos días. También me dijo que tú y él iban a casarse, y que su matrimonio ya estaba arreglado".

Gwendolyn soltó una carcajada burlona y enojada.

"¿Eso dijo?", resopló. "Ese muchacho es el hombre más arrogante, e insoportable", añadió ella, enojada". Él ha sido una espina en mi costado desde que era niña. Por el hecho de que nuestros padres son primos, él piensa que es parte de la familia real. Nunca he conocido a nadie con tanto derecho que mereciera menos. Para empeorar las cosas, se le ha metido en la cabeza, de alguna manera, que los dos estamos destinados a casarnos. Como si yo fuera a obedecer lo que mis padres me obligaran a hacer. Nunca. Y, ciertamente, no con él. No soporto ni verlo".

Thor se sintió tan aliviado al escuchar sus palabras; se sintió un millón de libras más ligero; tenía ganas de cantar desde las copas de los árboles. Era exactamente lo que necesitaba escuchar. Ahora se sentía arrepentido de haber oscurecido su estado de ánimo por nada. Pero aún no estaba completamente satisfecho; se dio cuenta de que ella todavía no había dicho nada sobre si realmente le gustaba Thor.

"En lo que a *ti* concierne", dijo ella, mirándolo de reojo y después, apartando la mirada". Apenas te conozco. No necesito que me presionen para comprometer mis sentimientos ahora. Pero yo diría que no creo que pasaría tiempo contigo, si te odiara tanto. Por supuesto que es mi derecho cambiar de opinión a voluntad, y puedo ser voluble, pero no cuando se trata del amor".

Eso era todo lo Thor necesitaba saber. Quedó impresionado por su seriedad, y aún más impresionado por su elección de la palabra: "amor". Se sintió restaurado.

"Y por cierto, también podría preguntarte lo mismo", dijo ella, dándole la vuelta". De hecho, creo que tengo mucho más que perder que tú. Después de todo, yo soy de la realeza, y tú eres plebeyo. Yo soy mayor que tú respecto a la edad. ¿No crees que debería ser yo la que tenga más cautela? Me llegan rumores acerca de tu lugar en la Corte, de tu ascenso social, de que me estás utilizando, de estar hambriento de rango. De querer favores del rey. ¿Debo creer todo esto?"

Thor se horrorizó.

"¡No, señorita mía! Jamás. Nunca había pensado siquiera en esas cosas. Estoy contigo sólo porque no puedo pensar en estar en otro sitio. Sólo porque quiero estar. Sólo porque cuando no estoy contigo, no pienso en nada más".

Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de su boca, y él pudo ver que su expresión empezaba a mejorar.

"Eres nuevo aquí", dijo ella". Eres nuevo en la Corte del Rey, en la vida de la realeza. Necesitas tiempo para ver cómo funcionan realmente las cosas. Aquí, nadie quiere decir lo que dice. Todo el mundo tiene un interés. Todo el mundo anda tras el poder, o el rango o la riqueza o la suntuosidad o los títulos. Nadie puede ser considerado por su valor nominal. Cada uno tiene sus propios espías, y facciones, y planes secretos. Cuando Alton te dijo que mi matrimonio había sido arreglado, por ejemplo, lo que realmente estaba haciendo era tratar de averiguar qué tan cercanos somos tú y yo. Él se siente amenazado. Y podría estar informando a alguien. Para él, el matrimonio no significa sentir amor. Significa una unión. Simplemente con ánimo de lucro, de rango. De propiedad. En nuestra Corte Real, nada es lo que parece".

De repente, Krohn corrió más lejos de ellos, por el sendero del bosque y hacia un claro.

Gwen miró a Thor y rió; ella extendió la mano, tomó la de él, y corrieron juntos.

"¡Vamos!", gritó ella, emocionada.

Los dos corrieron por el sendero hacia un enorme claro, riendo. Thor quedó sorprendido por el panorama: era una hermosa pradera en el bosque, llena de flores silvestres de todos los colores posibles, hasta las rodillas. Aves y mariposas de todos los colores y tamaños, bailaban y volaban en el aire, y la pradera estaba viva con el sonido del canto de las aves. El sol brillaba mucho, y parecía un lugar secreto, escondido aquí en medio de este bosque alto y oscuro.

"¿Alguna vez has jugado a El Verdugo es Ciego? ", preguntó él con una

carcajada.

Thor negó con la cabeza, y antes de que pudiera responder, ella tomó un pañuelo de su cuello, levantó la mano, y lo envolvió sobre los ojos de Thor, atándolo por detrás. Él no podía ver, y ella soltó una risita en su oído.

"¡Tú eres él!", dijo ella.

Entonces oyó que ella escapaba en la hierba.

Sonrió.

"Pero, ¿qué hago?", gritó él.

"¡Encuétrame!", dijo ella.

Su voz ya estaba muy lejos.

Thor, con los ojos vendados, comenzó a correr tras ella, tropezando por el camino. Escuchó con atención el susurro de su vestido, tratando de seguir su dirección. Era difícil, y corrió con las manos delante de él, pensando siempre en que podría toparse con un árbol, a pesar de que sabía que era una pradera abierta. En unos momentos, se sintió desorientado, y sentía como si estuviera corriendo en círculos.

Pero él siguió escuchando, oyendo el sonido de su risa lejana, y siguió ajustándose, corriendo hacia ella. A veces parecía estar más cerca, luego más lejos. Estaba empezando a sentirse mareado.

Oyó a Krohn corriendo junto a él, aullando, y en su lugar escuchó a Krohn, siguiendo sus pasos. Mientras lo hacía, la risa de Gwen se hizo más fuerte, y Thor se dio cuenta de que Krohn lo conducía a ella. Se sorprendió al ver lo inteligente que era Krohn, para unirse a su juego.

Pronto, pudo escucharla a sólo unos centímetros de él; él la persiguió, zigzagueando en todas direcciones a través del campo. Él extendió la mano, y ella gritó de placer cuando él tomó la esquina de su vestido. Cuando él la agarró, tropezó, y los dos cayeron en el campo suave. Se dio la vuelta en el último segundo, para que él cayera primero y ella encima de él, amortiguando su caída.

Thor aterrizó en el suelo, Gwen encima de él, y gritó asombrada. Ella todavía estaba riendo cuando se acercó y le quitó el pañuelo.

El corazón de Thor latía fuerte al ver su cara a escasos centímetros de la suya. Sintió el peso de su cuerpo sobre el suyo, con su ligero vestido de verano, sentía cada contorno de su cuerpo. Todo el peso de ella presionaba al de él, y no hizo ningún movimiento para resistirse. Ella estaba mirándolo fijamente a los ojos, su respiración entrecortada, y ella no apartó la mirada. Él tampoco. El corazón de Thor latía tan rápido, que estaba teniendo problemas

para concentrarse.

De repente, ella se inclinó y plantó sus labios en los suyos. Ellos eran más suaves de lo que podría imaginar, y cuando se encontraron por primera vez en su vida, él se sintió realmente vivo.

Él cerró los ojos, y ella cerró los suyos, y no se movieron; sus labios se unieron por quién sabe cuánto tiempo. Él quería congelar este momento.

Finalmente, poco a poco, ella se apartó. Ella seguía sonriendo, mientras abría poco a poco los ojos, y ella todavía siguió ahí acostada, con su cuerpo sobre el de él.

Se quedaron así durante mucho tiempo, mirándose mutuamente.

"¿De dónde vienes?", preguntó ella, en voz baja, sonriendo.

Él le devolvió la sonrisa. No sabía qué responder.

"Sólo soy un muchacho común y corriente", dijo él.

Ella movió la cabeza y sonrió.

"No, no lo eres. Puedo sentirlo. Sospecho que eres mucho más que eso".

Ella se inclinó y le besó de nuevo, y sus labios se encontraron con los de ella, esta vez, por un tiempo mucho más largo. Él alzó la mano y la pasó por su cabello, y ella corrió la suya a través del de él. No podía evitar que su mente volara.

Él se preguntaba cómo acabaría esto. ¿Podrían posiblemente estar juntos, con todas las fuerzas que había entre ellos? ¿Sería posible que fueran realmente una pareja?

Thor esperaba, más que nada en su vida, que pudieran serlo. Quería estar con ella ahora, incluso más de lo que quería estar en la Legión.

Mientras él pensaba en eso, se oyó un crujido repentino en la hierba, y los dos, sobresaltados, se volvieron. Krohn saltó por la hierba, a sólo unos centímetros de distancia, y vino otro crujido. Krohn gritó, y luego gruñó, entonces se oyó un silbido. Por último, hubo silencio.

Gwen rodó por encima de Thor, y ambos se sentaron y miraron. Thor se puso de pie, protegiendo a Gwen, preguntándose qué podría ser. No vio a nadie. Pero alguien, o algo, debía estar ahí, a pocos metros de distancia, en la hierba alta.

Krohn apareció ante ellos, y en su boca, en sus pequeños y afilados dientes, colgaba una enorme serpiente blanca. Debe haber tenido tres metros de largo, con la piel brillante, de un blanco brillante, tan gruesa como una rama de árbol de gran tamaño.

Thor se dio cuenta en un instante de lo que había sucedido: Krohn los

había salvado a los dos, de un ataque de este reptil mortal. Su corazón se llenó de gratitud hacia el cachorro.

Gwen la miró, estupefacto.

"Una Whiteback", dijo ella. "Es el reptil más letal de todo el reino".

Thor la miró con asombro.

"Pensé que esta serpiente no existía. Pensé que era sólo una leyenda".

"Es muy rara", dijo Gwen. "Yo sólo he visto una en mi vida. El día en que el padre de mi padre fue asesinado. Es un presagio".

Se dio la vuelta y miró a Thor.

"Esto significa que la muerte se acerca. La muerte de alguien muy cercano".

Thor sintió un escalofrío en la columna vertebral. Una fría brisa repentina corrió por la pradera en ese día de verano, y él sabía, con absoluta certeza, que ella tenía razón.

CAPÍTULO VEINTICINCO

GWENDOLYN caminaba sola por el castillo, por la escalera de caracol, serpenteando hacia la cima. Su mente daba vueltas pensando en Thor. En su paseo. En su beso. Y después, en esa serpiente.

Ella ardió con emociones encontradas. Por un lado, ella había estado eufórica por estar con él; por el otro, estaba aterrorizada por la serpiente, por el presagio de la muerte que trajo. Pero ella no sabía para quién, y no conseguía quitárselo de la mente tampoco. Ella temía que fuera para alguien de su familia. ¿Podría ser para uno de sus hermanos? ¿Para Godfrey? ¿Para Kendrick? ¿Podría ser su madre? O bien, ella se estremeció al pensar siquiera, que fuera para su padre.

La visión de esa serpiente había arrojado una sombra negra en su día de alegría, y una vez que su estado de ánimo se había roto, no habían sido capaces de recuperarlo. Habían regresado juntos a la Corte, separándose antes de que salieran del bosque, para que no los vieran. Lo último que quería era que su madre los atrapara juntos. Pero Gwen no dejaría a Thor tan fácilmente, e iba a encontrar una manera de combatir a su madre; necesitaba tiempo para planear su estrategia.

Había sido doloroso separarse de Thor; al pensarlo de nuevo, se sintió mal. Ella había querido preguntarle si volvería a verla, si tenía la intención de hacer un plan para otro día. Pero ella había estado aturdida, tan perturbado por haber visto esa serpiente que lo había olvidado. Ahora le preocupaba que él pensara que a ella no le importaba él.

En cuanto había llegado a la Corte del Rey, los siervos de su padre la habían llamado. Ella había estado subiendo los escalones desde entonces, con el corazón acelerado y se preguntaba para qué quería verla. ¿La habrían visto con Thor? No podía haber habido ninguna otra razón para que su padre quisiera verla con tanta urgencia. ¿Él también iba a prohibirle verlo? No podía imaginar que lo hiciera. Él siempre la había apoyado.

Gwen, casi sin aliento, finalmente llegó a la cima. Ella se apresuró por el pasillo, más allá de los asistentes que se cuadraron y le abrieron la puerta hacia la habitación de su padre. Dos siervos más, que esperaban en el interior, se inclinaron ante su presencia.

"Déjenos", les dijo su padre.

Se inclinaron y salieron apresuradamente de la habitación, cerrando la puerta detrás de ellos, con un eco reverberante.

Su padre se levantó de su mesa de trabajo, con una gran sonrisa en su rostro, y se acercó a ella a través de la enorme cámara. Ella se sintió tranquila, como siempre, al verlo, y se sintió aliviada al no ver rabia en su expresión.

"Mi Gwendolyn", dijo él.

Extendió sus brazos y le dio un gran abrazo. Ella también lo abrazó, y ella lo dirigió hacia dos sillas grandes, colocados en un ángulo, junto a la chimenea encendida. Varios perros grandes, perros lobos, la mayoría de los cuales ella había conocido desde la infancia, se quitaron de su camino mientras se acercaban hacia el fuego. Dos de ellos la siguieron, y reposaron la cabeza en su regazo. Se alegró por el fuego: estaba haciendo un frío inusual para un día de verano.

Su padre se inclinó hacia el fuego, mirando las llamas, que crujían ante ellos.

"¿Sabes por qué te he llamado?", preguntó él.

Examinó su rostro, pero aún no estaba segura.

"No, padre".

La miró, sorprendido.

"Por nuestra discusión del otro día. Con tus hermanos. Acerca de la realeza. Eso es lo que yo quería hablar contigo".

El corazón de Gwen se sintió aliviado. No se trataba de Thor. Se trataba de política. Política estúpida, que no podía importarle. Ella suspiró aliviada.

"Pareces aliviada", dijo él". ¿De qué pensaste que íbamos a hablar?".

Su padre era demasiado perspicaz; siempre lo había sido. Él era una de las pocas personas que sabían leerla como si fuera un libro. Tenía que tener cuidado con él.

"Nada, padre", dijo ella rápidamente.

Él sonrió de nuevo.

"Así que, dime. ¿Qué piensas de mi elección?", preguntó él.

"¿Elección?", preguntó ella.

"¿De mi heredero! ¡Para el trono!".

"¿Te refieres a mí?", preguntó ella.

"¿A quién más?", rió.

Ella se sonrojó.

"Padre, yo estaba asombrada, por decir lo menos. Yo no soy la

primogénita. Y soy mujer. No sé nada de política. Y no me interesa, ni gobernar un reino. No tengo ninguna ambición política. No sé por qué me elegiste".

"Es precisamente por esas razones", dijo él, con una expresión totalmente seria. "Es porque tú no aspiras al trono. No quieres el reinado. Y no sabes nada de política".

Respiró profundamente.

"Pero sabes de la naturaleza humana. Eres muy perspicaz. Lo heredaste de mí. Tienes el rápido ingenio de tu madre, pero mi don de gentes. Sabes juzgarlos; puedes ver a través de ellos. Y eso es lo que necesita un rey. Conocer la naturaleza de los demás. No necesitas nada más. Todo lo demás es artificio. Conocer a tu gente. Entenderla. Confiar en tus instintos. Ser buena con ellos. Eso es todo".

"Seguramente, debe haber más que eso para gobernar un reino", dijo ella.

"En realidad, no", dijo él. "Todo se deriva de eso. Las decisiones se derivan de eso".

"Pero padre, estás olvidando que, en primer lugar, no tengo ningún deseo de gobernar, y en segundo lugar, no vas a morir. Todo eso es sólo una tonta tradición, vinculada con la boda de los más viejos de tu familia. ¿Por qué insistir en esto? Prefiero ni siquiera hablar de ello, o pensarlo. Espero que nunca llegue el día en que te vea morir, así que esto es irrelevante".

Él se aclaró la garganta, con una mirada de seriedad.

"He hablado con Argon, y ve un futuro oscuro para mí. Yo mismo lo he sentido. Debo prepararme", dijo él.

Gwen sintió un nudo en el estómago.

"Argon es un tonto. Un hechicero. La mitad de lo que dice, no sucede. No le hagas caso. No cedas ante sus presagios tontos. Estás bien. Vas a vivir eternamente".

Pero él negó lentamente con la cabeza, y ella podía ver la tristeza en su rostro, y sintió un nudo más grande en el estómago.

"Gwendolyn, hija mía, te quiero. Necesito que estés preparada. Quiero que seas la próxima gobernante del Anillo. Lo digo en serio. No es una petición. Se trata de una orden".

Él la miró con tanta seriedad, con una mirada sombría, que la asustó. Nunca había visto esa mirada en el rostro de su padre.

Ella sintió sus ojos húmedos, y extendió la mano y secó una lágrima.

"Lamento haberte molestado", dijo él.

"Entonces deja de hablar de eso", dijo ella, llorando. "No quiero que te mueras".

"Lo siento, pero no puedo. Necesito que me respondas".

"Padre, no quiero ofenderte".

"Entonces di que sí".

"Pero, ¿cómo puedo gobernar?", preguntó.

"No es tan difícil como crees. Estarás rodeada de asesores. La primera regla es no confiar en ninguno de ellos. Confía en ti misma. Tú puedes hacer esto. Tu falta de conocimiento, tu ingenuidad, es lo que te hará grande. Tomarás decisiones genuinas. Prométemelo", insistió.

Ella lo miró a los ojos, y notó lo mucho que esto significaba para él. Quería dejar ese tema a un lado, si no por otra razón, por la de apaciguar su morbilidad y animarlo.

"Está bien, te lo prometo", dijo ella rápidamente. "¿Eso te hace sentir mejor?".

Se echó hacia atrás, y ella podía verlo muy aliviado.

"Sí", dijo él. "Gracias".

"Bueno, ¿ahora podemos hablar de otras cosas? ¿Cosas que en realidad podrían pasar?", preguntó ella.

Su padre se echó hacia atrás y soltó una carcajada; parecía un millón de libras más ligero.

"Es por eso que te amo", dijo él. "Siempre estás tan feliz. Siempre eres capaz de hacerme reír".

Él la examinó, y ella podía sentir que él estaba buscando algo.

"Pareces estar inusualmente feliz", dijo él. "¿Hay un muchacho a la vista?".

Gwen se sonrojó. Se puso de pie y caminó hacia la ventana, dándole la espalda.

"Lo siento, padre, pero eso es un asunto privado".

"No es privado si vas a gobernar mi reino", dijo él. "Pero no voy a entrometerme. Sin embargo, tu madre ha solicitado una audiencia contigo, y supongo que no será tan indulgente. Voy a dejarlo pasar. Pero prepárate".

Sintió un nudo en el estómago, y se dio la vuelta, mirando por la ventana. Odiaba este lugar. Deseaba estar en cualquier lugar, menos aquí. En una simple aldea, en una granja sencilla, viviendo una vida sencilla con Thor. Lejos de todo esto, de todas estas fuerzas que trataban de controlarla.

Ella sintió una mano amable en su hombro, y se volvió para ver a su

padre de pie, sonriendo.

"Tu madre puede ser feroz. Pero no importa lo que ella decida, yo te voy a apoyar. En asuntos de amor, uno debe permitirse la libre elección".

Gwen se acercó y abrazó a su papá. En ese momento, ella lo amaba más que a nada. Trató de alejar el presagio de esa serpiente de su mente; rezando, con todas sus fuerzas, que no fuera para su padre.

*

Gwen serpenteaba pasillo tras pasillo, por las filas de vitrales, en dirección a la habitación de su madre. Odiaba que su madre la llamara, odiaba que fuera controladora. En muchos sentidos, su madre era realmente quien gobernaba el reino. Ella era más fuerte que su padre, en muchos sentidos, se mantenía más firme, cedía con menos facilidad. Por supuesto que el reino no tenía ni idea de eso; él ponía la cara dura, parecía ser el sabio.

Pero cuando regresaba al castillo, a puerta cerrada, se dirigía a ella en busca de consejo. Ella era la sabia. La más fría. La más calculadora. La más ruda. La intrépida. La roca. Y ella gobernaba a su numerosa familia con mano de hierro. Cuando quería algo, especialmente si se le metía en la cabeza que era por el bien de la familia, se aseguraba de que ocurriera.

Y ahora la voluntad de hierro de su madre estaba a punto de ser volteada hacia ella; ya estaba preparándose para el enfrentamiento. Presintió que tenía algo que ver con su vida romántica, y temía haber sido vista con Thor. Pero ella estaba decidida a no dar marcha atrás, sin importar lo que hiciera falta. Si tenía que irse de ese lugar, lo haría. Su madre podría ponerla en el calabozo, y ni así le importaba.

Cuando Gwen se acercó a la habitación de su madre, los sirvientes abrieron la gran puerta de roble, quienes se quitaron del camino cuando ella entró; luego la cerró detrás de ella.

La cámara de su madre era mucho más pequeña que la de su padre, más íntima, con grandes alfombras y una pequeña área para tomar el té y tablero de juego junto a la chimenea; con varias sillas de terciopelo amarillo al lado. Su madre estaba sentada en una de las sillas, de espaldas a Gwen, a pesar de que la estaba esperando. Ella estaba frente al fuego, tomó un sorbo de té, y movió una de las piezas del tablero de juego. Detrás de ella había dos damas de honor, una arreglando su cabello, la otra apretando sus cintas en la parte posterior de su vestido.

"Entra, hija", dijo la voz adusta de su madre.

Gwen odiaba cuando su madre hacía eso: recibirla frente a sus siervos.

Deseaba que las despidiera, como hacía su padre cuando hablaban. Era lo menos que podía hacer por la privacidad y la decencia. Pero su madre nunca lo hizo. Gwen llegó a la conclusión de que era un juego de poder, mantener a sus sirvientes rondando, escuchando, con el fin de mantener a Gwen inquieta.

Gwen no tenía más remedio que cruzar la habitación y tomar asiento en una de las sillas de terciopelo, opuesta a su madre, demasiado cerca del fuego. Otro de los juegos de poder de su madre: mantenía la compañía demasiado caliente, con la guardia baja por las llamas.

La reina no levantó la vista; más bien, miró hacia abajo a su juego de mesa, empujando una de las piezas de marfil en el complejo laberinto.

"Es tu turno", dijo su madre.

Gwen miró el tablero; estaba asombrada de que su madre todavía mantuviera en marcha este juego. Recordó que tenía las piezas de color marrón, pero ella no había jugado con su madre en las últimas semanas. Su madre era una experta en peones, pero Gwen aún más. Su madre odiaba perder, y ella claramente había estado analizando ese tablero durante un buen rato, con la esperanza de hacer el movimiento perfecto. Ahora que Gwen estaba aquí, la obligó a jugar.

A diferencia de su madre, Gwen no tenía necesidad de estudiar el tablero. Ella simplemente le echó un vistazo y vio el movimiento perfecto en su mente. Ella levantó la mano y movió una de las piezas de color marrón hacia los lados, al otro lado del tablero. Puso a su madre a un movimiento de perder.

Su madre se quedó mirando, sin expresión alguna, a excepción de un destello de la ceja, que Gwen sabía que indicaba consternación. Gwen era más inteligente, y su madre nunca aceptaría eso.

Su madre se aclaró la garganta, examinando el tablero, todavía sin mirarla.

"Yo sé todo acerca de tus aventuras con ese plebeyo", dijo ella despectivamente. "Me desafías". Su madre la miró. "¿Por qué?".

Gwen respiró hondo, sintiendo un nudo en el estómago, tratando de dar la mejor respuesta. No iba a ceder. No esta vez.

"Mis asuntos privados no son de tu incumbencia", respondió Gwen.

"¿No lo son? Son totalmente de mi incumbencia. Tus asuntos privados afectarán los reinados. El destino de esta familia. Del Anillo. Tus asuntos privados son tema político, aunque quisieras olvidarlo. No eres plebeya. *Nada* es privado en tu mundo. Y nada es privado para mí".

La voz de su madre era acerada y fría, y Gwen resentía cada momento de

esta visita. No había nada que Gwen pudiera hacer sino sentarse ahí y esperar a que terminara. Se sentía atrapada.

Finalmente, su madre se aclaró la garganta.

"Como te niegas a hacerme caso, voy a tener que tomar las decisiones por ti. No vas a ver a ese muchacho nunca más. Si lo haces, tendré que trasladarlo fuera de la Legión, de la Corte del rey, de regreso a su aldea. Entonces tendré que ponerlo en acción, junto con toda su familia. Lo desterraré en deshonra. Y nunca lo verás de nuevo".

Su madre le miró, su labio inferior temblando de rabia.

"¿Me entiendes?"

Gwen respiró profundamente, comprendiendo, por primera vez, el mal que su madre era capaz de hacer. La odiaba más de lo que podía decir. Gwen también captó las miradas nerviosas de los asistentes. Era humillante.

Antes de que pudiera responder, su madre continuó.

"Además, con el fin de evitar que sigas con tu comportamiento temerario, he tomado medidas para organizarte una boda sensata. Te casarás con Alton, el primer día del próximo mes. Ya puedes comenzar tus preparativos para la boda. Prepararte para la vida como una mujer casada. Eso es todo", dijo su madre con desdén; se volvió hacia el tablero como si acabara de decir un asunto de lo más común.

Gwen hervía y ardía por dentro, y quiso gritar.

"¿Cómo te atreves?", dijo Gwen, cada vez con más rabia. "¿Crees que soy una marioneta en una cuerda con la que vas a jugar? ¿De verdad crees que me casaré con quien tú digas?"

"No lo creo", respondió su madre. "Lo sé. Tú eres mi hija, y tienes que responderme. Y te casarás justamente con quien yo diga".

"¡No, no lo haré!", Gwen gritó de nuevo. "¡Y no me puedes obligar! ¡Papá dijo que no me puedes obligar!"

"Los matrimonios arreglados son todavía el derecho de todos los padres en este reino; y son, sin duda, el derecho del rey y la reina. Tu padre puede objetarlo, pero sabes tan bien como yo, que siempre aceptará mi voluntad. Tengo mis métodos".

Su madre la miró.

"Así que, como ves, harás lo que yo diga. Tu matrimonio se llevará a cabo. Nada puede detenerlo. Prepárate".

"No lo haré", respondió Gwen. "Nunca. Y si vuelves a hablarme de esto, nunca volveré a hablar contigo".

Su madre levantó la vista y le sonrió; con una fea sonrisa fría.

"No me importa si nunca me hablas. Soy tu madre, no tu amiga. Y yo soy tu reina. Éste, bien puede ser nuestro último encuentro juntas. No importa. Al final del día, harás lo que yo diga. Y te veré a distancia, viviendo como lo planeé para ti".

Su madre volvió a su juego.

"Puedes retirarte", dijo, con un movimiento de la mano, como si Gwen fuera otro siervo.

Gwen estaba que hervía de rabia, no podía soportarlo más. Ella dio tres pasos, se acercó al tablero de juego de su madre, y lo arrojó con las dos manos, enviando las piezas de marfil y la gran tabla de marfil, al suelo, estrellándose y rompiéndose en pedazos.

Su madre dio un salto atrás, asombrada.

"Te odio", le dijo Gwen.

Con eso, Gwen se volvió, con la cara roja, y salió furiosa de la habitación, haciendo a un lado a los asistentes, decidida a salir por su propia voluntad y no ver la cara de su madre nunca más.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

THOR caminó durante horas a través de los sinuosos senderos del bosque, pensando en su encuentro con Gwen. No podía borrarla de su mente. Su tiempo juntos había sido mágico, mucho más allá de sus expectativas, y él ya no se preocupaba acerca de la profundidad de sus sentimientos hacia él. Era el día perfecto, excepto, por supuesto, por lo que pasó al final de su encuentro.

Esa serpiente blanca, tan rara, y ese mal augurio. Fue una suerte que no los hubiera mordido Thor miró a Krohn, caminando con lealtad a su lado, feliz como siempre, y se preguntó qué habría pasado si no hubiera estado ahí, si no hubiera matado a la serpiente y salvado la vida. ¿Estarían muertos ahora? Él siempre estaría agradecido con Krohn, y sabía que tenía un compañero de confianza de toda la vida en él.

Sin embargo, el augurio aún le molestaba: la serpiente era extremadamente rara, y ni siquiera vivían en esa parte del reino. Vivían más al sur, en las Ciénegas y pantanos. ¿Cómo podría haber llegado tan lejos? ¿Por qué tenía que haberse acercado a ellos justo en ese momento? Era demasiado místico, y se sentía absolutamente seguro de que era una señal. Al igual que Gwen, él sentía que era un mal presagio, un presagio de una muerte venidera. Pero, ¿de quién?

Thor quería quitar esa imagen de su mente, olvidar eso, pensar en otras cosas, pero no pudo. Le acosaba, no le daba descanso. Sabía que tenía que regresar a las barracas, pero no había sido capaz de hacerlo. Hoy era todavía su día libre, por lo que en lugar de eso, había caminado durante horas, dando vueltas por los senderos del bosque, tratando de aclarar su mente. Estaba seguro de que la serpiente tenía un mensaje profundo sólo para él, que estaba siendo presionado para tomar alguna acción.

Para empeorar las cosas, su partida con Gwen había sido abrupta. Cuando habían llegado al borde del bosque, se habían separado con rapidez, sin apenas decirse una palabra. Ella parecía angustiada. Él supuso que era debido a la serpiente, pero no podía estar seguro. Ella no había mencionado que se volverían a reunir. ¿Había cambiado de opinión acerca de él? ¿Había hecho algo mal?

La idea hacía que Thor sintiera desasosiego. Él no sabía qué hacer con él mismo, y vagó en círculos durante horas. Necesitaba hablar con alguien que

entendiera de esas cosas, que pudiera interpretar signos y presagios.

Thor se detuvo en seco. Por supuesto. Argon. Él sería la persona perfecta. Podría explicarle todo a él, y liberar su mente.

Thor se asomó. Estaba de pie en el extremo norte de la más lejana cresta de la montaña y desde ahí tenía una vista panorámica de la ciudad real por debajo de él. Se puso de pie cerca de una encrucijada. Sabía que Argon vivía solo, en una cabaña de piedra en las afueras del norte de las Llanuras Boulder. Él sabía que si se desviaba a la izquierda, lejos de la ciudad, uno de esos senderos lo llevaría ahí. Comenzó su viaje.

Sería un largo viaje, y había una buena probabilidad de que Argon ni siquiera estuviera ahí cuando Thor llegara. Pero tenía que intentarlo. No podía descansar hasta que tuviera las respuestas.

Thor caminó con un nuevo ritmo en su paso, ligero, con dirección a la llanura. La mañana se convirtió en tarde, mientras caminaba y caminaba. Era un hermoso día de verano, y la luz brillaba mucho en los campos a su alrededor. Krohn iba a su lado, deteniéndose de vez en cuando para abalanzarse sobre una ardilla, que llevaba triunfalmente en el hocico.

El camino se hizo más pronunciado, había más viento, y los prados se desvanecieron, dando paso a un paisaje desolado de rocas y cantos rodados. Pronto, el camino también se desvaneció. Hacía más frío y más viento aquí, ya que los árboles se alejaron demasiado, y el paisaje se volvió rocoso, escarpado. Era extraño el lugar, nada más había pequeñas piedras, tierra y cantos rodados, hasta donde alcanzaba la vista; Thor sintió que viajaba en una tierra devastada. Cuando el sendero desapareció por completo, Thor se encontró caminando sobre tierra y roca.

Junto a él, Krohn comenzó a gemir. Había una sensación espeluznante en el aire, y Thor también la sintió. No era necesariamente maligno; era simplemente diferente. Como una niebla espiritual pesada.

Cuando Thor estaba empezando a preguntarse si iba en la dirección correcta, vio en el horizonte, a lo alto de una colina, una pequeña cabaña de piedra. Tenía una forma perfectamente redonda, con la forma de un anillo, construida con piedra negra, sólida y sobre la tierra. No tenía ventanas, y una sola puerta, en forma de un arco, aunque sin una aldaba o manija. ¿Podría Argon realmente vivir aquí, en este lugar desolado? ¿Le molestaría que Thor llegara sin invitación?

Thor estaba empezando a tener dudas, pero se obligó a permanecer en el camino. Cuando se acercaba a la puerta, sintió la energía en el aire, tan espesa

que apenas podía respirar. Su corazón latía más rápido con inquietud, mientras extendía la mano para golpear con el puño.

Antes de que pudiera tocarla, la puerta se abrió por sí misma; una grieta. Se veía negro ahí, y Thor no podía decir si sólo el viento la había abierto. Estaba tan oscuro, que no podía ver cómo alguien podría estar dentro.

Thor se acercó, empujó suavemente la puerta y asomó la cabeza
"¿Hola?", gritó.

La empujó más. Estaba completamente oscuro aquí, salvo por un suave resplandor en el otro extremo de la vivienda.

"¿Hola?", gritó, más fuerte. "¿Argon?"

Junto a él, Krohn se quejó. Le parecía obvio a Thor que era una mala idea, que Argon no estaba en casa. Pero aun así, se obligó a mirar. Dio dos pasos, y mientras lo hacía, la puerta se cerró de golpe detrás de él.

Thor giró, y ahí, de pie en la pared del fondo, estaba Argon.

"Lamento haberlo molestado", dijo Thor, su corazón latía con fuerza.

"Viniste sin invitación", dijo Argon.

"Perdóneme", dijo Thor. "No quise entrometerme".

Thor miró a su alrededor mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, y vio varias velas pequeñas, dispuestas en círculo, alrededor de la periferia de la pared de piedra. La habitación estaba iluminada en su mayoría por un solo rayo de luz, que entraba por una pequeña abertura circular en el techo. Este lugar era abrumador, inhóspito y surrealista.

"Pocas personas han estado aquí", contestó Argon. "Por supuesto que no estarías aquí ahora, a menos que yo lo permitiera. Esa puerta sólo se abre para quienes están destinados. Para quién no lo es, nunca se abre, ni con toda la fuerza del mundo".

Thor se sintió mejor, y sin embargo, también se preguntó cómo Argon había sabido que iba a venir. Todo acerca de este hombre era un misterio para él.

"Tuve un encuentro que no entendí", dijo Thor, necesitaba desahogarse, y para escuchar la opinión de Argon. "Había una serpiente. Una Whiteback. Casi nos atacó. Fuimos salvados por mi leopardo, Krohn".

"¿Nosotros?", preguntó Argon.

Thor se sonrojó, dándose cuenta de que había dicho demasiado. No sabía qué decir.

"Yo no estaba solo", dijo él.

"¿Y con quién estabas?"

Thor se mordió la lengua, sin saber cuánto decir. Después de todo, este hombre estaba cerca de su padre, el rey, y tal vez se lo diría.

"No veo cómo eso es relevante a la serpiente".

"Es totalmente pertinente. ¿No te has preguntado si es por eso que la serpiente se acercó, en primer lugar?"

Thor fue sorprendido con la guardia baja.

"No entiendo", dijo él.

"No todos los augurios son para ti. Algunas son para los demás".

Thor examinó a Argon en la penumbra, empezando a entender. ¿Gwen estaba predestinada para algo maligno? Y si fuera así, ¿podría detenerlo?

"¿Se puede cambiar el destino?", preguntó Thor.

Argon se volvió, cruzando lentamente la habitación.

"Por supuesto, esa es la cuestión que hemos estado pidiendo desde hace siglos", contestó Argon. "¿Se puede cambiar el destino? Por un lado, todo está destinado, todo está escrito. Por otro lado, tenemos el libre albedrío. Nuestras elecciones también determinan nuestro destino. Parece imposible que estos dos - el destino y el libre albedrío - vivan juntos, lado a lado, sin embargo, lo hacen. Es el lugar donde estos dos interceden - donde el destino se encuentra con el libre albedrío - que el comportamiento humano entra en juego. El destino no siempre se puede romper, pero a veces se puede doblar, o incluso cambiar, por un gran sacrificio y una gran fuerza de voluntad. Sin embargo, la mayoría de las veces, el destino es firme. La mayoría de las veces, son sólo espectadores, puestos aquí para verlo actuar. Pensamos que jugamos un papel en ello, pero por lo general no lo hacemos. La mayoría somos observadores, no participantes".

"Entonces, ¿por qué el universo se toma la molestia de mostrarnos presagios, si no hay nada que podamos hacer al respecto?", preguntó Thor.

Argón se volvió y sonrió.

"Eres rápido, muchacho, reconozco eso. Sobre todo, se nos muestran los augurios para prepararnos. Se nos muestra nuestro destino para darnos tiempo para prepararnos. A veces, en raras ocasiones, se nos da un presagio para que podamos tomar medidas, cambiar lo que será. Pero esto es muy raro".

"¿Es cierto que la serpiente Whiteback predice la muerte?"

Argon lo examinó.

"Es cierto", dijo él, finalmente. "Sin lugar a dudas".

El corazón de Thor se aceleró con la respuesta, con la confirmación de sus temores. También estaba asombrado por la respuesta directa de Argon.

"Me encontré con una hoy", dijo Thor", pero no sé quién va a morir. O si hay alguna acción que pueda tomar para prevenirlo. Quiero sacarlo de mi mente, pero no puedo. Siempre, está esa imagen de la cabeza de la serpiente conmigo. ¿Por qué?".

Argon le examinó un tiempo muy largo, y suspiró.

"Porque quien vaya a morir, te va a afectar directamente. Afectará tu destino".

Thor se agitó cada vez más; sentía que cada respuesta ocasionaba más preguntas.

"Pero eso no es justo", dijo Thor. "Necesito saber quién es el que va a morir. ¡Tengo que advertirles!".

Poco a poco, Argon negó con la cabeza.

"Puede que no sea para que te enteres", contesto él". Y aunque lo sabes, puede que no haya nada que puedas hacer al respecto. La muerte encuentra su objetivo, incluso si se le advierte a alguien".

"Entonces, ¿por qué me enseñaron eso?", preguntó Thor, atormentado. "¿Y por qué no puedo sacarlo de mi cabeza?".

Argon dio un paso adelante, muy cerca, a unos centímetros; la intensidad de sus ojos ardía brillante en este oscuro lugar, y asustó a Thor. Era como mirar hacia el sol, y era lo único que podía hacer para no mirar hacia otro lado. Argon levantó una mano y la puso sobre el hombro de Thor. Era de hielo al tacto y envió un escalofrío a través de él.

"Eres joven", dijo Argon, lentamente. "Todavía estás aprendiendo. Sientes las cosas muy profundamente. Ver el futuro es una gran recompensa. Pero también puede ser una gran maldición. La mayoría de los seres humanos que viven su destino, no tienen conciencia de ello. A veces, lo más doloroso es estar consciente de su destino, de lo que será. Ni siquiera has empezado a comprender sus poderes. Pero lo harás. Un día. Una vez que entiendas de dónde vienes".

"¿De dónde vengo?", preguntó Thor, confundido.

"La casa de su madre. Lejos de aquí. Más allá del Barranco, en los confines de las tierras agrestes. Hay un castillo, en lo alto del cielo. Está sola, en un acantilado, y para llegar a ella, se puede caminar a lo largo de un camino de piedra sinuoso. Es un camino mágico, como subir al cielo. Es un lugar de profundo poder. Ahí es de donde vienes. Hasta que no llegues a ese lugar, nunca vas a entender plenamente. Una vez que lo hagas, todas tus preguntas serán contestadas".

Thor parpadeó, y cuando abrió los ojos, se encontró a sí mismo, para su asombro, de pie fuera de la morada de Argon. No tenía idea de cómo llegó hasta aquí.

El viento azotaba a través del peñasco, y Thor entrecerró los ojos por la luz del sol. Junto a él estaba Krohn, gimiendo.

Thor regresó a la puerta de Argon y golpeó con todas sus fuerzas. Lo único que había, era el silencio.

"¡Argon!", gritó Thor.

La única respuesta fue el silbido del viento.

Él intentó abrir la puerta, incluso poniendo el hombro en ella, pero no se movía.

Thor esperó mucho tiempo, no estaba seguro de cuánto, hasta que finalmente se hizo de noche. Finalmente, se dio cuenta de que su tiempo aquí había terminado.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso por la pendiente rocosa, cuestionándose. Se sentía más confundido que nunca, y también se sentía más seguro de que una muerte se acercaba, pero se sentía aún más impotente para detenerla.

Mientras caminaba en ese lugar desolado, comenzó a sentir algo frío en los tobillos y vio que se formaba una espesa niebla. Se levantó, haciéndose más gruesa y elevándose cada vez más. Thor no entendía lo que estaba pasando. Krohn se quejó.

Thor trató de acelerar, para continuar su camino de regreso por la montaña, pero en ciertos momentos, la niebla se hacía tan espesa, que apenas podía ver delante de sus ojos. Al mismo tiempo, sintió que sus piernas se hacían pesadas y, como por arte de magia, el cielo se oscureció. Se sentía cada vez más agotado. No podía dar un paso más. Se acurrucó en ovillo, en el suelo, justo donde estaba, envuelto en la niebla espesa. Trató de abrir los ojos, de moverse, pero no pudo. En cuestión de segundos, él estaba profundamente dormido.

*

Thor se vio de pie en la cima de una montaña, mirando todo el reino del Anillo. Ante él estaba la Corte del Rey, el castillo, las murallas, los jardines, los árboles y las Colinas, hasta donde podía ver, todo en plena floración de verano. Los campos estaban llenos de frutas y flores de colores, y se oyó el ruido de la música y de las festividades.

Pero a medida que Thor se volvió lentamente, observando todo, la hierba empezó a ponerse negra. Las frutas cayeron de los árboles. A continuación, los mismos árboles se marchitaron hasta desaparecer. Todas las flores se secaron, y para su horror, un edificio tras otro, se derrumbó, hasta que todo el reino no era más que desolación, montones de escombros y piedra.

Thor miró hacia abajo y vio de pronto una enorme serpiente Whiteback, deslizándose entre sus pies. Se quedó ahí parado, indefenso, enrollándose alrededor de sus piernas, luego de la cintura, después, de sus brazos. Se sintió sofocado, la vida se le iba, mientras la serpiente se enroscaba en todos los sentidos y lo miraba a la cara, a pocos centímetros de distancia, silbando, con su larga lengua casi tocando la mejilla de Thor. Y entonces se abrió su boca, revelando enormes colmillos, inclinados hacia adelante, y se tragó la cara de Thor.

Thor chilló, entonces se encontró de pie, solo, en el interior del castillo del Rey. Estaba completamente vacío, sin trono, donde solía estar La Espada del Destino yacía en el suelo, sin tocar. Las ventanas estaban rotas, los vitrales de colores tirados en montones sobre la piedra. Oyó música lejana, se volvió hacia el sonido, y caminó por una sala vacía tras otra. Por fin llegó a unas enormes puertas dobles, de treinta metros de altura, y las abrió con todas sus fuerzas.

Thor se situó en la entrada de la sala de banquetes del rey. Ante él, había dos mesas largas para banquetes, a lo largo del cuarto, rebosantes de comida - pero vacías de hombres. En el otro extremo de la sala había un hombre. El Rey MacGil. Se sentó en su trono, mirando a Thor. Él parecía estar lejos.

Thor sintió que tenía que llegar a él. Empezó a caminar a través de la gran sala hacia él, entre las dos mesas de banquetes. A su paso, toda la comida a cada lado se pudría, a cada paso que daba, volviéndose negra y de inmediato se cubría de moscas. Las moscas zumbaban y pululaban a su alrededor, destrozando la comida.

Thor caminó más rápido. El rey se acercaba ahora, apenas a tres metros de distancia, cuando un sirviente apareció de una cámara lateral, llevando una enorme copa, de oro de vino. Era una copa distintiva, hecha de oro macizo y cubierta de hileras de rubíes y zafiros. Mientras que el rey no estaba mirando, Thor vio que el sirviente dejaba escapar un polvo blanco en la copa. Thor se dio cuenta de que era veneno.

El criado lo acercó, y MacGil se agachó y la agarró con las dos manos.
"¡No!", Thor gritó.

Thor se lanzó hacia delante, tratando de derribar el vino, lejos del rey.

Pero no era lo suficientemente rápido. MacGil bebió el vino a grandes tragos. Cayó por sus mejillas, por su pecho, mientras él lo terminaba.

MacGil se volvió y miró a Thor, con los ojos abiertos de par en par. Él extendió la mano y agarró su garganta hasta que, teniendo arcadas, se desplomó y cayó de su trono; cayó de lado, aterrizando en el suelo de piedra dura. Su corona salió de él, golpeó el piso de piedra con un sonido metálico, y rodó varios centímetros.

Se quedó ahí, inmóvil, con los ojos abiertos, muerto.

Estopheles se abalanzó, aterrizó en la cabeza de MacGil. Se sentó ahí, miró directamente a Thor, y chilló. El sonido era tan estridente, que hizo que Thor sintiera un escalofrío en la columna vertebral.

"¡No!", Thor gritó.

*

Thor se despertó gritando.

Se sentó, mirando a su alrededor, sudando, respirando con dificultad, tratando de averiguar dónde estaba. Él todavía estaba tendido en el suelo, en la montaña de Argon. Él debe haberse quedado dormido aquí. La niebla se había ido, y al levantar la vista, vio que era el amanecer. Un sol rojo color sangre estaba apareciendo en el horizonte, iluminando el día. Junto a él, Krohn gimió, saltó a su regazo, y le lamió la cara.

Thor abrazó a Krohn con una mano mientras respiraba con fuerza, tratando de averiguar si estaba despierto o dormido. Le tomó mucho tiempo darse cuenta de que sólo había sido un sueño. Se había sentido tan real.

Thor oyó un chillido y se volvió para ver a Estopheles sobre una roca, a treinta centímetros de distancia. La enorme ave lo miró directamente y gritó una y otra vez.

El sonido hizo que Thor sintiera un escalofrío en la columna vertebral. Era el mismo grito de su sueño, y en ese momento supo, con cada onza de su cuerpo, que el sueño había sido un mensaje.

El rey iba a ser envenenado.

Thor se puso en pie y, a en la madrugada, bajó corriendo la montaña, en dirección a la Corte del Rey. Tenía que ver al rey. Tenía que advertirle. El rey podría pensar que estaba loco, pero no tenía otra opción - haría lo que pudiera para salvarle la vida al rey.

*

Thor corrió a través del puente, a la puerta exterior del castillo, y por

suerte, los dos guardias lo reconocieron de la Legión. Ellos lo dejaron pasar sin detenerlo, y siguió corriendo, Krohn iba a su lado.

Thor corrió por el patio real, más allá de las fuentes, y a la puerta interior del castillo del rey. Allí estaban cuatro guardias que bloqueaban su camino.

Thor se detuvo, jadeando en busca de aire.

"¿Cuál es tu propósito, muchacho? ", preguntó uno de ellos.

"No lo entiende, tiene que dejarme entrar", jadeó Thor. "Tengo que ver al rey".

Los guardias se miraron entre sí, escépticos.

"Soy Thorgrin, de La Legión del Rey. Debe dejarme pasar".

"Yo sé quién es", un guardia le dijo al otro. "Él es uno de nosotros".

Pero el escolta líder dio un paso adelante.

"¿Qué asunto tienes con el rey?", presionó.

Thor todavía luchó para recuperar el aliento.

"Un asunto muy urgente. Debo verlo de inmediato".

"Bueno, él no debe estarte esperando, porque estás mal informado. Nuestro rey no está aquí. Se fue con sus caravanas hace horas, en asuntos de la Corte. Ellos no van a regresar hasta esta noche, hasta el banquete real".

"¿Banquete?", preguntó Thor, su corazón latía acelerado. Se acordó de su sueño, de las mesas del banquete, y extrañamente sentía volver a la vida.

"Sí, el banquete. Si eres de la Legión, estoy seguro de que estarás ahí. Pero ahora se ha ido, y no hay manera de que puedas verlo. Vuelve esta noche, con los otros".

"¡Pero tengo que darle un mensaje!", Thor insistió. "¡Antes de la fiesta!".

"Puedes dejar el mensaje conmigo, si quieres. Pero no puedo entregarlo antes que tú".

Thor no quería dejar un mensaje de este tipo con un guardia; se dio cuenta de que parecería una locura. Tenía que entregarlo él mismo, esta noche, antes del banquete. Sólo rezaba para que no fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO VEINTISIETE

THOR se apresuró a regresar a las barracas de la Legión, al amanecer, por suerte llegó antes de que comenzara el entrenamiento del día. Él estaba sin aliento cuando llegó, Krohn a su lado, y se encontró con los otros muchachos, cuando estaban despertando, empezando a salir en fila para las tareas del día. Se quedó ahí, jadeando, más preocupado que nunca. Él no sabía cómo iba a soportar el entrenamiento; estaría contando los minutos hasta el banquete de la noche, hasta que pudiera advertir al rey. Estaba seguro de que el presagio le llegó a él, para que pudiera entregar el aviso. El destino del reino descansaba sobre sus hombros.

Thor corrió al lado de Reece y O'Connor mientras se abrían camino hacia el campo, pareciendo agotado, y empezó a alinearse.

"¿Dónde estuviste anoche?", preguntó Reece.

Thor deseaba saber cómo responder, pero realmente ni él mismo sabía dónde había estado. ¿Qué se suponía que debía decir? ¿Que se había quedado dormido al aire libre, en el suelo, en la montaña de Argon? No tenía ningún sentido, ni siquiera para él.

"No lo sé", contestó, sin saber cuánto podía contarles.

"¿Qué quieres decir con que no lo sabes?", preguntó O'Connor.

"Me perdí", dijo Thor.

"¿Te perdiste?"

"Pues, tuviste suerte de regresar ahora", dijo Reece.

"Si hubieras llegado tarde a las asignaciones del día, no te habrían dejado regresar a la Legión", añadió Elden, acercándose al lado de ellos, poniendo su mano carnosa en el hombro". Me alegra verte. Te extrañamos ayer".

Thor todavía estaba sorprendido por la diferencia en cómo Elden lo trataba desde que estuvieron en el otro extremo del Barranco.

"¿Cómo van las cosas con mi hermana?", preguntó Reece, en voz baja.

Thor se sonrojó, sin saber qué responder.

"¿La has visto?", preguntó Reece.

"Sí, la vi", comenzó a decir. "Nos la pasamos muy bien. Aunque tuvimos que dejarnos abruptamente".

"Bueno", continuó diciendo Reece, mientras todos se alineaban juntos

ante Kolk y los hombres del rey"; la podrás ver más tiempo esta noche. Usa tu mejor ropa. Es la fiesta del rey".

Se le hizo un nudo en el estómago a Thor. Pensó en su sueño y sintió como si el destino estuviera bailando ante sus ojos, y que él no podía hacer nada, destinado a no hacer nada sino observar su desarrollo.

"¡SILENCIO!", gritó Kolk, mientras comenzaba a caminar ante los muchachos.

Thor se puso en posición de firmes con los otros, mientras guardaban silencio.

Kolk caminó lentamente hacia arriba y hacia abajo de las filas, examinándolos a todos.

"Tuvieron su diversión ayer. Ahora es hora de volver a la formación. Y hoy aprenderán el antiguo arte de la zanja de excavación".

Un gemido colectivo se escuchó entre los muchachos.

"¡SILENCIO!", gritó.

Los muchachos guardaron silencio.

"La zanja de excavación es un trabajo duro", continuó Kolk. "Pero es un trabajo importante. Algún día se van a encontrar en un páramo, protegiendo nuestro reino, sin nadie que les ayude. Estará helando, hará tanto frío que no podrán sentir los dedos de los pies, en la oscuridad de la noche, y harán cualquier cosa para mantener el calor. O puede que se encuentren en una batalla, en la que necesitarán resguardarse para salvarse de las flechas del enemigo. Puede haber un millón de razones por las que necesiten una zanja. Y una zanja puede ser su mejor amigo.

"Hoy", continuó, aclarándose la garganta, "pasarán todo el día cavando, hasta que las manos se les pongan rojas con los callos y la espalda se les esté rompiendo, y ya no puedan aguantar más. Entonces, en el día de la batalla, no va a parecer tan malo.

"¡SÍGANME!", gritó Kolk.

Se oyó otro gemido de decepción, mientras los chicos se dividieron en filas de dos, y comenzaron a marchar a través del campo, siguiendo a Kolk.

"Genial", dijo Elden. "Zanja de excavación. Así es exactamente cómo quería pasar el día".

"Podría ser peor", dijo O'Connor. "Podría estar lloviendo".

Miraron hacia el cielo, y Thor vio nubes amenazantes.

"Puede ser", dijo Reece. "No maldigas".

"¡THOR!", gritó alguien.

Thor se volvió para ver a Kolk mirándolo, a un lado. Corrió hacia él, preguntándose qué había hecho mal.

"Sí, señor".

"Tu caballero te ha llamado", dijo él, secamente. "Repórtate con Erec en los terrenos del castillo. Tienes suerte: estás fuera de servicio, por hoy. En vez de ello, vas a servir a tu caballero, como todos los buenos escuderos deberían. Pero no creas que vas a quedarte sin excavar la zanja. Cuando regrese mañana, vas a cavar zanjas tú solo. ¡Ahora, vete!", gritó.

Thor se volvió y vio las miradas de envidia de los demás, y luego corrió desde el campo hacia el castillo. ¿Qué podría Erec querer de él? ¿Tenía algo que ver con el Rey?

*

Thor corrió por la Corte del Rey, doblando por un camino que nunca había tomado antes, hacia las barracas de Los Plateados. Sus barracas eran mucho más grandes que los de la Legión, sus edificios eran del doble de tamaño, forrado de cobre y sus vías pavimentadas con piedra nueva. Para llegar ahí, Thor tenía que pasar por una gran puerta arqueada donde una docena de hombres del rey montaba guardia. Después el camino se ampliaba, extendiéndose a través de un campo abierto enorme, que culminaba en un complejo de edificios de piedra, cercadas por una valla, y custodiados por docenas más de caballeros. Era un espectáculo imponente, incluso desde aquí.

Thor corrió por el camino, visible a campo abierto. Los caballeros ya estaban preparados para su llegada, a pesar de que estaba muy lejos, dando un paso adelante y cruzando sus lanzas, mirando al frente, sin hacerle caso, mientras le bloqueaban el paso.

"¿Qué vienes a buscar?", preguntó uno de ellos.

"Me estoy reportando para el servicio", respondió Thor. "Soy el escudero de Erec".

Los caballeros intercambiaron una mirada cautelosa, pero otro caballero se adelantó y asintió con la cabeza. Ellos dieron un paso atrás, descruzando sus armas, y la puerta se abrió lentamente, sus puntas de metal se elevaron, crujendo. La puerta era inmensa, por lo menos de sesenta centímetros de espesor, y Thor pensó que este lugar tenía aún más fortificación que incluso el castillo del rey.

"¡Es el segundo edificio a la derecha!", gritó el caballero. "Lo encontrarás en los establos".

Thor se volvió y corrió por el camino a través del patio, pasando por un

conjunto de edificios de piedra, asimilándolo. Todo brillaba aquí, estaba impecable, perfectamente cuidado. Todo el lugar emanaba un aura de fuerza.

Thor encontró el edificio, y quedó deslumbrado por la vista delante de él: docenas de los caballos más grandes y más hermosos que había visto nunca, estaban atados en filas afuera del edificio, la mayoría de ellos cubiertos con armadura. Los caballos brillaban. Todo aquí era mejor, más grande.

Los Caballeros Reales trotaban en todas direcciones, llevando varias armas, pasando por el patio en su camino hacia adentro o hacia afuera, por varias puertas. Era un lugar muy concurrido, y Thor podía sentir la presencia de la batalla aquí. Este lugar no era para la formación; era para la guerra. La vida y la muerte.

Thor pasó a través de una pequeña puerta de entrada en forma de arco, abajo de un pasillo oscuro de piedra, y se apresuró a pasar un establo tras otro, en busca de Erec. Thor llegó al final, pero no estaba por ningún lado.

"Estás buscando a Erec, ¿verdad?", preguntó a un guardia.

Thor se volvió y asintió con la cabeza.

"Sí, señor. Yo soy su escudero".

"Llegas tarde. Él ya está afuera, preparando su caballo. Date prisa, entonces".

Thor corrió por el pasillo y salió de los establos hacia un campo abierto. Ahí estaba Erec, de pie ante un semental gigante, valiente, un caballo negro brillante con una nariz blanca. El caballo resopló cuando llegó Thor, y Erec se volvió.

"Lo siento, señor ", dijo Thor, sin aliento. "Vine tan rápido como pude. No era mi intención llegar tarde".

"Llegas justo a tiempo", dijo Erec con una sonrisa amable. "Thor, te presento a Lannin", añadió, señalando al caballo.

Lannin resopló e hizo cabriolas, a manera de respuesta. Thor se acercó y tendió una mano y le acarició la nariz; a cambio, relinchó suavemente.

"Él es mi caballo de viaje. Un caballero de rango tiene muchos caballos, como aprenderás. Hay uno para las justas, uno para la batalla, y otro para el viaje largo y solitario. Este es con el que forjarás la más estrecha amistad. Le gustas. Eso es bueno".

Lannin se inclinó hacia delante y metió la nariz en la palma de la mano de Thor. Thor se sentía abrumado ante la magnificencia de esta criatura. Podía ver la inteligencia que brillaba en sus ojos. Era extraño; sentía como si el caballo entendiera todo.

Pero algo que dijo Erec confundió a Thor.

"¿Dijo un viaje, señor?", pregunto él, asombrado.

Erec dejó de apretar el arnés, se volvió y lo miró.

"Hoy es el día de mi cumpleaños. He llegado a mi vigésimo quinto año. Es un día especial. ¿Has oído hablar de El Día de la Selección?"

Thor negó con la cabeza. "Muy poco, señor; sólo lo que los demás me dicen".

"Los Caballeros del Anillo siempre debemos seguir adelante, generación tras generación", comenzó a decir Erec. "Tenemos hasta nuestro vigésimo quinto año para elegir una esposa. Si uno no la elige para entonces, la ley dicta que tenemos que encontrar una. Se nos da un año para encontrarla y traerla de vuelta. Si volvemos sin una, entonces ésta nos es dada por el rey, y perdemos nuestro derecho a elegir.

"Así que hoy debo emprender mi viaje para encontrar a mi esposa".

Thor le devolvió la mirada, sin palabras.

"Pero, señor, ¿se va a ir? ¿Durante un año?"

El estómago de Thor se hizo nudo con solo pensar en eso. Sintió que su mundo se desmoronaba a su alrededor. No fue hasta ese momento que se dio cuenta de cuánto le simpatizaba Erec; de alguna manera, se había convertido en un padre para él; sin duda, más que un padre, que el que había tenido.

"Pero entonces, ¿de quién seré escudero?", preguntó Thor". ¿Y a dónde va a ir?"

Thor recordó cuánto le había ayudado Erec, como le había salvado la vida. Se sintió descorazonado ante la idea de su partida.

Erec echó a reír, con una risa despreocupada.

"¿Qué pregunta te respondo primero?", dijo él. "No te preocupes. Se te ha asignado un nuevo Caballero. Serás su escudero hasta mi regreso. Es Kendrick, el hijo mayor del rey".

El corazón de Thor se animó al oír eso; sentía un apego igualmente fuerte hacia Kendrick, quien, fue el primero en cuidarlo y le aseguró un lugar en la Legión.

"En cuanto a mi viaje...", Erec continuó diciendo, "... todavía no lo sé. Sé que voy a dirigirme hacia el sur, hacia el reino del que provengo, y buscaré una novia en esa dirección. Si no encuentro a una dentro del Anillo, entonces tal vez incluso cruce el mar, hacia mi propio reino, para buscar a una ahí".

"¿Su propio reino, señor?", preguntó Thor.

Thor se dio cuenta de que realmente no sabía mucho acerca de Erec, de

dónde venía. Él siempre había asumido que había venido del interior del Anillo.

Erec sonrió. "Sí, de muy lejos de aquí, más allá del mar. Pero eso es una historia para otro momento. Será un viaje a un lugar muy lejano, y será largo, y tengo que prepararme. Así que ayúdame ahora. El tiempo es corto. Pon el arnés en mi caballo, y llénalo con todo tipo de armas"..

La cabeza de Thor daba vueltas mientras entraba en acción, corriendo hacia el Depósito de Armas y recuperando la armadura negra y plata, que pertenecía a Lannin. Corrió de vuelta con una pieza a la vez, colocando primero la cota de malla sobre el lomo del caballo, estirando la mano para cubrirla alrededor de su enorme cuerpo. Entonces Thor agregó el metal de chapa delgada para la cabeza del caballo.

Lannin relinchó cuando él hizo eso, pero parecía que le gustaba. Era un caballo noble, un guerrero, Thor lo notaba, y se sentía tan cómodo en la armadura como lo haría un Caballero.

Thor regresó corriendo y tomó las espuelas de oro de Erec, y ayudó a fijarlas a cada pie, mientras Erec montaba el caballo.

"¿Qué armas necesita, señor?", preguntó Thor.

Erec lo miró, pareciendo enorme desde esta perspectiva.

"Es difícil anticipar qué batallas pueden surgir a lo largo de un año. Pero tengo que ser capaz de cazar, y defenderme. Así que por supuesto, necesito mi espada larga. También debo llevar mi espada corta, un arco, un carcaj de flechas, un arpón corto, una maza, una daga, y mi escudo. Sospecho que eso es todo".

"Sí, señor", dijo Thor, y entraron en acción. Corrió al estante de armas de Erec, junto al establo de Lannin, y miró las docenas de armas. Había un arsenal impresionante para elegir.

Con cuidado sacó todas las armas que Erec le especificó, llevándoles una a una y entregándoselas a Erec para colocarlas de forma segura en el arnés.

Mientras Erec se sentó ahí ajustando sus guantes de cuero, preparándose para salir, Thor no podía soportar ver que se fuera.

"Señor, siento que es mi deber acompañarlo en este viaje", dijo Thor. "Yo soy su escudero, después de todo".

Erec negó con la cabeza.

"Es un viaje que debo hacer solo".

"Entonces, ¿puedo al menos acompañarlo a la primera travesía?", presionó Thor. "Si se va al sur, esos son caminos que conozco bien. Soy del

sur".

Erec miró hacia abajo, tomándolo en cuenta.

"Si quieres acompañarme a la primera travesía, no veo ningún problema con ello. Pero es un viaje difícil, de un día, por lo que debo salir ahora. Toma el caballo de mi escudero, en la parte trasera del establo. Es el color marrón con la melena roja".

Thor regresó corriendo a la cuadra y encontró al caballo. Al montarlo, Krohn sacó la cabeza de la camisa y miró hacia arriba y se quejó.

"No te preocupes, Krohn", Thor lo tranquilizó.

Thor se inclinó hacia adelante, incitó al caballo, y salió de la cuadra. Erec apenas lo había esperado para alcanzarlo, cuando él y Lannin corrieron al galope. Thor siguió a Erec lo mejor que pudo.

Salieron juntos de la Corte del Rey, a través de la puerta, mientras varios guardias tiraban de ella, y se quedaron a un lado. Varios miembros de los Plateados estaban alineados, observando, esperando, y cuando Erec cabalgó, levantaron sus puños en señal de saludo.

Thor estaba orgulloso de montar al lado de él, de ser su escudero, y emocionado de acompañarlo, aunque fuera sólo en la primera cruzada.

Habían quedado tantas cosas que Thor no le había dicho a Erec, tantas cosas que quería preguntarle - y tanto qué agradecerle. Pero no hubo tiempo, ya que los dos galoparon al sur, corriendo por las llanuras, el terreno cambiaba constantemente, a medida que sus caballos pasaban por la senda del rey, en el tardío sol de la mañana. Al pasar junto a una colina, a lo lejos, Thor podía ver a todos los miembros de la Legión en un campo, rompiéndose la espalda cavando. Thor se alegró de no estar entre ellos. Mientras Thor los observaba, vio a uno de ellos detenerse y levantar un puño en el aire hacia él. Era difícil ver en el sol, pero estaba seguro de que era Reece saludándolo. Thor también levantó un puño mientras cabalgaban.

Las carreteras bien pavimentadas dieron paso a caminos rurales descuidados: más estrechos, más ásperos, y, finalmente, a caminos trillados cortando por la campiña. Thor sabía que era peligroso para la gente común andar por esos caminos, solos, especialmente en la noche, con todos los ladrones que acechaban en ellos, pero a Thor poco le importaba eso, especialmente con Erec a su lado; de hecho, si un ladrón los enfrentaba, Thor temía más por la vida del ladrón. Por supuesto, sería una locura para cualquier ladrón intentar detener a un miembro de los Plateados.

Cabalgaron todo el día, apenas tomando un descanso, hasta que Thor

estaba exhausto, sin aliento. No podía creer la resistencia de Erec; pero no se atrevía a decirle que estaba cansado, por miedo a parecer débil.

Pasaron por una importante encrucijada, y Thor la reconoció. Sabía que si seguían a la derecha, los llevaría a su aldea. Por un momento, Thor se sintió abrumado por la nostalgia, y una parte de él quería tomar la carretera para ver a su padre, a su pueblo. Se preguntaba qué estaría haciendo su padre en este momento, quién estaría cuidando a las ovejas, qué tan iracundo podría haber estado su padre cuando Thor no había regresado. Tampoco es que se preocupara mucho por él. Extrañó momentáneamente lo que le era familiar. De hecho, se sentía aliviado de haber escapado de esa pequeña aldea, y otra parte de él no quería volver nunca.

Siguieron galopando más lejos y más al sur, incluso hacia territorios en los que Thor nunca había estado. Había oído hablar del crucero del sur, aunque nunca había tenido motivos para estar ahí. Era uno de los tres grandes senderos que llevaba a los confines meridionales del Anillo. Estaba a medio día de distancia de la Corte del Rey, y ya el sol se estaba poniendo en el cielo. Thor estaba sudando, sin aliento, estaba empezando a preguntarse con inquietud si volvería a tiempo para la fiesta del rey de esta noche. ¿Había cometido un error al acompañar a Erec tan lejos?

Doblaron una colina, y, finalmente, Thor lo vio, ahí en el horizonte: el inconfundible signo de la primera travesía. Se caracterizaba por una gran torre, delgada, la bandera del rey ondeaba de ella en todas direcciones y los miembros de la guardia de los Plateados, vigilaban en la cima de sus parapetos. Al ver a Erec, el caballero a lo alto de la torre, tocó su trompeta. Poco a poco, la casa del guarda se levantó.

Ellos estaban a pocos cientos de yardas de distancia, y Erec ralentizó su caballo hasta detenerse. Thor sentía un nudo en el estómago al darse cuenta de que esos eran sus últimos minutos con Erec, hasta quién sabe cuándo. ¿Quién sabía, de hecho, si incluso volvería? Un año era mucho tiempo, y cualquier cosa podía pasar. Thor se alegró, al menos, de haber tenido esa oportunidad de acompañarlo. Sintió que había cumplido con su deber.

Los dos caminaron a la par, con sus caballos jadeando, los hombres respirando con dificultad, mientras se acercaban a la torre.

"Puede que no te vea durante muchas lunas", dijo Erec. "Cuando vuelva, voy a llevar a una novia auestas. Las cosas pueden cambiar. Pero no importa lo que pase, sabes que siempre serás mi escudero".

Erec respiró hondo.

"Mientras te dejo, hay algunas cosas que quiero que recuerdes. Un caballero no se forja por medio de la fuerza, sino por la inteligencia. El valor por sí solo no hace a un caballero, sino el valor y el honor y la sabiduría juntos. Debes trabajar siempre para perfeccionar tu espíritu, tu mente. La caballerosidad no es pasiva, es activa. Debes trabajar en ello, mejorarte a ti mismo, cada momento de cada día.

"A lo largo de estos días, conocerás todo tipo de armas, todo tipo de habilidades. Pero recuerda: hay otra dimensión en nuestra lucha. La dimensión del hechicero. Busca a Argon. Aprenderás a desarrollar tus poderes ocultos. Yo les he percibido en ti. Tienes un gran potencial. No es para avergonzarse. ¿Me entiendes?"

"Sí, señor", contestó Thor, lleno de gratitud por su sabiduría y entendimiento.

"Elegí llevarte bajo mis alas por una razón. Tú no eres como los demás. Tienes un destino mejor. Tal vez más grande que el mío. Pero sigue sin cumplirse. Dale la importancia que tiene. Debes trabajar en ello. Para ser un gran guerrero, no sólo debes ser valiente y hábil. También debes tener el espíritu de un guerrero, y llevarlo siempre en tu corazón y en tu mente. Debes estar dispuesto a dar tu vida por los demás. El mejor caballero no busca riquezas, honor, fama ni gloria. El mejor caballero busca lo más difícil de todo: la búsqueda de ser una mejor persona. Cada día, debes esforzarte por ser mejor. No sólo ser mejor que otros, sino ser mejor que tú mismo. Debes buscar asumir la causa de los que son inferiores a ti. Debes defender a los que no pueden defenderse. No es la búsqueda de la alegría. Es la búsqueda de los héroes".

La mente de Thor giró, mientras asimilaba todo, ponderando las palabras de Erec, cuidadosamente. Se sentía muy agradecido con él, y no sabía cómo responder. Presintió que se necesitarían muchas lunas para asimilar el mensaje de esas palabras

Llegaron a la puerta del primer cruce, y al hacerlo, varios miembros de los Plateados salieron a saludar a Erec. Se acercaron a él, con grandes sonrisas en sus rostros, y cuando bajó del caballo, le dieron palmadas con fuerza en la espalda, como viejos amigos.

Thor bajó de un salto, tomó las riendas de Lannin, y lo llevó al guarda de la puerta, para alimentarlo y darle un masaje. Thor se quedó ahí parado, mientras Erec se volvió y lo miró, por última vez.

En su último adiós, había demasiadas cosas que Thor quería decir.

Quería darle las gracias. Pero también quería decirle todo. Lo del presagio. Lo de su pesadilla. De sus temores por el rey. Pensó que tal vez Erec lo entendería.

Pero él no se atrevía a hacerlo. Erec ya estaba rodeado de caballeros, y Thor temía que Erec - y todos ellos - pensaran que estaba loco. Así que se quedó ahí parado, con la lengua trabada, mientras Erec alargaba la mano y la ponía en su hombro por última vez.

"Protege a nuestro rey", dijo Erec con firmeza.

Las palabras le hicieron sentir un escalofrío en la espina dorsal, como si Erec hubiera leído su mente.

Erec se volvió, atravesó la puerta, con los otros caballeros, y al pasar, de espaldas hacia él, las puntas de metal bajaron lentamente detrás de él.

Erec se había ido. Thor sintió un agujero en el estómago. Podría pasar todo un año hasta que lo volviera a ver.

Thor montó su caballo, agarró las riendas y dio una fuerte patada. Ya era la tarde y tenía que viajar medio día para llegar a la fiesta. Sintió las últimas palabras de Erec hacienda eco en su cabeza, como un mantra.

Protege a nuestro rey.

Protege a nuestro rey.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

THOR cabalgó con fuerza en la oscuridad, corriendo por la puerta final de la Corte del Rey, apenas frenando su caballo al bajar de un salto de él, respirando con dificultad, y entregando las riendas a un empleado. Había estado cabalgando todo el día, el sol se había puesto horas atrás, y pudo ver de inmediato, por toda la luz de las antorchas en el interior, y oír por todo el ensimismamiento detrás de las puertas, que la fiesta del rey estaba en su apogeo. Se dio una patada a sí mismo por haber estado fuera durante tanto tiempo, y sólo rezaba para que no fuera demasiado tarde.

Corrió hacia el asistente más cercano.

"¿Está todo en orden en el interior?", preguntó él, de prisa. Tenía que averiguar si el rey estaba bien, aunque por supuesto que no podía preguntar directamente si había sido envenenado.

El empleado lo miró, desconcertado.

"¿Y por qué no habría de estarlo? Todo está en orden, excepto que llegas tarde. Los miembros de La Legión del Rey deben estar siempre a tiempo. Y tu ropa está sucia. Dejas mal a tus compañeros. Lávate las manos, y ve de prisa al interior".

Thor entró rápidamente por la puerta, sudando, puso las manos en un pequeño lavatorio de piedra lleno de agua, se la echó en la cara, y la pasó por el pelo un poco largo. Él había estado en constante movimiento desde la mañana; él estaba cubierto del polvo del camino, y sintió como si hubieran sido diez días en uno. Él respiró hondo y trató de calmarse y parecía ordenado, y se dirigió rápidamente pasillo tras pasillo, hacia las vastas puertas de la sala de banquetes.

Cuando entró a través de las enormes puertas de arco, era como en su pesadilla: delante de él estaban las dos mesas del banquete, de al menos treinta metros de largo, al otro extremo de la cual estaba sentado el rey a la cabeza de su propia mesa, rodeado de hombres. El ruido golpeó a Thor como un ser vivo; la sala estaba absolutamente abarrotada de gente. No estaban sólo los hombres del rey, los miembros de los Plateados y de la Legión, sentados en las mesas del banquete, sino también cientos más, bandas de músicos ambulantes, grupos de bailarines, de bufones, docenas de mujeres de los burdeles... Había también toda clase de siervos, de guardias, de perros

corriendo alrededor. Era una casa de locos.

Los hombres bebieron de enormes copas de vino y cerveza, y muchos de ellos estaban cantando canciones de taberna, abrazados, chocando barriles. Había un montón de comida puesta en las mesas, con el jabalí y el ciervo y todo tipo de animales de caza en el asador, delante de la chimenea. La mitad de la sala estaba atiborrada, mientras la otra socializaba en la habitación. Mirando el caos en la habitación, viendo lo borrachos que los hombres estaban, Thor se dio cuenta de que si hubiera llegado antes, cuando comenzó, habría sido más ordenado. Ahora, tan tarde, parecía haberse convertido en una fiesta de borrachos.

La primera reacción de Thor, además de sentirse abrumado, fue un profundo alivio al ver que el rey estaba vivo. Dejó escapar un suspiro de alivio. Él estaba bien. Volvió a preguntarse si ese presagio no significaba nada, si su pesadilla no significaba nada, si solo estaba reaccionando de forma exagerada a las fantasías, haciendo algo más grande en su mente de lo que debería ser. Pero aun así, él simplemente no podía evitar la sensación. Todavía sentía una urgencia apremiante de alcanzar al rey, para advertirle.

Protege a nuestro Rey.

Thor se abrió paso entre la multitud, tratando de pasar por el largo camino hacia el rey. Hacerlo fue lento. Los hombres estaban borrachos y era ruidoso, atiborrados hombro con hombro, y MacGil estaba sentado a cientos de metros de distancia.

Thor consiguió llegar a la mitad del camino entre la multitud, cuando se detuvo, de repente al ver a Gwendolyn. Ella estaba sentada en una de las pequeñas mesas, a un lado de la sala, rodeada de sus sirvientas. Ella tenía una expresión apesadumbrada, que parecía inusual en ella. No había tocado ni su comida ni la bebida, y se sentó a un lado, separada de los otros miembros de la familia real. Thor se preguntó qué podría estar mal.

Thor se separó de la multitud y corrió hacia ella.

Ella levantó la vista y lo vio venir, pero en lugar de sonreír, como siempre lo hacía, su rostro se ensombreció. Por primera vez, Thor vio ira en sus ojos.

Gwen deslizó su silla, se levantó, le dio la espalda y comenzó a marcharse.

Thor sintió como si le clavaran un cuchillo en su corazón. No podía entender su reacción. ¿Había hecho algo mal?

Corrió alrededor de la mesa, hacia ella y la agarró por la muñeca con

suavidad.

Ella lo sorprendió, quitándolo bruscamente, dando la vuelta y frunciendo el ceño.

"¡No me toques!", gritó ella.

Thor dio un paso atrás, sorprendido por su reacción. ¿Era la misma Gwendolyn que conocía?

"Lo siento", dijo él. "No te quise lastimar. Ni faltarte al respeto. Sólo quería hablar contigo".

"No tengo nada más que decir", le dijo, con los ojos encendidos de furia.

Thor apenas podía respirar; no tenía idea de lo que había hecho mal.

"Mi señora, por favor, dime, ¿qué he hecho para ofenderte? Sea lo que sea, me disculpo".

"Lo que hiciste es irremediable. Ninguna disculpa será suficiente. Es quien eres".

Ella comenzó a caminar de nuevo, y una parte de Thor creía que debía dejarla en paz; pero otra parte, no podía soportar irse así nada más, no después de lo que habían tenido. Él tenía que saber; él tenía que saber la razón por la que lo odiaba tanto.

Thor corrió delante de ella, bloqueando su camino. No podía dejarla ir. No de esta manera.

"Gwendolyn, por favor. Por favor, sólo dame una oportunidad de por lo menos saber qué es lo que he hecho. Por favor, solo eso".

Ella le devolvió la mirada, echando humo, con las manos en las caderas.

"Creo que lo sabes. Creo que lo sabes muy bien".

"No", dijo Thor con seriedad.

Ella lo miró, como examinándolo, y finalmente, parecía creerle.

"La noche anterior en que nos vimos, me dijeron que habías visitado los burdeles. Que te habías acostado con muchas mujeres. Y que te quedaste con ellas toda la noche. Luego, cuando el sol salió, fuiste a buscarme. ¿Lo recuerdas? Me repugna tu comportamiento. Me disgusta haberte conocido, que me hayas tocado. Espero no volver a verte nunca. Me hiciste quedar en ridículo. ¡Y *nadie* me hace quedar en ridículo!".

"¡Mi señora!", grito Thor, tratando de detenerla, queriendo explicarle. "¡No es verdad!".

Pero una banda de músicos se interpuso entre ellos, y ella salió corriendo, perdiéndose entre la multitud, tan rápido que no pudo encontrarla. En unos momentos, perdió totalmente su rastro.

Thor ardía por dentro. No podía creer que alguien se había acercado a ella y le había dicho esas mentiras acerca de él, que la había vuelto en su contra. Se preguntó quién estaba detrás de eso. Poco importaba; ahora, sus posibilidades con ella, estaban arruinadas. Se estaba muriendo por dentro.

Thor se volvió y comenzó a tambalearse por la sala, recordando al rey, sintiéndose vacío, como si no tuviera un motivo para vivir.

Antes de que se hubiera alejado unos metros, Alton apareció, de repente, le cerró el paso, y lo miró con desagrado con una sonrisa de satisfacción. Llevaba polainas de seda, una chaqueta de terciopelo y un sombrero de plumas. Bajó la mirada hacia Thor, con su larga nariz y la barbilla y con la mayor arrogancia y orgullo.

"Vaya, vaya", dijo él, "Es el plebeyo. ¿Ya has encontrado aquí a tu prometida? Por supuesto que no. Creo que se han extendido los rumores a lo largo y ancho, de tus hazañas en el burdel". Él sonrió y se inclinó, dejando al descubierto sus pequeños dientes de color amarillo". De hecho, estoy seguro de que así ha sido.

"Ya sabes lo que dicen: si hay un atisbo de verdad, ayuda a desencadenar un rumor. Encontré ese atisbo. Y ahora tu reputación está arruinada, muchacho".

Thor, echando humo por la rabia, ya no podía soportarlo. Lo atacó y le pegó a Alton en el estómago, haciendo que se desplomara.

Momentos más tarde, había cuerpos sobre él, los miembros de la legión, soldados, metiéndose entre ellos, separándolos.

"¡Te has extralimitado, muchacho!", gritó Alton, señalándolo entre los demás. "¡Nadie toca a la realeza! ¡Vas a pasar el resto de tu vida en el cepo! ¡Haré que te arresten! ¡De eso puedes estar seguro! ¡A primera hora haré que vengan por ti!", gritó Alton, y dio media vuelta y se alejó furioso.

A Thor no le importaba ni Alton ni sus guardias. Sólo pensaba en el rey. Apartó a los miembros de la Legión y volvió nuevamente a buscar a MacGil. Empujó a la gente fuera del camino, mientras se apresuraba a la mesa del rey. Su mente daba vueltas con las emociones, y apenas podía creer el giro de los acontecimientos. Aquí estaba él, mientras que su reputación iba en aumento, sólo para que la arruinara una serpiente maligna, para que lo alejaran de su amor, con engaños. Y estaba amenazado de ser encarcelado mañana. Y con la reina en su contra, temía que tal vez así sería.

Pero a Thor no le importaba nada de eso ahora. Lo único que le importaba era proteger al rey.

Empujó con más fuerza mientras se abría paso entre la multitud, chocando con un bufón, interrumpiendo su actuación, y finalmente, después de empujar a otros tres empleados, llegó a la mesa del rey.

MacGil estaba sentado al centro de la mesa, con una enorme vasija de vino en una mano, con las mejillas rojas, riéndose del entretenimiento. Estaba rodeado de todos sus mejores generales, y Thor se puso delante de ellos, abriéndose camino hasta el banco, hasta que finalmente, el rey se fijó en él.

"¡Mi señor!", gritó Thor, escuchando la desesperación en su propia voz. "¡Tengo que hablar con usted! Por favor".

Un guardia se acercó para alejar a Thor, pero el rey levantó la palma de su mano.

"¡Thorgrin!", MacGil bramó en su voz profunda y de la realeza, embriagado con el vino. "Mi muchacho. ¿Por qué te acercaste a nuestra mesa? La mesa de la Legión está ahí".

Thor hizo una profunda reverencia.

"Mi rey, lo siento. Pero tengo que hablar con usted".

Un músico hizo sonar el címbalo en los oídos de Thor, y, finalmente, MacGil hizo un gesto para que se detuviera.

Paró la música y todos los generales se volvieron y miraron a Thor. Thor podía sentir toda la atención en él.

"Bueno, joven Thorgrin, tienes la palabra. Habla. ¿Qué es lo que no puede esperar hasta mañana?", dijo MacGil.

"Mi señor", Thor comenzó a decir, pero se detuvo. ¿Qué podía decir exactamente? ¿Que tuvo un sueño? ¿Que vio un presagio? ¿Que creía que el rey sería envenenado? ¿Le parecería absurdo?

Pero no tenía otra opción. Tenía que seguir adelante.

"Mi señor, he tenido un sueño", comenzó a decir. "Se trataba de usted. En esta sala de banquetes, en este lugar. El sueño era... que no debe beber".

El rey se inclinó hacia delante, Con los ojos abiertos de par en par.

"¿Que no debo beber?", repitió, lentamente y en voz alta.

Entonces, después de un momento de silencio, MacGil se echó hacia atrás y soltó una carcajada, sacudiendo toda la mesa.

"¡Que no debo beber!", repitió MacGil, "¿Qué sueño es ese? ¡Yo lo llamaría una pesadilla!".

El rey se echó hacia atrás y gritó, y todos sus hombres se unieron. Thor enrojeció, pero no podía dar marcha atrás.

MacGil hizo una señal, y un guardia avanzó y agarró a Thor y comenzó a

llevárselo, pero Thor tiró del guardia. Estaba decidido. Tenía que dar al rey ese mensaje.

Protege a nuestro rey.

"¡Mi rey, exijo que me escuche!". Thor gritó, con la cara roja, presionando hacia adelante y golpeando la mesa con el puño.

Sacudió la mesa, y todos los hombres voltearon y se quedaron mirando a Thor.

Hubo un silencio de asombro, mientras la cara del rey se convertía en una mueca.

"¿Tú me exiges?", gritó MacGil. "¡Tú no me exiges nada a mí, muchacho!", gritó; su ira iba en aumento.

En la mesa hubo más silencio, y Thor sintió que sus mejillas enrojecían de humillación.

"Perdóneme, mi rey. No quiero ser irrespetuoso. Pero estoy preocupado por su seguridad. Por favor. No beba. ¡Soñé que era envenenado! Por favor. Me preocupo mucho por usted. Esa es la única razón por lo que lo digo".

Poco a poco, el ceño de MacGil se levantó. Se quedó mirando profundamente a los ojos de Thor y respiró hondo.

"Sí, puedo ver que te importo. Aunque seas tonto. Te perdono la falta de respeto. Ahora, vete. Y no quiero volver a ver tu cara hasta mañana".

Él hizo una señal a sus guardias, y se llevaron a Thor a empujones, esta vez con rudeza. La mesa reanudó lentamente su alegría, ya que todos volvieron a beber de nuevo.

Thor, arrastrado a varios metros de distancia, ardía de indignación. Temía por lo que había hecho aquí esta noche, y sentía desasosiego de que mañana fuera a pagar el precio. Incluso se le podría pedir que se fuera de ese lugar. Para siempre.

Mientras los guardias le daban un último empujón, Thor se vio en la mesa de la Legión, tal vez a unos seis metros de distancia del rey. Sintió una mano en su hombro y se giró para ver a Reece, ahí de pie.

"He estado buscándote todo el día. ¿Qué te pasó?", preguntó Reece. "Pareciera que viste a un fantasma".

Thor estaba demasiado abrumado para responder.

"Ven a sentarte conmigo. Te reservé un asiento", dijo Reece.

Reece acercó a Thor a su lado, en una mesa reservada para la familia del rey. Godfrey tenía una copa en cada mano, y junto a él se sentó Gareth, observando con un movimiento de ojos. Thor esperaba contra toda esperanza,

que Gwendolyn pudiera estar ahí también, pero no estaba.

"¿Qué pasa, Thor?", preguntó Reece, mientras se sentaba a su lado. "Te quedas mirando a la mesa como si te fuera a morder".

Thor negó con la cabeza.

"Si te lo dijera, no me creerías. Así que mejor mantengo la boca cerrada".

"Cuéntamelo. Tú me puedes decir todo", Reece instó con intensidad.

Thor vio la mirada en sus ojos, y se dio cuenta de que, finalmente, alguien lo tomaba en serio. Respiró hondo y comenzó a hablar. No tenía nada que perder.

"El otro día, en el bosque, con tu hermana, vimos una serpiente Whiteback. Ella dijo que era un presagio de muerte, y yo creo que lo es. Fui a ver a Argon y me confirmó que una muerte se aproxima. Poco después, tuve un sueño en el que tu padre sería envenenado. Aquí. Esta noche. En esta sala. Tengo ese presentimiento. Será él. Alguien está tratando de asesinarlo", dijo Thor.

Dijo todo apresuradamente, y se sentía bien sacándolo de su pecho. Se sentía bien tener a alguien que realmente lo escuchara.

Reece estaba en silencio, mientras lo miraba a los ojos durante un largo tiempo. Finalmente, habló.

"Parece ser verdad lo que estás diciendo. No tengo ninguna duda. Y agradezco que te preocupes de mi padre. Te creo. En serio. Pero los sueños son engañosos. No siempre es lo que pensamos".

"Le dije al rey", dijo Thor. "Y se rieron de mí. Por supuesto que va a beber esta noche".

"Thor, sí creo que hayas soñado eso. Y creo que sientes esto. Pero he tenido sueños terribles, también, toda mi vida. La otra noche, soñé que me sacaban del castillo, y me desperté sintiendo que eso sucedía. Pero no fue así. ¿Entiendes? Los sueños son cosas extrañas. Y Argon habla con acertijos. No debes tomarte todo tan en serio. Mi padre está bien. Yo estoy bien. Estamos todos bien. Trata de sentarte y beber y relajarte. Y de disfrutar".

Diciendo eso, Reece se reclinó en su silla, cubierto de pieles, y bebió. Hizo una señal a un criado, que le sirvió una enorme porción de carne de venado a Thor, junto con una copa de bebida.

Pero Thor se quedó ahí sentado, mirando fijamente su comida. Sintió que su vida entera se disolvía a su alrededor. No sabía qué hacer.

No podía pensar en otra cosa sino en su sueño. Era como estar en una

pesadilla, sentado ahí, mirando a todos beber y festejar a su alrededor. Lo único que podía hacer era mirar todas las bebidas, todas las copas que llevaban al rey. Observó de cerca a cada persona que las servía, cada copa de vino. Cada vez que el rey bebía, Thor se estremecía.

Thor estaba obsesionado. No podía apartar la mirada. Él siguió en acecho durante lo que parecieron horas.

Por último, Thor vio un criado en particular, que se acercó al rey con una copa diferente a las demás. Era grande, hecha de oro muy distinto, cubierto con hileras de rubíes y zafiros.

Era la copa exacta del sueño de Thor.

El corazón de Thor latió con fuerza en su pecho, miraba con horror cómo el sirviente se acercaba al rey. Cuando estaba a pocos centímetros de distancia, Thor no pudo soportarlo más. Cada pedazo de su cuerpo gritaba que era la copa envenenada.

Thor saltó de su mesa, se abrió paso entre la multitud, dando codazos a todos los que estorbaban su camino.

En cuanto el rey tomó la copa en sus manos, Thor subió de un salto sobre su mesa, extendió la mano, y tiró la copa de las manos del rey.

Un jadeo horrorizado llenó toda la sala, mientras la copa volaba por el aire y caía sobre la piedra, con un tintineo fuerte.

Toda la sala quedó en silencio. Cada músico, cada malabarista, se detuvo. Cientos de hombres y mujeres se volvieron y miraron.

El rey se puso de pie lentamente y fulminó con la mirada a Thor.

"¿Cómo te atreves?", gritó el rey. "¡Muchacho insolente! ¡Te voy a poner en el cepo por esto!".

Thor se quedó ahí, horrorizado. Sintió que el mundo entero se derrumbaba sobre él. Él sólo quería desaparecer.

De repente, un perro se acercó al charco de vino en el suelo, y lo lamió. Antes de que Thor pudiera responder, antes de que la habitación pudiera moverse de nuevo, todas las miradas se dirigieron al perro, que comenzó a hacer unos ruidos horribles.

Un momento después, el perro se paralizó y cayó de lado, muerto. Toda la sala miró al perro con un jadeo de horror.

"¡Sabías que la bebida tenía veneno!", gritó una voz.

Thor se volvió y vio al príncipe Gareth, ahí de pie, acercándose al lado del rey, señalando acusadoramente a Thor.

"¿Cómo podría haber sabido que estaba envenenada? ¡A menos que tú

hayas sido el que lo hizo! ¡Thor intentó envenenar al rey!", gritó Gareth.

Toda la multitud gritó con indignación.

"Llévenlo a la mazmorra", ordenó el rey.

Un momento después, Thor sintió que los guardias lo sujetaban con fuerza por detrás y lo arrastraban por el pasillo. Se retorció y trató de protestar.

"¡No!", gritó él. "¡Ustedes no entienden!".

Pero nadie escuchó. Fue arrastrado por la multitud, rápidamente, y mientras se iba, vio que todos desaparecían de él, toda su vida desapareció de él. Cruzaron el vestíbulo y salieron por una puerta lateral, que se cerró de golpe detrás de ellos.

Era tranquilo aquí. Un momento después, Thor sintió que bajaba. Él estaba siendo arrastrado por varias manos, por una escalera de piedra. Se hizo más y más oscuro, y pronto pudo oír los gritos de los presos.

Se abrió la puerta de hierro de una celda, y se dio cuenta de dónde lo llevaban. Al calabozo.

Se retorció, tratando de protestar, de liberarse.

"¡Ustedes no entienden!", gritó.

Thor levantó la vista y vio avanzar a un guardia, un hombre grande, tosco, con un rostro sin afeitar y dientes amarillos.

Frunció el ceño hacia Thor.

"Entiendo muy bien", dijo con su voz rasposa.

Echó su brazo hacia atrás, y lo último que Thor vio fue su puño, que bajaba hacia su rostro.

Entonces, su mundo se tornó oscuro.

Después de escapar del calabozo, Thor queda aterrado al saber que había habido otro intento de asesinato hacia el Rey MacGil. Cuando MacGil muere, el reino se convierte en un caos. Como todos aspiran al trono, la Corte del Rey está más repleta que nunca, con sus dramas familiares, luchas de poder, ambiciones, celos, violencia y traición. Se debe elegir un heredero entre los hijos, y la antigua Espada del Destino, fuente de todo su poder, tendrá la oportunidad de ser blandida por alguien nuevo. Pero todo esto puede ser cambiado drásticamente: recuperan el arma asesina, y la trama cambia al encontrar al asesino. Simultáneamente, los MacGil enfrentan una nueva amenaza de los McCloud, quienes están decididos a atacar otra vez el Anillo.

Thor lucha por recuperar el amor de Gwendolyn, pero tal vez no haya tiempo; le dicen que empaque, que se prepare con sus hermanos en armas para Los Cien, cien días extenuantes de infierno en la que todos los miembros de Legión deben sobrevivir. La Legión tendrá que cruzar el Barranco, más allá de la protección del Anillo, y navegar por el Mar Tartuvio hacia la Isla de la Niebla, que se rumora es patrullada por un dragón para su iniciación de la mayoría de edad.

¿Podrán regresar? ¿Sobrevivirá el Anillo en su ausencia? ¿Y finalmente Thor, conocerá el secreto de su destino?

Con su sofisticada construcción de un mundo imaginario y caracterización, A MARCH OF KINGS es una historia épica de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intriga y maquinaciones políticas, de llegar a la mayoría de edad, de corazones destrozados, de decepción, de ambición y traición. Es un cuento de honor y valor, de muerte y destino, de hechicería. Es una fantasía que nos lleva a un mundo que nunca olvidaremos y que le gustará a gente de todas las edades y géneros.